

Charles WALKER

La rebelión de

TUPAC AMARU

Segunda edición revisada



IEP
INSTITUTO DE
ESTUDIOS
PERUANOS

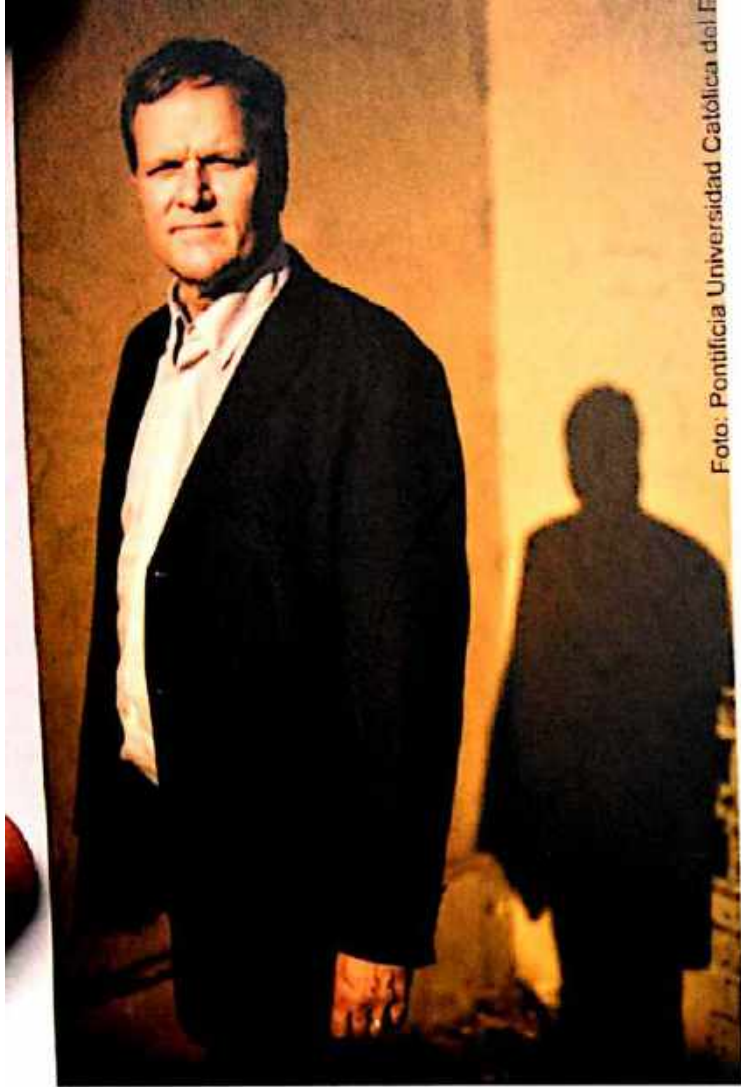


Foto: Pontificia Universidad Católica del Perú

Charles F. Walker es profesor principal del Departamento de Historia y director del Hemispheric Institute on the Americas en la Universidad de California, Davis, donde tiene a su cargo la cátedra en Derechos Humanos Internacionales de la Fundación MacArthur. La edición en inglés de este libro fue seleccionada por el *Financial Times* como uno de los nueve mejores libros de historia publicados en 2014. Entre sus publicaciones destacan: *Colonialismo en ruinas. Lima frente al terremoto y tsunami de 1746* (Lima, 2012); *Diálogos con el Perú: Ensayos de Historia* (Lima, 2009) y *Entre Tupac Amaru y Gamarra: Cuzco y la formación del Perú republicano, 1780-1840* (Cuzco, 1999). Desde 1979 comparte su tiempo entre el Perú y los Estados Unidos.

Más información sobre este y futuros proyectos en su página web: <<http://charlesfwalker.com/>>.

Biblioteca
oficial
148
12-634
Figueroa

Charles WALKER

La rebelión de
**TUPAC
AMARU**
Segunda edición revisada



Serie: Colección Popular, 6

La versión en inglés de este libro, «The Tupac Amaru Rebellion», fue publicada por The Belknap Press of Harvard University Press, el año 2014 en Cambridge / Londres.

© HARVARD UNIVERSITY PRESS / CHARLES F. WALKER

© IEP INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS

Horacio Urteaga 694, Lima 11

Tel.: (51-1) 332-6194

www.iep.org.pe

ISBN: 978-9972-51-540-8

ISSN: 1813-0186

Impreso en Perú

Primera edición: julio de 2015

Segunda edición: octubre de 2015

Primera reimpresión: enero de 2017

5000 ejemplares

Hecho el depósito legal

en la Biblioteca Nacional del Perú: 2017-00019

Registro del proyecto editorial

en la Biblioteca Nacional: 31501131700003

<i>Motivo de carátula:</i>	Composición sobre la base del monumento a Tupac Amaru II, Cuzco-Perú
<i>Traducción:</i>	Óscar Hidalgo
<i>Corrección de texto:</i>	Sara Mateos
<i>Diagramación:</i>	Silvana Lizarbe
<i>Carátula:</i>	Gino Becerra
<i>Cuidado de edición:</i>	Odín del Pozo

El Instituto de Estudios Peruanos agradece a todas las personas e instituciones que han colaborado con las fotografías incluidas en este texto.

Prohibida la reproducción total o parcial del texto y de las características gráficas de este libro por cualquier medio sin permiso del Instituto de Estudios Peruanos.

Walker, Charles

La rebelión de Tupac Amaru. 2ª. ed. Lima, IEP, 2015 (Colección Popular, 06)

1. TUPAC AMARU, JOSÉ GABRIEL, 1740-1781; 2. HISTORIA; 3. INSURRECCIONES; 4. MOVIMIENTOS CAMPESINOS; 5. BASTIDAS, MICAELA; 6. PERÚ

W/05.01.01/P/6

ÍNDICE

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN	9
PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL	11
AGRADECIMIENTOS	15
CRONOLOGÍA DE LA REBELIÓN	17
INTRODUCCIÓN: La ejecución de Antonio de Arriaga	19
1. Los Andes en el mundo atlántico	35
2. De Pampamarca a Sangarará	57
3. ¿Un mundo sin Iglesia católica?	81
4. La rebelión se extiende al sur	103
5. El sitio del Cuzco	125
6. La persecución de Tupac Amaru	145
7. El tormento	167
8. El otro lado del lago	183
9. Las campañas del sur	195
10. El perdón y el cese al fuego	217
11. La rebelión en el limbo	233
12. «Justicia que manda hacer el Rey Católico»	255
CONCLUSIÓN: El legado de Tupac Amaru	277
NOTAS BIBLIOGRÁFICAS	293
BIBLIOGRAFÍA	327

ÍNDICE DE MAPAS

1.	Parte centro-occidental de América del Sur	25
2.	El damero de Pizarro: Lima colonial	44
3.	El área central de la rebelión	59
4.	Las campañas en el sur	106
5.	El sitio del Cuzco	130
6.	El avance realista, 1781	148
7.	La violencia katarista	185
8.	Las áreas de batalla cercanas al lago Titicaca	238
9.	Lugares donde se exhibieron partes del cuerpo de Tupac Amaru	258
10.	Prisión y viaje de Juan Bautista y sus compañeros	263

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Estoy sorprendido con la recepción que ha tenido *La rebelión de Tupac Amaru*. Quizás lo más alentador de esta experiencia han sido los comentarios, preguntas, halagos y críticas hechos al libro, lo que me anima a volver pronto al Perú a seguir conversando sobre el tema. Me alegra recibir comentarios de lectores de México, Chile y Argentina que lograron acceder a la edición en español. Estas últimas semanas han estado dedicadas a responder dichos mensajes —ya sea a través de correos electrónicos, las redes sociales o Skype—, de parte de estudiantes, colegas y público en general que querían saber más sobre algunos aspectos de la rebelión y el legado de Tupac Amaru, así como sobre temas relacionados con el libro, como la historia narrativa y las pautas para escribirla. No tengo dudas de que esta comunicación abierta con lectores acuciosos ha sido lo más motivador de escribir este libro en particular y ver su edición en español gracias al equipo editorial del Instituto de Estudios Peruanos.

Esta nueva edición tiene como propósito principal hacer el libro más accesible para el gran público. De un tiempo a esta parte, el Instituto de Estudios Peruanos ha apostado por hacer ediciones que combinen calidad y precio accesible, lo cual no siempre es posible en el difícil mercado editorial peruano. De modo que al lanzar *La rebelión de Tupac Amaru*, espero que el diálogo con los lectores y público interesado pueda continuar. Dado que se trata de una nueva edición, se han realizado algunos cambios. Se ha revisado la primera versión y corregido las inevitables erratas, que incluía el haber rebautizado en una ocasión al propio Tupac Amaru como Noriega, cuando su apellido correcto es Noguera, tal como aparece ahora en el libro. Asimismo, algunos amigos, colegas y lectores nos permitieron detectar y afinar algunos términos, como el de "provincias altas".

Quiero agradecer al equipo del IEP por su eficaz trabajo, tanto en la primera edición como en la que el lector tiene entre sus manos. Entre ellos se encuentran: Elizabeth Andrade, Odín del Pozo, Ludwig Huber, Alberto Mori y Giancarlo Tafur. También quiero mencionar a Sara Mateos por la corrección de esta edición. No

puedo nombrar a todos los lectores que me han hecho sugerencias, pero Nicanor Domínguez demostró ser no solo un gran historiador sino un excelente lector. Karina Pacheco, Donato Amado, José Ragas y el traductor, Óscar Hidalgo, también han ayudado en hacer de esta una mejor edición. A todos ellos, muchas gracias.

CHARLES WALKER
Davis, California
www.charlesfwalker.com

PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Este libro ha tenido un largo proceso de gestación, construido sobre la base de un fructífero intercambio y diálogo con amigos, colegas y estudiantes en el Perú, España y Estados Unidos. En realidad, podría asociar diversos momentos de mi vida y de mi investigación con mi prolongado interés en la rebelión de Tupac Amaru. De alguna forma, este comenzó en 1989, cuando enseñé en la Universidad de San Antonio Abad del Cuzco. Todavía recuerdo las preguntas y comentarios de mis estudiantes en un seminario sobre movimientos sociales, así como su entusiasmo cuando nos encontrábamos a diario en el archivo departamental. Por esos mismos años, en la Universidad de Chicago, no solo tuve como profesores a John Coatsworth, Nils Jacobsen y Friedrich Katz, todos ellos distinguidos historiadores que estaban repensando las rebeliones y revoluciones, sino que también tuve la gran fortuna de trabajar con Manuel Burga, Scarlett O'Phelan Godoy y Enrique Tandeter, que llegaron como profesores visitantes. En Lima, he hablado sobre Tupac Amaru en varios lugares y momentos, y con muchas personas, mientras que en España tuve la suerte de tener una colaboración cercana con Antonio Acosta, Luis Miguel Glave, Marta Irurozqui y Víctor Peralta. Por supuesto, la lista no termina aquí, y podría nombrar a muchas otras personas.

Este libro tiene una historia peculiar. Cuando publiqué *De Tupac Amaru a Gamarra: Cuzco y la creación del Perú republicano, 1780-1840* en 1999, varios editores se me acercaron a preguntarme si deseaba escribir una breve síntesis sobre Tupac Amaru, el tema del primer capítulo. No acepté la oferta, convencido de que no tendría nada original que decir y que podría caer en una historia ligera y poco seria. Mi preocupación era que temas tan complejos como los que exponía en el libro terminasen siendo presentados de manera muy simplificada. Pocos años después, cuando me encontraba en Sevilla investigando sobre el siglo XVIII —trabajo que luego se convertiría en mi libro *Colonialismo en ruinas. Lima frente al terremoto-tsunami de 1746*—, solicité los clásicos legajos sobre Tupac Amaru. Me sorprendió encontrar que había secciones que no habían sido reproducidas ni en la *Colección documental de la independencia del Perú* (CDIP) ni en la *Colección documental del bicentenario de la revolución emancipadora de Tupac Amaru*

(CDBRETA), y que los documentos de ambas no habían sido lo suficientemente considerados por los historiadores. En el Cuzco encontré material adicional, especialmente en la Colección Vega Centeno, y así me di cuenta de que podía desarrollar nuevos argumentos. Como lo explico en el primer capítulo del presente libro, también me sentí intrigado por nuevas formas de historia narrativa que, bien realizadas, no solo evitan los problemas de la historia *light* sino que pueden alcanzar a un público más amplio. La gran brecha que existe en el Perú entre una historia muy especializada y académica, por un lado, y un público bastante grande que busca libros de historia, por el otro, siempre ha llamado mi atención. Ya con nuevo material e ideas frescas, regresé a Sevilla en 2007 y firmé un contrato con Harvard University Press para escribir este libro.

Una nueva síntesis que ofreciera argumentos diferentes fue posible solo gracias a un renovado interés en las últimas décadas del siglo XVIII y las rebeliones. Colecciones documentales como la CDIP y la CDBRETA; visiones panorámicas previas como las de Boleslao Lewin, Lillian E. Fisher y Carlos Daniel Valcárcel; y estudios monográficos y artículos sobre diversos temas, me permitieron contar la historia en su totalidad, incluyendo la menos conocida segunda fase. Este libro es, por ello, producto de un incremento en los estudios sobre Tupac Amaru desde la década de 1960, así como de la fascinación por las revoluciones y la conversión de José Gabriel Condorcanqui en el ícono por excelencia del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas del general Juan Velasco Alvarado. Los académicos e investigadores disponemos no solo de documentos publicados, sino que podemos beneficiarnos de estudios a profundidad de temas que van desde los obrajes (con libros como el de Neus Escandell-Tur) hasta cómo Puno se vio envuelto en la rebelión (Augusto Ramos Zambrano). Un elemento esencial de la historia narrativa es el de desplazar la discusión historiográfica hacia las notas a pie. Los lectores podrán observar cómo este libro se ha construido gracias al trabajo de varias generaciones previas de investigadores.

La rebelión de Tupac Amaru no pretende ser una historia enciclopédica del levantamiento. Pude haber escrito cientos de páginas más si hubiese tenido que cubrir cada batalla, las numerosas áreas en las que hubo luchas, y todos los líderes que tuvo la rebelión. Un libro así no solo hubiese sido imposible para mí, sino que se hubiese convertido en un texto de unas ochocientas páginas y difícil de leer. Por otro lado, este no es tampoco un libro definitivo. En realidad, mi gran esperanza es que promueva el interés en el periodo y en nuevas investigaciones. En el libro enfatizo que se necesita saber mucho más sobre Micaela Bastidas y el rol del género en el alzamiento, el papel que tuvo la Iglesia católica, las relaciones entre los tupacamaristas y los kataristas, y los levantamientos autónomos que surgieron alrededor del lago Titicaca, como aquel liderado por Pedro Vilca Apaza. Será una satisfacción saber que este estudio motivó otras investigaciones sobre

este y otros temas. Aun cuando se han producido cientos de libros y artículos sobre Tupac Amaru, el tema está lejos de haber sido agotado. Como lo resalto en la conclusión, la rebelión no solo determinó la trayectoria del país en las guerras de Independencia y en las décadas posteriores, sino que Tupac Amaru como héroe y símbolo continúa teniendo una presencia muy importante en el Perú de hoy. Más aún, su estela ha trascendido las fronteras peruanas, como espero que este libro lo haga entre los historiadores e interesados en su figura a ambos lados del Atlántico.

Finalmente, quisiera agradecer a quienes hicieron que esta edición en español fuese posible. Zoila Mendoza absolvió numerosas preguntas sobre la traducción. Pablo Whipple, Sinclair Thomson y José Ragas me ayudaron a rastrear las versiones originales de fuentes secundarias, entre otros favores que solo los fervientes bibliófilos entenderían. El equipo del Instituto de Estudios Peruanos, Odín del Pozo y Ludwig Huber, fue muy entusiasta desde el inicio del proyecto, garantizando la calidad de la edición. Agradezco mucho el esfuerzo del traductor, Óscar Hidalgo Wuest, quien trabajó de manera diligente en el proceso, demostrando un ojo entrenado para la historia y la redacción.



I
 BUEN GOBIERNO
 ATOPA AMARO LECOR
 TAM LA CAVE SE EL CVZCO



ynca uana cauei may tam binqe sapra cucañic homana budayochi
 concayquita cuchoñ



en el cuzco

fin

"La ejecución de Topa Amaro" (Felipe Guaman Poma Ayala, *El primer nueva corónica y buen gobierno*, 1615-1616. Copenhagen, Det Kongelige Bibliotek).

AGRADECIMIENTOS

Arníe Bauer y Andrés Reséndez leyeron este libro, capítulo por capítulo, mejorando mis argumentos y mi escritura. Carlos Aguirre, Kathryn Burns, Mark Carey, Peter Guardino, Ari Kelman y Kathy Olmsted me ofrecieron meditados comentarios sobre su lectura. Antonio Acosta, María José Fitz y Luis Miguel Glave animaron la investigación en Sevilla, mientras que Marta Irurozqui y Víctor Peralta me guiaron en Madrid. En el Perú, siempre conté con Iván Hinojosa, pero también deseo mencionar el apoyo de Donato Amado, Ruth Borja, Marco Curatola, Javier Flores Espinoza, Pedro Guibovich, Margareth Najarro, Lucho Nieto, Ramón Mujica, Scarlett O'Phelan Godoy, Aldo Panfichi y Claudia Rosas. Deseo extender una especial nota de gratitud a Patricia Lyon. Justo después de embarcarme en este proyecto, ella llamó para invitarme a revisar la biblioteca del difunto John Rowe. Encontré tesoros allí, pero también aprendí mucho en mis conversaciones con Pat.

He presentado secciones de este libro en numerosos lugares. Agradezco especialmente por sus sugerencias a John Coatsworth, Jeremy Adelman, Michael Laffan, Margaret Chowning, Víctor Maqqe, Karen Graubart, Shane Greene, Tom Cummins, Gary Urton, Christian Fernández Palacios, Michael Gonzales, Kristin Huffine, Dain Borges, Emilio Kouri, Fernando Purcell, Pablo Whipple, Cristian Castro, Paulo Drinot, Anna More, Ivonne del Valle y Barbara Fuchs. Bruce Castelman, Carolyn Dean, Ramiro Flores, Stella Nair, Margaret Sankey, David Silbey, Stefano Varese, Janett Vengoa y Adam Warren respondieron aleatoriamente a preguntas sobre temas que iban desde Ceuta hasta la guerra total. He tenido estudiantes maravillosos en Davis, que incluyen mis clases de verano en el Cuzco. Particularmente deseo agradecer a Mark Dries, Griselda Jarquin, Jeremy Mikecz, Elizabeth Montañez Sanabria y José Ragas por su ayuda en la investigación. En Davis, mi pelotón me mantuvo cuerdo —gracias Ari, Pablo, Simón y Tim por los paseos y por mucho más. Zoila Mendoza es mi consultora en temas sobre el Cuzco en casa y mi inspiración diaria. Ella y mis hijos, María y Sammy, se me unieron en Sevilla por seis meses en el año 2007 y han seguido este libro con paciencia e incluso con amor. Ellos son mi mundo. Mi madre falleció mientras lo escribía.

Creo que le hubiese gustado. John, Mary y Maggie son siempre un apoyo y ayuda en diferentes formas, mientras que en Lima cuento con el clan Mendoza. Abrazos a doña Zoila, Miguel, Chachi, Martha, Pocha, Chicho, Uba, Kelly y mis maravillosas sobrinas y sobrinos. Deseo mencionar a la fallecida Lucrecia Moeremans, mi mamá tucumana, que tanto significó para mí.

Kathleen McDermott y Andrew Kinney me guiaron con talento a través del proceso de edición en Harvard University Press, mientras que Pamela Nelson supervisó la producción y James Cappio hizo un trabajo maestro en la corrección de pruebas. Deseo agradecer a los dos revisores anónimos por sus rigurosos informes. Fue un placer trabajar con Isabell Lewis en los mapas. En mi búsqueda de imágenes, numerosas personas me ayudaron, entre ellas, Carlos Aguirre, Nino Bariola, Tom Cummins, Luis Miguel Glave, Natalia Majluf, José Ragas, Pilar Ríos y T. J. Rushing.

Finalmente, deseo hacer un reconocimiento a los cuatro historiadores fallecidos a quienes dedico este libro, todas personas maravillosas e investigadores que inspiran: Alberto Flores Galindo, Friedrich Katz, Enrique Tandeter y mi querido suegro, don Eduardo Mendoza Meléndez (1911-2013).



CRONOLOGÍA DE LA REBELIÓN

- 1738 José Gabriel Condorcanqui, Tupac Amaru II, nace en Surimana.
- 1744 Micaela Bastidas Puyucahua nace en Pampamarca.
- 1759-1788 Reinado de Carlos III, rey de España, impulsor de las reformas borbónicas.
- 1760 Tupac Amaru y Micaela Bastidas contraen matrimonio.
- 1760-1780 Periodo de incremento del número de revueltas en las comunidades andinas.
- 1772 La alcabala aumenta del 2 al 4 por ciento.
- 1774 Se establece una aduana en Cochabamba, lo que provoca revueltas y descontento.
- 1775-1783 Guerra de independencia norteamericana.
- 1776 José Antonio de Areche es nombrado visitador general por la Corona española. Llega al virreinato peruano en 1777.
- 1776 Nuevamente se incrementa la alcabala, del 4 al 6 por ciento.
- 1776 Se transfiere el Alto Perú al recién creado virreinato del Río de la Plata.
- 1777 Primera revuelta contra la aduana de La Paz (fines de octubre).
- 1777 Tupac Amaru se presenta en los tribunales de Lima.
- 1778 Tomás Katari se dirige a Buenos Aires en busca de justicia para su comunidad.
- 1779 Tomás Katari es arrestado, lo que provoca protestas.
- 1779 Se incluye la coca entre los productos que deben pagar la alcabala del 6 por ciento.
- 1780 Revueltas contra la aduana en Arequipa (1 de enero).
- 1780 Aparecen textos satíricos en el Cuzco, poco después de la revuelta de Arequipa, que alertan sobre la aduana.
- 1780 Una turba ataca la aduana de La Paz (marzo).
- 1780 Katari inicia su rebelión (fines de agosto).

- 1780 Inicio de la rebelión de Tupac Amaru con la captura (4 de noviembre) y posterior ejecución (10 de noviembre) del corregidor Antonio de Arriaga.
- 1780-1781 Las tropas de Tupac Amaru rodean el Cuzco, pero no lo toman (entre fines de diciembre e inicios de enero).
- 1781 Tomás Katari es asesinado; la rebelión continúa dirigida por sus hermanos Nicolás y Dámaso, hasta que ambos también son matados.
- 1781 Tupac Amaru es capturado en Langui (7 de abril); Micaela Bastidas, sus dos hijos (Hipólito y Fernando) y Tomasa Tito Condemayta son capturados mientras huyen en dirección a Livitaca.
- 1781 18 de mayo. Tupac Amaru, su esposa y otros miembros de su clan son ejecutados en la plaza de Armas del Cuzco; Diego Tupac Amaru asume el liderazgo de la rebelión.
- 1781 Tupac Katari (Julián Apaza) inicia un largo asedio sobre La Paz.
- 1781 En noviembre, Tupac Katari es capturado y ejecutado.
- 1782 Bartolina Sisa y Gregoria Apaza, esposa y hermana de Tupac Katari, respectivamente, son ejecutadas.
- 1783 Diego Tupac Amaru es brutalmente ejecutado junto con su madre y otros acusados (19 de julio).
- 1784 Fernando, hijo de Tupac Amaru y Micaela Bastidas, es enviado al exilio en España.
- 1789-1799 Revolución francesa.
- 1791-1804 Revolución de Haití.
- 1811-1824 Guerras de independencia en el Perú (la independencia se proclamó en 1821, pero los españoles solo fueron derrotados en 1824).
- 1820-1822 Juan Bautista Tupac Amaru es liberado de su prisión en Ceuta (España). Se dirige a Argentina, donde muere en 1827.

La ejecución de Antonio de Arriaga

El 4 de noviembre de 1780, José Gabriel Condorcanqui Noguera, quien usaba cada vez más el nombre de Tupac Amaru para resaltar su linaje real inca, había almorzado con el corregidor Antonio de Arriaga en casa del padre Carlos Rodríguez, el cura de Yanaoca. Si un productor de Hollywood hubiera solicitado el reparto principal para una película que describiera las relaciones políticas en los Andes coloniales, habría estado encantado con este trío.

Tupac Amaru era el *kuraka* o cacique de Yanaoca, Pampamarca y Tungasuca, pueblos situados a unos 80 kilómetros al sureste del Cuzco, la antigua capital inca. Era la autoridad étnica encargada de recaudar el impuesto personal («tributo» fue el eufemismo colonial) y de mantener el orden en aquellos lugares. Los incas tenían todavía una gran influencia en esa área. Los indios quechuahablantes constituían la vasta mayoría de la población y veneraban a sus ancestros, derrotados por los españoles en el siglo XVI, y a aquellos como José Gabriel Tupac Amaru, que reivindicaban su linaje real inca. Con una buena educación y bilingüe, a sus 42 años José Gabriel se movía fácilmente entre los mundos hispano e indígena. De hecho, ese era su rol como *kuraka*.¹

Por otro lado, Arriaga era el corregidor, el funcionario real que recaudaba los impuestos, organizaba el ominoso reclutamiento de mano de obra para las enormes minas de Potosí —aproximadamente a mil kilómetros al sur (hoy Bolivia)—, y supervisaba los asuntos de la región. Arriaga era un noble. Nacido en 1740 en el País Vasco, en el norte de España, su familia tenía sólidas conexiones con el Imperio americano: eran miembros del importantísimo Consejo de Indias en Madrid y comerciantes.²

Por último, el padre Rodríguez, originario de Panamá, era el párroco de Yanaoca. Junto con Antonio López de Sosa —otro sacerdote—, habían sido los primeros maestros de Tupac Amaru. Impresionados por su inteligencia, habían permanecido cerca de él. Las enseñanzas de estos clérigos se afianzaron: José Gabriel permaneció devoto e intelectualmente curioso a lo largo de toda su vida.

De modo que, como generalmente era el caso, Tupac Amaru, el *kuraka*, era un indio o quizás un mestizo; Arriaga, el corregidor, era un español; y Rodríguez

era un criollo, es decir, un descendiente de español nacido en América. Estas tres autoridades —kuraka, corregidor y cura— formaban un triunvirato que mantenía el orden en Andes bajo el régimen colonial. Otros dos curas, un escribano, el asistente de Arriaga y numerosos sirvientes los acompañaban en el almuerzo. La esposa de José Gabriel, Micaela Bastidas, no estaba en esa ocasión.

Arriaga y Tupac Amaru se conocían bien. Arriaga controlaba una red de actividades económicas, y como recaudador de impuestos y principal autoridad, disfrutaba de capital y poder, y había incluso prestado dinero en algún momento al kuraka. Aunque los dos habían discutido anteriormente sobre el reclutamiento de mano de obra o *mita* para Potosí, compartían ese día un amigable almuerzo celebrando el día de san Carlos, en el que había nacido tanto el padre Rodríguez como el rey de España. Después de disfrutar Arriaga de una breve siesta, Tupac Amaru lo invitó a pasar la tarde en su casa, en Tungasuca. Arriaga le contestó que debía volver a Tinta —su hogar y el pueblo más grande del área, a unos 25 kilómetros de Yanaoca—, y emprendió el viaje de cuatro horas a pie y caballo por cerros escarpados. La inminente llegada del dinero del tributo —el impuesto personal pagado por los indígenas que llenaba las arcas coloniales— lo animaba a regresar.

Tupac Amaru y unos cuantos jóvenes acompañaron al corregidor durante un corto trayecto, y luego fingieron dirigirse a Tungasuca. Pero en vez de hacerlo, se adelantaron a un lugar escondido en un cerro y sorprendieron a Arriaga y su gente saltando al camino. Arriaga huyó a un cañón cercano y se ocultó detrás de una *apacheta*, un santuario de piedra considerado sagrado por los indígenas. Un indio, sin embargo, lo vio, y Tupac Amaru terminó capturándolo. Esperaron varias horas, hasta bien entrada la noche, para llevarse a los prisioneros encadenados a Tungasuca. Encerraron a Arriaga, a su escribano Felipe Bermúdez y a dos esclavos negros en el sótano de la casa del kuraka.³

En ese lugar, Tupac Amaru obligó al aturdido Arriaga a escribir cartas a su tesorero en Tinta, en las que debía requerirle dinero y armas con el peculiar pretexto de estar planeando una expedición contra los piratas que asolaban la costa. El propio kuraka viajó a Tinta y usó la llave de Arriaga para apoderarse de 75 fusiles, dos esmeriles, algunas escopetas, un cajón de pólvora, balas y cartuchos, los uniformes de una compañía de milicias, mulas, 22.000 pesos procedentes del ramo de tributos, cuatro o cinco piñas grandes de plata y muchas libras de oro.⁴ Asimismo, escribió mensajes en nombre del corregidor a los alcaldes y vecinos más poderosos de los alrededores, solicitándoles acudir a Tungasuca. Numerosos militares y comerciantes, como los españoles Juan Antonio Figueroa y Bernardo La Madrid, cayeron en la trampa. Por su lado, los kurakas también recibieron instrucciones de enviar a sus indios; durante varios días llegaron a raudales. Los rebeldes habían apostado centinelas en el camino al Cuzco para

mantener las noticias sobre las autoridades locales fuera del alcance de la gente. Conservaron el paradero de Arriaga en secreto. Las masas congregadas en Tun-gasuca no sabían que el corregidor estaba encerrado en casa de Tupac Amaru y Micaela Bastidas.⁵

Cuando Tupac Amaru colgó una pintura de la coronación de espinas en la celda de Arriaga y envió al padre López de Sosa a confesarlo, el prisionero supo que estaba en serios problemas. Asombrado por los eventos y consciente de que su vida corría peligro, ofreció toda su fortuna a la parroquia de Pampamarca a cambio de su libertad, pero fue en vano. López de Sosa y tres otros clérigos lo acompañaban en su celda el 9 de noviembre.⁶ En una cercana explanada, Tupac Amaru explicó a los reunidos que cumplía órdenes del poderoso visitador general, José Antonio de Areche, aprobadas por la Audiencia de Lima. En los siguientes meses, frecuentemente se refirió a los mandatos o autorización que recibía de las autoridades en Madrid, entre ellas, el propio rey. Por supuesto, no era cierto, pero muchos le creían o, al menos, sentían que estaba cumpliendo los deseos del monarca: que si «Su Majestad» supiera la situación de los Andes, comprendería. Se propagaron rumores de que Arriaga sería castigado; la asombrada multitud preguntó la razón. Muchos juzgaban que era la voluntad de Dios.⁷

El 9 de noviembre, moviéndose a caballo, Tupac Amaru ordenó que españoles, mestizos e indios se organizaran en columnas militares. Estaba elegantemente vestido:

[...] casaca, pantalones cortos de terciopelo negro, que estaban entonces de moda, medias de seda, hebillas de oro en las rodillas y en los zapatos, sombrero español de castor, que entonces valían veinticinco pesos, camisa bordada y chaleco de tisú de oro [sic], de un valor de setenta a ochenta pesos. Usaba el pelo largo y enrizado hasta la cintura.⁸

El kuraka repitió esta maniobra el día siguiente, instruyendo a los miles de presentes para que lo siguieran a una cercana loma donde se había instalado una horca. Algunos de ellos ondeaban una bandera blanca con una cruz roja.⁹ Un mestizo leyó una proclamación en español y quechua: «Por el Rey se mandaba que no hubiera alcabala [el impuesto sobre las ventas], aduana, ni mina de Potosí, y que por dañino se le quitase la vida al corregidor Don Antonio de Arriaga».¹⁰ Según un testigo, Tupac Amaru refirió que

[...] en nombre del Rey nuestro señor, se promulgó la sentencia de muerte [contra el corregidor Arriaga], relatando que esta se hacía por dañino y tirano, que [además] se asolase los obrajes, se quitasen mitas de Potosí, alcabalas, aduana, repartimiento y que los indios quedasen en libertad y en unión y armonía con los criollos [...].¹¹

Otro testigo lo cita como diciendo que él tenía «órdenes superiores» de abolir impuestos y aduanas y de expulsar a los corregidores y propietarios de obrajes, y que sus acciones no iban en contra de Dios o del rey: «era mandato del superior» que «viviesen los Indios y Españoles hermanablemente». ¹² La multitud comprendió que estaba presenciando un evento trascendental. Los indios escuchaban, en su propio idioma, acerca de la abolición del repartimiento, la mita y la alcabala, y asistían a la condena de la máxima autoridad española en la región. Mestizos y criollos se preguntaban, preocupados, si estos cambios —al parecer bienvenidos— podrían conducir a la agitación y a tener indios peligrosamente independientes. Los españoles no comprendían del todo qué estaban viendo, pero temían por sus vidas.

Un pregonero encabezó la procesión a la horca, anunciando que se estaban cumpliendo los deseos del rey y repitiendo la promesa de que las aduanas, la alcabala y la mita serían de ahí en adelante abolidas. Tupac Amaru le ordenó hablar en quechua, una lengua que nunca se usaba en eventos o documentos oficiales. ¹³ Los tres curas acompañaron a Arriaga, rodeados por soldados. Una vez en la horca, estos últimos llevaron al personal de Arriaga a su lado y forzaron al corregidor a reemplazar su uniforme militar por el hábito de penitencia de la orden franciscana. El esclavo negro de Arriaga, Antonio Oblitas, fue forzado a servir de verdugo. En el primer intento, cuando tiró para elevar al corregidor, la cuerda se rompió, y esclavo y amo se desplomaron, Oblitas recibió varias cuerdas más para llevar a cabo su tarea, y ciertas personas que se hallaban cerca de la horca, algunas de ellas partidarias de Arriaga, llegaron a tirar de ellas. Todos los que comentaron el evento señalan el silencio sepulcral. Un testigo afirma que algunos indios pasaban por el cadáver de Arriaga y se burlaban en quechua: «Judío, ¿no solías hacer esto?» [¿Judío manachu caita rurahux canqui?]. ¹⁴ Como sucedería a lo largo de todo el levantamiento, Micaela tuvo un rol activo en este ajusticiamiento. En un informe del hecho se mencionaba que «excede en espíritu y malicia a su Marido: ella tuvo la maior inteligencia en el suplicio del correg. Arriaga y en medio de la flaqueza de su sexso, esforsaba las diligencias injustas de aquel omicidio cargando en su misma mantilla las Balas nesarias para la guardia». ¹⁵

Las especulaciones sobre por qué Tupac Amaru y Micaela Bastidas habían ejecutado al corregidor Arriaga circularon como una tormenta por la multitud ese fatídico 10 de noviembre. Desde ese día, la gente no ha cesado de preguntarse el motivo. Entonces y hoy, se han esgrimido razones que van desde lo personal (una cuestión de resentimiento) hasta lo macropolítico (el debilitamiento del dominio hispano). Por supuesto, la biografía de Tupac Amaru es fundamental para la explicación. El kuraka había presenciado las peores formas de la explotación española del pueblo indígena y se encontraba cada vez más presionado para cumplir sus deberes como intermediario entre el mundo quechua y el español. Su

trabajo como comerciante y arriero lo había llevado a recorrer los Andes, mientras que sus batallas legales para recuperar un título de marqués lo habían forzado a pasar ocho meses en Lima, la capital del virreinato, en 1777, donde estableció importantes contactos y obtuvo un profundo conocimiento del Perú. Tenía el respeto de los indios del Cuzco, razones para detestar al español, y la experiencia y el mundo que le otorgaban sus viajes para organizar un levantamiento.

En términos más generales, en 1780 las autoridades coloniales continuaron intensificando las reformas borbónicas, una serie de medidas orientadas a incrementar los impuestos y la mano de obra indígena, al mismo tiempo que reducían la autonomía de los indios. Los reformadores españoles buscaban restringir el pacto sellado en el siglo XVI, que garantizaba a los indios ciertos derechos, entre los que se incluían un alto grado de autonomía cultural y política, y el control de la tierra comunal, a cambio de subordinación y de una serie de impuestos. Aumentaron las demandas de mano de obra e impuestos, y se debatió acerca de cómo (o si) asimilar a la población nativa y convertir a los indios en súbditos españoles. En la práctica, esto significaba que, en el sur andino, los indios enfrentarían impuestos más altos y nuevos, el renacimiento de viejas y despreciadas prácticas, tal como la mita de Potosí, y un ataque a sus autoridades étnicas, los kurakas.

Las reformas también buscaron reducir el poder de la Iglesia. Las tensiones entre las autoridades seculares y religiosas se intensificaron en la década de 1770 y salieron a la luz durante todo el levantamiento. Antes de morir, el propio Arriaga se había enfrentado a los curas por asuntos de protocolo y finanzas. El hecho de que Tupac Amaru se involucrara en estos conflictos ayuda a explicar la rebelión y la simpatía que despertaba en algunos sacerdotes. Como era de esperar, varios de ellos se opusieron a los esfuerzos del gobierno colonial por controlar y gravar sus parroquias. Al mismo tiempo, durante la rebelión, numerosos curas permanecieron en sus iglesias y lucharon contra los rebeldes «detrás de las líneas», señalándolos como apóstatas y paganos, y fortaleciendo el ánimo de los realistas. De esta manera, la «Iglesia católica», una expresión que no debería concebirse en singular, proveyó tanto seguidores como oponentes. El levantamiento surgió de y puso a la vista estas y otras profundas tensiones en el sur andino del Perú.¹⁶

Para finales de 1780, las fuerzas de Tupac Amaru habían derrotado a los españoles en varios enfrentamientos. Él y sus seguidores entraban a los pequeños pueblos de indios para ganar reclutas y provisiones. Buscaban matar a todos los corregidores (la mayoría, sin embargo, huyó antes de que llegaran), y encarcelaban a los hacendados, tan odiados por los indígenas. Los rebeldes arrasaban los pequeños obrajes que existían en el área, que servían en la práctica como prisiones para sus trabajadores indígenas, y distribuían sus tejidos entre los conmocionados lugareños. Tupac Amaru y otros líderes hablaban en quechua a las masas indias y esparcían rumores de que el kuraka encarnaría el regreso de los

incas, pues, como indicaba su nombre, estaba vinculado con uno de los últimos gobernantes del Imperio incaico, Tupac Amaru I (1545-1572). Por cierto, la extendida creencia en el posible retorno de un gobernante inca alimentó la insurrección.

Estos ataques fueron solo el comienzo: el levantamiento rápidamente se propagó a través de los Andes. El Estado colonial colapsó en gran parte del área que se extiende del Cuzco a Puno, cerca del lago Titicaca, en el sur. Ahí, las autoridades no se atrevían a recaudar los impuestos o a imponer la mita. Con el colindante Alto Perú o Charcas bajo el fuego de una coalición de sublevaciones frecuentemente alentadas por los llamados kataristas, y revueltas inspiradas en lo ocurrido cerca del Cuzco brotando al norte y al sur, los españoles enfrentaron el mayor desafío militar desde el siglo XVI con esta rebelión, que se convirtió en la más importante de la historia colonial. Aunque las autoridades coloniales subestimaron al principio la insurrección, a fines de 1780 se dieron cuenta de que el control que ejercían sobre el Perú y más allá de él peligraba.

La experiencia de la rebelión

La rebelión de Tupac Amaru no es una historia sin contar. Generaciones de historiadores han escrito sobre ella, en un rango que va desde historias épicas en el siglo XIX hasta trabajos científico-sociales a fines del XX.¹⁷ Este libro se elaboró sobre la base de abundantes estudios publicados los últimos cuarenta años, aproximadamente. Ellos incluyen dos importantes colecciones de documentos en varios volúmenes, así como trabajos sobre temas específicos, tales como los levantamientos anteriores (los de la década de 1770), los conflictos en pueblos y ciudades alejados de la base de Tupac Amaru en el Cuzco, y la historia de los obrajes.¹⁸ Dos fenómenos coinciden alrededor de 1970 para provocar fascinación por Tupac Amaru y aumentar el número de investigaciones: el interés en las revueltas rurales a causa de la guerra de Vietnam y de otras luchas anticoloniales, y, en el Perú, el singular «gobierno militar revolucionario» de Juan Velasco Alvarado (1968-1975), que lanzó a José Gabriel Tupac Amaru como el antecedente de la revolución que independizó al Perú de España. Fue durante aquellos años que los 86 volúmenes de la Colección documental de la independencia del Perú (1971-1976) se publicaron, y que se emprendió la Colección documental del bicentenario de la revolución emancipadora de Tupac Amaru (sus siete tomos aparecieron entre 1980 y 1982).¹⁹ Ambas proveyeron miles de páginas de documentación transcrita e indexada sobre el levantamiento. A pesar de esta profusión de estudios, no existe ningún análisis accesible de la rebelión de Tupac Amaru en inglés, y los que están escritos en español están desfasados o fuera de circulación.²⁰

Con todo, este libro no es solo un panorama revisado, el recuento de una historia bien conocida con algunas nuevas citas y documentos. Procura presentar



Mapa 1. Parte centro-occidental de América del Sur.

argumentos nuevos sobre el levantamiento y contribuir a debates más amplios sobre los temas de violencia y geografía. Mi primera contribución, un asunto de amplitud cronológica o marco temporal, es aparentemente trivial, pero importante. Prácticamente todos los estudios se centran en el periodo que va desde la ejecución de Arriaga en noviembre de 1780 hasta mediados de 1781, cuando los españoles capturan y ejecutan a importantes líderes rebeldes. Las ejecuciones son fascinantes y horriblos eventos que, no obstante, sirven malamente como

final de un libro o como punto de comienzo o de llegada para el análisis de una insurrección. Varios de los más intrigantes e influyentes momentos de la rebelión ocurrieron después de abril de 1781, cuando el primo de Tupac Amaru, Diego Cristóbal, y otros, se hicieron cargo del liderazgo. El levantamiento se volvió cada vez más sangriento conforme se desplazó hacia el sur, al área cercana al lago Titicaca. Fue allí donde la fuerza de los rebeldes emergió poderosamente, ya que barrieron el Altiplano y se vincularon con insurgentes del Alto Perú. Con su control de América en peligro, los españoles se dividieron entre una línea moderada y otra dura, que finalmente prevaleció e impuso medidas draconianas contra la población indígena que marcaron a la región hasta las guerras de independencia americanas (1808-1825) e incluso después. Solo a través de un análisis de eventos pasados por alto entre 1782 y 1783 puede comprenderse el levantamiento y su legado.²¹

También provee —otra contribución— el primer retrato completo de Micaela Bastidas. Los autores siempre la han dejado al margen como un actor secundario, si bien importante, en parte a causa de la carencia de fuentes para desarrollar su personaje. He encontrado rico material sobre ella y la he colocado, como lo estuvo entonces, a la luz de los reflectores. Antes del levantamiento, Bastidas acompañó activamente a Tupac Amaru en su trabajo como comerciante-arriero. Cobraba deudas, contrataba a peones y arrieros, planeaba los largos viajes al norte de Argentina y representaba a José Gabriel en sus frecuentes ausencias. Como sigue siendo común en los Andes, ella supervisaba las finanzas familiares. Todas estas herramientas la prepararon bien para convertirse en una líder rebelde, particularmente para administrar la logística. Más que acompañar o apoyar a su marido, Micaela dirigió la rebelión con él.

El libro también vuelve sobre el rol de la Iglesia católica en el levantamiento. La mayoría de estudios se han centrado en los curas que apoyaron a los rebeldes. Esto refleja, creo, la masiva documentación generada por los juicios contra clérigos que permanecieron con Tupac Amaru (como López de Sosa y Bejarano), así como la tendencia de los historiadores (particularmente en las décadas de 1970 y 1980) a buscar hombres de hábito entre los héroes rebeldes.²² Sostengo que la Iglesia católica, particularmente el obispo del Cuzco, Juan Manuel Moscoso y Peralta, fue fundamental en la represión del levantamiento. Él excomulgó a Tupac Amaru y exigió no solo que los párrocos permanecieran en las áreas controladas por los rebeldes, sino que hicieran proselitismo en contra de la insurrección. Tupac Amaru y Micaela Bastidas no supieron qué hacer. Sumamente religiosos, los dos líderes rebeldes no pudieron concebir un mundo sin la Iglesia, y tampoco elaborar un plan efectivo para silenciar a estos realistas. Las historias de curas que permanecieron detrás de las líneas enemigas cambiarán radicalmente los estudios sobre la etapa tardía de la América española colonial, y contribuirán a este rico argumento narrativo.

Intento contar la historia entera del levantamiento, desde su comienzo hasta su legado. Regreso a los eventos, explorando por qué algunos protagonistas buscaron permanecer neutrales. Apunto a dar al lector una idea de la experiencia de vida que supuso la insurrección.²³ El objetivo es no solo extender el análisis cronológicamente, sino también averiguar cómo se comprendió la rebelión y se participó en ella. El aluvión de estudios publicados en décadas recientes ha pasado por alto los fascinantes eventos de la rebelión en su totalidad. Deseo sumergir al lector en las pavorosas campañas guerrilleras, la implacable propaganda de guerra, la horrible represión y las profundas secuelas de la rebelión, que evidencian el miedo y la indecisión de ambos bandos y el espacio cada vez más estrecho que tuvieron para la neutralidad y la negociación. Vierto nueva luz sobre Tupac Amaru y Micaela Bastidas, a la vez que analizo el rol de la gente común que luchó por o contra el levantamiento, o que buscó permanecer al margen. Espero ayudar a responder cuestiones vitales sobre esta y otras rebeliones: ¿por qué lucharon?, ¿qué buscaron?, ¿por qué tuvieron tanto éxito al principio y al final fracasaron?

Sangre y precipicios

Dos temas o fenómenos forman la columna vertebral de este estudio: la violencia y la geografía. La violencia está en el centro de cualquier levantamiento masivo, y este libro examina por qué y cómo mueren las personas. La rebelión de Tupac Amaru provee al respecto un material tan rico como sombrío. No solo el número de muertos alcanzó, según lo reportado, los 100.000 (el virreinato del Perú tenía en ese entonces alrededor de 1,8 millones de habitantes), sino que las historias son horribles. Las fuerzas coloniales exterminaron a cientos de combatientes indígenas a la vez, exhibiendo sus cabezas en picas, mientras que los rebeldes cometieron atrocidades que incluyeron violar a mujeres muertas, beber la sangre de los recientemente asesinados usando sus cráneos como copas, y ahogar a niños en el lago Titicaca.

El análisis se basa en el argumento de Stahis Kalyvas, en su trabajo sobre las guerras civiles griegas, de que «claramente, la relación entre actores políticos y poblaciones subyacentes debe ser problematizada más que dada por sentada sin más».²⁴ Líderes y seguidores constantemente negocian los términos de su relación y los caminos de la guerra. Demasiados estudios de levantamientos andinos han asumido que los combatientes rebeldes y realistas seguían a sus líderes como borregos: su lealtad se da por sentada o se pasa por alto. Presto particular atención a por qué y cómo la violencia se intensificó con el tiempo. De hecho, los esfuerzos iniciales de ambos bandos por respetar a aquellos que permanecían neutrales se quedaron a mitad de camino, y las atrocidades aumentaron. La lucha se movió hacia

17-18-19

Español

indio

PROLOGO

una «guerra total», en la que los límites entre quienes iban a ser atacados y quienes iban a ser movilizados desaparecieron.²⁵

Antes del siglo XX, la gente seguía reglas en gran parte no escritas cuando se dirigía una guerra. La comprensión de cómo las mujeres y niños debían ser tratados, de si el combatiente enemigo merecía sepultura y de si los soldados tenían el derecho a saquear, variaba en gran medida según la cultura militar imperial o la cultura local, y las particularidades de la propia guerra.²⁶ Algunas reglas se aplicaban, pero podían alterarse dramáticamente en el curso de una lucha. Este fue el caso del Perú, donde la rebelión rápidamente empujó a sus seguidores y enemigos a un territorio desconocido. Este libro vierte luz sobre este nuevo terreno, donde las restricciones o limitaciones sobre la violencia se aflojaron o incluso desaparecieron.

Las autoridades coloniales tenían poca experiencia en reprimir estos levantamientos masivos que de tanto en tanto sacudían el corazón andino de América. No contaban con un ejército permanente en Lima o el Cuzco y, al menos al comienzo, confiaron en las milicias, que habían resultado apropiadas para sofocar las revueltas locales. En los motines y agitaciones anteriores a 1780, las milicias aprovechaban su ventaja en el armamento (indios y negros estaban prohibidos de poseer armas de fuego), se trasladaban a un pueblo, capturaban y ejecutaban a los líderes, y retornaban a Lima una vez que el orden se había restaurado. La rebelión de Tupac Amaru demandó un esfuerzo mucho mayor.²⁷

En el siglo XVIII, la población indígena del Cuzco y del área del lago Titicaca había entablado juicio a las autoridades, las había ejecutado en las afueras de los pueblos, se había amotinado e, incluso, se había apoderado de ciertos poblados. La sumisión no caracterizaba las relaciones indígenas-Estado. La rebelión de Tupac Amaru, sin embargo, fue una empresa de mayor envergadura. Sin ningún precedente —la lucha que ocurría simultáneamente en lo que sería Estados Unidos era, para el Perú, un fenómeno distante, mal reportado—, los rebeldes inventaron las reglas conforme el levantamiento se expandió. De hecho, los debates acerca de la violencia —quién iba a ser asesinado y cómo— demostraron ser un importante punto de discusión tanto entre los rebeldes como entre los realistas. Este libro traza la naturaleza cambiante de la violencia en esta insurrección.

Mientras que un levantamiento de masas que luchaba en un vasto territorio era un hecho sin precedentes en el Perú, la violencia no lo era. Ella formaba parte de la vida cotidiana de un indígena, parte de la estructura de la sociedad colonial. Las autoridades, desde los corregidores hasta los kurakas, arrestaban, azotaban, golpeaban y amenazaban con la finalidad de asegurar que los indios pagaran sus impuestos y trabajaran para el Estado, la Iglesia y otros. Pero el Estado colonial no tenía el monopolio de la violencia. Los hacendados contaban con cárceles y horcas para asegurar el orden y la obediencia, y los obrajes se habían convertido

en prisiones privadas, en tanto sus propietarios encerraban a los indios para hacerlos trabajar en condiciones extremas. Los rebeldes destruyeron las horcas y prisiones, o pusieron el mundo al revés al tomar el poder en sus manos. Tampoco se trató de una violencia unidireccional. La población local, indios y otros, demostró gran capacidad para golpear, flagelar, violar y coaccionar a cualquiera que fuese diferente, como lo demuestran los abultados registros de juicios en el archivo histórico del Cuzco.²⁸ La bebida frecuentemente jugaba un papel en todo ello. Aun así, esto no significa que la sociedad andina fuera particularmente violenta. En este periodo, Europa también era un lugar de incontables formas de agresión, tanto por parte del Estado como de las clases más altas, y en las clases más bajas.²⁹

Una tendencia destaca en la rebelión: la agresión en ambos bandos se incrementó y se volvió más sangrienta conforme el levantamiento se apartaba de su base en el Cuzco y transcurrieron los meses. En las semanas iniciales después de la ejecución de Arriaga, Tupac Amaru se aseguró de que los rebeldes solo atacaran a autoridades españolas. Protegió a ricos criollos u a otros a quienes los combatientes indígenas podrían haber entendido como el enemigo. Sin embargo, a través del tiempo y el espacio, todo esto cambió. Ambos bandos comenzaron a masacrar a sus oponentes, y la neutralidad se volvió imposible. Para mediados de 1781 ninguno tomaba prisioneros, pues se mataba a todos los que se capturaban. De hecho, las atrocidades comenzaron a reflejar a los unos en los otros. Los realistas colgaban a los rebeldes y mostraban partes de sus cuerpos; los rebeldes humillaban y trataban brutalmente a sus cautivos. Para finales de 1781, rebeldes cerca del lago Titicaca perforaron ojos y bebieron sangre en el cráneo de sus enemigos. Cada lado miraba crecientemente al otro como bárbaros, como malos cristianos, lo que justificó una violencia mayor.

La espiral de violencia se salió de control a causa de tres factores superpuestos: liderazgo, cronología y geografía. En primer lugar, Tupac Amaru y Micaela Bastidas buscaron controlar la agresión de sus combatientes. Haciendo hincapié en que la lucha era solo contra los malos españoles, protegieron a criollos, mestizos e, incluso, a indios pudientes de la ira de los rebeldes. Se las arreglaron para hacer esto muy efectivamente en el área central que estaba a su cargo. Cuando la rebelión se expandió (y, por supuesto, cuando José Gabriel y Micaela ya no eran los líderes), esto se hizo más difícil, y los rebeldes atacaron también a los que no eran españoles. Mientras que Tupac Amaru y Micaela Bastidas protegieron a mestizos y criollos, algunos rebeldes en la segunda fase agredieron a gente simplemente por vestir a la usanza hispana o hablar español. La misma escalada de violencia ocurrió en el caso de los comandantes realistas: siendo menos numerosos, fueron menos capaces de controlar la furia de sus seguidores (o estuvieron menos dispuestos a hacerlo).

Castigo

En segundo lugar, como el levantamiento se prolongó, cada lado abandonó las restricciones que había mantenido respecto de no asesinar a «civiles», victimizar a mujeres o saquear comercios y haciendas. La violencia engendra violencia, y, como cada bando incrementó la agresión, el otro actuó en correspondencia. La transformación no solo fue táctica o un subproducto de la búsqueda de venganza. Cada lado concibió y señaló al otro como hereje, como cristianos caídos que merecían la muerte. Esta transformación ideológica justificó una mayor violencia, lo que, a su vez, reforzó la interpretación del oponente como pagano o bárbaro. Lo que comenzó como un levantamiento evolucionó hacia una guerra de guerrillas, y luego se convirtió en un despiadado baño de sangre.

La geografía o el espacio fue el tercer factor: importantes cambios pueden verse según donde tuvo lugar el combate. Cuando el centro de la rebelión se desplazó desde el Cuzco hacia el lago Titicaca, la violencia empeoró; ello tuvo mucho que ver con el marco temporal esbozado arriba —Tupac Amaru y Micaela Bastidas no pudieron controlar a sus fuerzas, y, con el tiempo, la agresión fue peor—, pero también con las diferentes poblaciones y su relación con el Estado colonial y entre ellas.

El Estado y la Iglesia tenían una mayor presencia en el Cuzco que en el área del Titicaca. En la antigua capital de los incas, Tupac Amaru mismo había defendido su caso en instancias judiciales, había presionado a corregidores, obispos y patriarcas, y había usado su poder como kuraka para tratar de mejorar su suerte y la de los indios que representaba. Asimismo, había asistido al prestigioso colegio de kurakas de la ciudad y se había codeado con personas de toda clase: desde indios comunes hasta gente poderosa. La demografía (más grupos intermedios, como el de los mestizos) y la economía (más redes comerciales activas) suponían que diferentes grupos étnicos se conocieran y coincidieran en la vida diaria. Este contacto o intercambio pudo, probablemente, construir lazos y fortalecer una empatía que disminuyeran la posibilidad de violencia. Los pueblos que Tupac Amaru representaba como kuraka y que sirvieron como centros rebeldes —Tungasuca, Surimana y Pampamarca— estaban a solo unos 80 kilómetros del Cuzco. Incluso las más humildes personas tomaban la ruta del muy transitado valle para comerciar o visitar a conocidos en la antigua capital inca.

En contraste, en el sur, alrededor del Titicaca, el Estado y la Iglesia estaban menos presentes. Ambas instituciones existían para supervisar el gobierno colonial y la explotación de los indios. Sin embargo, también podían proteger a la población local de una conducta considerada abusiva o abominable. Estas «válvulas de seguridad» no eran tan eficaces en los territorios fuera del Cuzco, donde indios y españoles tenían menos contacto, lo que ayuda a explicar por qué la violencia fue más cruda ahí. Los indios tuvieron pocos reparos en atacar a los españoles, particularmente después de más de un año de guerra, hasta el punto de que

los españoles no tomaron prisioneros y asumieron que todos ellos eran rebeldes sanguinarios. El español definió equivocadamente estas acciones valiéndose del término «civilización» —los indios del sur eran más «salvajes» o «bárbaros» que los del Cuzco. Lo que ocurría, realmente, era que estos indios se habían adherido menos al sistema colonial que sus compañeros en el Cuzco, además de sufrir una brutal explotación. La guerra misma borró cualquier empatía —un impedimento clave para el uso de la coerción— con los españoles.³⁰

No obstante, este argumento espacial o cultural no debería exagerarse o simplificarse demasiado. El razonamiento opuesto puede ser igualmente válido: la presencia de un Estado (colonial) fuerte implica una mayor explotación y, por lo tanto, una mayor probabilidad de tensión y violencia. La ciudad del Cuzco y el área que la rodeaba eran ciertamente violentas antes del levantamiento. Eminentemente investigadores continúan debatiendo si la modernidad y el «proceso de civilización» reducen, incrementan o modifican la violencia.³¹ Sin embargo, Tupac Amaru y Micaela buscaron limitar la agresión contra los españoles e imaginaron una utopía posinsurrección libre de explotadores hispanos. Los rebeldes, más al sur, atacaron a un grupo mucho más amplio. Mostraron particular crueldad en los pueblos de los que se apoderaron en los alrededores del lago Titicaca. Este contraste refleja los otros dos factores subrayados aquí —el liderazgo y los cambios a lo largo del tiempo—, pero también una realidad social diferente en el sur.

La geografía, o topografía, marcó el levantamiento: no solo las batallas, sino también la animosidad entre los dos bandos. De hecho, algunas ideas acerca de la naturaleza —es decir, los Andes— configuraron cómo cada lado vio al otro y luchó contra él. Este estudio enfatiza la centralidad de estos conceptos para comprender el derramamiento de sangre y, en general, el colonialismo.³² Los españoles se quejaron incesantemente de las imponentes montañas y de los pasos escarpados que los rebeldes aprovechaban. Se maravillaron de cómo la gente podía vivir a más de 3600 metros sobre el nivel del mar y relacionaron este difícil hábitat con la supuesta mala adaptación de los indios a las costumbres hispanas. Como los rebeldes se retiraron frecuentemente a los cerros, una clásica táctica de guerrilla (término que no había sido aún inventado), los españoles creyeron que los descendientes del Inca habían dado la espalda al idioma español y el cristianismo durante siglos. Los indios, a su vez, vieron a los soldados —al menos a los de la costa— como foráneos que merecían ser obligados a retroceder. También cuestionaron su cristianismo.

Durante los últimos 150 millones de años, más o menos, las placas tectónicas formaron los Andes. La placa de Nazca, debajo del océano Pacífico, se deslizó muy lentamente bajo el zócalo de América del Sur: el impacto que eso causó provocó terremotos y empujó la tierra hacia arriba y hacia un lado. Para explicarlo, algunos usan la imagen de un capó después de un choque. Dos cordilleras

Geografía
y
violencia

principales, la Oriental y la Occidental —llamadas también la Negra y la Blanca, en tanto las montañas más cercanas al Pacífico tienen considerablemente menos nieve que el resto—, se extienden por buena parte de América del Sur, con picos que se elevan por encima de los 6000 metros sobre el nivel del mar. En varios lugares, las montañas que van de este a oeste tienden un puente entre las dos cordilleras, separando los valles de la sierra. Las placas tectónicas también forman quebradas y lagos; el más notable es el Titicaca, que ocupa lo que hoy es el límite entre Perú y Bolivia, y es frecuentemente llamado «el lago navegable más alto del mundo» (refiriéndose a gran embarcaciones). En el Cuzco, las aguas de los ríos Vilcamayu y Paucartambo discurren hacia el noreste, hasta el río Ucayali y de ahí al Amazonas. Los valles cálidos al norte y noreste del Cuzco (que incluye la zona donde se eleva la meca turística de Machu Picchu) fueron apenas tocados por la rebelión de Tupac Amaru.

En lugar de ello, la rebelión se extendió del Cuzco al lago Titicaca. Pueblos al sur de la ciudad del Cuzco, como Tungasuca y Pampamarca, situados aproximadamente a 3500 metros sobre el nivel del mar, se beneficiaban de tierra agrícola de primera calidad, a diferencia de las escarpadas tierras altas o *punas* de la zona, a solo 80 kilómetros al suroeste de Pampamarca, que se elevaban muy por encima de la zona de crecimiento de los árboles. Estas tierras, a más de 4200 metros de altitud, fueron correctamente llamadas las «provincias altas». Los españoles no podían creer que la gente pudiese vivir allí, y el área se convirtió en un semillero rebelde.

A medida que los insurrectos y los ejércitos coloniales que los perseguían avanzaron del Cuzco hacia la cuenca del Titicaca, al sureste, las alturas se volvieron más pronunciadas, el aire se enrareció, los valles se estrecharon y los cerros se hicieron más y más empinados. A mitad del camino entre Puno y el Cuzco, las dos cordilleras andinas se juntan en un abra cubierta de nieve, el paso de La Raya. Hoy, los pasajeros que viajan en tren, a menudo asorochados, estiran su cuello para mirar los glaciares y suelen creer que están en terreno lunar. Desde esta puerta de entrada al sur, hacia la cuenca del Titicaca, una altura de más de 3900 metros sobre el nivel del mar se vuelve la norma. El maíz no crece a esta altitud, y la ganadería (vacuna, ovina, caprina y camélida) es la base de la economía. En términos lingüísticos, el quechua, la lengua franca de los incas —y hoy la más extensa lengua indígena de América, con más de diez millones de hablantes—, predominaba en la región del Cuzco. En cambio, alrededor y al sur y este de la cuenca del lago Titicaca, lo que es conocido como el Collao y hoy es parte de Bolivia, la mayoría de la población hablaba y habla aún aimara.³³ Durante todo el levantamiento, los realistas se quejaron amargamente de la altitud, de los escarpados cerros, y del rechazo hacia el español y su lengua. Los rebeldes usaron todo esto a su favor.

Esta dicotomía entre una costa española (Lima) y una sierra india (el Cuzco) no debería tampoco exagerarse. El español tenía una fuerte presencia en el Cuzco, y los indios constituían alrededor del 10% de la población de Lima, una ciudad de unos 50.000 habitantes en aquel tiempo. Con 30.000 habitantes en 1780, el Cuzco era la segunda ciudad del virreinato del Perú, el centro administrativo clave entre Potosí, en el Alto Perú, y Lima.³⁴ El Estado colonial mantuvo importantes instituciones y autoridades allí, y a través de los siglos, miles de españoles se asentaron en el Cuzco para trabajar como comerciantes o hacendados. Esta presencia española se debilitaba conforme uno se desplazaba hacia el Títicaca: en esa dirección, menos españoles poseían haciendas o minas, o trabajaban como comerciantes, y el Estado dependía más de las autoridades indígenas (kurakas) que de los funcionarios hispanos. En cuanto a los mestizos —aquellos de sangre española e india—, constituían un segmento significativo de la población de la ciudad del Cuzco: alrededor del 50%, de acuerdo con los imprecisos censos de la época. Aunque importantes, tenían menos peso demográfico en las áreas rurales hacia el sur, donde, en el siglo XVIII, la línea divisoria entre españoles e indios permanecía intacta. Como el Ejército español aprendería en el transcurso del levantamiento, el Collao era más indígena que el Cuzco, y su geografía incluso más accidentada.

En los Andes peruanos, las comunidades indígenas situadas en las zonas de menor altura se especializaban en la agricultura, mientras que aquellas en las áreas más altas se centraban en la ganadería, tanto de animales venidos de afuera (vacas y cabras, entre otros), como de camélidos americanos (llamas, vicuñas, guanacos y alpacas). Pero este contraste tampoco es tan marcado como puede parecer. La genialidad de los incas —el notable imperio que gobernó los Andes durante los tres siglos anteriores a la llegada de los españoles— estuvo en su habilidad para cultivar una vasta variedad de alimentos en diferentes pisos ecológicos, e intercambiar y distribuir bienes entre la sierra, las tierras bajas de la Amazonía y la costa. Estos «archipiélagos verticales» no se desmoronaron con la conquista. En el siglo XVIII, las comunidades indígenas de los valles frecuentemente mantenían pastizales en las partes altas y comerciaban activamente con productores de hojas de coca y ajíes de las zonas más cálidas en dirección al Amazonas.³⁵ El propio Tupac Amaru fue un arriero especializado en la ruta entre el Cuzco y Jujuy (el actual norte de Argentina). En general, las comunidades situadas en zonas de menor altitud y las cercanas a ciudades —como el Cuzco o Puno— eran más ricas que aquellas ubicadas en áreas remotas. Sin embargo, también afrontaban una mayor supervisión de las autoridades, tal como el corregidor Arriaga. Este estudio resalta algunas diferencias clave acerca de cómo estas diversas regiones reaccionaron ante el levantamiento y participaron en él.

En relación con la geografía, la rebelión de Tupac Amaru abarcó un área más extensa que la lucha coetánea en Norteamérica, donde se libraba la guerra de independencia. En sombrios términos comparativos, el nivel de violencia se aproximó al de la revolución haitiana una década más tarde, donde hubo hasta 100.000 muertos.³⁶ Esta rebelión de masas alteró profundamente al Perú y la presencia española en América, y echó una gran sombra sobre las guerras de independencia que estallaron en los inicios del siglo XIX. Por un lado, la represión fue brutal y los sentimientos antiindios florecieron (o resurgieron) a través de los Andes en las siguientes décadas. La rebelión profundizó la división costa-sierra. Por otro lado, los indios recordaron la sublevación con orgullo y ganaron ciertos derechos, pues los españoles temían otro levantamiento. En décadas recientes, José Gabriel Condorcanqui —Tupac Amaru II— proveyó de nombre a dos grupos alzados en armas (los tupamaros en Uruguay y el Movimiento Revolucionario Tupac Amaru en el Perú), y a un cantante de rap, Tupac Shakur. El nombre de Tupac Amaru está en todas partes en el Perú. Yo espero revelar por qué continúa resonando en estas tierras, en Bolivia e incluso más allá.

Los Andes en el mundo atlántico

José Gabriel Condorcanqui, nacido el 10 de marzo de 1738 en Surimana, era hijo de Miguel Condorcanqui Usquionsa Tupac Amaru y de María Rosa Noguera. Miguel, quien murió en 1750, era el kuraka de tres pueblos de la provincia colonial de Tinta: Surimana, Pampamarca y Tungasuca, un cargo que heredó José Gabriel. Este usaría a lo largo de su vida varios apellidos. Condorcanqui —«tú eres un cóndor» en quechua— era el patronímico relacionado con sus derechos al kurakazgo, pero también empleaba, como su padre, el apellido Tupac Amaru para subrayar su sangre real inca. Las *amarus* son serpientes mitológicas aladas, mientras que *tupa* (como usualmente se deletreó su nombre) denota realeza o proximidad al Inca.¹ José Gabriel afirmaba ser descendiente directo de Tupac Amaru, el último gobernante inca, decapitado por el virrey Toledo en 1572. Este linaje le dio considerable prestigio entre los indios quechuas, muchos de los cuales creían, dos siglos después de la conquista, que el Imperio inca —el Tawantinsuyo— retornaría. Además, José Gabriel añadía ocasionalmente a su nombre el apellido de su madre, Noguera, con el que algunos investigadores creen que señalaba raíces catalanas.²

José Gabriel pasó su infancia en Surimana, acompañando a su padre en sus viajes a lo largo de la provincia y más allá de ella, mientras este cumplía sus deberes como kuraka y ejercía su oficio de comerciante. Estas expediciones continuaron cuando José Gabriel se hizo mayor de edad y asumió el cargo y profesión de su padre. Después de las clases iniciales de los padres López de Sosa y Rodríguez, estudió en el prestigioso colegio San Francisco de Borja, en el Cuzco, para los hijos de kurakas, dirigido por los jesuitas. Los jesuitas le proveyeron una sólida educación que también imprimió su huella en la definición de su estatus social como futuro kuraka y como alguien de sangre real inca. En esta escuela, justo calle arriba de la imponente catedral del Cuzco, aprendió latín y mejoró su español.³

Como kuraka, José Gabriel mantenía derechos sobre la tierra. También tenía pequeños intereses mineros y campos de coca en Carabaya, al sur, y poseía varias casas y una pequeña hacienda. Su riqueza, sin embargo, no debe

exagerarse: debía y le debían muchísimo dinero, y tenía gravámenes e hipotecas sobre sus propiedades.⁴ Heredó 350 mulas de su padre, que usaba para trabajar el circuito Cuzco-Alto Perú, la ruta de comercio que ligaba Lima y el Cuzco con las tan importantes minas de Potosí. Sobre sus mulas y llamas, transportaba textiles de obrajes locales, así como azúcar, hojas de coca y ajíes secos, para venderlos en la región del lago Titicaca y el Alto Perú. Retornaba con más mulas y otros bienes, así como con correspondencia y encomiendas. Como arriero, estableció importantes contactos a lo largo de esta región y tuvo un punto de vista privilegiado de los altibajos de la economía colonial y de las crecientes presiones ejercidas sobre la población indígena. Al abrigo de fogatas en la noche o cuando negociaba, las personas debieron contarle lo que ocurría en su localidad y pedirle noticias del Cuzco y de lugares más lejanos. Durante todo el periodo colonial y hasta el surgimiento de los automóviles y la difusión de la radio en el siglo XX, los arrieros fueron el principal conducto entre la vida rural andina y el mundo exterior. Las personas reverenciaban a Tupac Amaru por su herencia inca y, de acuerdo con muchos, por sus educadas maneras y su disposición a defender a los más desvalidos.

Por otro lado, el final de la década de 1770 fue una época difícil para la economía andina. El comienzo del comercio de Buenos Aires con el Alto Perú —Lima había mantenido hasta entonces el monopolio— significó que los productores del Cuzco que vendían sus mercancías en Potosí tuvieron que competir con los de Buenos Aires e, incluso, con los de España. Por otra parte, la extendida sobreproducción a través de los Andes empujó los precios a la baja. El tejido de lana gruesa de los obrajes del Cuzco, por ejemplo, enfrentó una competencia sin precedentes de textiles españoles. Más aún, en los años 1778 y 1779, un clima más frío de lo normal en los Andes dañó las cosechas e hizo los viajes más difíciles.⁵ El propio Tupac Amaru experimentó esta crisis. Hacia 1780 tenía considerables recursos, pero también numerosas deudas. Asimismo, era testigo del malestar económico y oyó hablar de él a distintos actores, desde comerciantes al borde de la bancarrota hasta comunidades de indios que no podían solventar la creciente carga fiscal.⁶

Quienes han escrito sobre él se han preguntado durante mucho tiempo si Tupac Amaru fue un indio o un mestizo, una cuestión que no debió plantearse de la misma manera en su época. Sus contemporáneos dejaron en claro que él era ambos, y que sacaba ventaja de su habilidad para moverse entre diferentes grupos sociales. Sus intereses económicos y su educación hicieron de él un miembro de la capa social intermedia colonial, con vínculos con los niveles superior e inferior. Tenía conexiones cercanas con distinguidos residentes españoles y criollos del Cuzco, tal como su amigo Gabriel Ugarte, pero también se sentía cómodo con las masas de la región, los indios quechuahablantes. Hablaba bien tanto la

lengua española como la quechua, escribía un elegante español y agradecía a los jesuitas saber algo de latín. Los sectores altos de Lima lo veían como un indio bien educado. Algunos entendían esto como un aceptable caso de movilidad social, mientras que otros lo consideraban una aberración y una amenaza para las flexibles pero, a fin de cuentas, reales barreras entre los grupos de casta del Perú colonial.

Tupac Amaru y Micaela Bastidas fueron capaces de llevar a cabo la rebelión a causa de esta habilidad para moverse entre diferentes grupos sociales, ganar su aceptación y reclutar adeptos entre ellos. La pareja atrajo, al menos inicialmente, a seguidores españoles, criollos, mestizos, negros y, sobre todo, indígenas. A mitad del levantamiento, sin embargo, este equilibrio de malabarismo se hizo cada vez más precario. Los españoles rápidamente comenzaron a preocuparse por el uso de la violencia y el saqueo de las haciendas. Por otro lado, algunos grupos nunca apoyaron a los rebeldes. Por ejemplo, ciertos kurakas, particularmente aquellos del Valle Sagrado, lo consideraban un arribista perteneciente a un linaje común y corriente. Cuestionaban tanto sus pretensiones de llevar sangre real inca como su situación económica, y se creían superiores en ambos aspectos.⁷

Muchos españoles y criollos se burlaron de la noción de «indio noble» y, a pesar de mantener relaciones comerciales e incluso de amistad con él, no quisieron involucrarse en su proyecto político y rechazaron sus solicitudes de apoyo. Por otro lado, mientras algunos indios veneraban a la pareja, otros abandonaron el movimiento o presionaron para llevar a cabo acciones más radicales y violentas. Dudas acerca de las credenciales revolucionarias de los líderes y la oposición a las alianzas multclasistas que ellos defendían, nutrieron estas deserciones y la insubordinación. En una sociedad tan jerárquica como el Perú colonial, las coaliciones que unían a grupos raciales y sociales se deterioraban rápidamente.

En lo que respecta a Micaela Bastidas, nació en 1744 en el pueblo de Pampamarca. Algunos autores han sostenido que era de Abancay, al noroeste del Cuzco, pero los registros de archivo apuntan a Pampamarca, que era parte del kurakazgo de la familia de Tupac Amaru. Cuando visité este pueblo en el año 2007, los lugareños la reivindicaban orgullosos como suya y mostraban dónde había vivido, a aproximadamente kilómetro y medio del pueblo. Sostenían que parte de su casa había sobrevivido hasta décadas recientes. Su madre, Josefa Puyucahua («mirar las nubes» en quechua) Sisa, y su padre, don Manuel de Bastidas, nunca se casaron. Don Manuel murió en 1746, y su identidad permanece poco clara. Algunos afirman que tuvo ascendencia negra, puesto que unos pocos documentos se refieren a Micaela como una «zamba» o como una mujer de piel canela. Otros aseguran que su padre fue un cura asignado al cercano pueblo de Yanaoca.⁸ Ser una hija ilegítima —sea de un padre parcialmente negro o de un clérigo—, la colocó en una inusual categoría social, lo que le cerró puertas y, sin

duda, la excluyó de la élite. Sin embargo, su certificado matrimonial señala a sus padres como «españoles», un signo que, más que indicar el lugar de nacimiento, revela respetabilidad. Las categorías raciales y estamentales en la América española eran bastantes fluidas, y alguien como Micaela pudo moverse cómodamente entre diferentes sectores y, además, ganar su respeto. Micaela tuvo tres hermanos: Antonio, Pedro y Miguel.

A lo largo de toda su vida, esta mujer fue una devota católica. Tenía poca instrucción y hablaba mejor el quechua que el español. En Pampamarca, la historia oral afirma que fue forzada a trabajar en un obraje, los opresivos talleres textiles de la época. El padre Antonio de Sosa la casó con José Gabriel en Surimana el 25 de mayo de 1760. Tuvieron tres hijos: Hipólito, Mariano y Fernando, nacidos en 1761, 1762 y 1768, respectivamente, todos bautizados por De Sosa en Pampamarca.⁹ El geógrafo inglés del siglo XIX Clements Markham, quien conoció bien el área del Cuzco y escribió ampliamente sobre los incas, el quechua y la geografía andina, la llamó «bella muchacha india». Él lo sabía porque Dominga Bastidas, prima de Micaela, había sobrevivido al levantamiento, y, cincuenta años más tarde, le describió su belleza al general William Miller, quien estuvo en el Cuzco en 1835. Miller retransmitió después la descripción a Markham.¹⁰

Micaela colaboró plenamente en la empresa de José Gabriel. Mientras él estaba de viaje en Lima u otro lugar, administraba sus negocios y los asuntos relativos a su cargo de kuraka, supervisando la recaudación de impuestos y el reclutamiento de mano de obra, y vigilando a los hombres que, durante su ausencia, lo reemplazaban en su trabajo como comerciante. Estas colaboraciones explican cómo pudo ser una líder tan excepcionalmente hábil durante la rebelión. Sobresalió en el pago de las tropas, la administración de las municiones, el mantenimiento de la disciplina, la asignación de los centinelas y la vigilancia de los espías —toda la compleja logística que conforma las campañas militares. Su habilidad trae a la mente el axioma militar: «los aficionados hablan de estrategia; los profesionales de logística». Incluso antes del levantamiento, desplegó su fuerte carácter. Un recaudador de diezmo reclamó que, enfrente del corregidor, había amenazado con «darle de puñaladas» si no cedía.¹¹ Su trabajo como compañera de Tupac Amaru en sus batallas políticas y económicas la preparó bien para el levantamiento.

Por otro lado, la importancia de Micaela en el levantamiento no era una chocante inversión de los roles de género en los Andes. Las mujeres participaban activamente en la economía monetaria, particularmente en la venta de productos del campo y otros bienes en mercados y ferias. Frecuentemente administraban la economía doméstica. Por su parte, los hombres se consideraban los representantes de la familia, a cargo de la situación. La violencia doméstica, comúnmente alimentada por el alcohol, era rampante. No obstante, por lo general, las mujeres eran importantes compañeras en las gran y extensas familias que caracterizaron

el periodo, y dirigían el hogar si los varones estaban ausentes. En el caso de la familia Condorcanqui-Bastidas, Tupac Amaru hablaba indudablemente por la familia y creía tener la última palabra. Pero, como ocurriría en la rebelión, Micaela Bastidas ayudó en la toma de decisiones y administró la economía del hogar.¹²

Aunque los españoles quemaron los retratos de Tupac Amaru que el líder encargó durante la rebelión, tenemos varias descripciones y una pintura. Markham reprodujo una remembranza de los realistas:

Tupac Amaru era de cinco pies y ocho pulgadas de alto, bien proporcionado, nervudo y firmemente constituido. Tenía un rostro indio bien parecido, una nariz ligeramente aguileña, ojos completamente negros y, en conjunto, un semblante inteligente, benigno y expresivo. Su discurso, notable por la facilidad con que era caballeroso, era digno y cortés con superiores e iguales; pero en su trato con los aborígenes, por quienes era profundamente venerado, había seriedad no inconsistencia con sus reclamos legalmente admitidos (de jure) del diadema de los incas. Hay que tener presente que él era emprendedor, frío y perseverante. Su estilo de vida fue apropiado a su rango y, cuando residía en el Cuzco, usualmente vestía un abrigo de terciopelo negro y ropas menudas, a la moda, al terminar el día, chaleco de tejido de oro, lino bordado, un sombrero forrado de piel de castor, media de seda y rodilleras y hebillas de zapato de oro, y permitía que su brillante cabellera negra cayera en bucles que se extendían hacia abajo, hasta cerca de su cintura.¹³

Un español anónimo resaltó asimismo su seriedad, y lo consideró «muy blanco para indio, pero poco para español».¹⁴ Las descripciones de la rebelión lo presentan como una figura elegante sobre un caballo blanco, vestido al estilo español con unos pocos toques andinos, como el *uncu* o túnica y la *mascapaicha* o banda real. Los realistas enfatizaron su frialdad, su comportamiento calculador, ese que le permitió, según ellos, supervisar la matanza de españoles inocentes, mientras que las subsecuentes generaciones de admiradores lo presentaron como un distinguido y apuesto mestizo. Las representaciones de mitad del siglo XX le dieron los músculos imposiblemente grandes de la escuela del realismo social soviético y, en la década de 1960, los rasgos que hicieron de él una suerte de Che Guevara de piel oscura. A su vez, las representaciones de Micaela del siglo XX la muestran como una mujer bella, delgada, de cuello largo y rasgos hispanos. De hecho, muchas han blanqueado considerablemente su piel.

El mundo atlántico alcanza los Andes



Tupac Amaru viajó por todo el virreinato peruano y conoció desde las legendarias minas de plata de Potosí hasta la regia capital colonial de Lima, donde se

encontró envuelto en las nuevas políticas e ideas que emanaban de Europa. Aunque la rebelión no puede comprenderse sin tomar en cuenta las vidas de Tupac Amaru y Micaela Bastidas, y las de las masas indígenas del sur andino, también es necesario examinar los cambios en España y su efecto en sus dominios americanos. Tupac Amaru, Micaela Bastidas y sus seguidores vivieron y padecieron las reformas borbónicas. Sus vidas son excelentes puertas de acceso a la sociedad andina colonial, así como a los cambios globales.

En el siglo XVIII, el conflicto armado y la competencia comercial con Francia e Inglaterra, más una palpable sensación de declive, dieron pie a que España cambiara sus relaciones con sus dominios americanos y sus demandas sobre ellos. Su alianza con Francia en contra de Inglaterra en la Guerra de los Siete Años (1756-1763) resultó desastrosa. En 1762, los ingleses ocuparon La Habana y Manila, dos ciudades estratégicas, un «golpe devastador para el prestigio y moral de los españoles».¹⁵ El rey Carlos III, quien gobernó de 1759 a 1788, comprendió que tenía que renovar las fuerzas armadas y modernizar la administración en España y sus colonias con la finalidad de mantener la paz con Francia e Inglaterra. En 1765, comisionó al licenciado en derecho José de Gálvez para conducir una inspección o «visita general» a Nueva España (México), donde aquel permaneció por seis años. En 1775, Gálvez se convirtió en secretario de las Indias y dominó todos los asuntos de ultramar en la corte de Madrid, hasta su muerte en 1787. Las facciones rivales de españoles en el Perú maniobraron para ganar su favor. Fue Gálvez quien recibió la voluminosa información que llegó del Perú acerca del levantamiento de Tupac Amaru y quien supervisó la respuesta realista.

España siguió de cerca los eventos en Europa y América. Los movimientos anticoloniales en Norteamérica en las décadas de 1770 y 1780 preocupaban a las autoridades. La corte de Madrid creía que si resultaban victoriosos, los patriotas serían un mal ejemplo para la América española; pero, algo todavía peor, si los ingleses mantenían el control, podrían lanzar nuevos ataques al sur.¹⁶ Algunas autoridades temían, incluso, que Inglaterra apoyara secretamente a Tupac Amaru.¹⁷ En realidad, los ingleses centraron su atención y recursos en mantener algún derecho en Canadá y los recientemente creados Estados Unidos. Aunque la prensa inglesa publicó información sobre la «rebelión en el Perú» con cierto agrado, los españoles tenían pocos motivos para pensar en un apoyo de Inglaterra a los rebeldes.

Con el fin de mejorar sus defensas y obtener más ingresos de las colonias americanas, España centralizó su administración colonial e incrementó las demandas sobre la población. Desmantelado el sistema Habsburgo (la dinastía que gobernó el país de 1516 a 1700, cuyo control dependió de la negociación y difusión del poder), se redujo el número de individuos nacidos en América que trabajaban en la administración y se les reemplazó por españoles. Los Borbones.

la casa real de origen francés que gobernó España después de 1700, también reforzaron el control de las unidades administrativas a través de las «visitas» y otros mecanismos. Visitadores generales, tales como Gálvez en México y Areche en el Perú (este último jugaría un rol vital en el drama de Tupac Amaru), se enfrentaron con virreyes y otras autoridades, a quienes ellos creían demasiado laxas y amables con la sociedad local. El Estado colonial incrementó los impuestos, los extendió a grupos antes exentos, mejoró los métodos de recaudación, e impuso nuevos monopolios. Kurakas como Tupac Amaru encontraron cada vez más dificultades para satisfacer las crecientes demandas del Estado sin poner en peligro su legitimidad en la sociedad local. Suplicaron a los corregidores y a la justicia por indulgencia (reducción de impuestos, prórrogas o exenciones), e invocaron un reconocimiento, enfatizando su herencia y la estabilidad que mantenían en sus pueblos. Los reformadores, sin embargo, sentían poca simpatía por kurakas tales como Tupac Amaru, a quienes consideraban un desafortunado vestigio del pasado inca y Habsburgo. La frustración de Tupac Amaru creció a medida que fallaban sus esfuerzos por impugnar la carga tributaria y las demandas laborales. Pero incluso si no tuvo éxito, este trabajo le trajo el creciente aprecio y, aún más, la veneración de los indios de su kurakazgo y de lugares más lejanos, a quienes defendía.

Inicialmente, las reformas militares se habían concentrado en el mejoramiento de las defensas costeras de la América española —la armada inglesa y los piratas eran las principales amenazas. En 1780, las autoridades militares cambiaron el concepto de defensa imperial, pasando de las milicias («voluntarios» locales) a un ejército permanente. Estas reformas reflejaron la desconfianza de los Borbones hacia los criollos y su preferencia por profesionales. Los eventos del Cuzco aceleraron este proceso.¹⁸

Los cambios jurisdiccionales de la década de 1770 debilitaron el rol del Cuzco en el Alto Perú y en el comercio atlántico a través de Buenos Aires, y contrariaron a burócratas, comerciantes, hacendados y campesinos a lo largo de todo el virreinato. En 1776, se creó el virreinato del Río de la Plata, que separó el Cuzco de Potosí y la cuenca del Titicaca. La política de «libre comercio» de 1778 abrió Buenos Aires al comercio con España y redujo el rol del Cuzco en la vasta red de Potosí, dirigiendo el comercio que había fluido a través de esta ciudad, vía el Pacífico, al Atlántico. Las autoridades también aumentaron las demandas fiscales. La alcabala, un impuesto sobre las ventas pagado por la mayoría de los bienes comerciados por los no indios, subió de dos a cuatro por ciento en 1772, y a seis por ciento en 1776. El visitador general Areche llegó al Perú en 1777 y de inmediato implementó la construcción de aduanas en los Andes y procuró hacer efectiva el cobro de impuestos. También amplió el impuesto para incluir productos

(como la hoja de coca) y grupos sociales (como los artesanos), antes exentos de la alcabala. La gente del Cuzco no tomó a bien estos cambios.

Los indígenas sufrían la mayoría de estos incrementos de impuestos. El Estado colonial había dependido durante mucho tiempo del tributo personal de los indígenas como fuente principal de ingresos, y la cantidad recaudada en el Cuzco se multiplicó por un factor de 16 entre 1750 y 1820. Además del incremento del tributo y la alcabala, los indios continuaban soportando la odiosa compra forzada de bienes: el reparto de mercancías o repartimiento. Los corregidores, usualmente en complicidad con comerciantes y productores, los obligaban a comprar productos a precios sobrevalorados.¹⁹

José Gabriel presenció la peor parte de estas reformas y las rechazó desde temprana edad. Específicamente, luchó contra una de las reformas distintivas en los Andes: la transferencia del cargo de kuraka de los lugareños (generalmente familias que lo habían conservado por siglos y que con frecuencia reivindicaban su sangre real inca) a los foráneos, que en muchos casos ni siquiera hablaban quechua. Los corregidores fueron incapaces de implementar estos cambios hasta la década de 1790, e incluso entonces lo hicieron con retrasos y excepciones, pero en las décadas previas obstruyeron cada transferencia de padre a hijo y ocasionalmente colocaron foráneos en dicha posición.²⁰ José Gabriel peleó para asumir el kurakazgo que su padre había retenido. Tuvo éxito en 1766, pero en 1769, las autoridades del Cuzco le quitaron el cargo, solo para devolvérselo en 1771. Algunos conflictos con los corregidores de la provincia de Tinta —Gregorio de Viana y, después, Pedro Muñoz de Arjona— provocaron estos contratiempos. En 1768, Tupac Amaru había además enjuiciado a Gerónimo Cano, un recaudador de impuestos, por su abusivo comportamiento en la venta forzada de bienes a los indios. Esto bien pudo perjudicarlo en su reclamo.

Tupac Amaru oyó quejas y súplicas de ayuda de indios obligados al reparto, cuando con el poco efectivo que circulaba en la sociedad indígena, debían pagar el tributo y otras obligaciones. Vio partir a grupos de hombres y a sus afligidas familias, que generalmente los acompañaban, al trabajo de la mita en Potosí, sin estar nunca seguros de que retornarían, debido al costo del viaje y el peligro asociado a la labor minera. Las nuevas políticas de comercio, que facilitaban la llegada de bienes desde Buenos Aires y España al Alto Perú, hicieron menos rentable su trabajo como comerciante-arriero en el circuito de Potosí. Como muchos, despreciaba las nuevas aduanas instaladas bajo la vigilancia del visitador Areche. Tupac Amaru presenció la erosión del poder de los criollos, el decrecimiento de la autonomía de los indios y el debilitamiento de la Iglesia. Se enfrentó con las autoridades españolas, particularmente con los autocráticos corregidores y sus secuaces, que estaban a cargo de implementar estas nuevas políticas. Había objetado la explotación y el abuso contra los indios, y, por supuesto, detestaba los

esfuerzos para reemplazar a los kurakas étnicos por españoles o criollos.²¹ Las reformas borbónicas, como serían más tarde conocidas, no fueron una abstracción para Tupac Amaru y los indígenas del sur del Cuzco: fueron un agravio cotidiano, que corroía su posición social, política y económica.

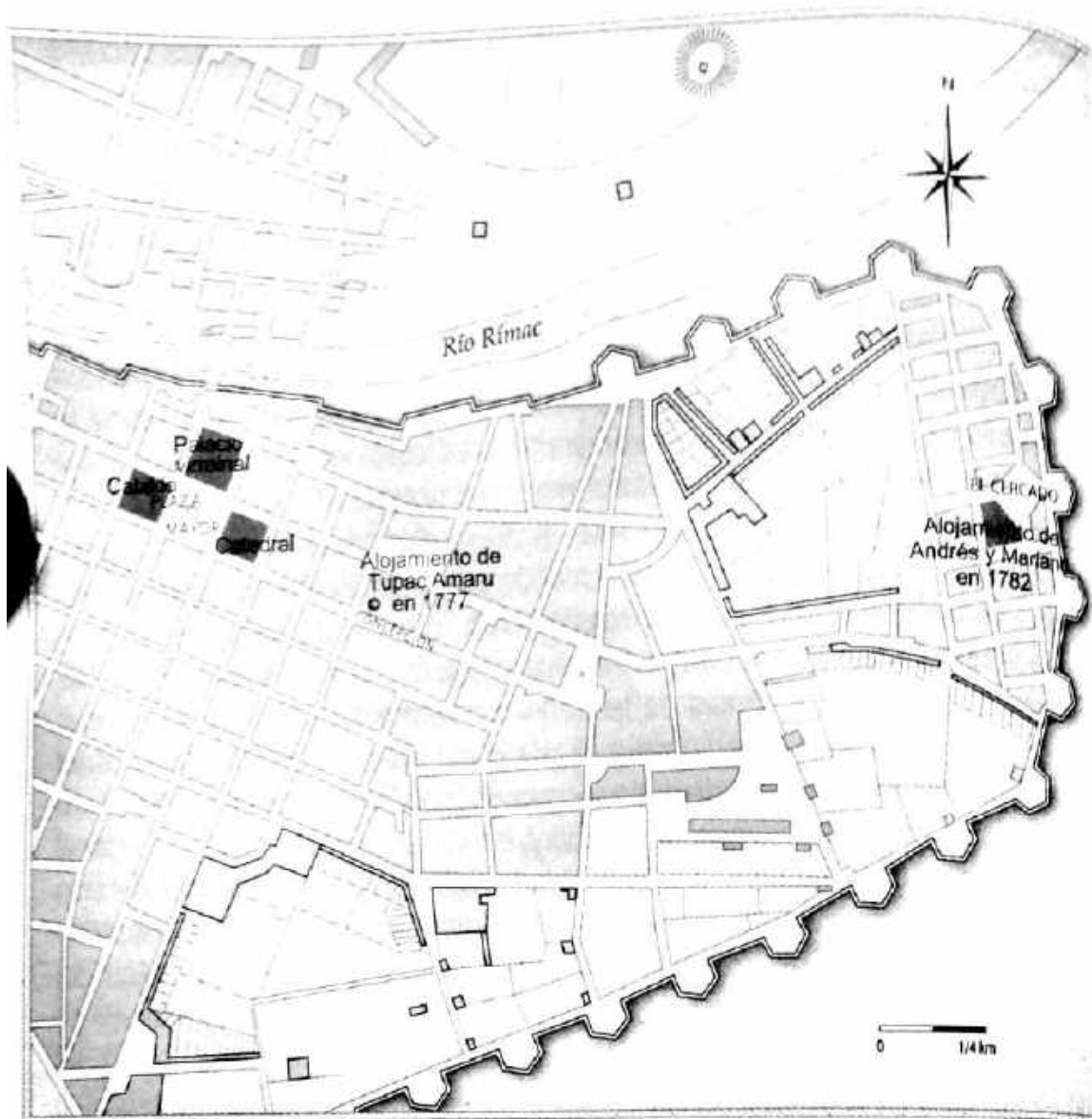
Tupac Amaru libró una larga batalla judicial en el Cuzco y en la Real Audiencia de Lima con don Diego Felipe de Betancur. La disputa versaba sobre quién de ellos era el legítimo descendiente del último inca, Tupac Amaru I y, por lo tanto, el propietario del título nobiliario del marquesado de Oropesa, un rico feudo que databa del siglo XVII. Tupac Amaru I había dirigido las etapas finales de la resistencia inca en Vilcabamba, la exuberante área localizada hacia la cuenca del Amazonas. Los españoles lo capturaron y decapitaron en 1572.

Tupac Amaru reclamaba descender de Juana Pilcohuaca Coya, la hija ilegítima de Tupac Amaru I, quien se había casado con Diego Felipe Condorcanqui, el kuraka de Surimana, Tungasuca y Pampamarca. El padre de José Gabriel sería en este caso el nieto de la pareja. Betancur alegó que Tupac Amaru había falsificado importantes elementos de la evidencia probatoria y, en consecuencia, no era descendiente directo de ese Inca. Betancur presentó abundante material que mostraba su linaje, pero de dudosa procedencia. Cada lado acusó al otro de fraude. Los españoles prolongaron el juicio y, finalmente, prefirieron no entregar el marquesado.²² En abril de 1777, Tupac Amaru viajó a Lima para defender su caso en la audiencia de esta ciudad. Este largo juicio, que no había terminado cuando ahorcó a Arriaga en noviembre de 1780, claramente le preocupaba. La justicia colonial le había denegado lo que él consideraba sus derechos ancestrales.²³

El último inca en la Ciudad de los Reyes

En la década de 1530, los españoles fundaron Lima o «la Ciudad de los Reyes» para afianzar y representar el poder español en un Perú aún dominado por los incas. La ciudad y su cercano puerto, el Callao, fueron el centro político y económico del virreinato. Residencia del virrey, del arzobispo, de las principales órdenes religiosas (jesuitas, franciscanos y dominicos) y de la nobleza, en 1780 Lima tenía una población de alrededor de 50.000 habitantes. Los indios conformaban cerca del 10% de esta, y eran desde mano de obra en el «barrio de indios» del Cercado, al este de la ciudad, hasta kurakas, como Tupac Amaru, que tenían negocios en la capital. Españoles, negros y grupos multiétnicos constituían la mayor parte de la población. La arquitectura de la ciudad y la activa vida de la corte impresionaban a los europeos. Los viajeros del siglo XVIII comentaban, a veces con desdén, otras con temor, la muy diversa población de Lima y sus desobedientes maneras.²⁴

Durante su año en Lima, José Gabriel se hospedó en un cuarto situado en un segundo piso de la calle Concepción, frente al monasterio del mismo nombre, a



Mapa 2. El Damero de Pizarro: Lima colonial.

tres cuadras de la plaza de Armas, el centro de la ciudad. Su habitación se convirtió en lugar de encuentro de personajes descontentos, la mayoría del Cuzco, tales como el padre Vicente Centeno y el mestizo Miguel Montiel y Surco de Oropesa, un pueblo entre el Cuzco y la base militar de José Gabriel. Montiel había viajado por el Perú, visitado Inglaterra, Francia y España en las décadas de 1760 y 1770, y admiraba a los ingleses. Como comerciante en Lima, tenía un pequeño puesto en la calle de los Judíos, próxima a la plaza, y, de acuerdo con un testimonio en su juicio por sedición, pensaba que la ocupación española del Perú era ilegal, que Tupac Amaru debía reemplazar al rey y ocupar el trono, y que «si no bastaban los yndios se auxiliarían de los Yngleses que tenían mejor gobierno». Por lo demás, Montiel era un ferviente lector de los *Comentarios reales de los incas* de Garcilaso de la Vega, el texto fundamental de los rebeldes.²⁵

Garcilaso de la Vega, nacido en el Cuzco en 1539, hijo ilegítimo del conquistador Sebastián Garcilaso de la Vega y Vargas y de la ñusta Chimpu Ocllo —miembro de la nobleza incaica—, se convirtió en una de las figuras principales del Siglo de Oro de la literatura española. Originalmente bautizado como Gómez Suárez de Figueroa, cambió de nombre para vincularse con un famoso antepasado, el poeta renacentista español Garcilaso de la Vega, y para diferenciarse de él, se autodenominaba «El Inca».

Vivió con su madre en el Cuzco durante su infancia, aprendiendo español y quechua, y empapándose de vividas historias de los incas y de la aún inacabada conquista. Sin embargo, la suya no fue la historia de un mestizo feliz. Su padre estaba casado con una noble española y cedió a Chimpu Ocllo a un soldado español de infantería. Garcilaso decidió usar una herencia de 4000 pesos que obtuvo tras la muerte de su progenitor en 1560 para viajar a España. Vivió en Montilla y Córdoba (España) hasta su muerte, en 1616, y ahí publicó sus épicos *Comentarios reales de los incas* en 1609 (la segunda parte, *Historia general del Perú*, apareció póstumamente, en 1617). En su obra, presentó a los incas como dignos y cumplidos gobernantes que habían conquistado y civilizado un vasto territorio. Mientras que los historiadores cuestionan varios de sus argumentos, quienes lo leen sin ánimo de investigar suelen apreciar su ágil prosa y su audaz descripción del incario y la conquista.²⁶

Publicado en numerosas ediciones, el libro circuló ampliamente en el Perú del siglo XVIII, nutriendo un nacionalismo neoíncas.²⁷ José Gabriel tenía el grado de educación suficiente como para captar todos los matices de esta obra literaria. Apreciaba, sin duda, la romántica descripción de los incas, y debió leer con horror acerca de la traición y ejecución de su ancestro, Tupac Amaru: «así acabó este Inca, legítimo heredero de aquel imperio por línea recta de varón».²⁸ Una fuente afirma que, durante el levantamiento, José Gabriel «se alimentaba diariamente con la lectura del historiador Garcilaso».²⁹ Garcilaso de la Vega provee un retrato conmovedor de los incas, presentándolos como dignos rivales y respetables monarcas que bien podían merecer otra oportunidad para guiar a la ignorante población andina. «El Inca» Garcilaso lo dice particularmente en apasionantes historias que relatan cómo los distintos gobernantes incas, como «Maita Cápac, el cuarto inca, conquista Tiahuanaco» (libro III, capítulo I), emprendieron campañas exitosas en el sur. Como se verá, estas historias de una expansión hacia el sur influirían en Tupac Amaru.

En Lima, José Gabriel se encontró con varios disidentes. Francisco Pineda, un joven negro que vendía tamales y pasteles, recordó escuchar animadas conversaciones sobre que «los repartimientos tenían a los indios oprimidos» cuando él hacía sus despachos a la calle Concepción, y acerca de que los corregidores y la demanda de su tributo los arruinaban, «sin dejar a los pobres con que mantener

a sus Mujeres e hijos». ³⁰ Pineda mencionó que Tupac Amaru sufría de fiebre terciana (malaria) y tenía entendido que los doctores le habían dicho que moriría si no dejaba Lima. Los fiscales más tarde afirmarían que Tupac Amaru se encontró en Lima con personalidades que incluían «hombres de letras» que «lo estimularon a que pasase a la ejecución». ³¹ De acuerdo con el padre López y Sosa, los indios de una provincia adjunta —probablemente Huarochiri— también lo visitaron en la capital. Preocupados por su enfermedad, se arrodillaron y expresaron su veneración; le habían dicho a un juez en Lima que él era «su rey». Los indios creían que era un mesías, el último inca. ³² A su vez, Micaela Bastidas aseguraba que «le abrieron sus ojos en Lima». ³³

En julio de 1777, Tupac Amaru presentó en la capital del virreinato una apasionada defensa de los indios de las provincias de Canas y Canchis y Quispicanchi, en la que enfatizó la dura carga que representaba la mita. Este no era un acto inusual. A lo largo de la Colonia, varias personas escribieron meticulosas y mordaces críticas del gobierno colonial. La audiencia canalizó la petición de Tupac Amaru al visitador general Areche, cuyo poder en aquel entonces sobrepasaba, al parecer, el del virrey. Areche respondió el 23 de septiembre de 1777 que la demanda de José Gabriel contra la mita era insuficiente y poco convincente, ordenándole además retornar a «sus pueblos» y esperar la respuesta del superintendente de la mita, en el distante Potosí. Tupac Amaru escribió al virrey Manuel de Guirior en diciembre de 1777, de nuevo criticando la mita.

En esta carta, Tupac Amaru enfatizaba la «inaguantable» carga que la mita representaba para las familias, cuyos miembros casi siempre acompañaban al hombre forzado a trabajar en Potosí, sin recibir ninguna compensación por ese viaje de casi mil kilómetros. Los gastos en que incurrían frecuentemente los forzaban a vender sus casas y muebles para financiar el viaje, lo que hacía su retorno improbable. Por el decrecimiento de la población de la zona —según afirmaba, debido a la mita—, los hombres eran comúnmente enlistados más que cada siete años, como lo estipulaba la ley, y forzados a permanecer por largos periodos en la mina. Tupac Amaru subrayaba que Potosí ya tenía una población laboral residente suficientemente grande, y citaba las Leyes de Indias (la legislación que supervisaba el control español de América y las Filipinas) para mostrar cómo el sistema se había pervertido desde su origen, a finales del siglo XVI. Sugería que los propietarios de minas se apoyasen en los negros (probablemente esclavos) y en los trabajadores asalariados, en lugar de en los indios.

El 20 de mayo de 1778, el «Protector de Indios», don Francisco Ruiz Cano, quien al parecer había sido cordial con Tupac Amaru, confirmó el rechazo de Areche. Tupac Amaru perdió este caso al mismo tiempo que se estancaba su batalla legal con Betancur. Dejó Lima a mediados de 1778, abatido y convencido de que el sistema legal ofrecía poca esperanza para mejorar la suerte de los indios que

representaba. El largo viaje al Cuzco le dio mucho tiempo para reflexionar sobre su frustrante derrota. Se encontró con disgustados indios en Huarochiri, apenas en las afueras de Lima, una región que se había levantado en armas antes y que lo volvería a hacer.³⁴ Su ira contra los españoles y su deseo de convertirse en un líder indígena, o incluso en el salvador de su gente, debieron ir en aumento.

Presagios

En los años que siguieron al levantamiento, los fiscales escudriñaron todas las actividades de Tupac Amaru desde 1777 hasta su muerte, buscando descubrir cuánto se tardó en planear la rebelión y quiénes estuvieron involucrados. Como kuraka, Tupac Amaru había defendido a sus indios con creciente pasión y se había reunido con una variedad de personas. Su imagen de Inca, destinado a representar a su gente, había comenzado a echar raíces en el Cuzco, en otras zonas de la sierra e incluso en Lima. Diversas conspiraciones y revueltas en el Cuzco, así como las propias acciones de Tupac Amaru, presagiaban la violencia de la década de 1780. En retrospectiva, las autoridades que revisaron el caso se asombraron de cómo nadie pudo prever la rebelión y por qué se había tolerado tanto la creciente beligerancia de Tupac Amaru.

El visitador general José Antonio de Areche llegó al Perú en 1777. Nacido en 1731 cerca de Santander, España, había estudiado derecho y recibido su primer nombramiento en ultramar en 1765, cuando fue destinado a Filipinas. Trabajó de cerca con José Gálvez, el primer visitador general de México. Ambos se enfrentaron a los virreyes, los máximos representantes del rey en América, que los consideraban burdos intrusos sin conocimiento de la realidad local. Los virreyes sentían aversión por la mano dura de los visitadores al implementar cambios administrativos, que ellos sabían buscaban socavar su poder. Los visitadores, a su vez, veían a los virreyes como burócratas de segunda categoría, demasiado corruptos o perezosos para efectuar las reformas que pretendían arrebatar el poder a los criollos. Gálvez y Areche compartían un sentimiento de gran intranquilidad, e incluso desdén, por quienes residían en la América española. Lamentaban que ahí los españoles hubieran sido corrompidos por la sociedad local y desconfiaban de los criollos, que no necesariamente se alineaban con los intereses hispanos. Dudaban de que un criollo apreciara y comprendiera a España. Los visitadores también recelaban de los estratos bajos multiétnicos, cuestionando su asimilación y lealtad. Casi inmediatamente, Areche se enfrentó al virrey Manuel de Guirior, en principio por temas de protocolo, pero en última instancia por quién debía estar a cargo del virreinato: el visitador o el virrey. En realidad, la llegada de Areche sorprendió a Guirior, quien partió de Lima poco tiempo después, en 1780.

Areche no se llevó mejor con quien lo reemplazó, el virrey Agustín de Jáuregui. El enfrentamiento entre ambos marcó el periodo del levantamiento. Jáuregui (1711-1784) había sido gobernador de Chile hasta su llegada a Lima, en julio de 1780. Su arribo tomó por sorpresa a Guirior, quien no sabía que iba a ser destituido. Algunos creen que Areche conspiró para lograrlo.³⁵ Sin embargo, el visitador también lidió con el nuevo virrey. Jáuregui era uno de los más viejos, cautelosos y burocráticos virreyes, de aquellos a los que apuntaban los reformadores borbónicos como Gálvez y Areche. Estos creían que autoridades como Jáuregui eran demasiado mayores y conservadoras como para poder implementar los cambios que buscaban los Borbones bajo el reinado de Carlos III (1759-1788). Argumentaban que concordaban demasiado con los criollos y que no tenían la voluntad de llevar a cabo cambios reales. Un historiador la consideró una batalla entre «conservadores complacientes y los celosos reformadores».³⁶

Algunos de los precedentes son casi cómicos. En 1776, en la ciudad del Cuzco, un indio llamado Juan de Dios Tupa Orcoguaranca, le dijo a todas las personas con las que se topaba que debían temer el año 1777, con sus implicaciones numéricas o escatológicas (el número siete tiene una importante presencia en la Biblia); que los indios debían levantarse contra los españoles; y que «se les había de quitar la vida empesando por los corregidores, alcaldes y demás gentes de cara blanca y rubios».³⁷ Tupa Orcoguaranca se presentó como un indio noble y aseguró que en la parroquia cuzqueña de San Cristóbal, los indios estaban ocupados usando un *quipu* para registrar información. Beber imprudentemente y farronear lo metió en problemas. Cierta tarde, él y otros indios tomaron en exceso, y entre discusiones acerca de alzarse contra los españoles, acabaron peleándose por una mujer y por la cuenta de la chicha que habían consumido. Estaban todos tan borrachos que uno de ellos cayó bailando encima de un cuy —animal muy común en los hogares del Cuzco y fuente clave de proteína— y lo aplastó. Al día siguiente se lo comieron. Los funcionarios de la justicia en el Cuzco supieron acerca de las diatribas subversivas de Tupa Orcoguaranca y lo arrestaron. Lo que parecía solo una fiesta de borrachos y lenguaraces fue considerado, desde la perspectiva de 1781, prueba de la «maquinación formal conocida desde el año pasado 1776 de un alzamiento» y motivo de un juicio contra Tupa Orcoguaranca. Más tarde, los españoles se recriminaron unos a otros por no haber seguido esta pista.³⁸

Por otro lado, el juicio de un hombre llamado Joseph Gran Quispe Tupa Inga confirmó los rumores que circulaban extensamente en el Cuzco de que 1777 sería un año turbulento, en el que la profecía de santa Rosa de Lima sobre el fin del dominio español podría cumplirse, y un nuevo rey inca ser coronado. A lo largo del siglo XVIII, la historia apócrifa de que santa Rosa (1586-1617), la primera santa nacida en América, había vaticinado la caída de los españoles,

inspiró a los rebeldes.³⁹ Quispe, un campesino analfabeto de sesenta años del Valle Sagrado, había sido acusado de encargar cartas solicitando a los indios preparar un levantamiento y matar a los *puka kunkas* (cuellos rojos), la despectiva expresión quechua para designar a los españoles, usada frecuentemente durante la rebelión. Se defendió en el juicio, no muy bien, afirmando que, en realidad, solo estaba tratando de conseguir dinero para su esposa, que estaba enferma. Sin embargo, también señaló los rumores que se habían propagado en las chicherías acerca de que la profecía comenzaría con el «alboroto y sedición que formaban los indios y mestizos contra los corregidores matando a unos y expeliendo a otros de sus provincias».⁴⁰ El juicio contra Quispe Tupac Inga, que se prolongó hasta los eventos de 1780, adquirió un nuevo significado. Quispe murió en la Cárcel Real del Cuzco en diciembre de 1780. Su abogado defensor afirmó que él y otros prisioneros estaban hambrientos, que apenas sobrevivían de sobras de pan de cebada. En ese momento, sin embargo, fue claro que las autoridades del Cuzco tenían otras preocupaciones.⁴¹

Los juicios a Tupa Orcoguaranca y Quispe Tupa Inga, junto con varios rumores que se propagaron en esa época, indican que todos los ingredientes para un levantamiento estaban dándose, expandiéndose y alimentándose unos a otros: el extendido y creciente odio que se sentía por los españoles; la idea de que ellos estaban divididos y eran vulnerables; la noción de que los incas retornarían; y la búsqueda de unidad y estrategia. Tupac Amaru absorbió todo esto y lo promovió, aumentando la esperanza de muchos.

Varias personas afirman que el propio Tupac Amaru cambió a finales de la década de 1770. En los dos años anteriores a la rebelión, algunos vecinos suyos se quejaron de que se había vuelto despótico y presuntuoso. Nadie prestó atención a estas críticas hasta después de la insurrección. En 1779, varios españoles lo acusaron también de autoritario y violento, y alegaron que pretendía ser «el último inca». Después de la rebelión, las autoridades que revisaron el caso juzgaron que Tupac Amaru había dado claros signos de su carácter violento e intenciones subversivas, y que se había perdido una oportunidad para prevenir el levantamiento. El justicia mayor (juez local) de Tinta acusó a José Gabriel de detener y ejecutar prisioneros en su casa y de pedir a los españoles que abandonaran el pueblo. Un testigo previno, un año antes del levantamiento, que «no conviene esté por acá Tupamaro, por los indios están muy inquietos por las noticias que esparce».⁴² Alguien, además, lo acusó por ese entonces de participar en un encuentro con un grupo de indios de Sicuani, en el que asumió el rol del «último inca del Perú» para oír sus quejas. A finales de la década de 1770, José Gabriel enfatizaba cada vez más su linaje real y la expresión «el último inca» afloraba.

Otros le atribuyeron azotar a «españoles de caras blancas» y demandar que los mestizos que no eran de la región —es decir, los forasteros— dejaran la

provincia. Esteban Zúñiga, el recaudador del diezmo de la provincia de Azángaro y residente de Pampamarca, se quejó de que Tupac Amaru, que siempre le había desagradado, lo maltrataba. En una oportunidad, ambos discutieron acerca de unos terrenos y llegaron a las manos cuando Tupac Amaru arrastró a la tía de Micaela Bastidas para castigarla, dándole patadas y jalándola del pelo. Cuando Zúñiga intervino, Tupac Amaru lo golpeó. Zúñiga afirmó que Tupac Amaru se comportaba como si fuera la única autoridad del pueblo, azotando y arrestando a personas a su antojo y actuando con hostilidad contra mestizos y españoles. Posteriormente, el juez local convocó a Tupac Amaru para una reunión. El kuraka, sin embargo, trajo una carta de apoyo del cura de Pampamarca, Antonio López de Sosa, y no recibió castigo. Años más tarde, en 1785, cuando el recién nombrado presidente de la intendencia del Cuzco, Mata Linares, revisó este caso, echó humo al comprobar cómo los funcionarios habían pasado por alto tantos indicios de los serios problemas que se avecinaban: «ese descuido ha producido tantas desgracias, tanto atraso al Estado que aún no se conoce bien». ⁴³ Mata Linares dedicó párrafos enteros a despotricar sobre esta oportunidad perdida para detener la rebelión antes de que comenzara.

Estas pequeñas conspiraciones en el Cuzco y el truculento comportamiento de Tupac Amaru no fueron los únicos antecedentes. A finales de la década de 1770, la gente se organizó y amotinó en diferentes ciudades y pueblos de los Andes, como Cochabamba, La Paz y, más cerca del Cuzco, Maras, por la reforma tributaria impuesta por el visitador Areche. La confusión no comenzó con la ejecución de Arriaga. En 1780, Arequipa y el Cuzco presenciaron disturbios antiespañoles. El primero de enero de 1780, pasquines satíricos aparecieron en la puerta de la catedral de Arequipa; en ellos se ridiculizaba lo español y se amenazaba al administrador de la nueva aduana. El 5 de enero, otro pasquín dirigió su puntería al corregidor de Arequipa, Baltasar de Sematnat. Finalizaba con una nota familiar: «Viva el gran Carlos III, / y muera todo mal gobierno», «Viva Carlos III, / y muera todo aduanero». ⁴⁴ Los rebeldes del siglo XVIII frecuentemente argüían estar cumpliendo los deseos del rey, apuntando no a él sino a sus rebeldes y corruptos representantes. El propio Tupac Amaru mantuvo siempre que tenía el apoyo del rey. En las siguientes semanas, los pasquines en Arequipa se volvieron más agudos, halagando a Inglaterra en un momento en que España era aliada de Francia y proponiendo reemplazar a Carlos III por un rey inca. ⁴⁵ El 13 y 14 de enero de 1780, los alborotadores irrumpieron en la aduana —símbolo de las crecientes demandas de impuestos—, y solo después de una semana de lucha, las tropas fueron capaces de controlarlos. En esa ocasión, los rebeldes fueron descritos como un abigarrado grupo de indios, mestizos y blancos. ⁴⁶ Los españoles creyeron al principio que los indios eran demasiado cobardes y los mestizos demasiado «desafortunados» para liderar un levantamiento. Pronto descubrirían que estaban equivocados. ⁴⁷

Las noticias sobre los disturbios en Arequipa llegaron rápidamente al Cuzco, justo cuando se inauguraba una aduana. Disidentes colocaron subrepticamente pasquines que objetaban los nuevos impuestos y el aumento de la recaudación. En marzo, el cuerpo policial del Cuzco acorraló a un grupo de conspiradores que planeaba atacar el nuevo edificio, con lo que se desbarató la así llamada Conspiración de los Plateros, también denominada «levantamiento de Farfán de los Godos». Once de los doce arrestados eran criollos o mestizos, y, en sus confesiones, aceptaron que el movimiento buscaba incorporar a todos los que en la región no fueran españoles. El cuñado de Tupac Amaru, Antonio Bastidas, afirmó que cuando el líder rebelde supo que otro líder —el kuraka de Pisac Bernardo Tambohuasco Pumayala— había sido ahorcado, «no podía entender cómo los indios podían haber permitido que eso sucediera». ⁴⁸ Las autoridades siguieron de cerca a los potenciales conspiradores y un «ambiente de inminente guerra civil» se apoderó de la ciudad. ⁴⁹ El corregidor Arriaga acusó al obispo Moscoso y Peralta de instigar a los rebeldes, lo que profundizó la animosidad entre estos representantes del Estado y de la Iglesia, respectivamente. Este conflicto estalló solo meses antes de iniciarse el levantamiento de Tupac Amaru.

La Iglesia

Los eventos de inicios de 1780 en los pueblos que se levantaban en las alturas de Tinta y de la base de Tupac Amaru pusieron sobre el tapete las agudas tensiones que marcaban las relaciones entre las autoridades civiles, los miembros de la Iglesia, los kurakas y las masas indias. En pueblos ganaderos, como Yauri y Coporaque, donde ovejas, llamas, alpacas y vacas pastaban en los estrechos valles y quebradas, y donde los indios trabajaban principalmente como pastores, el sistema de gobierno conjunto Estado-Iglesia se hizo añicos, perturbando las frágiles alianzas y acuerdos que mantenían unida a la sociedad y mitigaban la violencia. El clásico choque del siglo XVIII entre el Estado y la Iglesia se hallaba detrás del enfrentamiento. No obstante, la batalla que supuso el esfuerzo del Estado por controlar a la Iglesia y las maniobras del obispo por administrar su heterogéneo y distante rebaño solo pueden comprenderse en el contexto de la cultura y economía locales.

La historia no es simple. En 1779, el obispo del Cuzco, Juan Manuel Moscoso y Peralta, pidió a todos los curas a lo largo del Camino Real presentar sumarios detallados del estado de sus parroquias. Moscoso y Peralta se convertiría en una figura principal de la rebelión de Tupac Amaru y su larga secuela. Nacido de padres aristocráticos en la ciudad de Arequipa en 1723, estudió en Lima y el Cuzco, y contrajo matrimonio en 1748. Su esposa murió tres años después dando a luz, y el recién nacido luego de pocos días, sucesos que provocaron que Moscoso y

Peralta repensara sus planes de tomar su lugar junto a su padre como un patriarca de Arequipa. Pero en vez de eso, solicitó ingresar a la vida religiosa. Se abrió camino en la jerarquía clerical en Moquegua y después en Córdoba (actualmente Argentina), y en 1779 se convirtió en el obispo del Cuzco. Varias características destacan en su gran carrera: el uso de su considerable riqueza para el trabajo social y para aumentar el patrimonio artístico de la Iglesia, sus frecuentes discusiones con las autoridades y, de acuerdo con algunas acusaciones, su gusto por las mujeres, casadas y solteras, jóvenes y maduras.⁵⁰ Él y el corregidor Arriaga se tenían antipatía antes incluso de la llegada del obispo al Cuzco, y su nombramiento había irritado a algunos españoles, que esperaban un peninsular más que un criollo para tan influyente cargo.⁵¹

La solicitud de Moscoso y Peralta de obtener un reporte de las parroquias ubicadas a lo largo del Camino Real buscaba vigilar a los curas y, al mismo tiempo, obtener una cuota de los ingresos que estos percibían por sus servicios a los feligreses y por el arrendamiento de las tierras de la Iglesia. Los defensores del obispo aseguraban que pretendía proteger a los indios de los excesivos pagos y deberes, vigilando la moral de su rebaño, mientras que sus críticos sostenían que solo estaba tratando de recibir más ingresos de un área empobrecida. Los curas de las parroquias respondieron lentamente, o no del todo, a sus peticiones. A mediados de 1780, Moscoso y Peralta envió a Vicente De la Puente, cura de Coporaque, a investigar al padre Justo Martínez de Yauri, acusado de controlar ilegítimamente vastas cantidades de tierra. Después de semanas de recriminaciones, peleas y disturbios, los bandos se trazaron. En un lado destacaban Moscoso y Peralta, junto con De la Puente, quienes veían a los vecinos, en el mejor de los casos como poco colaboradores, y en el peor, como corruptos y beligerantes. En el otro lado estaban el corregidor Arriaga y sus aliados, el kuraka Eugenio Sinayuca, el párroco Martínez y alguna gente poderosa de la zona, que consideraban a Moscoso y Peralta un entrometido forastero que demandaba dinero de su decaída provincia. La Iglesia, como siempre, estuvo dividida: los curas podían encontrarse en ambos bandos.

En julio de 1780, Moscoso y Peralta excomulgó a Arriaga. El sobrino y asistente de Arriaga, Eusebio Balza de Verganza, quien por años acusó al obispo de apoyar a Tupac Amaru y causar estragos, llamó a aquello «la causa más célebre que en estos reinos se ha visto», y la consideró una prueba del «poco respeto con que los eclesiásticos miran por acá a nuestros ministros y de los atropellamientos con que a cada paso los insulta».⁵² Arriaga contraatacó, enviando un reporte secreto al virrey Guirior que implicaba al obispo Moscoso y Peralta en la Conspiración de los Plateros a inicios de 1780, una reacción frente a la recientemente establecida aduana en el Cuzco.⁵³

El todopoderoso visitador general Areche pareció apoyar a Moscoso y Peralta y a De la Puente en algún momento, compartiendo su desdén por los corregidores y kurakas. De la Puente acusó a Arriaga de numerosos e ilícitos esquemas de especulación, mientras que el corregidor culpó al cura, no solo de estar viviendo pecaminosamente con una mujer llamada María Josefa Alarcón y su hijo, sino de tiranizar y explotar a los indios. Arriaga argüía que «este eclesiástico [De la Puente] y otros tienen conmovidos a los naturales de este pueblo, el de Yauri y Pichigua», y les echaba la culpa —y, por encima de ellos, a todos sus superiores (a saber, el obispo Moscoso y Peralta)— por los disturbios en el Cuzco y Arequipa, así como por el alboroto provocado alrededor de los impuestos.⁵⁴ Como solía suceder, las acusaciones sobre dinero rápidamente se tornaron en otras que involucraron sexo y escándalos de ese estilo.⁵⁵ Moscoso y Peralta fue obligado a revocar la excomunión de Arriaga en septiembre.

El conflicto hirvió a fuego lento hasta noviembre, cuando la ejecución de Arriaga galvanizó a los españoles y puso en suspenso estas y otras luchas locales. A lo largo de las disputas mencionadas, ambos bandos mostraron preocupación porque este enfrentamiento llevará a levantamientos indígenas más amplios, pero se culpaban entre sí y se negaban a ceder. Al presenciar esta lucha interna entre españoles, la población indígena adquirió un vocabulario anticlerical y anticorregidor. Si todas las revoluciones requieren una previa división de las clases altas, esta lo fue, aunque en un contexto microrregional. Dejado de lado por la ejecución de Arriaga en noviembre, el conflicto ardió por años. El sobrino de Arriaga, don Eusebio, acusó implacablemente a De la Puente y a Moscoso y Peralta de apoyar a Tupac Amaru. Años después, un expresidiario en Tungasuca afirmó que estos eventos, así como el largo y frustrante juicio de José Gabriel por el marquesado, habían provocado la rebelión.⁵⁶

Condiciones previas

En la década de 1770, Tupac Amaru hizo importantes contactos a lo largo del extenso virreinato peruano. Este abarcaba desde las minas de plata de Potosí —donde intimidados indios se trasladaban desde el intenso frío hasta los peligrosos e insoportablemente calurosos socavones—, hasta la costa de Lima, ciudad donde Tupac Amaru oyó ideas antiespañolas y recibió el desaire de las autoridades. Como se dijo, él y los demás indígenas se llevaron la peor parte de los esfuerzos de España por obtener más ingresos de sus colonias y reforzar su control sobre ellas. Sin embargo, el descontento se propagó más allá de los indios para incluir a mestizos en apuros, criollos insatisfechos y un pequeño número de españoles. La oposición al gobierno español floreció y surgieron visiones y utopías alternativas, la mayoría de las cuales incorporaba alguna forma de retorno de los incas.

En 1780, a la edad de 42 y 36 años, respectivamente, Tupac Amaru y Micaela Bastidas parecían tener las suficientes conexiones, habilidades y reivindicaciones para liderar una revolución. José Gabriel, en particular, se codeaba con españoles, criollos, mestizos e indios, y ambos se sentían cómodos tanto en español como en quechua. El trabajo y los problemas legales habían llevado a José Gabriel a recorrer el virreinato, y él y Micaela contaban con valiosas redes de familia, amigos y compañeros de trabajo en la región del Cuzco y más allá. José Gabriel había confrontado todas las ramificaciones de las reformas borbónicas; despreciaba los nuevos impuestos y las demandas laborales, sufría las limitaciones de poder aplicadas a los kurakas, y desconfiaba del incipiente esfuerzo del Estado por controlar a la Iglesia. También le disgustaban las más viejas formas de explotación y dominación, tales como la omnipotencia de los corregidores y los oídos sordos de Lima para las demandas indígenas, fenómenos que precedieron a los Borbones.

En un ámbito mayor, más allá de lo personal, el sur del Perú también exhibía las condiciones previas para una revuelta: masas indias cada vez más oprimidas, desafección de los «sectores medios», y élites divididas respecto de los cambios que procedían de España. Las divisiones dentro de la clase dominante son un prerequisite para cualquier rebelión, y en el Perú hubo varias: la desconfianza español-criollo, el conflicto Iglesia-Estado y las tensiones entre Lima y el Cuzco. Todo empeoró en la década de 1770 con la llegada del visitador Areche y los cambios jurisdiccionales, entendidos, particularmente en el Cuzco, como la «pérdida» del Alto Perú en favor de Buenos Aires. Además, los recelosos (algunos podrían decir fanáticos) reformadores borbónicos que llegaron de España no tenían reparos en desafiar a otros españoles: el visitador Areche se enfrentó con los virreyes Guirior y Jáuregui casi desde su llegada.

No obstante, iniciar una revolución requiere más que un líder fuerte, reivindicaciones económicas y divisiones en la élite política: demanda una plataforma, una ideología. Diversas ideas de cambio impulsaron a los rebeldes. La principal fue la creencia de que los incas retornarían o que se establecería algún tipo de sistema más equitativo, más justo, con raíces que se remontaran al periodo inca. Desde la conquista, diferentes grupos, incluidos los no indios, habían mantenido viva la convicción de que los incas constituían una alternativa al colonialismo español. El hecho de que Tupac Amaru descendiera del «último inca» aumentó considerablemente su prestigio: no es coincidencia que adoptara cada vez más el nombre de su ancestro a finales de la década de 1770. Afianzando la naturaleza mesiánica del levantamiento, sus partidarios creían que Tupac Amaru no podía ser asesinado o que tenía numerosas vidas, y que sus seguidores martirizados resucitarían. La creencia en la resurrección envalentonó a la hueste indígena.⁵⁷

Por otro lado, los rebeldes también se basaron en la idea del «mal gobierno», de que la gente podía tomar acción directa contra autoridades corruptas o perjudiciales. La América colonial española tenía una larga tradición de relaciones negociadas entre el Estado y los indígenas. Los insurrectos del siglo XVIII frecuentemente argumentaban que las autoridades habían roto ese pacto que ellos buscaban reconstruir. Tupac Amaru y otros líderes rebeldes nunca dejaron de proclamar que actuaban a favor del rey Carlos III.²⁸ Es más difícil discernir, en cambio, si algunos elementos de la Ilustración —el radical y heterogéneo conjunto de ideas que marcó las políticas del siglo XVIII en Europa y América— pueden encontrarse en su programa. Los rebeldes nunca presentaron una plataforma. De hecho, la naturaleza ideológica del levantamiento solo puede comprenderse examinando los sucesos, y las palabras y acciones de sus líderes y seguidores.



De Pampamarca a Sangarará

Los días posteriores al ahorcamiento de Arriaga, llevado a cabo el 10 de noviembre de 1780, pusieron de manifiesto que la ejecución no había sido espontánea. Tupac Amaru y Micaela Bastidas acamparon en Tungasuca, enviaron emisarios para ganar apoyo en los pueblos cercanos, escribieron mensajes a posibles aliados —particularmente kurakas—, y vigilaron a sus prisioneros, quienes temblaban en sus celdas conscientes de la muerte del corregidor. También apostaron espías y centinelas en los caminos al Cuzco, esperando mantener el levantamiento en secreto y estar preparados para un posible contraataque. Tupac Amaru dejó casi inmediatamente su base en Tungasuca, mientras que Micaela Bastidas permaneció en la retaguardia, un arreglo que se mantuvo durante toda la rebelión.

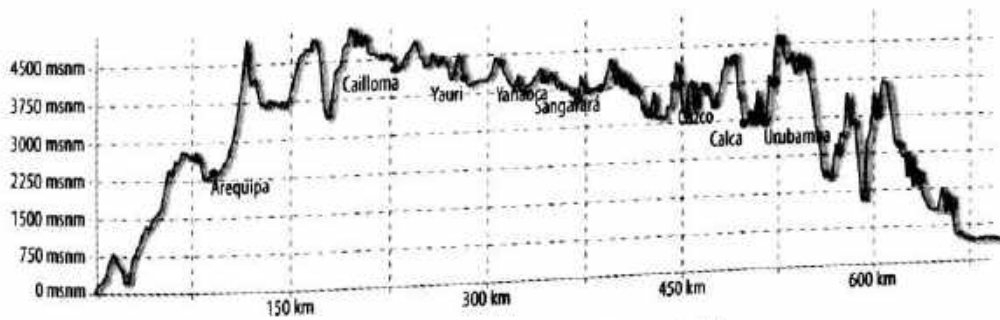
Las incursiones de Tupac Amaru en los pueblos cercanos en noviembre de 1780 revelan sus objetivos, su base social, su programa económico y su estrategia militar. A la luz de la ausencia de un «programa» declarado, las actividades y correspondencia de Micaela Bastidas y Tupac Amaru son la mejor antesala para comprender sus objetivos y la forma como intentaron alcanzarlos. Tupac Amaru y su cada vez más grande hueste solían irrumpir en los pueblos y congregar a las personas en la iglesia, el cementerio o la plaza. El líder rebelde explicaba entonces a las sobresaltadas multitudes lo que planeaba hacer. Al parecer, la mayoría de los indios se entusiasmaba rápidamente con sus ideas, con su promesa de un nuevo mundo, o quizás de uno antiguo que se remontara al pasado inca. En cambio, los grupos intermedios que estaban justo encima de los indios en la pirámide social del Perú —comerciantes, propietarios de tiendas y pequeños hacendados, sobre todo mestizos, pero también criollos e incluso indios— dudaban. Algunos veían con buenos ojos la idea de reducir los impuestos y limitar la intrusión del corregidor, mientras que otros se angustiaban por las consecuencias, derivadas de que los indios se volvieran menos serviles, o por el subsecuente castigo y represión del Estado colonial. Con unas pocas excepciones, los españoles no favorecidos por los rebeldes prestaron poca atención a las garantías de Tupac Amaru y, comprendiendo el peligro, planearon huir.

A las pocas semanas de iniciado el levantamiento, su organización, unidad y rápido crecimiento conmocionaron el sur andino. Al mismo tiempo, Tupac Amaru y Micaela Bastidas comenzaron a enfrentar los primeros obstáculos para mantener un frente unido y crear un programa anticolonial que tuviera cohesión. Continuando con las interrogantes acerca del apoyo a los rebeldes y la forma como ellos se organizaron, examino el campamento rebelde en el pueblo de Tungasuca. Presto particular atención al misterio de un grupo de prisioneros españoles que se pasaron al bando de los rebeldes. Sus «cautivantes historias» demuestran el desafío de construir un movimiento multiétnico.

Las fuentes usadas para interpretar el levantamiento incluyen correspondencia, extensos juicios contra los principales implicados, informes escritos que evalúan los daños del suceso, y documentación que, aunque no centrada en el levantamiento, arroja luz sobre el contexto en general o sobre individuos específicos. Todas estas fuentes están en español, y la mayoría se escribe desde la perspectiva hispánica. En algunos casos, varias fuentes sobre un momento clave pueden contrastarse para presentar el más posible curso de los acontecimientos y subrayar cómo diferentes personas o grupos los comprendieron. En muchos otros casos, sin embargo, una única carta o breve testimonio es todo lo que hay, y eso conduce forzosamente a interpretaciones especulativas. En cuanto a la cantidad de material disponible, los archivos reproducen la pirámide social: se escribe mucho más sobre los españoles instruidos y los líderes rebeldes que sobre la mayoría de los seguidores indígenas iletrados y los soldados realistas negros. De hecho, las fuentes casi nunca nombran a combatientes del común. Incluso si los consideran heroicos o culpables de alguna atrocidad, permanecen en el anonimato. Este libro utiliza los rumores o los fragmentos que aluden a los rebeldes quechuahablantes, la ayuda femenina en los campamentos y los soldados de a pie, para contar una historia amplia, social.

La oleada de seguidores

El 11 de noviembre, un día después de la ejecución de Arriaga, Tupac Amaru se dirigió a Quiquijana, la capital de la provincia de Quispicanchi. Unos pocos miles de indios, así como un pequeño número de mestizos, lo acompañaban. Un testigo menciona que los indios seguían a Tupac Amaru «voluntariamente», mientras que muchos de los mestizos y españoles eran obligados a hacerlo.¹ El elegantemente vestido Tupac Amaru y otros líderes montaban a caballo, mientras que la mayoría de los combatientes indios iban a pie. Las mujeres los acompañaban como asistentes de campamento, pero casi ningún documento las menciona en alguna fase del levantamiento. Una excepción es la que describe una batalla en Oruro, en el Alto Perú, en la cual las mujeres ayudaron a los soldados indios, armados



Mapa 3. El área central de la rebelión

con hondas: «las mujeres que concurrieron muchas se entretenían en un continuo acarreo de piedras, las más sólidas y fuertes que conducían desde las minas». Las únicas mujeres posteriormente procesadas fueron líderes rebeldes, como Micaela Bastidas y Tomasa Tito Condemayta, o miembros de la familia.³ En estas excursiones iniciales a pueblos y comunidades cercanos, las mulas transportaban provisiones y armas, aunque los rebeldes viajaban ligeros. El término «tropa» puede ser una exageración, dado que tenían poco entrenamiento militar, sus principales armas eran lanzas, picas y hondas, y solo poseían unos cuantos rústicos cañones o pedreros fabricados por artesanos locales, y algunos mosquetes que habían robado al enemigo. Los soldados rebeldes se esforzaron por aprender a usar esta última arma.⁴

Por otro lado, lo más cercano que estas huestes tenían a un uniforme eran cruces de paja o de palma, tales como las que se distribuyeron el Domingo de Ramos, que muchos de ellos llevaban en sus sombreros. Un prisionero admitió traer puestas tanto la cruz como un bordado rojo, las «insignias de los aliados del rebelde Tupa Amaru». En diciembre de 1780, Micaela Bastidas ordenó que todos los rebeldes exhibieran las cruces en sus sombreros, «en señal de verdaderos y buenos cristianos, cargarán la insignia de la santísima cruz en sus monteras y sombreros». El alcalde de un pequeño pueblo informó, asimismo, que cuando algunos miembros de las tropas realistas se pasaron al bando de Tupac Amaru, se pusieron una «camiseta de Indios», probablemente de lana áspera y rústicos botones, y cruces blancas en sus sombreros.⁷ No obstante sus limitaciones, los combatientes indios conocían bien el área, veneraban a Tupac Amaru y demostraron ser valientes e ingeniosos. También odiaban a las autoridades españolas y el statu quo.

El 12 de noviembre, los rebeldes destruyeron los obrajes de Pomacanchi y Parapujio. A continuación, Tupac Amaru abrió la cárcel del obraje de Pomacanchi, y después de preguntar si el propietario le debía a alguien dinero, distribuyó un poco del paño y miles de libras de lana entre sus seguidores indios, su medio hermano, Juan Bautista Tupac Amaru, y un cura. Un informe indica que «resentidos los naturales, les habrían metido fuego [a los obrajes] a instancias de los mismos presos». Los indios despreciaban los obrajes a causa de las terribles condiciones de trabajo que ofrecían y de su uso como prisiones. Además, los obrajes desempeñaban un rol central en la adquisición forzada de bienes —el reparto—, porque sus propietarios obtenían lana a precios artificialmente bajos y vendían paño con sustanciales ganancias. Tupac Amaru usó los fondos confiscados para pagar a sus soldados: dos reales (o un cuarto de peso) por día a los indios, y cuatro reales (o medio peso) a los españoles.⁹ En las siguientes semanas, utilizó la cárcel del obraje para encerrar a sus propios prisioneros.

En esa ocasión, un atónito testigo de los hechos de Pomacanchi, Isidro de Montecinos, viajante del Cuzco, comentó con asombro el gran número de partidarios de Tupac Amaru. Afirmó que el líder rebelde había abandonado el obraje a las tres o cuatro de la tarde, y que una «soga de gente que le seguía» continuó hasta bien entrada la noche. Calculaba que las columnas se extendían más de once kilómetros e incluían a indios, mestizos y españoles. Montecinos informó que los indios tenían ondas, lanzas y sables, y que se abrazaban unos a otros con alegría, proclamando que el trabajo forzado y su sufrimiento habían terminado.¹⁰ El principal blanco de Tupac Amaru, el corregidor Fernando Cabrera, evadió la primera ola de rebeldes, escondiéndose en una capilla, y huyó de Quiquijana dos horas antes de que Tupac Amaru llegara, lo que demuestra la rápida propagación de las noticias o rumores. Los rebeldes destruyeron otro obraje y también se distribuyeron el paño y la lana. Saquearon al menos dos obrajes más en los siguientes días.¹¹

Joseph Álvarez y Nava, un administrador de la oficina de correos que iba rumbo a Lima con correspondencia del Cuzco, se tropezó con las fuerzas rebeldes en Quiquijana. Anotó que los «cerros [estaban] cubiertos con indios» y que, en el pueblo, «hombres armados entre mestizos y españoles [...] por orden de su casique don Jph. Tupac Amaro [...] estaban allí haciendo alarde de guerra al son de cajas, y al mismo tiempo repartiendo los bienes del citado corregidor don Fernando Cabrera».¹² Álvarez y Nava se apresuró en ir a la casa del cura, donde se encontró con un franciscano y otros cuatro sacerdotes conmocionados. Cuando Tupac Amaru entró después a esta vivienda, los trató cortésmente y concedió permiso a Álvarez y Nava para seguir su viaje, porque «su ánimo no era hacer perjuicio a nadie ni a los haveres reales».

Resulta sorprendente que Tupac Amaru no confiscara las bolsas del correo, considerando que podían contener información sobre el levantamiento o secretos administrativos.¹³ Cuando Tupac Amaru abandonó la casa, otro sacerdote salió de su escondite. El diligente cartero preguntó entonces a los curas qué hacer. Las opiniones fueron varias: mientras que unos le aconsejaron dejar las valijas y retornar al Cuzco, otros le sugirieron continuar su ya autorizado viaje a Lima. Álvarez y Nava partió finalmente en dirección a la capital y vio a rebeldes saqueando obrajes en Checacupe. En aquel lugar, alrededor de 25 indios lo detuvieron. Sus captores enviaron una consulta a Tupac Amaru, quien les ordenó liberarlo. Finalmente, Álvarez y Nava se dirigió a Puno, desde donde escribió al virrey acerca de su aventura.¹⁴ Su historia resume la inicial incertidumbre sobre el levantamiento, así como los esfuerzos de Tupac Amaru por ganar el apoyo de los miembros de la Iglesia o, al menos, apaciguarlos.

De vuelta a Tungasuca, Tupac Amaru continuó reclutando aliados, intimidando a enemigos y recolectando suministros. En el pequeño pueblo de Guaro, después de asistir al servicio en la iglesia con los dos curas que lo acompañaban

(los del pueblo habían huido), reunió a los indios del lugar y a su hueste en el cementerio. Declaró entonces que «hasta ahora no habían conocido a Dios, ni sabían quién era, que solo tenían por dioses a los ladrones de los corregidores y a los curas». Este argumento de que la incesante explotación de los españoles impedía a los indios desarrollar la fe verdadera, se convirtió en un leitmotiv del levantamiento. El líder rebelde prometió remediar esta situación y acabar con «repartos, alcabalas, mitas de Potosí, obvenciones, ni aduana y que habían de vivir libres y solo le habían de pagar a él los tributos».¹⁵ Con este discurso, Tupac Amaru presentaba su levantamiento como una defensa o liberación del catolicismo indígena. No obstante, si bien él, Micaela Bastidas y otros líderes, así como la mayor parte de sus seguidores, mostraron ser devotos cristianos y respetuosos de la Iglesia, quienes se opusieron al levantamiento los presentaron como paganos, gente que incendiaba iglesias, una calificación de la que fue difícil desprenderse.

En el viaje de regreso a su base, Tupac Amaru envió por delante a su hijo Hipólito y a su cuñado, Antonio Bastidas —uno de sus hombres de confianza—, para asegurarse de que la ruta estuviera limpia de soldados y de que sus partidarios no se dedicasen al saqueo. El camino también servía para obtener o saquear suministros. Aunque el levantamiento se propagaba rápidamente y sin problemas, los rebeldes comprendían que un encuentro con cualquier pequeño grupo de enemigos bien armados podía significar su fin.¹⁶ En Andahuaylillas, los curas se encontraron con Tupac Amaru en las escalinatas que conducían a la espectacular iglesia del pueblo. Después de besar la cruz y orar en el altar principal, José Gabriel descendió al cementerio adyacente, donde proclamó un conmovedor discurso que nuevamente llamaba a la eliminación del reparto, los obrajes y los corregidores, y convocaba a la gente del pueblo a apoyarlo.¹⁷ Un cura apellidado Martínez Sánchez, le escribió una carta preguntándole si la Corona aprobaba realmente sus actividades. Tupac Amaru respondió bruscamente, finalizando la correspondencia con esta ominosa anotación:

Por las expresiones de Vd. llego a penetrar tiene mucho sentimiento de los ladrones de los corregidores, quienes sin temor de Dios inferían insoportables trabajos a los indios, con sus indebidos repartos, robándoles con sus manos largas, a cuya danza no dejan de concurrir algunos de los Sres. Doctrineros, los que serán estrañados de sus empleos como ladrones, y entonces conocerán mi poderio, y verán si tengo facultad para hacerlo.¹⁸

Su programa en acción

La incursión al cercano Quiquijana, a fines de 1780, marcó el cariz de las actividades militares de Tupac Amaru: él y un nutrido grupo de seguidores —la vaga

pero imponente cifra «miles» se utiliza frecuentemente— entrarían a los pequeños pueblos y congregarian a sus habitantes. Tupac Amaru demandaría que todos se reunieran —sin dificultad, debido a la excitación de la mayoría y a la incapacidad de esconderse de la mayor parte de los españoles y otras figuras prominentes—, y explicaría su empresa tanto en español como en quechua. Los indios de las comunidades contiguas participarían y los convencidos se unirían al levantamiento. El final de año era ideal para hacerlo. En noviembre se inicia en la sierra la estación lluviosa, y las tareas agrícolas están en su momento menos activo, lo que facilita a los campesinos dejar sus campos.

Jose Gabriel libero cárceles, quemó horcas, saqueó obrajes, y declaró la abolición de la alcabala, el reparto y la mita, y el fin de los corregidores. Ese era su desconcertante discurso. Para los indios, estas medidas eran muy populares y profundamente simbólicas. En los Andes coloniales, los más poderosos usaban las cárceles, las horcas y los obrajes para ejercer su poder —supuestamente ineludible— sobre los indios, mientras que las autoridades, en connivencia con los lugareños, sacaban ventaja del reparto y de los tributos para explotar y controlar a la población indígena y enriquecerse. Coerción y colonialismo iban de la mano.

En estas semanas iniciales, Tupac Amaru repitió en sus discursos y comunicaciones la esencia de su programa económico consistente en la abolición de la mita, el reparto, la alcabala y las aduanas. Afirmó que mantendría el tributo indígena y raramente mencionó los pagos destinados a la Iglesia. Para gran satisfacción de las masas indias, les hablaba en quechua. Permitía a sus tropas saquear las propiedades de los corregidores y de los españoles más impopulares, pero buscaba limitar el daño sobre otros predios. No consideraba que todos los hacendados fueran perversos y dignos de la ira rebelde, a diferencia de sus más radicales seguidores. Mas allá de estas disposiciones —abolir las medidas que se habían vuelto crecientemente intolerables desde la década anterior y confiscar las haciendas de españoles—, nunca expuso un claro plan económico. Estas decisiones encantaron a sus seguidores indígenas, intrigaron a los mestizos y criollos, intimidaron a los hacendados y prósperos comerciantes, y enfurecieron a las autoridades españolas.

Por otro lado, Tupac Amaru fue un hombre de acción. Uno de sus prisioneros, José Esteban Escarcena, provee una anécdota sobre la cosmovisión y estrategia del líder rebelde. En Tinta, Escarcena encontró algunos libros de derecho encuadernados. Cuando se los mostró a José Gabriel, este le dijo: «Estos libros no sirven sino para empanadas o bizcochuelos; yo he de imponer unas leyes fuertes». El rebelde le explicó que, una vez en el poder, pondría a un funcionario en cada pueblo que recaudaría el tributo indígena y lo enviaría a la ciudad del Cuzco. Este programa comenzaría en el Cuzco, pero se expandiría a Arequipa, Lima y el Alto Perú. Escarcena también refirió que Tupac Amaru le contaba a mucha gente

que se desharia de abogados y cárceles, y simplificaría el castigo. Los principales criminales serían ahorcados de inmediato, mientras que las transgresiones más pequeñas serían castigadas colgando al perpetrador de un pie de la horca ubicada en cada pueblo. Este sistema racionalizado no solo reduciría el crimen, sino también tendría como consecuencia «quitar pleitos y escribanos».¹⁹ Estos comentarios y sus discursos explican su plataforma, al menos en términos administrativos: leyes duras y abolición de todos los impuestos, por ingreso y trabajo, con excepción del tributo indígena.²⁰ Este mismo pasaje también aclara quién estaba a cargo: «pero que lo más producían [decisiones] entre dicho rebelde y su mujer, con tal que varias veces dijo [Tupac Amaru], que no necesitaba consejos, porque él bien sabía lo que había de hacer».²¹

Tupac Amaru tomó comida, ganado y otros bienes de corregidores y hacendados. Para sus seguidores, el saqueo era una táctica necesaria, justificada por la explotación que la mayoría de los indios sufría diariamente. Para Tupac Amaru, esta acción palidecía al lado del abuso cotidiano que padecían los indios. En el fondo, buscaba corregir un sistema no armónico, que impedía incluso que los indios fueran buenos cristianos. Para los críticos, sin embargo, el pillaje constituía la única motivación de los indios y mestizos que participaban en el levantamiento —considerados codiciosos, rufianes y criminales de poca monta, y no rebeldes políticamente motivados. Los realistas presentaron a las masas rebeldes como ignorantes que no comprendían o incluso no se preocupaban por los debates concernientes a la legitimidad del dominio español. Por supuesto, en casi cualquier levantamiento, los oponentes suelen estar en desacuerdo acerca de temas diversos, como por ejemplo, si los saqueos obedecen a una causa mayor o son solo un mero robo. Es claro que los líderes rebeldes comprendieron la importancia de las provisiones. Desde el comienzo, acumularon suministros y los mantuvieron vigilados. Mientras distribuyeron lana entre sus seguidores en algunas de sus primeras acciones, buscaron almacenar suficiente comida, coca y alcohol para lo que comprendieron sería una larga lucha.

Tupac Amaru insistió, como hemos dicho, en que obedecía órdenes reales. Un perplejo español escribió en los primeros días: «hay sugetos que dicen es orden de su Magestad, como si esto fuese obra de fiel vasallo, pero esto parece cosa increíble, ni se le cometa a un indio esta facultad».²² El autor de la carta se maravillaba de que Tupac Amaru pudiera realmente tener permiso de Madrid. Asimismo, en un mensaje al obispo del Cuzco, Diego Cristóbal Tupac Amaru, el primo y sucesor de Tupac Amaru, sostuvo que «las repetidísimas sabias y bien acordadas disposiciones que por el paternal amor de nuestro Monarca se habían dirigido incesantemente en propio beneficio de ellos» contra «un Yugo tan pesado e insoportable», infligido contra los indios por desacertadas autoridades coloniales, habían sido en vano. Frustrada, su majestad habría dado entonces a

... que permitiera sus acciones contra el corregidor
... al rey se había cansado de sus subordinados, que
... y había concedido permiso a Tupac Amaru para actuar.
... que esperaba tener el apoyo del monarca para
... con este se enterara del grado de explotación
... en una hipotética ayuda del rey, en
... que el monarca había escrito algo al respecto, lo que
...

La respuesta no llegó, sin embargo, estas acciones iniciales. Los españoles
... en ninguno de los pueblos entre el Cuzco y Arequipa, y las mili-
... no poseían armamento ni espíritu de cuerpo. Se desploma-
... Los realistas no pudieron enfrentar estas rápidas
... Por otro lado, Tupac Amaru aprisionó a corregidores y
... pero raramente los ejecutó. De hecho, trató de controlar la
... que evento cambió.

Tupac Amaru retornó a Tungasuca las últimas horas del 14 de noviembre.
... organizando a sus fuerzas y redactando numerosas car-
... Los escribió en papel, pero los rebeldes también lo hicieron en
... o incluso en pieles de animales. Frecuentemente escondían sus men-
... las sillas de montar y las bolsas que cargaban las mulas.²⁴ Solo en el
... Tupac Amaru redactó, al menos, seis edictos, cinco cartas y
... Ese día escribió al curaca Diego Choquehuanca, orde-
... al corregidor de Azangaro (al norte del lago Titicaca), anuncián-
... y declarando la abolición de las «mitas
... alcabalas, aduanas y otras muchas instituciones perniciosas». Incluyó
... que justificaba sus acciones.²⁵ Diego Choquehuanca y su hijo
... informaron inmediatamente de la carta al corregidor y le aseguraron sus
... De hecho, Tupac Amaru fracasó en gran parte en sus es-
... de la cuenca del Titicaca. Escribió al kuraka de
... Bernardino Sucaragua, en similares términos. El documento comenzaba:
... «Por cuanto el Rey me tiene ordenado proceda extraordinariamente contra varios
... por legítimas causas que por ahora se reservan [...]».²⁷ En otra carta a
... Sucaragua, Tupac Amaru insistía en que respetaría a toda la población española
... «que hayan contraído amistad con la Gente Perua-
... «gente europea».²⁸ Asimismo, ordenaba al
... Sucaragua desobedeció sus órdenes y,
... como Choquehuanca, se unió a los realistas. Tupac Amaru escribió a numerosos
... con instrucciones de capturar al corregidor y abolir institu-
... tales como la mita y el reparto. Insistía en que tenía el apoyo

del rey Carlos III y que quería que los indios se convirtieran en buenos cristianos. Su levantamiento se libraba, según decía, en nombre del rey y la Iglesia católica.

El 16 de noviembre, «Don Joseph Gabriel Thupa Amaro Indio de la Sangre Real de Los Incas y Tronco Principal» escribió uno de los más intrigantes documentos de la rebelión, el que trataba sobre la emancipación de los esclavos africanos y afroperuanos. El título del documento indica su doble objetivo de liberar a los esclavos y debilitar a los españoles: «Bando de 16 de Nvbre. para el Cuzco para que desamparen los chapetones, ofreciendo libertad a los esclavos». Exhortaba a todos los españoles decentes, al clero y a otras distinguidas personas que se habían hecho amigos de la población nativa a unirse a la lucha contra las hostilidades y abusos por parte de los españoles, y a todos los que habían sido maltratados por los chapetones (nombre con el que se designaba despectivamente a los españoles), incluidos los esclavos, a que los abandonaran. A ellos se les concedería la libertad, librándolos de su servidumbre y esclavitud.²⁹ Empleaba así una maniobra retórica común entre los rebeldes, que consistía en invitar a todos aquellos que no participasen en los más escandalosos aspectos del dominio y explotación coloniales a unirse a la rebelión, con lo que el enemigo se reducía a los españoles abusivos y sus representantes. Tupac Amaru buscaba una amplia alianza anticolonial, no deseaba ahuyentar a todos los españoles y curas. Subestimó, en realidad, las violentas acciones de su movimiento, sus ataques a haciendas y obrajes. Un testimonio calificó su aparente moderación como una «máscara», una estrategia que pretendía ocultar sus verdaderas intenciones y feroces tácticas.³⁰ De alguna manera, seguidores y detractores estaban en lo correcto: el líder rebelde buscaba un movimiento multirracial, pero también comprendía la ventaja de mantener, al inicio, sus movimientos y planes bien ocultos.

¿Por qué emancipar a los esclavos? La vasta mayoría de la población esclava vivía en la costa, trabajando en plantaciones de caña de azúcar u otras, o en la ciudad de Lima. En contraste, los Andes contaban con los indios para las labores. Ahí no se necesitaban esclavos, que eran además relativamente caros. En 1790, la intendencia de Lima tenía aproximadamente 30.000 esclavos (75%) de un total de 40.000 en el Perú; el Cuzco solo tenía 284.³¹ La minería, que se concentraba en los Andes y era la columna vertebral de la economía colonial, dependía de la mano de obra indígena, trabajadores asalariados o coaccionados a través de la mita. En cambio, en la costa, el siguiente patrón se extendía a lo largo de toda América: africanos y descendientes de africanos concentrados en las plantaciones que alimentaban la economía de exportación. Por otra parte, la población del Perú solía creer que los africanos y la gente con ascendencia africana sufrían en las grandes altitudes, y algo más importante aun para los calculadores propietarios de esclavos, que no podían desempeñarse bien ahí.³²

Tupac Amaru y su huastle no parecen haber tenido ningún vínculo con el floreciente movimiento abolicionista o con los sentimientos que asomaban entonces en Norteamérica y Europa.³⁴ La decisión del líder rebelde respecto de los esclavos fue definitivamente estratégica, y se puede decir que fue de corazón o sincera. La ventaja táctica era clara. Si los esclavos empezaban a huir de sus amos, la economía de exportación se desmoronaría y las fuerzas rebeldes crecerían. Si la proclamación alcanzaba la costa — y no sabemos nada acerca de su difusión —, podía tentar a los esclavos de plantaciones y ciudades a desafiar a sus amos, huyendo o mediante otras formas de resistencia. En agosto de 1781, un testimonio mencionó que, con la promesa de libertad que ofrecen los rebeldes, los esclavos de las haciendas «se hallan algo movidos».³⁵ En ese entonces, las clases altas en Lima se preocupaban más por los desafiantes esclavos y por los agresivos negros y mulatos libres que por los indios de la sierra.³⁶ Como agudo observador que pasó un buen tiempo en la capital del virreinato, Tupac Amaru probablemente comprendió el efecto psicológico y económico que tendría la huida masiva de esclavos en sus propietarios. Aunque no contaba con ningún negro en su círculo más íntimo, quizás entabló amistad con alguno en la capital. Cuarenta años más tarde, en 1820, el libertador argentino y líder de la guerra de independencia, general José de San Martín, emplearía la misma táctica en las costas peruanas, al prometer a los esclavos su libertad si se le unían. San Martín pretendió con ello debilitar a los realistas y ganar soldados.³⁶ Por otro lado, la oferta de libertad de Tupac Amaru puede haber también buscado ganar la simpatía de la vasta población con mezcla de sangres, de aquellos con algún ascendiente africano, que, aunque libres, despreciaban la esclavitud.³⁷ No obstante, la motivación no fue meramente práctica. La libertad de los esclavos, presentados aquí como víctimas de los españoles, concordaba con el énfasis de Tupac Amaru en la justicia y en la lucha contra los extendidos y sistemáticos abusos de los españoles. Tupac Amaru había presenciado los horrores de la esclavitud en Lima, y la abolición se ajustaba bien a su exigencia de librarse del atropello de los españoles.

El Cuzco y la batalla de Sangarará

A pesar de los esfuerzos de Tupac Amaru y Micaela Bastidas por controlar los rumores y el flujo de información, las noticias de la ejecución de Arriaga alcanzaron la ciudad del Cuzco rápidamente. El 12 de noviembre de 1780, el corregidor de Quispicanchi, Fernando Cabrera, quien apenas había podido escapar de los rebeldes, informó al cabildo de la ciudad el «horrible exceso» cometido en Tungasuca.³⁸ El corregidor del Cuzco, Fernando Inclán Valdez, formó entonces un consejo o junta de guerra con algunos destacados vecinos. Sus miembros

recaudaron dinero, construyeron barracas en lo que había sido un convento jesuita hasta la expulsión de la orden en 1767, y el 13 de noviembre, enviaron un emisario a Lima pidiendo ayuda. En una nota del 14 de noviembre al obispo Moscoso y Peralta, los miembros de la junta solicitaron el apoyo de la Iglesia en la lucha contra Tupac Amaru, quien «por la falsa Cédula de Su Magestad [...] ha publicado por bando repetidas veces, para que mate corregidores, liberte a los indios del real tributo y arruine todos los obrajes».³⁹ Sin embargo, las divisiones internas y quizás el miedo y la incompetencia frenaron los esfuerzos de la junta, y esta fracasó en articular un frente organizado.⁴⁰ Al final, fue Moscoso y Peralta quien se hizo cargo de la organización militar y de los fondos recaudados. Él y otros clérigos ayudaron a organizar la ciudad contra la amenaza de los rebeldes. Efectuaron numerosas procesiones religiosas, sacando al Señor de los Temblores, patrón del Cuzco, que había protegido a la ciudad durante el temblor de 1650, y al arcángel Miguel —más conocido por los españoles.⁴¹ El propio Moscoso y Peralta donó 12.000 pesos, y algunas órdenes religiosas, un adicional de 18.000. Además, se tomó prestados 14.000 pesos de la Iglesia, mientras que el cura de San Jerónimo, Ignacio de Castro, prestó una suma adicional de 18.000. El obispo organizó al clero de la ciudad en una milicia dividida en cuatro compañías.⁴² Para idear un plan, sostuvo una reunión con autoridades eclesiásticas el 13 de noviembre, enfatizando que los rebeldes estaban a solo diez leguas de distancia (aproximadamente 42 kilómetros), que contaban con unos 10.000 indios armados y 600 mestizos y españoles, y que por lo tanto eran un gran peligro para «la religión, al Rey y a la república».⁴³ Se discutió entonces la posibilidad de ir al encuentro de Tupac Amaru en el área entre el Cuzco y Tungasuca para persuadirlo por «los arbitrios que parezcan convenientes» de abandonar su «depravado proyecto». No obstante, las autoridades eclesiásticas decidieron permanecer en el Cuzco —seguramente para gran alivio de la mayoría de los religiosos— a causa de la falta de armas. En su lugar, estuvieron de acuerdo con usar el púlpito para reprender a los rebeldes, recolectar información de curas que se hallasen en el área insurrecta y presionar al padre Antonio López de Sosa, el cura de Tungasuca y amigo de Tupac Amaru. El líder rebelde era un súbdito devoto del rey que podía quizás ser convencido de renunciar a su levantamiento.⁴⁵

Con miembros de la milicia local, voluntarios del Cuzco y aproximadamente ochocientos indios y mestizos procurados por los kurakas de Oropesa —Pedro Sahuaraura y Ambrosio Chillitupa—, Tiburcio Landa creó en ese entonces su propia compañía. En los siguientes dos años de insurgencia, los indios constituirían casi invariablemente la mayoría de combatientes en ambos bandos. Este grupo de contrainsurgentes, tan precipitadamente organizado, pretendió derrotar a los rebeldes y reclamar una recompensa por ello. El 17 de noviembre alcanzó Sangarará, un pequeño y frío pueblo al norte de Tinta, a aproximadamente 3800 metros

de altitud. Las milicias indias organizadas por los kurakas de seis pequeños pueblos se le unieron.

Luego de que los centinelas no reportaran señales del enemigo, la compañía de Landa decidió acampar en el pueblo en vez de hacerlo en una ladera menos vulnerable. Sus miembros estaban en ese momento más preocupados por la inminente tormenta de nieve que por los rebeldes. Tupac Amaru ocultó sus fuerzas para engañar a los realistas, haciéndoles creer que habían huido o que simplemente no eran tan numerosas.⁴⁶ A las cuatro de la mañana, las tropas de Landa se encontraron rodeadas. Un testigo afirmó que la hueste rebelde que se aproximaba sonaba como un «temblor».⁴⁷ Landa y sus tropas se refugiaron en la iglesia. Tupac Amaru les exigió rendirse y pidió al cura y sus ayudantes salir del templo. Al no obedecer los realistas estas instrucciones, ordenó a criollos y mujeres abandonar la iglesia, indicando que el ataque era inminente. Landa y sus fuerzas impidieron salir a la gente, y varias personas murieron en el caos. Por último, parte de la pólvora que traían consigo se inflamó, quemando gran parte del techo de la iglesia y causando que una pared se desplomara. Desesperadas, las tropas de Landa cargaron sus cañones y dispararon. Inferiores en número y mal posicionadas, fueron aniquiladas. Un informe calcula un total de 576 muertos, entre ellos más de 20 españoles. Los rebeldes atendieron y liberaron a 28 criollos heridos.⁴⁸

Los sobrevivientes redactaron un detallado informe, culpando a Tupac Amaru por el daño a la iglesia y la matanza. Uno de ellos, Bartolomé Castañeda, sostuvo que, a su llegada, Landa se había asegurado el apoyo de los indios de Sangarará. También afirmó que, contrariamente a lo que decían otros informes, el comandante se había percatado de que el enemigo estaba cerca y había discutido si establecer un campamento en un cerro de los alrededores o contiguo a la bien fortificada iglesia. Se eligió la iglesia para protegerse del frío de la noche, lo que demostró ser un error fatal. Las tropas de Tupac Amaru se deslizaron por el cementerio adyacente y atacaron con hondas al enemigo, que acampó fuera del templo. La artillería de Landa fue inútil a causa de los muros que lo separaban del cementerio.⁴⁹ Desesperados, muchos de sus soldados se confesaron con el capellán, Juan de Mollinedo. Mollinedo no podía ofrecer la comunión, porque nadie encontraba la llave del gabinete con el copón. Estando el techo de la iglesia en llamas, las vigas ardientes comenzaron a caer y las tejas explotaron por el calor. Los rebeldes usaron piedras y lanzas para matar a los que huían del templo. Castañeda se salvó ocultándose en una pequeña capilla. Calculó que al menos trescientos de sus compañeros habían muerto, la mayoría de ellos despojados después de sus ropas y armas. Mencionó, asimismo, que había 6000 indios en los cerros de los alrededores, y un apoyo a los rebeldes en la mayor parte de la región.⁵⁰ Otro informe aseguró que Tupac Amaru había golpeado el cadáver del corregidor de Quispicanchi, Fernando Cabrera, quien lo había evadido días antes.

murmurando: «Este por cabeza dura se ve de este modo», y que los entusiastas rebeldes habían pegado a un kuraka realista frente a su familia, hasta matarlo.⁵¹

El párroco de Oropesa, Juan de Mollinedo, que sobrevivió, provee más detalles acerca de la batalla de Sangarará. En su informe, mencionó que las autoridades en el Cuzco habían ofrecido una recompensa por Tupac Amaru, vivo o muerto, lo que había llevado a la compañía de Landa a acelerar su expedición. Según él, esta prisa la condenó. Sus miembros acamparon la primera noche en Huaró y luego hicieron la larga caminata hasta Sangarará. Después de que Landa ganara el debate de si establecer su base en la iglesia o fuera del pueblo, falsas alarmas despertaron a las tropas en varias oportunidades. Mollinedo describió su frustración cuando los indios tomaron el cementerio adyacente, indicando que un soldado había sido incluso cegado por una piedra lanzada con honda. Detalló la actitud heroica de Landa y otros líderes, quienes habían seguido luchando hasta antes de que los hirieran de un tiro. Landa buscó ocultar los cadáveres realistas para que sus tropas no perdieran la fe. El fuego en la iglesia, del que en este informe se culpó a Tupac Amaru, mató a muchos hombres, y el que huía de las

[...] llamas del voraz elemento, caía en las manos no menos voraces de los rebeldes. La matanza universal, el lastimoso quejido de los moribundos, la sanguinolencia de los contrarios, los fragmentos de las llamas; por hablar en breve, todo cuanto se presentaba en aquel infeliz día, conspiraba al horror y a la conmiseración; mas esta jamás había sido conocida por los rebeldes, ciegos de furor y sedientos de sangre, no pensaban, sino pasar a cuchillo a todos los blancos.⁵²

Mollinedo contabilizó 395 muertos en combate, más un incalculable número de incinerados en la iglesia. Calculó las fuerzas de Tupac Amaru en 20.000 indios y 400 mestizos, además de un contingente considerable que custodiaba Tungasuca.⁵³

Luego explicó que los rebeldes lo habían capturado huyendo de la iglesia con los santos sacramentos. Tupac Amaru ordenó que se le diera aguardiente para curar sus heridas y que fuera llevado prisionero a Tungasuca. Allí, Mollinedo supervisó el entierro de algunos realistas, y Tupac Amaru lo liberó, considerando que se trataba de un cura. Mollinedo ya había conseguido superar centinelas y tropas rebeldes, y se describe escapando medio desnudo, sin siquiera un sombrero. Fue detenido en las afueras de Sangarará, pero liberado de nuevo, y finalmente llegó al Cuzco. Otros prisioneros realistas, mantenidos en el obraje de Pomacanchi por un periodo más largo, confirmaron su relato.⁵⁴ En el pequeño pueblo de Pápres, vio a indios y simpatizantes rebeldes matar al curaca del cercano Rondocan solo a causa de su «cara blanca», a pesar de que había luchado por los rebeldes

del levantamiento en el relato de Mollinedo y todos los demás informes de Sangarará
 relacionados al alzamiento en el Cuzco por la perspectiva de una guerra de castas.

El campamento base de Tungasuca

Los rebeldes mantuvieron Tungasuca como su campamento base. No solo la
 casa de Tupac Amaru y Micaela Bastidas se encontraba allí, sino que el pueblo
 se encontraba sobre el valle del Vilcanota, la ruta que debían tomar los soldados
 dirigidos al interior del Cuzco, Puno o Arequipa. Varios prisioneros brindan
 una descripción de este poblado en las frenéticas primeras semanas del levanta-
 miento. Por ejemplo, el mercenario Juan de Ríos Pacheco, contó que se hallaba
 camino de Arequipa al Cuzco con dos muchachos a mediados de noviembre,
 cuando unos «mestizos con lanzas y hondas» los detuvieron y llevaron a Tun-
 gasuca. El religioso mencionó que ahí había 4000 indios, mestizos con lanzas y
 algunas macaetes, tres cañones simples y horcas. Los indios lo habían llamado
una kunda o «cuello rojo» en quechua, que, según explicó, era el «término con
 que llaman a los europeos». Narró entonces que cuando Micaela Bastidas supo
 que era un cura, lo invitó a entrar en la casa.⁵⁶ Se sorprendió de ser conducido
 por un portero mestizo, vestido de rojo y azul y con un sable en la mano, una
 formalidad poco común en este tipo de asentamiento. Describió Tungasuca como
 lleno de «hombres de toda clase de casta», mencionando españoles, negros, mulatos
 e indios. Micaela le explicó su oposición al «mal gobierno» pero no a la Iglesia, y
 le expresó su confianza en que Arequipa y las ciudades de La Paz y La Plata en
 el Alto Perú los apoyaran. En ese momento, los rebeldes solo controlaban los cer-
 canos Tinta, Quispicanchi y Chumbivilcas. Ella aseguró tener cartas de adhesión
 de los curacas de estas áreas.⁵⁷

Tupac Amaru y Micaela Bastidas compartían el poder, adulándose mutua-
 mente y confiando el uno en el otro. Mientras que Tupac Amaru era el líder que
 proclamaba discursos y firmaba la mayoría de los documentos, Micaela manejaba
 el campamento rebelde y supervisaba las provisiones. Tanto los rebeldes como
 los leales a la Corona temían su ira. De acuerdo con un documento realista, sus
 deberes incluían ayudar a Tupac Amaru de cualquier forma: movilizar soldados
 por medio de duras órdenes; castigar e, incluso, ejecutar a cualquiera que se re-
 sistiera; reclutar y animar a los indios, proveyendo honores a los que destacaban
 y contándoles terribles historias de los españoles para encender su odio; prometer
 a los seguidores la eliminación de los impuestos, fuera del tributo indígena, y un
 retorno a la libertad «en tiempo de su idolatría»⁵⁸ (es decir, de los incas); dejar
 que todos supieran que Tupac Amaru y ella tenían la intención de reinar; ganar
 incluso más obediencia que la que se ofrecía a su esposo; destruir los decretos

expuestos en las puertas de las iglesias y reemplazarlos con los propios; cerrar iglesias; proveer salvoconductos; redactar cartas para divulgar el levantamiento; y exigir reclutas a las autoridades locales, con la amenaza de matar a cualquiera que desobedeciera.⁵⁹ Estas no eran las actividades de un subalterno o de una obediente esposa, sino, más bien, las de un verdadero y perfecto socio en el planeamiento y ejecución del levantamiento de masas.

Su círculo íntimo consistía en una extensa lista de familiares, amigos y colegas del Cuzco, entre los que figuraban indios, mestizos e incluso un puñado de españoles. Los partidarios de la familia incluían a sus tres hijos, así como a tíos, primos, sobrinos, suegros y parientes más distantes. Varios kurakas, indios del común e incluso mujeres de la región que se extiende desde el sur del Cuzco hasta el paso de La Raya, también demostraron ser aliados importantes.⁶⁰

Ahora bien, ¿quién apoyó a los rebeldes? Los documentos de los insurrectos y los de las autoridades coloniales están de acuerdo, aunque desde puntos de vista absolutamente opuestos, con que Tupac Amaru buscó inicialmente crear un movimiento multiétnico, multclasista. Habló en un decreto de vivir «como hermanos» con los criollos, mientras que Micaela Bastidas se lamentaba de que los españoles «nos estropeen y traten como perros». ⁶¹ Tupac Amaru buscó el apoyo de criollos, mestizos y negros, y debe haber visto con satisfacción el bullicioso cuartel general de Tungasuca. Los españoles, a su vez, se quejaban de que los criollos habían perdido el respeto por España. Muchos culpaban a estos descendientes de españoles nacidos en América y a los curas, usualmente también criollos, con el odio venenoso reservado para aquellos a quienes se considera traidores de clase.⁶² Con todo, ambos lados comprendieron que, conforme pasaran los meses, la revuelta se convertiría en un levantamiento crecientemente indígena, que apuntaría, para consternación de Micaela y Tupac Amaru, también a criollos y mestizos. Tupac Amaru buscaba impedir una guerra de exterminación, comprendiendo que no podía ganar sin una amplia base de apoyo, y creyendo estar destinado a conducir no solo a los indios, sino también a los que no lo eran. No obstante, los españoles se dieron cuenta de que, en el largo plazo, no tenían que preocuparse tanto por los criollos como por los indios, cada vez más propensos a atacar y asesinar a cualquier persona que considerasen española. Esto no era tranquilizador, considerando que los indios constituían el 90% de la población del sur andino.

Los indios apoyaron a Tupac Amaru por una serie de razones. Él los comprendía, vivía en su mundo y hablaba su idioma. Varios *runas* o indios del común lo habían conocido en su trabajo como kuraka o en sus viajes como arriero. Otros habían oído hablar de él y de sus batallas legales en Lima para reclamar su legado inca y defender a los indios de la odiosa mita y otras exacciones. Sus discursos y acciones iniciales dejaban en claro que aboliría impuestos, el reclutamiento laboral y otras cargas, que erradicaría a los corregidores y gobernaría pensando en

el bienestar de los indios. Su vínculo con los incas le dio prestigio, así como una plataforma —el retorno de alguna nueva forma de gobierno inca, una sociedad más justa que la colonial. Sus partidarios comprendieron que crearía otra sociedad, arraigada en su lengua y tradiciones.

Por otro lado, varios de sus seguidores creyeron que Tupac Amaru podría resucitarlos, volverlos a la vida, si morían en batalla. Según se decía, les indicaba «que entrasen sin miedo a pelear con los españoles, que si morían, a los tres días los había de resucitar». Los testigos españoles se quejaban vehementemente de estas promesas, que aumentaban el valor de las tropas y su disposición a morir en la lucha.⁶³ La promesa se conecta con los más amplios elementos mesiánicos y milenaristas del levantamiento, y con la creencia andina acerca de un tiempo concebido de manera cíclica; por lo tanto, con el retorno a una era libre de la explotación de los españoles. Tupac Amaru se presentó a sí mismo como el Mesías —un término que nunca usó—, cuyo linaje y proyecto podrían provocar el retorno de los incas o, al menos, un sistema más justo. Se construyó sobre corrientes neoincas, así como sobre ideas milenaristas andinas de radical trastorno, tales como la de un cataclismo o *Pachacuti*.⁶⁴

Factores más mundanos explican también por qué algunos lo apoyaron y otros no. Varios indios siguieron el ejemplo de sus kurakas, mientras que otros —particularmente los que más se movían de un lugar a otro, como los pastores—, se toparon con la rebelión y simplemente decidieron unirse. Explicaciones similares pueden usarse para los que se opusieron a ella. Posiblemente, varios no estuvieron de acuerdo con su plataforma; otros se vieron obligados por su kuraka realista a combatir el levantamiento. Como se verá, las luchas podían enfrentar a una comunidad india contra otra.

La pregunta sobre quién formaba su círculo más íntimo obsesionó a las autoridades coloniales. Ellas la plantearon aparentemente a cada testigo en los juicios subsecuentes. En un esfuerzo por aislar y capturar a Tupac Amaru, el visitador Areche ofreció, en marzo de 1781, un indulto a los rebeldes, pero excluyó de este a aquellos considerados cabecillas del movimiento. Entre ellos figuraban todos los kurakas que «están en su alianza»; Tupac Amaru, Micaela, su hermano Antonio, tres hijos y cinco primos; Manuel Galleguillos y Diego Ortigoza (dos de los «escribientes» españoles que mencionaremos más abajo), así como Felipe Bermúdez; y una serie de partidarios indios y mestizos alrededor del área de Tinta.⁶⁵ La lista señala lo obvio —la centralidad de la familia de Tupac Amaru en la rebelión. Medidas españolas posteriores apuntarían a una mucha más amplia selección de sus familiares, esencialmente cualquier persona relacionada con él, sin importar lo que hubiera hecho en el levantamiento.

Un grupo de alrededor de doce prisioneros españoles y criollos se encontraba también en Tungasuca cuando ocurrió la ejecución de Arriaga. Aunque al

inicio encerrados en un sótano junto con el corregidor, vigilados constantemente y encadenados, acabaron ayudando a los rebeldes como escribanos, asesores, contadores e incluso fabricantes de armas. El debate sobre si lo hicieron libremente o coaccionados aun no se ha resuelto. Tanto los rebeldes como los realistas los trataron con cautela. Tupac Amaru y Micaela Bastidas los encarcelaron, pero después les concedieron cada vez más libertad y deberes, aunque nunca dejaron de dudar de su lealtad. Las autoridades coloniales los escudriñaron en largos juicios, en los que se buscó información sobre el origen y la base social de la rebelión, y se trató de verificar si la desconcertante posibilidad de que hombres del lado español ayudaran al levantamiento podía ser cierta.

Fascinantes y enigmáticos, estos prisioneros dan luz sobre ambos lados de la lucha. Personifican la búsqueda de Tupac Amaru de organizar un movimiento multiclassista y multiracial, su quizás insensata creencia de que hacendados y profesionales hispanohablantes podrían unirse a su causa. Por así decirlo, esta estrategia reflejaba una profunda perspectiva colonial de su parte, la de que un levantamiento solo podría tener éxito con la ayuda de los españoles. Una vez que estos prisioneros se entregaron a las autoridades coloniales, fueron tratados como útil fuente de conocimiento, pero también como peligrosos disidentes que habían quebrado las tan arraigadas y respetables jerarquías. El sistema judicial mostró que el Perú virreinal tenía un arsenal de denominaciones y adjetivos para explicar las fechorías de los indios —destacan «paganos», «apostatas», «niñerías» y «odioso», varios datan de la Reconquista o las cruzadas—, pero luchaba para interpretar o incluso describir la traición hispana. La conmoción de las autoridades frente a su posible falta de lealtad estuvo teñida de miedo. Sus relatos nos introducen en la rebelión.

Muchos de ellos habían trabajado con Arriaga, y fueron capturados por personas congregadas en Tungasuca, cuando seguían las instrucciones del corregidor, escritas bajo coacción. Juan Antonio «El Gallego» Figueroa, de cuarenta años y natural de Galicia, había estado en Tinta construyendo un puente. Arriaga le debía dinero. Mariano Banda, del Cuzco, y José Esteban Escarcena, de Arequipa, habían trabajado como escribanos o secretarios para el corregidor. Diego Origoza, en contraste, había estado en Tungasuca por una década, en los últimos años trabajando como instructor de los hijos de Tupac Amaru. Tenía 52 años y se declaraba sin profesión, ratificando el respetado dicho de que los sabios subempleados son peligrosos. Manuel Galleguillos había llegado a Tungasuca después de otros cautivos, cuando los indios lo capturaron luego de Sangarará. Francisco Molina inicialmente resistió el llamado de Arriaga para ir a Tungasuca, pero prestó atención a las amenazas de Tupac Amaru para apersonarse ahí. Francisco Cisneros siguió la falsa orden de Arriaga y fue aprisionado al llegar a Tungasuca, el 7 de noviembre.

En cuanto al prisionero Bernardo de la Madrid, el propietario del obraje de Pomacanchi, recibió una carta el 5 de noviembre de su amigo el corregidor Arriaga, en la que le solicitaba reunirse con él en Tungasuca. Salió esa mañana después de la misa, y ya en Tungasuca fue saludado por el propio Tupac Amaru, quien le sugirió unirse a la mesa para comer. De la Madrid le contestó que ya había almorzado, y comenzó a impacientarse cuando se le repitió varias veces que el corregidor pronto llegaría. Finalmente, Tupac Amaru lo condujo a un cuarto, con el pretexto de que Arriaga se estaba vendando ahí algunas heridas. Veinticinco «sayones» se lanzaron sobre él. El propietario del obraje reclamó que no podían llevarlo encadenado. Conducido al sótano, De la Madrid se rehusó a escribir una carta en la que debía invitar a su amigo, don Fernando Cabrera, a ir a Tungasuca. La petición lo enfureció:

[...] yo ciego de cólera de verme apresado de un criado mío que me sería de arriero para conducir mis cargas a Potosí [i. e. Tupac Amaru], le contesté de palabra diciendo que luego que me viese libre de aquella opresión experimentaria agravios superiores a los que me habían hecho. A poco rato mandó el Rebelde me pusiera un par de grillos, lo que executarion los Guardias con presteza.⁶⁶

Como en las siguientes semanas los guardias rebeldes amenazaron varias veces con matarlo, De la Madrid hizo su mejor esfuerzo para ganarse la confianza de los líderes rebeldes. Asustado e indignado, se quejó de que Tupac Amaru se rehusaba a darle mantas, incluso cuando «me estaba debiendo 1500 pesos que en varias ocasiones le suplí para sus ahogos».⁶⁷ Una vez sin cadenas, según narró, «me acomodé en servir con humildad y anhelo así el Rebelde, como a su muger, haciendo del negro más humilde; y quando la India [Micaela Bastidas] salía a oír Misa la llevaba de la mano, y el Quitasol en la otra parte para que no la ofendiesen los rayos del Sol».⁶⁸

Los rebeldes mantuvieron a los prisioneros en cuartos cerrados y vigilados por guardias. En algún momento de finales de noviembre, Tupac Amaru quiso ahorcarlos. Micaela Bastidas los defendió, enfatizando su útil conocimiento de las armas. El 26 de noviembre, él le escribió a ella: «Tener mucho cuidado con los que están en casa, y dile a nuestro Figueroa que no se descuide con tenerlas muy prontas todas las armas que estén allí».⁶⁹ Pero cuando Micaela supo que los realistas habían matado a Simón Noguera, el sobrino de Tupac Amaru, gritó con rabia y amenazó con ahorcar a todos los prisioneros.⁷⁰ A pesar de esto, la intranquilidad de los líderes rebeldes menguó, y acabaron confiando cada vez más en sus cautivos para escribir cartas y mensajes, cuidar y fabricar armas, y, en algunos casos, participar en decisiones y tareas clave, como pagar a los soldados. Banda, Cisneros, Escarcena, Galleguillos y Ortigoza sirvieron como escribanos

Más tarde asegurarían que lo hicieron para salvar sus vidas —habían sido testigos del destino de Arriaga— y que solo seguían órdenes. La acusación judicial sostuvo que todos ellos habían participado intencionalmente, influyendo en lo que se estaba comunicando e inclusive dictando cartas y órdenes. Tupac Amaru era una persona capaz de escribir bien, pero requería ayuda, porque estaba demasiado ocupado y frecuentemente se hallaba fuera de Tungasuca. En cambio, si Micaela Bastidas podía escribir adecuadamente es algo que no queda claro. Ella no tenía los estudios de su marido, y era menos probable que hubiese adquirido siquiera el rudimentario entrenamiento que los hombres de su estatus social lograban en pequeños pueblos como Pampamarca. Aunque bilingüe, Micaela comúnmente utilizaba el quechua en las discusiones, lo que obligaba a españoles y criollos a confiar en un traductor.⁷¹

En su testimonio, Micaela Bastidas consideró a Mariano Banda como «de mayor confianza».⁷² Otros prisioneros también lo incriminaron en ese sentido, aunque sus testimonios deben tomarse con cuidado —estaban tratando de salvar sus propias vidas y buscaban presentarse como figuras secundarias, forzadas a ayudar a los rebeldes en roles menores. Ortigoza y Galleguillos sostuvieron que Banda había pagado a los soldados rebeldes. De hecho, un historiador considera que su arresto pudo ser un ardid y que su participación habría sido planeada desde antes de la captura de Arriaga.⁷³

Sin duda, estos prisioneros amañaron la verdad al defenderse de las acusaciones, y al hacerlo, proveen un claro retrato del campamento rebelde en Tungasuca. Describen su conmoción ante la ejecución de Arriaga, el maltrato que sufrieron (guardias y cadenas) y sus eventuales deberes. Indican que Tupac Amaru estuvo a cargo, pero que siempre consultaba con Micaela. Después de Sangarará, se les permitió salir de sus cuartos e incluso compartir comidas con Tupac Amaru y su familia. Micaela manejaba el campamento en Tungasuca. Vigilaba de cerca las provisiones, adulaba a indios y kurakas para que los apoyasen, amenazaba a aquellos que dudaban y mantenía el control sobre su esposo. Mientras tanto, a finales de 1780, Tupac Amaru expandía su zona de acción hacia el sur y escudriñaba, hasta donde le era posible, los eventos en el Cuzco, ya que sabía que desde esa ciudad contraatacarían. La gente hablaba quechua y español, y un aire de nerviosa altivez podía detectarse. Los líderes eran conscientes de que habían dado pasos irreversibles que podían cambiar radicalmente su mundo o llevarlos a una horrible muerte. Aunque no lo comprendieron en ese momento, ambos resultados podían ocurrir a la vez. Sus seguidores habían experimentado el increíble giro de los eventos —la muerte de los explotadores, la abolición de odiosas instituciones, el retorno de un líder inca—, pero también sabían que la derrota llegaría a un precio muy alto.

Tupac Amaru no era el único preocupado por la lealtad de estos *puka kunkas*. José Esteban Escarcena señaló que los indios buscaban exterminar a los españoles y luego hacer lo mismo con criollos y mestizos. Sostuvo que «querían quedar solos los Indios [...] vivirían ellos y su Rey (cuyo tratamiento le daban a Tupa Amaro el rebelde con gusto)». ⁷⁴ Francisco Cisneros afirmó que los indios lo despreciaban y que planeaban matarlo. Manuel Castelo, una autoridad española encarcelada junto con Francisco Cisneros, el recaudador de impuestos de Arriaga, describió a la gente rompiendo los muros y techos de su prisión —la casa de Tupac Amaru—, en un intento de poner sus manos sobre Cisneros. El cura asistente de Coporaque y Tungasuca, Ildelfonso Bejarano, afirmó haberla convencido de detener el ataque. ⁷⁵ Cisneros usó estas afirmaciones en su defensa, y nadie lo rebatió. ⁷⁶

Los testimonios de estas personas mencionan, asimismo, eventos y conspiraciones inusuales, no señalados en otros informes del levantamiento. Francisco Molina aseveró que Mariano Banda estaba al tanto de un plan para envenenar a los españoles en la ciudad del Cuzco. Banda contó entonces que un hombre llamado José de Palacios había escrito a Micaela Bastidas para informarle que tenía un fuerte veneno que mataría a la élite de la ciudad, «los gamonales», y facilitaría apoderarse del Cuzco. Dijo haberlo probado él mismo, con éxito, en algunos desafortunados perros. Aunque los rebeldes nunca usaron el veneno contra sus enemigos, este rumor jugó con el temor a una insurrección desde el campo y en la propia ciudad. ⁷⁷ Cisneros mencionó que él y otros habían tratado de matar a Tupac Amaru en noviembre, pero que no pudieron librarse de sus captores. También habló de un intento de capturarlo en abril de 1781, cuando las fuerzas españolas asediaban el territorio del rebelde. ⁷⁸

¿Por qué apoyar a un indio rebelde?

En un esfuerzo por hacer que los cargos contra él parecieran ridículos, Manuel Galleguillos planteó la siguiente pregunta: «qué motivo pudiera ocurrir para que un vasallo del Rey Católico Español quisiese tener por soberano a un indio rebelde, qué medras podría prometerme de un tirano que profesaba con todos los de su nación un odio inmortal e irreconciliable a los españoles [...]». ⁷⁹ Esta es la pregunta que las autoridades en los juicios y los investigadores desde entonces han estado tratando de responder. Aunque probablemente nunca sabremos las exactas proporciones de la coerción, desesperación o libre albedrío que motivó sus acciones (¿fueron ellos forzados, estaban tratando de ganarse su favor o apoyaron a los rebeldes?), el hecho es que los españoles y criollos sí escribieron mensajes, dieron consejos e incluso tomaron las armas o espionaron para los rebeldes. Su defensa de que ellos emprendieron estas acciones solo a causa

de la coerción parece poco sólida. Scarlett O'Phelan propone tres explicaciones: solidaridad con Tupac Amaru, la creencia de que sus decretos tenían el apoyo real y la defensa de su propiedad. La autora también enfatiza que estos españoles y criollos provenían de los sectores sociales intermedios, no los más poderosos, sino los más débiles.⁸⁰

Por otro lado, los juicios indican una buena cantidad de oportunismo. Estas personas fueron apresadas y, sin duda, hicieron todo lo que pudieron para salvar sus vidas. Pero sus testimonios apoyan la sospecha de las autoridades de que no huyeron cuando tuvieron la oportunidad de hacerlo, y de que cumplieron sus deberes con cierto entusiasmo. Aunque afirmaron que no tenían alternativa, pudieron haber sido un poco arrastrados por los excitantes tiempos de finales de 1780. Los criollos —e incluso algunos españoles— tenían muchas razones para estar descontentos con los impuestos y con otras medidas llevadas a cabo por corregidores como Arriaga. Pudieron haber apoyado el llamado de Tupac Amaru para la abolición de las despreciadas instituciones españolas e incluso la ejecución de algunas de las más odiadas autoridades, y creído en su énfasis en un movimiento multiétnico y multclasista. Casi todos los movimientos sociales en los Andes han contado con el apoyo de mestizos y criollos.⁸¹ En este caso, los prisioneros vivieron en casa de Tupac Amaru —primero como tales, pero cada vez más como invitados—, y compartieron comida y toma de decisiones con los líderes rebeldes.

¿Fue este quizás un caso de síndrome de Estocolmo, en el que los rehenes simpatizan cada vez más con sus captores? Probablemente sí, aunque la metamorfosis no es tan sorprendente. Los prisioneros pertenecían a un grupo social con el que Tupac Amaru se codeaba siendo arriero y kuraka, y al que esperaba reclutar, lo que explica su paciencia con ellos y su rechazo a ejecutarlos. Antes del levantamiento, es probable que Tupac Amaru socializara con personas tales como Banda, Cisneros y Galleguillos. Ortigoza enseñó a sus hijos y, en un pueblo pequeño como Pampamarca (con una población de menos de 5000 habitantes), los dos hombres instruidos deben haber compartido muchas conversaciones.

De hecho, la relación puede también reflejar lo que casualmente ha sido llamado el síndrome de Lima, en el que los captores sienten una creciente simpatía por sus rehenes. El nombre deriva de la toma de la embajada japonesa en Lima por el grupo terrorista Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA), cuando los subversivos trataron bien a los rehenes, poniendo en libertad a la mayoría y entablando amistad con algunos. Esta negligencia facilitó el asalto de la embajada y la muerte de los emerretistas. Quizás Tupac Amaru y Micaela Bastidas se encariñaron cada vez más con sus prisioneros, agradecidos por su adulación y conscientes de su valor para el movimiento. Los kurakas y aquellos que reclamaban su linaje real inca, como Tupac Amaru, buscaron a lo largo del siglo XVIII ganarse el respeto de la sociedad criolla.⁸² Su deferencia puede haber dado a Tupac Amaru

la misma satisfacción que la que le proporcionaba repartir el paño de un obraje o anunciar la abolición de un impuesto. Tupac Amaru creía que su respeto por él era tan exacto y necesario como cualquier transformación social y mejoramiento de las condiciones para los indios. Para las autoridades españolas, este era un cambio subversivo y, al mismo tiempo, preocupante.

De hecho, los rebeldes contaron con seguidores criollos. Uno de ellos fue Felipe Bermúdez, quien también había trabajado para Arriaga en Tinta, pero cuya permanencia en la prisión de Tungasuca no fue muy prolongada. Si su captura fue un ardid o no, es algo que queda poco claro. En todo caso, Bermúdez fue rápidamente nombrado «capitán general» de los rebeldes y escribió importantes cartas para Tupac Amaru y Micaela Bastidas. Acompañó al líder rebelde en sus incursiones al sur en los últimos meses de 1780. Tupac Amaru confió claramente en él, por lo que instruyó a Micaela para que, al tomar una decisión, «solamente tú y Bermúdez» pudieran hacerlo.⁸³ Antonio Castelo, un mestizo o criollo de Sicuani que había vivido en Tungasuca por varios años, fue el otro líder. Vacilante en un primer momento sobre la ejecución de Arriaga, rápidamente ganó autoridad entre las filas rebeldes y, para fin de año, lideraba uno de sus tres principales frentes. Castelo estaba en compañía estimulante: el propio Tupac Amaru y su primo, Diego Cristóbal —que pronto se convertiría en el líder absoluto—, conducían los otros dos frentes.

En una importante revalorización de la participación criolla, David Cahill sostiene que

[...] más que del liderazgo que tenía, conformado por un líder inca carismático y un pequeño núcleo de lugartenientes, la rebelión quizá fue la creación de una junta indio-criolla de gobierno con Tupac Amaru en el rol protagónico —de hecho, una empresa conjunta de las familias Túpac Amaru y Castelo—, dado que su importancia como inca lo hacía un norte para el reclutamiento de los indios.⁸⁴

Cahill muestra cómo el patriarca del clan Castelo, Melchor, se había condecorado con José Gabriel mucho antes del levantamiento y resalta el importante rol militar que los múltiples miembros de la familia, no solo Antonio, desempeñaron.⁸⁵ Si bien describe correctamente el papel de los criollos en esta primera fase, este autor exagera su argumento cuando propone una «aventura conjunta». Toda la documentación (correspondencia, juicios, informes de la época y el resto) demuestra que Tupac Amaru y Micaela Bastidas planearon y supervisaron el levantamiento. Aunque ansioso de ganar el apoyo criollo, Tupac Amaru mantuvo firmemente el control.

Así, en cuestión de semanas luego de la sobrecogedora ejecución del corregidor Arriaga, Tupac Amaru y Micaela Bastidas habían establecido un campamento

en Tungasuca y se habían preparado bien para una larga batalla. Tupac Amaru aplastó a los realistas en el primer enfrentamiento, en Sangarará, y reclutó seguidores en los pueblos y comunidades cercanos. Intentó sin éxito capturar a los corregidores, pero haciéndolo, dio pie a un éxodo masivo de autoridades de la región. Su plataforma de abolición de los odiados impuestos y demandas laborales, su saqueo y distribución de los bienes encontrados en haciendas y obrajes, y la presentación de sí mismo como un descendiente inca, súbdito leal del rey y devoto católico, resonaron bien en la población indígena. Semanas después de la ejecución, el apoyo indígena y el miedo español se aceleraron. Desde Tungasuca, Micaela Bastidas supervisó provisiones y logística, y mantuvo la disciplina.

Hombres y mujeres indígenas se les unieron en masa: los hombres como soldados o guerrilleros, y las mujeres generalmente ayudando en el campamento. Los intrigantes relatos de los criollos y españoles capturados a inicios de noviembre, que se transformaron de prisioneros en seguidores, vierten luz sobre la rebelión. Demuestran que la rebelión pudo ganar adeptos en los «sectores medios» de las regiones, pero también los desafíos de reclutarlos y mantenerlos. Criollos y españoles compartían el descontento de Tupac Amaru y Micaela Bastidas con las políticas españolas de mano dura. No obstante, vacilaban en apoyar un movimiento que buscaba la expulsión, si no la muerte, de los españoles. Esta tensión entre un levantamiento multclasista y uno indígena solo creció con el tiempo. Sin embargo, no fue la única línea divisoria contenciosa y disruptiva entre los seguidores rebeldes. La Iglesia probó ser un problema igualmente desconcertante para los líderes de la insurrección.

¿Un mundo sin Iglesia católica?

Después de la impresionante victoria de Sangarará y del triunfante retorno de Tupac Amaru a Tungasuca a mediados de noviembre de 1780, él y Micaela Bastidas temieron por la posibilidad de ataques desde dos frentes. Eran conscientes de que habían derrotado solo a la primera oleada, enviada por la junta del Cuzco, tan rápidamente organizada, y esperaban nerviosos una dura ofensiva realista desde esa ciudad. También estaban inquietos por el hecho de que tropas realistas pudieran atacar desde el sur, desde el área del lago Titicaca, o desde la ciudad de Arequipa, al suroeste. Por eso, en vez de lanzarse inmediatamente sobre el Cuzco, el centro administrativo de los Andes, los líderes rebeldes decidieron tomar ventaja de su fuerza y expandirse hacia el sur. Tupac Amaru, el supuesto arquitecto del plan, lideraría a los combatientes, mientras que Micaela Bastidas supervisaría el cuartel general en Tungasuca. Otros jefes rebeldes, Diego Cristóbal Tupac Amaru y Antonio Castelo, seguirían atacando y alistando reclutas en el área central del valle del Vilcanota y en las provincias altas, e incursionando en las tierras bajas de Paucartambo, donde se cultivaba coca.

El 25 de noviembre, Tupac Amaru entró en el pueblo de Livitaca, en las provincias altas cercanas a Chumbivilcas. Esta área quechua, en gran parte monolingüe, era y es conocida por su revoltosa y violenta población. La mayoría de sus pueblos se levanta entre los 3200 y los 4100 metros de altitud, y sus habitantes, largamente asociados con el ganado, sobresalían en las caminatas y cabalgatas de larga distancia. Varios complementaban sus exiguos ingresos con el robo de ganado ovino y caprino, así como de llamas y alpacas. Los foráneos siempre temían a la gente de las provincias altas, así como su severa topografía; el área rápidamente se volvió una zona rebelde. La pequeña población de españoles en Livitaca huyó cuando Tupac Amaru apareció, mientras que, de acuerdo con un apasionante informe, «Aun las piedras se convirtieron en indios, que se le rendía pecho por tierra: Tú eres nuestro Dios y Señor; y te pedimos también no haiga sacerdotes que nos importunen». Tupac Amaru respondió que esto no podía ocurrir: «porque, ¿quién nos absuelve en el artículo de la muerte?». ¹ Este intercambio resalta quizás el más grande o al menos el más inesperado desafío enfrentado

por los líderes rebeldes: ¿cómo conciliar su religiosidad con la amplia desafección indígena por la Iglesia, por un lado, y con los amplios esfuerzos contrarrevolucionarios de curas y otros miembros de la Iglesia, por el otro? Este dilema acosaría a los rebeldes hasta el final.

Las masas indígenas tenían una visión del mundo diferente a la del liderazgo de la rebelión. Como se verá, los indios comprendieron el levantamiento como un movimiento mesiánico y pensaron que Tupac Amaru desencadenaría un cambio radical en el mundo andino, poniendo las cosas al revés e invirtiendo las relaciones de poder. No creían tan necesario mantener a los criollos y mestizos en el redil y moderar su violencia. Estas diferencias o tensiones escalaron con el tiempo, pero no fueron notorias en los meses iniciales. Tupac Amaru y Micaela Bastidas lograron mantener la paz entre los insurgentes, al mismo tiempo que la euforia de aquellos primeros meses satisfizo la visión más radical de la mayoría de las masas indígenas. Sin embargo, el conflicto entre el respeto de los líderes rebeldes por los curas y los implacables esfuerzos del obispo por describir a los insurrectos como apóstatas paganos y usar al clero para derrotarlos, demostró ser un obstáculo prácticamente irremontable.

Los relatos rápidamente divulgados a través de la región acerca de la ejecución de Arriaga y la victoria de los rebeldes en Sangarará, aterrorizaron a los humildes recaudadores de impuestos, funcionarios menores, y corregidores. De hecho, Tupac Amaru se quejaba de que las autoridades huían tan apresuradamente que no se las podía capturar. La Iglesia fue un problema diferente. Mientras que la rebelión contaba con el apoyo de un puñado de clérigos, otros permanecían en sus parroquias, haciendo una campaña valiente y efectiva por los realistas. Tupac Amaru no podía convencer a estos clérigos de unirse o marcharse, pero tampoco podía asumir ejecutarlos.

Tupac Amaru y Micaela Bastidas se enfrentaron así a un formidable adversario —la Iglesia católica tenía una profunda presencia en el Cuzco colonial. La propia ciudad, con una población de alrededor de 30.000 habitantes, tenía nueve conventos, tres monasterios, ocho beaterios y siete colegios. Todas las principales órdenes masculinas podían encontrarse allí. Desde la catedral del Cuzco, el obispo presidía una diócesis en expansión, dividida en más de 130 parroquias o curatos, cuyo número variaba debido al frecuente realineamiento territorial. Un cálculo pone el número total de miembros del clero secular y regular en alrededor de mil. En el siglo XVI, los jesuitas construyeron una imponente iglesia en la plaza de Armas, semejante en majestuosidad a la catedral, mientras que los dominicos, mercedarios y franciscanos también erigieron magníficos templos.² Aunque con mayor fuerza en las grandes ciudades, la Iglesia se extendía en lo profundo del campo, donde mantenía, en la mayoría de los casos, más presencia que el Estado colonial. Cada pueblo mencionado en este libro tenía, al menos, una pequeña

capilla, mientras que muchos, entre los que se incluyen pueblos con menos de 5000 habitantes, como Pampamarca y Checaupe, tenían espléndidas iglesias, adornadas con espectaculares obras de arte. A partir del siglo XVI, España envió a maestros europeos para entrenar a artistas indígenas en el Cuzco como parte de sus esfuerzos por adoctrinar a los descendientes del Imperio inca. Su trabajo, la «Escuela Cuzqueña», se distingue por sus vibrantes y didácticas pinturas religiosas. Estas obras de arte, que adornaban las iglesias a lo largo de la región y hoy son botín de ladrones y codiciada mercancía en el próspero mercado negro de tesoros coloniales, buscaban convertir e instruir a través de los ojos, la esencia de la religiosidad barroca.³

Desde el siglo XVI, el Estado colonial había delegado mucho del trabajo administrativo en los Andes a kurakas tales como Tupac Amaru. No obstante, los curas y sus numerosos asistentes y subordinados se hacían cargo de la esfera espiritual y, en consecuencia, tuvieron una importante presencia en la vida diaria. Los honorarios por misas, sepelios, bautismos y otros servicios los mantenían a flote, pero cuando se consideraban excesivos, indignaban a muchos. Los curas también contaban con el trabajo gratuito de los indios de su localidad, y con las ganancias de las propiedades de la Iglesia, tanto rurales como urbanas. Estas diferentes formas de ingreso hacían que algunas parroquias fueran muy rentables.⁴ Los indígenas podían muy bien venerar a su cura, pero también estaban dispuestos a demandarlo, acosarlo y echarlo del pueblo si discrepaban con él.⁵

La Iglesia católica era una institución que lo abarcaba todo, y, por ello, debe concebirse en plural. Las jerarquías y divisiones caracterizaron su estructura interna, al mismo tiempo que, con el paso de los siglos, sus miembros se disputaron su administración y dirección, y se enfrentaron también a enemigos externos. La estratificación tomó muchas formas. Clero regular y clero secular comprendieron sus funciones en formas marcadamente diferentes, mientras que curas y monjas operaban en esferas distintas, con los primeros disfrutando de lejos de mayores derechos. En el levantamiento, el clero secular jugó un rol particularmente importante. En términos económicos, el obispo Moscoso y Peralta presidía un vasto y rentable dominio desde la catedral del Cuzco, mientras que un doctrinero en su distante parroquia apenas llegaba a fin de mes. Las misas oficiadas en el Cuzco y alrededor de él se asemejaban a las de Roma, mientras que los rituales religiosos en el campo eran menos ortodoxos e incorporaban elementos indígenas. No obstante, más de dos siglos después de la conquista de los incas, el catolicismo había echado profundas raíces en el Cuzco.

Las tensiones se fermentaron a finales del siglo XVIII. No solo la Corona intentaba reinar con autonomía de la Iglesia, sino que, en el Perú y más allá, algunos miembros de la Iglesia demandaban que a los indios se les concediera el derecho de convertirse en sacerdotes.⁶ El obispo Moscoso y Peralta se preocupaba

por estos y otros problemas, pero también reconocía la profunda devoción religiosa que caracterizaba tanto a la ciudad del Cuzco como a su campo, mayoritariamente indígena.

La excomunión

Moscoso y Peralta excomulgó a Tupac Amaru el 17 de noviembre y probó, con ello, ser un formidable enemigo. El enfrentamiento con la Iglesia devastó a Tupac Amaru y Micaela Bastidas. Los sorprendió, incomodó e indignó y, además, debilitó el control que tenían sobre su área central de acción, el valle del Vilcanota. Ninguno de ellos podía concebir un mundo sin la Iglesia católica, firmemente enraizada en los Andes. Buscaban un levantamiento que dejara a la Iglesia intacta, lo que probó ser un objetivo difícil, si no imposible, en los Andes coloniales. No podían convencer a sus seguidores, a sus enemigos o a los que se mantenían al margen, de que la excomunión era un error o era ilegítima y, por lo tanto, inaplicable. A su vez, sus opositores nunca se cansaron de presentarlos como excomulgados que quemaban iglesias.

El obispo Moscoso y Peralta excomulgó a Tupac Amaru, en términos que también se aplicaron a sus seguidores, «por incendiario de las capillas públicas y de la iglesia de Sangarará, por salteador de caminos, por rebelde traidor al Rey, Nuestro Señor, por revoltoso, perturbador de la paz y usurpador de los Reales Derechos». La anatema, además, amenazaba a cualquiera que los ayudara o que retirara su anuncio de las paredes de las iglesias, donde había sido puesto a lo largo de la región.⁷ Moscoso y Peralta, asimismo, ordenó a los curas divulgar las noticias mediante la publicación del decreto y reprendiendo a los rebeldes en misa. En ese momento, finales de 1780, el obispo dirigía los esfuerzos en el Cuzco para derrotar a Tupac Amaru. Con este fin, prestó 12.000 pesos de su patrimonio e, incluso, más dinero del propio obispado; organizó cuatro compañías de milicia que incluían más de 400 eclesiásticos; y ordenó a los curas de las afueras de la ciudad enviar información sobre los rebeldes y oficiar misas en quechua con la finalidad de apartar a los indios de las «perniciosas supersticiones que por todas partes y de todos lados ha sembrado el Rebelde».⁸ Aunque el conflicto del obispo con Arriaga le había ganado algunos enemigos y lo había vuelto más controvertido después de la ejecución del corregidor el 10 de noviembre, las autoridades del Cuzco de finales de 1780 sabían que necesitaban su liderazgo y recursos. Aquellos que posteriormente criticaron a Moscoso y Peralta por su supuesta vinculación con los rebeldes, presentaron sus esfuerzos de fines de 1780 como una cortina de humo para ocultar su inicial falta de actividad contra el levantamiento e, incluso, sus simpatías por la rebelión. Esta apreciación parece exagerada —el obispo asumió energíca y efectivamente el comando de los esfuerzos realistas en el Cuzco.⁹

Con la excomunión, Moscoso y Peralta buscó excluir a Tupac Amaru de la comunidad cristiana. El líder rebelde quedó impedido de participar de los rituales de la Iglesia, así como los cristianos —tal como indica el término «excomunión»— lo estaban de «comunicarse» con él. El horror expresado por Tupac Amaru indica cuan inesperada fue la medida. Respondió ardorosamente en los meses siguientes. Sostuvo que la decisión de Moscoso y Peralta era ilegítima por tres razones: los indios como él estaban exentos de excomunión; él no estaba en contra de «la fe», ni era un enemigo de ella; y los realistas, no él, habían prendido fuego a la iglesia en Sangarará. Tupac Amaru tenía un buen argumento para cada uno de estos tres puntos, pero carecía de un foro en el cual pudiera rebatir a Moscoso y Peralta —solo podía intentar minimizar el impacto de la excomunión.¹⁰ El obispo había justificado la anatema en una asamblea cerrada con miembros del clero regular y secular. Reconociendo que los indios no podían ser excomulgados, sostenía que la rebelión requería medidas extraordinarias y que Tupac Amaru y sus principales seguidores «tenían más luces» y eran «menos irracionales» que la mayoría de los indios. Los llamaba «ladinos», descendientes de indios que hablaban español.¹¹ Con un decreto, convirtió a Tupac Amaru, a juicio de varios, de héroe rebelde a bárbaro pagano.

La excomunión atormentó a Tupac Amaru, quien se creía un cristiano modelo, aunque también comprendió que era el arma más eficiente contra él en la guerra de propaganda que estaba empezando a propagarse con furia. Para defenderse, repitió el argumento de que, como indio, él no era sujeto de excomunión, y que además era inocente del incendio de la iglesia. Micaela Bastidas declaró en su juicio que Tupac Amaru siempre «decía que no les comprendía la excomunión, que Dios sabía su intención».¹² Las acciones a lo largo de su vida demostraron la sinceridad de su devoción, su fervor religioso y su respeto por la Iglesia durante el levantamiento. Buscaba tener un cura con él en todo momento, asistía a misa y, siempre que fuera posible, ofrecía servicios para los difuntos, tanto seguidores como enemigos. Insistía en que los corregidores y los corruptos y desacertados representantes del rey, no los hombres de hábito, eran sus enemigos. La rebelión nunca buscó romper con la Iglesia; de hecho, el liderazgo se complicó la vida protegiendo a los curas. En noviembre, Tupac Amaru aseguró estar defendiendo la «fe».¹³

Micaela también demostró su fe y su entendimiento de las consecuencias de la excomunión. Para causar una buena impresión en un fraile mercedario que pasó por Tungasuca después de que la rebelión comenzara, hizo que la población rezara en su casa y asistió a misa: «pretendía la Cacica darle a entender que era muy buena cristiana, diciéndole que su causa la auxiliaba Dios en beneficio del Público».¹⁴ En el decreto del 13 de diciembre de 1780, Micaela señaló:

Que nuestra Santa Fe se guarde con el mayor acatamiento y veneración, la que hemos de llevar adelante, y si posible fuese morir por ella; respetando del mismo modo, con toda distinción, a los ministros de Jesucristo, que son los señores sacerdotes, para que Dios nos ayude en nuestros cristianos fines.¹⁵

Micaela, entonces, ordenó a sus seguidores exhibir la cruz en sus sombreros. Sin embargo, ni ella ni Tupac Amaru pudieron impugnar el decreto de excomunión o contener el daño, aun si trataron de hacerlo.

Angustiado por las acciones de Moscoso y Peralta, Tupac Amaru buscó menguar el impacto de la excomunión en su área central de acción, los valles y cumbres al sur del Cuzco, a fines de 1780. Él y Micaela ordenaron a sus seguidores arrancar el decreto de las puertas de las iglesias. Las autoridades en el Cuzco se pusieron furiosas cuando supieron que el bando no había sido enviado a pueblos rebeldes tales como Pirque y Rondocan.¹⁶ Los indios de Acos, un pueblo controlado por los rebeldes, no permitían a los curas ni a los españoles conversar, en un intento de prevenir que las noticias de la excomunión se propagaran.¹⁷ Cuando Tupac Amaru descubrió que un clérigo en Chumbivilcas había predicado contra él, enfatizando a sus feligreses el limbo religioso en el que se encontraba, envió a dos compañeros de confianza, Felipe Bermúdez y Ramón Ponce, a arrestarlo. Ambos tiraron abajo el decreto de Moscoso y Peralta de la puerta de la iglesia, y lo reemplazaron con uno que explicaba que el cura había sido arrestado, que Tupac Amaru sabía cómo pagar a sus seguidores leales y que no debían creer nada de lo que el sacerdote había dicho de él.¹⁸

La evidencia en el juicio contra Tupac Amaru incluyó el bando (decreto) que el rebelde publicó en Chumbivilcas. Este afirmaba: «El que quitase este cartel tiene pena de la vida». Venía de «el señor gobernador don José Gabriel Tupa Amaro Inca, descendiente de rey natural de este reino del Perú», y estaba destinado «a todo género de personas, así españolas como al común de indios» en la provincia de Chumbivilcas. Después de explicar el propósito de la rebelión —liberar a la gente de los abusos de los corregidores y de las «amenazas que hacen los europeos»—, continuaba:

[...] varios eclesiásticos, validos de la excomunión que maliciosamente y por tramas urdidas por dichos europeos, se libró, tratan de introducir innumerables abusos a los cristianos queriendo perturbar la fe [...] mandamos a todos los vecinos estantes y habitantes en este reino, así de españoles como de indios, no hagan el menor caso ni aprecio de sus predicamentos, porque además de ser contra la ley de Dios y cristiandad que debemos guardar, solo se dirigen sus consejos a que sigamos perjudicados con los pechos que nos tienen impuestos y daños mayores que esperamos; y para libramos de estos, notificamos a dichos vecinos que a los expresados eclesiásticos los traigan presos, guardando el acatamiento debido, y los que así no lo hicieran sean castigados en

esta fiesta donde perderán sus vidas. En cuya ejecución se adelantaron los curas al punto y se retiraron inmediatamente por las montañas para ir a un refugio por donde se iban a retirar donde los atacaron hasta purgar su pena. Tupac Amaru.²⁰

Hasta la aflicción que el decreto amenazaba a los seguidores de Tupac Amaru en una parte de muerte, mientras que los curas desearían ser los primeros en un colegio. Un testigo afirmó que el propio Tupac Amaru entró al templo de la iglesia en Yaurisque, complazándolo con uno de sus sobrinos. Después de haberlo donde él estaba y, al no encontrarlo, «robó lo que había». Amargado por «desobediencia» a los curas que no obedecían.²¹

La batalla por el decreto de excomunión intensificó los esfuerzos de los curas rebeldes por controlar cuanto información — cartas, carteles y sátiras — circulara. En un mensaje a las autoridades del Cuzco, un cura se quejaba

[...] porque los indios están tan maliciosos que si ven o saben que los curas de esta ribera comunicamos con los de la provincia de Paruro dicen que somos sus curas. Y aun entre nosotros no podemos echarnos un propio, pues la inclusa [la carta del cura de Acornayo] la trajo el ayudante, que vino bien enfermo, y de otro modo se están cartas al pollero.²²

En otra ocasión, el desafortunado Francisco Lasarte llevó cartas al Cuzco escondidas en un zapato. En su viaje de retorno, los rebeldes las encontraron y lo ejecutaron al instante.²³ A pesar de estos esfuerzos, Tupac Amaru no pudo impedir la propagación de la noticia sobre su excomunión.

La gente reaccionó ante ella de diferentes maneras. Un informe realista dice que la excomunión hizo que las personas perdieran el miedo a la rebelión, «desecharon los temores».²⁴ El cura de Luzco y Quinota, por ejemplo, se entusiasmó por su impacto. Afirmaba que, por la excomunión, «la Paz se ha conseguido en el Pueblo de Quinota», un semillero rebelde. Describía cómo los kurakas y otros escuchaban atentamente cuando traducía el documento en quechua para ellos. Continuaba prometiendo en la misa que incluso aquellos que hubieran participado en la rebelión serían absueltos por la especial consideración del obispo, siempre que no reincidieran. Afirmaba que el decreto también había cambiado la tendencia en Colquemarca y Santo Tomás, importantes pueblos de las provincias altas.²⁵ El cura sostenía que la excomunión había socavado la mística de Tupac Amaru y atemorizado a los devotos indios.

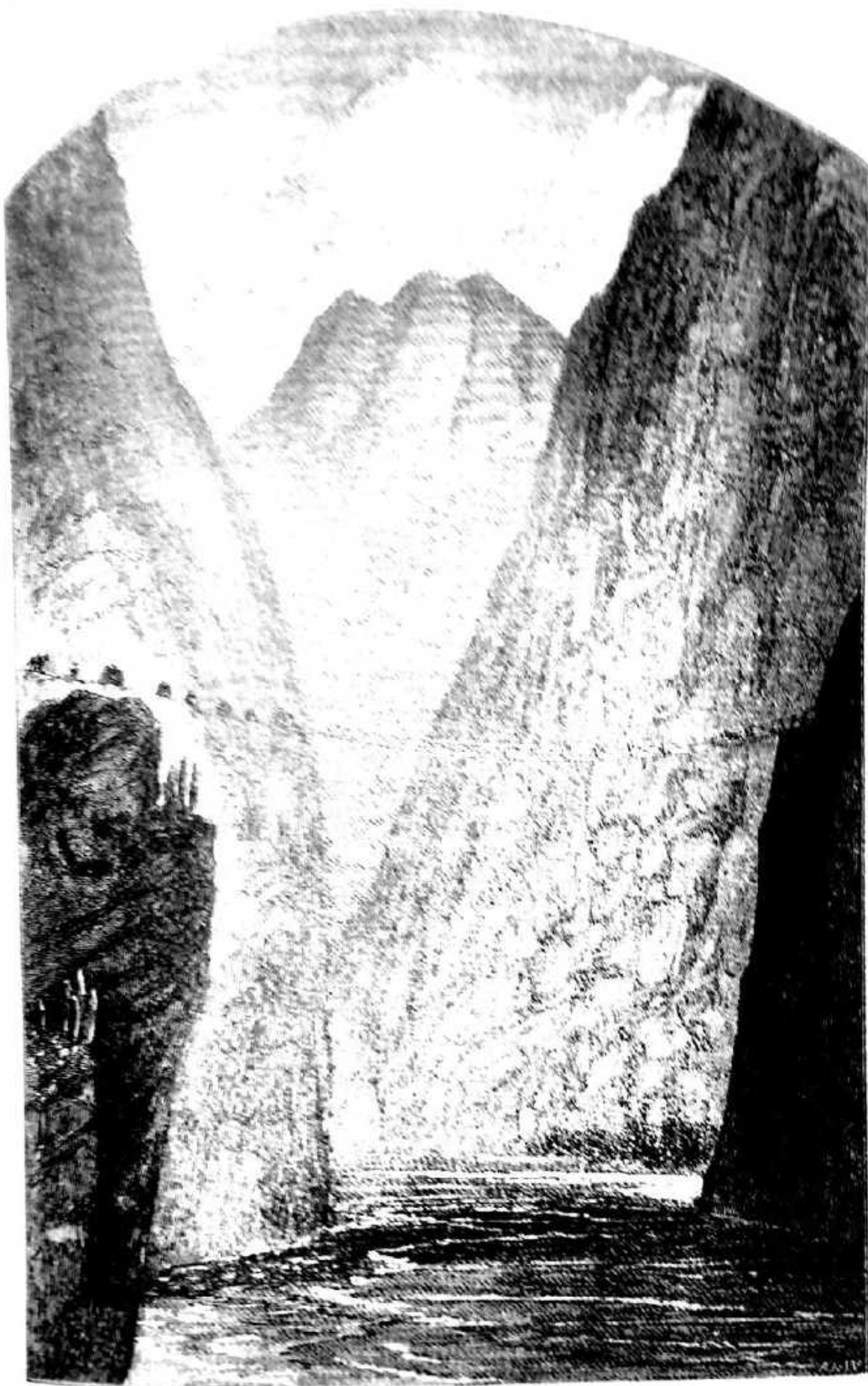
La carta exagera. En realidad, la calma no retornó repentinamente a estos dos pueblos. Sin embargo, la excomunión hizo que muchas personas lo pensarán dos veces, y eso ralentizó el reclutamiento en las filas rebeldes, disminuyó el entusiasmo e incrementó las deserciones.²⁶ Particularmente debilitó los esfuerzos

de los rebeldes por presentarse a sí mismos como juiciosos reformadores que se habían visto forzados a hacer lo que el rey habría hecho si él mismo hubiera sido consciente de la situación, esto es, expulsar a las autoridades abusivas. También refutó el argumento esgrimido frecuentemente por Tupac Amaru a finales de 1780 de que la rebelión buscaba robustecer la religiosidad andina, librando al Perú de la explotación en que se mantenían los indios, que hasta impedía que se convirtieran en buenos cristianos.

La excomunión debilitó, en suma, el movimiento. Provocó dudas entre los seguidores y ahuyentó a potenciales rebeldes. El decreto ayudó a la campaña de propaganda realista. Pero su impacto no debería exagerarse. La rebelión continuó expandiéndose después de la anatema. A miles de insurgentes les interesaba más los esfuerzos anticoloniales del levantamiento que las maniobras del obispo. La forma como se sentía la población indígena con la Iglesia y el catolicismo variaba en gran medida. Era una cuestión personal, que reflejaba circunstancias determinadas y un contexto específico. Los curas populares, empáticos, mantenían gran influencia sobre sus comunidades; los más abusivos se ganaban la ira de sus feligreses (como puede haber sido el caso en Livitaca, donde Tupac Amaru fue interrogado acerca de lo que iba a hacer con los curas explotadores). Las masas rebeldes compartían el ideal de Tupac Amaru de un levantamiento contra los españoles sin romper con la Iglesia. Sin embargo, demostraron estar mucho más dispuestas a atacar las propiedades de la Iglesia e, incluso, a los propios curas.²⁶

La sanción de Moscoso y Peralta fue la pieza central de la propaganda contra Tupac Amaru después de Sangarará, ya que lo presentaba a él y a sus seguidores como paganos que incendiaban iglesias, como indios salvajes y peligrosos. Un alicaído rebelde en Calca, la fortaleza realista del Valle Sagrado, describió cómo los realistas lo abuchearon como un «indio descomangado», diciéndole que «yo no puedo oír misa ni entrar a la iglesia, todos nosotros somos unos brujos».²⁷ Algunos temían que la excomunión de Tupac Amaru fuera contagiosa. Cuando treinta indios se rindieron al kuraka Mateo Pumacahua, jefe militar realista, a inicios de enero de 1781, este los ejecutó, afirmando que eran «unos miembros separados de la Iglesia, y que infestarían su gente con la infelicidad y reatos que traían consigo».²⁸ En enero de 1781, los indígenas leales a la Corona no tocaban los cadáveres de los rebeldes o sus pertenencias debido al temor de la excomunión.²⁹ Esta sanción había provocado que indios y otros cuestionaran la fe de Tupac Amaru y su levantamiento.

Moscoso y Peralta articuló la excomunión con una decisiva estrategia que los historiadores han largamente subestimado: exigió que los curas permanecieran en sus parroquias, haciendo lo que fuera para debilitar a los rebeldes y, de ser posible, que informaran de la situación al Cuzco. En vista de la ausencia del Estado después de la rebelión —los corregidores huyeron casi inmediatamente



Puente inca (por George E. Squier, *Incidents of Travel and Exploration in the Land of the Incas* [1877]).

y la mayor parte del trabajo administrativo recayó en los kurakas—, los párrocos constituían un tácito gobierno en las sombras detrás de las líneas enemigas. Mantenían la moral de los españoles y de todos los que desconfiaban y temían a los rebeldes, insistiendo en la excomunión de los líderes y la pecaminosa y nefasta naturaleza del levantamiento. Aunque Tupac Amaru dominaba el valle del Vilcanatura, los clérigos y sus seguidores nunca le permitieron tener completamente las riendas en su propia base. Frustrados e incluso desesperados, Tupac Amaru y Micaela Bastidas adularon y amenazaron a los curas, aunque finalmente se vieron forzados a solicitarles permiso para celebrar misas por los muertos o enterramientos. En varios casos, los curas se negaron. Los líderes rebeldes retiraron pasquines y amenazaron a aquellos que propagaban noticias sobre la excomunión, pero no atacaron a los sacerdotes. Esta estrategia probó ser decisiva, ya que mantuvo a figuras realistas en un área invadida por los rebeldes.

La fe detrás de las líneas enemigas

En una carta del 21 de diciembre de 1780 al virrey Jáuregui, Moscoso y Peralta escribió: «y tengo encargado a mis curas las agraven, amonesten, y continuamente prediquen esto mismo [contra los rebeldes]». Continuaba con que ellos estaban así buscando «prevenir muchos males» y que él les había ordenado permanecer en sus parroquias, incluso si estaban bajo amenaza y deseaban huir.³⁰ La junta de guerra en el Cuzco subrayó la importancia de esta estrategia.³¹ Un documento menciona que el obispo seleccionó a «religiosos de suficiencia y espíritu» de los conventos de la ciudad para enviarlos a la zona de guerra a aconsejar a las personas acerca de sus errores.³²

Moscoso y Peralta nunca tuvo paciencia con los curas que incumplían sus órdenes. Refiriéndose al obispo, alguien mencionó que «nunca hemos visto respirar más fuego» que cuando trataba con ellos.³³ El padre Antonio Areta, cura de Velille, en el centro del territorio rebelde, desesperó al obispo con una carta en la que le contaba que su rebaño lo menospreciaba por sus esfuerzos para disuadirlo de apoyar a los rebeldes y por el hecho de ser español. Areta le decía que estaba viajando a Lima o Buenos Aires a causa del gran peligro. Moscoso y Peralta no mostró compasión y le ordenó permanecer en Velille. Escribió: «No me persuado el metamorfosis de voluntades que VM recela en los suyos por solo el título de hablarles con libertad christiana y pretender separarlos del rebelde».³⁴ Mientras reconocía el coraje de Areta, el obispo describía a otros que habían enfrentado mayores riesgos. Por ejemplo, Fernández de Córdoba, el cura de Quiquijana, retiró las horcas que Tupac Amaru había colocado en la plaza, cortó un puente para impedir un avance rebelde y publicó el decreto de excomunión. Temeroso por su vida, huyó finalmente al Cuzco, pero Moscoso y Peralta lo envió de regreso

a Quiquijana, donde «se mantiene sin novedad en medio de un Pueblo declarado abiertamente a favor del Indio, trabajando como puede en sosegar aquellos ánimos».³⁵ El obispo indicó que, mientras que algunos curas tenían muy pocos feligreses, pues muchos se habían marchado (probablemente para unirse a los rebeldes), poblaciones como Sicuani, Omacha y otras suplicaban a sus clérigos que se quedaran. Terminaba señalando que Tupac Amaru no parecía pretender una matanza de españoles, como sostenía el padre Areta. Para probar este punto, Moscoso y Peralta mencionaba a los españoles que se habían trasladado libremente por los alrededores de Tungasuca, así como la ausencia de ejecuciones después de Sangarará. Insistió en que él permanecía en el Cuzco para evitar el desorden y la confusión, reiterando su mandato de que el cura de Velille se quedara en su pueblo.³⁶

En la zona de guerra, los clérigos no fueron héroes palpables que se enfrentaron a los rebeldes de manera desinteresada. La situación era más ambigua y fluida, ya que clérigos y habitantes de los pueblos del sur del Cuzco intentaban descifrar el significado del levantamiento, específicamente el peligro que representaba para ellos y la mejor forma de salvar sus vidas y las de otros. Muchos buscaron mantenerse neutrales, aprovechando que el partidismo se mantuvo bastante abierto en esta primera fase del levantamiento. De hecho, sabemos acerca de las actividades de los curas porque 18 de ellos fueron enjuiciados después de la rebelión por haber escrito serviles cartas a Tupac Amaru o a Micaela Bastidas. Tuvieron la mala suerte de que algunos jefes realistas encontraran esta correspondencia cuando capturaron a los dos líderes. Mientras que algunos de estos curas sostuvieron convincentemente, en largos juicios, que los mensajes y cartas eran estratagemas para ganar tiempo y salvar vidas, otros parecían simpatizar con los insurgentes. Esta correspondencia y los detallados juicios acerca de ella, que se caracterizaron por discusiones elaboradas sobre el lenguaje usado por los curas, proveen inusuales luces sobre la vida cotidiana durante el levantamiento.

En el centro de las llamas

Moscoso y Peralta procesó a 18 hombres, entre curas y personas vinculadas a ellos (sacristanes, asistentes y otros), por haber escrito a Tupac Amaru o a Micaela Bastidas. Las cartas encontradas los lisonjaban y les solicitaban favores, desde protección hasta azúcar. El arzobispo los enjuició en la curia eclesiástica, por brindar su apoyo a los rebeldes y aliarse con alguien que había sido excomulgado. Los saludos aduladores usualmente ponían al remitente en problemas.

Juan de Luna, el cura de Chamaca, cerca del pueblo de Velille, en pleno centro del territorio rebelde, escribió a Micaela Bastidas el 10 de febrero de 1781 para «darle satisfacción de ciertas calumnias mal fundadas con que me ha puesto

don Juan de Dios Valencia, Comisionado del Sr. Don José Gabriel marido de VM», hecho que había conducido a su encarcelamiento por doscientos indios en el pueblo de Livitaca. Luna explicó a Bastidas que sus captores habían mal interpretado sus sermones. Sostuvo que se había pronunciado contra los miserables vicios y los horrores del pecado, y que los esfuerzos rebeldes realmente se dirigían a corregir estos aspectos, cumpliendo así la voluntad divina. El padre Luna insistía en que la prevalencia del vicio en el área ofendía grandemente a Dios. En esta carta, Luna también impugnaba el reclamo de los rebeldes de que había organizado a los soldados realistas, argumentando que él solo los había reunido para que pudieran confesarse y comulgar. Pidió no ser molestado ni estigmatizado por llamarse a sí mismo «su más seguro servidor y afecto capellán».³⁷

Luna testificó en 1782. Sostuvo que la carta había sido parte de sus esfuerzos para salir de la cárcel, donde había sido encerrado junto con otros religiosos. Afirmaba que los rebeldes controlaban los senderos y caminos que conducían al Cuzco, y que él había permanecido atrás para defender a su gente, ayudando a muchos españoles a escapar del área. Según él, había sido forzado a «afectar rendimiento y sumisión». Aparentemente confiado, Luna reprendió al juez por escribir desde la «tranquilidad de su estudio», mientras que él había sido rodeado por los «bárbaros». Varios testigos apoyaron la versión de Luna, argumentando que Vellile y Chumbivilcas eran territorios firmemente rebeldes, que algunos curas habían sido asesinados en áreas tales como Paucartambo y los alrededores del lago Titicaca, y que Luna había ayudado a algunos españoles a escapar. En su caso, la carta no fue particularmente comprometedor y fue absuelto.³⁸

El proceso judicial acusó a los clérigos de negociar con los rebeldes en lugar de huir, así como de comunicarse con un excomulgado. Los acusados dependieron de tres explicaciones para defenderse. Cuando respondían por qué no habían huido, aseguraban que hacerlo era imposible. Los rebeldes habían llenado los caminos y senderos a Lima con centinelas y espías, y no se podía circular fácilmente. Usaron una línea argumentativa similar cuando se les inculpó por tratar con un excomulgado. Afirmaron no saber nada del decreto, pues este no había llegado a su pueblo. Con esas dos justificaciones, retratan un curioso escenario en el que los rebeldes controlaban una enorme región que se extendía 160 kilómetros al sur del Cuzco, pero no podían boicotear a los curas realistas. En la zona alrededor de Tungasuca, los rebeldes no forzaron iglesias ni atacaron a curas, incluso después de confrontaciones directas y tensas.³⁹

Su tercera línea de defensa, junto con la imposibilidad de huir y su ignorancia del decreto de excomunión, fue el miedo. La perspectiva de morir en manos de los rebeldes los forzó a negociar e, incluso, a adular, pero también a actuar en formas irracionales e inusuales. Uno de los acusados escribió:

¿Esto sería en el caso de que yo me hubiese hallado libre de las preocupaciones de unos sucesos tan inesperados, y escandalosos; qué será cuando no obraba la razón sino el miedo? El entendimiento, sino la fantasía abrumada de las especies más funestas que se deja percibir y pueden excojitarse?⁴⁰

En el derecho canónico, el conjunto de reglas de conducta que guían las investigaciones y juicios a miembros de la Iglesia, el temor grave es considerado como un atenuante de las acciones y puede por lo tanto usarse para justificar aquellas inaceptables.⁴¹ Y a pesar de las garantías otorgadas por el obispo Moscoso y Peralta a fines de 1780, los clérigos tenían razón para temblar. Antonio Chaves, el cura auxiliar de Sicuani, ofrece una escalofriante anécdota al respecto. Chaves escribió a Tupac Amaru para solicitarle que enviara un juez para prevenir «extorsiones» de los indios. Las autoridades del pueblo y los más ricos comerciantes se habían refugiado en la iglesia de Sicuani. Los rebeldes golpeaban la puerta del templo y no se cansaban de amenazar a los que estaban adentro. Un día intimidaron a Chaves sacudiendo costales con algún objeto adentro, que hacía un ruido muy fuerte. El cura se horrorizó al saber que los costales contenían las cabezas de realistas asesinados. Fue absuelto.⁴²

A su vez, el padre Carlos Rodríguez y Ávila, cura de Yanaoca, escribió a Micaela Bastidas para solicitarle 22 kilos de azúcar, por los cuales enviaba diez pesos. En este mensaje del 26 de diciembre de 1780, prometía reponer la diferencia si los diez pesos no eran suficientes y comentó desear más azúcar, si eso era posible. Su justificación por esta carta fue, a diferencia del caso anterior, bastante elaborada. Según contó, Tupac Amaru había amenazado a la gente de Yanaoca si ella no se le unía. Por eso los lugareños suplicaron al cura «contener al Revelde, y mucho más a su mujer que era la que más fuerza ponía».⁴³ Rodríguez decía que la carta había sido escrita para que los rebeldes creyeran que él y el pueblo los apoyaban, un ardid que se le había ocurrido cuando «no encontrando el confesante en medio de sus confuciones, en un lugar que estaba en el centro de las llamas rodeado de tantos barbaros, otro recurso que el de escribir la carta». Rodríguez enfatizaba que había ayudado a tres españoles a escapar y que su pueblo había capturado al hermano de Micaela, Antonio Bastidas. Los fiscales reconocieron la difícil situación que había enfrentado, pero insistieron a causa de la frase final de la carta a Bastidas: «Quedo pidiendo a Nro. Sr., y a Nra. Sra. por sus buenos sucesos y que le cuiden muchos años».

Los testigos declararon que Rodríguez había conseguido la muy necesaria azúcar para Yanaoca y que había ganado tiempo para permitir a los españoles escapar. Describieron su enfrentamiento cara a cara con los rebeldes y cómo había mantenido a su pueblo fuera del alcance de los insurgentes. Todas las noches reunía a sus feligreses en una procesión en honor de la Santa Virgen, un ritual

claramente contrarrevolucionario. El 30 de noviembre, Micaela Bastidas llegó a Yanaoca con 2600 soldados. Él no la recibió en forma pomposa ni permitió a los rebeldes tocar la campana de la iglesia. Micaela ordenó entonces a tres artilleros bombardear su casa, pero, de acuerdo con su testimonio, ni siquiera así negoció. Rodríguez tomó incluso un gran riesgo cuando impidió a los rebeldes enterrar a Andrés Noguera (el primo de Tupac Amaru) y a Hermenegildo Roxas en la iglesia de Yanaoca. Los rebeldes le ofrecieron trescientos pesos, según afirmó, pero él se rehusó a aceptarlos. También aumentó la ira de los rebeldes al permitir que las autoridades españolas amenazadas por ellos se refugiaron en la iglesia. A pesar de su furia, los rebeldes no derribaron la puerta ni demandaron que se les diera la llave del templo.

Rodríguez también se enfrentó al propio Tupac Amaru, preguntándole si no tenía miedo a Dios y al Infierno a la luz de toda la confusión, muertes y robos que había provocado. Tupac Amaru respondió que, al tomar acción en contra de los «ladrones de los corregidores», estaba cumpliendo la obra de Dios. En otra ocasión, el cura criticó a Tupac Amaru por haber saqueado las tierras de la Iglesia. El líder rebelde respondió que el daño sería reparado. Los testigos no corroboraron estos encuentros —y los curas pueden haber exagerado. Sin embargo, los relatos indican el respeto que los rebeldes sentían por la santidad de la Iglesia. Si un hacendado español hubiera hecho tales comentarios, probablemente lo habrían asesinado. Otros curas también contaban historias de rebeldes saqueadores, incendiarios e intimidadores, pero que se detenían en la puerta de la iglesia. Respaldo por testigos españoles, Rodríguez fue absuelto.

Otro caso más es el de Domingo de Escalante, quien se desempeñaba como asistente del cura en el pueblo de Marcaconga, un anexo de Sangarará, y que después de los eventos ocurridos allí, había retornado a la casa de su familia en Acos, Quispicanchi, donde ayudaba al cura de Pirque. El 12 de febrero de 1781, Escalante envió duraznos, tunas y pan a Micaela Bastidas en nombre de su madre. En una carta mal escrita, le describía cómo los indios de Pomacanchi, donde los rebeldes habían incendiado el obraje y entrado en varias ocasiones, habían amenazado a su hermano y dañado su vivienda. Escalante le solicitaba protección.

En su defensa, Escalante afirmó que «recelo y temor justo» lo habían conducido a escribir la carta. Mencionaba que si bien nunca creyó en el decreto publicado por Tupac Amaru que declaraba su prerrogativa como virrey y visitador general para castigar a los corregidores, nunca supo de la excomunión del líder rebelde. Explicaba «que los Indios no los permitían juntarse, ni tratar sobre asunto alguno, como ni el que se pusiesen carteles o declaratorias». Describía cómo los rebeldes controlaban todos los caminos del área y cómo acosaban a los españoles, sin respeto por el género, la edad o el estatus. Los castigaban «sin

otro delito que tener la cara blanca, o no querer abanderisarse entre la vil tropa de los insurgentes». Insistió en que «aun los sacerdotes» fueron arrestados y objeto de ejecución. Escalante empleaba la letanía *contra*insurgente que más circulaba —Tupac Amaru era un tirano violento, alguien que asesinaba, quemaba iglesias y mataba a sus enemigos a su antojo—, y enfatizaba su propia angustia e, incluso, su irracional estado emocional. Varios testigos confirmaron que los rebeldes habían bloqueado todos los caminos y amenazado a curas y españoles. Escalante fue también absuelto.⁴⁴

Luna, Chaves y varios otros curas procesados por Moscoso y Peralta parecen haber sido seguidores fieles y valientes de la orden del obispo de quedarse en sus pueblos y predicar contra los insurgentes. Escribieron cartas y mensajes que los pusieron en problemas, pero sus testimonios y los numerosos testigos que respaldaron sus relatos indican su lealtad e incansables esfuerzos por elevar la moral de los lugareños y desacreditar a los rebeldes. Otros curas, en cambio, dejaron una impresión más ambigua. También enviaron corteses cartas a Tupac Amaru o Micaela Bastidas, pero sus acciones parecen ser más que desesperadas maniobras para salvar sus vidas o las de sus feligreses españoles. Pueden haberse sentido obligados a mostrar su apoyo a los insurgentes en una forma más tangible, más allá de una simple correspondencia. No debería olvidarse que estaban en territorio rebelde, aterrorizados por los espantosos relatos y escenas de la violencia insurgente. Pero su aparente ambivalencia también puede haber sido algo más que solo una táctica usada en una situación extrema. Algunos parecieron apoyar ciertas medidas tomadas por los rebeldes o, al menos, creer que Tupac Amaru y sus seguidores controlarían la región por un largo periodo. Ciertamente, no siguieron de modo entusiasta la orden de Moscoso y Peralta de hostigar implacablemente a los rebeldes.

A finales de diciembre de 1780, Buenaventura Tapia, un cura con sede en San Pablo de Cacha, envió a Tupac Amaru los padrones de contribuyentes del pueblo, junto con su promesa de que despacharía rápidamente a soldados indios, «sin excepción de solteros ni cantores [miembros del coro]». Los líderes rebeldes podían usar estos padrones para realizar un seguimiento de los reclutas y asegurarse de que el pueblo estaba enviando su cuota. Tapia dijo a los reclutados que la rebelión luchaba por el «bien común». Agradecía a Tupac Amaru por «cortar desde la raíz» las malas costumbres de los corregidores y el monopolio de los recursos que causaba «tanta pobreza», pero se excusaba de dejar el pueblo para reunirse en persona con él debido a su «humor colérico». En el juicio, Tapia culpó al pánico de esta muy incriminadora carta y de la remisión de los padrones de contribuyentes, declarando sin rodeos que la escribió «por el miedo que tenía de su temeridad y rigor», refiriéndose a Tupac Amaru. Y añadió: «miedo que me movió e impelió a escribir la carta [...] los extraordinarios efectos que ha causado

un miedo de esta clase en los hombres, no digo inadvertidos pusilánimes y de ninguna experiencia como yo, sino en los advertidos fuertes y que tal vez se han visto con graves conflictos». Argumentó que su carta «solo es un pretexto o un artificio que pudo inventar el hombre más confuso, temeroso e inadvertido». Varios testigos reconocieron que protegió a los españoles y predicó contra los rebeldes. El proceso lo reprendió por la carta, pero lo absolvió, señalando que estaba escrita en un contexto de «coacción, fuerza y miedo». ⁴⁵ Sin embargo, parece claro que tomó medidas concretas para ayudar a los insurrectos.

Los curas frustraron a Tupac Amaru y Micaela Bastidas. No podían forzarlos a seguir sus órdenes, particularmente cuando estaban en la iglesia, ni podían relutar los mensajes contrainsurgentes en misas y procesiones. De hecho, Tupac Amaru tenía que evitar que sus tropas tomaran acciones contra ellos por sus propias manos. Otro acusado, Justo Gallegos, el cura de Layo, había enviado a Tupac Amaru algo de pescado y solicitado que los indios pararan de acosarlo a él y a sus feligreses. El 20 de enero de 1781, Tupac Amaru le escribió que había poco que pudiera hacer,

[...] pues los yndios andan vengando los agravios que querían hazernos con sus iniquidades los españoles, y por lo que mira andan destruyendo las Haziendas de la Iglesia nadie tiene la culpa sino son los señores sacerdotes que andan predicando y queriendo obscureser mis rectas órdenes. ⁴⁶

Esto puede haber sido falso viniendo de Tupac Amaru —afirmando que no podía controlar a sus seguidores, trataba de librarse un poco de culpa—, pero, en efecto, luchó para controlar la violencia y el saqueo. Sin embargo, su ira y decepción con los curas y sus sermones son claras.

¿Curas rebeldes?

Los curas más conocidos en la rebelión de Tupac Amaru son aquellos que aparentemente apoyaron a los rebeldes desde el inicio. Uno de ellos, el padre Antonio López de Sosa, párroco de Pampamarca, había casado a Tupac Amaru y Micaela Bastidas, y bautizado a sus hijos. Algunos sostienen que prácticamente había criado a Tupac Amaru y que eran compadres. ⁴⁷ En su testimonio, López de Sosa no negó esta cercanía y admitió que, a veces, había prestado dinero a Tupac Amaru. Nacido en Panamá, López de Sosa fue largo tiempo residente en el área de Pampamarca, y su jurisdicción incluía Tungasuca y Surimana. Había asistido al almuerzo en casa del padre Rodríguez que precedió a la captura de Arriaga, y permaneció en Tungasuca después de la ejecución del corregidor. Un testigo

afirmó que entraba y salía de la casa de Tupac Amaru, el cuartel general de los rebeldes, a voluntad, y algunos sostenían que había incluso ayudado a recoger leña para construir las horcas.⁴⁸

El cura asistente, Ildelfonso Bejarano, vivía en la casa de Tupac Amaru y, para disgusto de los prisioneros españoles, se movía libremente en el campamento rebelde. Él y López de Sosa participaron en los preparativos para la ejecución de Arriaga. López de Sosa le dio los últimos sacramentos, mientras que Bejarano leía desde las horcas a los miles de presentes: «que mirasen en que había padecido aquel mal hombre por haber perdido el respeto a los sacerdotes y al señor Obispo».⁴⁹ Ambos habían hablado de la boca para afuera de la excomunión, pero habían reiterado su apoyo a Tupac Amaru.

Por su lado, Micaela Bastidas tenía reservas acerca de la lealtad de ambos curas a la causa rebelde. El 26 de noviembre de 1780, le escribió a Tupac Amaru contándole cómo Bejarano y Ramón Moscoso, el kuraka de Yanaoca y primo del obispo Moscoso y Peralta, le habían informado a este último y a otras personas en el Cuzco sobre el número de tropas. Señalaba que el hecho de que Bejarano y López de Sosa cerraran la iglesia y no oficiaran misa podía indicar que se inclinaban por los realistas. Bastidas terminaba esta carta así: «Todo esto me tiene con bastante cuidado, ya porque estamos entre nuestros enemigos, y ya porque nos puede sobrevenir alguna traición repentina».⁵⁰ Este intercambio provocó que Bejarano tranquilizara a Tupac Amaru en una carta altamente incriminatoria, fechada el 1 de diciembre, la pieza central de los juicios de una década contra él. En ella, Bejarano explicaba a los líderes insurrectos que los miembros del cabildo del Cuzco lo consideraban a él y a López de Sosa cómplices del rebelde. Para contrarrestar estos cargos y aparentar que estaba trabajando para los realistas, López de Sosa había cerrado la iglesia y enviado el decreto de excomunión «sabiendo lo mucho que [López de Sosa] lo quiere a VM [Tupac Amaru]». Bejarano enfatizaba que López de Sosa y él comprendían que la rebelión «no se ba contra nuestra Sta. Fe» y reconocían que «chicos y grandes saben que tales hombres [los españoles abusivos] han sido muy perjudiciales en todo este Reyno».⁵¹ La carta explica sus acciones y confirma su admiración por Tupac Amaru, pero no dice explícitamente que apoyaran al rebelde. Cae en un punto medio, en el que estos curas continuaron trabajando con sus feligreses en el cuartel general rebelde, sin comprometer su apoyo. Cuando ambos se defendieron después en las instancias judiciales, afirmando que solo estaban cumpliendo su trabajo como religiosos y que no tenían alternativa sino la de desempeñar algunas tareas en la compleja ejecución de Arriaga, estaban amañando la verdad, pero no mintiendo descaradamente.

Estos curas se habían puesto del lado del obispo Moscoso y Peralta en sus batallas con el corregidor Arriaga y creían en una mayor autonomía eclesiástica frente al virrey y la Corona. Se oponían a los esfuerzos regalistas de los Borbones

de limitar el poder de la Iglesia. Aparte de eso, las explicaciones de por qué apoyaron a los rebeldes no son tan diferentes de las de los individuos que pertenecían a los sectores intermedios. Sabían que Tupac Amaru era un cristiano devoto. De hecho, confiaban en él e incluso lo veneraban. Estos curas eran a diario testigos de la incesante explotación de los indios y comprendían la cantidad de víctimas que la mita, el reparto y otras obligaciones tomaban entre ellos; también sabían que estas demandas reducían el dinero destinado a la Iglesia. Además, creían que los corregidores y las autoridades en el Cuzco y en Lima atendían indebidamente a pueblos como Tungasuca y Pampamarca. Probablemente comprendieron y se alegraron de la importancia que ellos tendrían si la rebelión triunfaba, y de los ansiados cambios que sobrevendrían de ocurrir eso, aunque también deben haber sido conscientes de las consecuencias si el proyecto fracasaba.

Los juicios contra López de Sosa y Bejarano duraron más de una década —los españoles no sabían qué hacer con ellos. Se puede afirmar con seguridad que sus sotanas los salvaron. Es difícil imaginar a un laico escapar de una condena con un tan abierto apoyo a los rebeldes. En su defensa, varios de los prisioneros españoles destacaron la amabilidad de ambos curas, considerándolos «buenos hombres». Por ejemplo, Juan Antonio Figueroa comentó que López de Sosa le suplicó a Tupac Amaru media hora antes de la ejecución. Sin embargo, también expresó su asombro por la libertad con que López de Sosa y Bejarano se movían por el campamento y por cómo se codeaban con los líderes rebelde.⁵² Ambos curas insistieron en que las circunstancias no les habían permitido evitar la ejecución o alertar a las autoridades.

En 1787, López de Sosa estaba todavía encerrado en un monasterio capuchino en Madrid. Presentó certificados médicos que indicaban que sufría de hipocondría (depresión) y del mal clima de la región. Por su lado, Bejarano pasó tiempo en Cadiz, Madrid y Sigüenza (en el centro de España), limitado a la vida monástica. En 1790, el rey le concedió una pequeña pensión diaria, pero en 1794, demandó su libertad, quejándose amargamente del clima de Sigüenza, «verdadero rincón de miserias y lágrimas». Extrañaba su tierra natal, el «delicioso Valle de Paucartambo».⁵³ Ninguno de los dos retornó al Perú.

Los investigadores han debatido largamente acerca de si la Iglesia católica apoyó la rebelión de Tupac Amaru. La clave está en cómo se enmarca la cuestión. Si se pregunta si algunos miembros de la Iglesia ayudaron a los rebeldes, la respuesta es sí. Como se ve en este texto, el clero del área central de la rebelión se reunió con Tupac Amaru diariamente antes y después de que el levantamiento comenzara, y no hizo casi nada por reprimir a los rebeldes. López de Sosa y Bejarano continuaron sus deberes clericales en medio de la ejecución de Arriaga y sus secuelas. Sin ser soldados portadores de armas o ideólogos radicales, fueron cercanos a Tupac Amaru y desatendieron las órdenes del obispo de condenar la

rebelión desde el pulpito y espiar a los rebeldes; sin embargo, nadie ha puesto en duda que algunos clérigos estuvieron del lado de los rebeldes.⁵⁴

Los juicios contra los curas y la campaña de larga duración contra el obispo Moscoso y Peralta han llevado a las personas, tanto en el pasado como ahora, a poner su atención en el obispo y a exagerar el rol subversivo de la Iglesia. En parte, esto refleja la máxima eterna de que los vencedores escriben la historia. Los españoles partidarios de la mano dura, que se hicieron cargo del lado realista justo antes de que la rebelión acabara y que luego supervisaron los juicios (la principal fuente para los investigadores) y la subsecuente represión, sostienen que los sacerdotes rebeldes habrían jugado un importante rol en la formación y desarrollo del levantamiento. El visitador Areche y su reemplazo, Benito Mata Linares, desconfiaron del obispo Moscoso y Peralta, alguien que jamás les gustó. En consecuencia, lo menospreciaron y trataron con gran energía, incluso con odio, al procesarlo por supuestas simpatías rebeldes. Estos juicios se prolongaron por casi una década; los registros de archivo son literalmente voluminosos.⁵⁵ Un crítico de Moscoso y Peralta, el nieto de Arriaga, Eusebio Balza de Verganza, publicó una detallada acusación, rica en documentos, con el título *La verdad desnuda o las dos fases de un Obispo*.⁵⁶ En 1784, José Rafael Sahuaraura Titu Atauchi publicó a su vez *Estado del Perú*, una defensa de Moscoso y Peralta, mientras que en 1790, el propio Moscoso y Peralta publicó un largo sumario de su refutación de los cargos en *Inocencia justificada contra los artificios de la calumnia*.⁵⁷ En posteriores capítulos examino su larga lucha, desde el Cuzco hasta Lima, y de ahí hasta España, para defenderse contra las acusaciones de haber brindado apoyo a los rebeldes. A los lectores se les ha hecho creer que la pregunta fundamental es si Moscoso y Peralta apoyó o no a Tupac Amaru, y sus acusadores construyeron un convincente o al menos enérgico argumento a favor del sí. Este capítulo enfatiza, en cambio, el impacto de sus medidas a fines de 1780 y comienzos de 1781, y la importancia que tuvo en debilitar a los rebeldes en su propia base.

La batalla entre los partidarios de la mano dura y el obispo se basó en el creciente desdén e incluso odio, tanto de Areche como de Mata Linares, hacia el criollo Moscoso y Peralta, así como en más amplias luchas ideológicas en España y América. Como se verá, la aproximación relativamente conciliadora de Moscoso y Peralta a la segunda etapa de la rebelión consternó a los que defendían la mano dura. Ellos hacían llegar con alegría al círculo más cercano al rey en Madrid, las acusaciones y rumores sobre Moscoso y Peralta; no solo respecto de sus inclinaciones rebeldes, sino de sus escandalosas relaciones con ciertas mujeres. Aunque se trataba de una batalla personal, también reflejaba otra por el rol de la Iglesia en España y en la sociedad hispanoamericana. Aun siendo católicos devotos, los partidarios de la mano dura y realistas como Areche y Mata Linares creían que la Iglesia y otras instituciones debían estar firmemente bajo el control de la

Corona.⁵⁸ Pensaban que, en el Perú, los religiosos tenían demasiada autonomía y riqueza, y que habían perdido su disciplina monástica. En el Perú del siglo XVIII, abundaban los relatos que vinculaban a curas y monjas con amantes, frecuentemente de sectores sociales más bajos o incluso del mismo sexo; estas historias constituían un verdadero tropo.⁵⁹ Los enemigos de Moscoso y Peralta compartieron la idea de que los clérigos eran demasiado independientes y revoltosos, particularmente los criollos, y que podían incluso ir tan lejos como para alzarse contra la Corona. La historia de Moscoso y Peralta, y Arriaga, así como la de los partidarios de la mano dura, se mueve desde lo personal hasta lo estructural: los realistas españoles frente al clero criollo.

En una carta de junio de 1781, Areche suelta con furia que en el Perú:

El corazón de párrocos, o para decirlo de una vez quasi todo el clero regular y secular y una gran parte de estos criollos esta devil en este principio de propiedad y posesión de Dominio en la corona de España: Hai aquí Sr. Excmo. muchos Voltaires, muchos Rouseeaus, muchos Raynaldes, y muchos otros que han convatido sacrilegamente la autoridad de los Reyes en sus escritos, por que no se tiene cuidado por la Inquisición, por los Prelados y por el Govno. quienes devian ser celosos en que no entrasen, no se tubiesen ni leyesen semejantes discursos que ha detestado y detesta todo el mundo culto, racional, y christiano.

Cerca del fin de la carta, añade que en el juicio contra Tupac Amaru ellos habían encontrado que, entre sus papeles,

[...] hay muchos de curas, sacerdotes, y frailes escritos a este con expresiones que escandalizan y yeren de muerte los oydos del más robusto, y pacífico. Allí se ven los títulos de Magestad con que le trataban: La sumisión y respeto con que le veían, llamándole redentor y nuevo Mesías.⁶⁰

Seguidores del juicio después de la rebelión, y lectores de las transcripciones más de doscientos años después, pueden fácilmente ser inducidos a pensar que desafiantes sacerdotes subvirtieron el Cuzco rural al lado de Tupac Amaru. A pesar de los casos de López de Sosa, Bejarano y unos pocos más, esta idea es excesiva, si no errónea. Aunque el obispo Moscoso y Peralta conoció a Tupac Amaru, simpatizó con algunas de sus batallas legales antes de noviembre de 1780, despreció a Arriaga y tuvo conflictos con ciertos españoles, lanzó todo su peso contra el levantamiento luego de las noticias de la ejecución del corregidor y la batalla de Sangarará.⁶¹ Lo que es clave es el impacto de la excomunión y la decisiva ayuda que los curas brindaron a los realistas, siguiendo las órdenes del obispo. Si ellos no se hubieran quedado, los rebeldes habrían tenido carta libre

en el masivo triángulo entre el Cuzco y sus amorfos límites con Arequipa y Puno. El reclutamiento y el acopio de provisiones habrían sido mucho más fáciles, y la tierra de la Iglesia habría estado allí para tomarla. Los realistas no habrían tenido a nadie en la región para disputar la ideología rebelde. De hecho, los clérigos consiguieron el apoyo de los grupos intermedios y plantearon dudas a las masas indígenas acerca del estatus religioso de Tupac Amaru, su importantísima alma y el destino de la rebelión.

La cuestión de si un grupo o un individuo apoyó el levantamiento no es un asunto en blanco o negro. El partidismo fue fluido —frecuentemente debido al oportunismo o a la desesperación—, y muchos de los curas no fueron ni comprometidos rebeldes ni efectivos contrainsurgentes. Como las cartas de Bastidas y Tupac Amaru demuestran, ellos estaban atemorizados y conmocionados, y buscaron salvar sus vidas y las de sus feligreses. Varios probablemente vieron cosas buenas en ambos lados o los despreciaron por igual. Algunos posiblemente no comprendieron lo que estaba ocurriendo —pocas personas lo hicieron en la confusión de los meses finales de 1780. Sin embargo, el trabajo de los curas en la zona de Tupac Amaru, respaldado por el obispo, importunó y debilitó a los rebeldes. Sin ellos, Tupac Amaru y Micaela Bastidas hubieran podido divulgar mucho más fácilmente su mensaje y ganar recursos. Ninguno podía imaginar un mundo sin la Iglesia católica; no obstante, su lucha por crear un nuevo mundo tuvo que enfrentar la ferviente y efectiva resistencia de esa institución.



La rebelión se extiende al sur

Después de la victoria del 18 de noviembre en Sangarará, muchos en el bando rebelde creyeron que reforzarían las fuerzas en su base, el valle del Vilcanota, y que luego avanzarían al norte, a la ciudad del Cuzco. Sin embargo, Tupac Amaru tenía sus ojos puestos en el sur, el área eminentemente indígena en dirección al lago Titicaca. Como ocurre a menudo con los jefes militares, sus planes provocaron una mezcla preocupante de confianza y miedo. Tupac Amaru sabía que su mensaje sería bien recibido en una región que soportaba una carga de mita particularmente pesada por las minas de plata de Potosí. Al mismo tiempo, comprendía que aún no había enfrentado el avance principal del ejército colonial y que tenía muchas más desafiantes batallas por delante. En los siguientes meses, tanto rebeldes como realistas se jactaron de sus números e hicieron gala de su confianza, mientras que, en privado, temían que una catástrofe estuviera próxima.

Tupac Amaru creyó que podía controlar la árida meseta que se extiende desde el Cuzco hasta el lago Titicaca, y quizás incluso que podía expandir su levantamiento al Alto Perú o, como era más comúnmente llamado, Charcas. Le preocupaba, sin embargo, que los corregidores de las cinco provincias de la región del lago Titicaca pronto iban a recibir dinero, armas y tropas de Arequipa y lo atacarían desde el sur o, al menos, frustrarían su expansión. Entonces decidió organizar una ofensiva en dirección al Altiplano y dejó a Micaela Bastidas a cargo de la administración de la base de Tungasuca. Muchos de sus seguidores se asombraron de que el rebelde no tomara el Cuzco inmediatamente, antes de que los refuerzos españoles llegaran. Hace dos siglos que los investigadores debaten esta estrategia.

Micaela permaneció en la retaguardia y se hizo cargo de las provisiones, la disciplina, la correspondencia y el sinnúmero de tareas que implicaban las campañas militares. Durante la incursión de su esposo en el sur, se preocupó cada vez más de que un repentino ataque realista desde el Cuzco destruyera su campamento en Tungasuca. En numerosas cartas a Tupac Amaru, le expresó su impaciencia por su extendida ausencia y le pidió apresurarse, enfatizando que su familia estaba en peligro. En el Cuzco, a casi 90 kilómetros de distancia, el obispo

Moscoso y Peralta dirigía los esfuerzos realistas. Su situación y actividades mostraban una curiosa simetría con las de Micaela. Él reunía dinero y levantaba la moral, organizaba procesiones y se comunicaba con las autoridades en Lima, con sus curas a lo largo del territorio rebelde y con los líderes de la milicia. Con solo vagas y distorsionadas noticias sobre los eventos al sur de la ciudad, Moscoso y Peralta y mucha de la población del Cuzco temían un inminente cerco. Los españoles comenzaron a sentir que su peor pesadilla era posible: el extraño ahorcamiento de un corregidor y el desafortunado giro de los sucesos de Sangarará podían convertirse en una verdadera guerra. Mientras Bastidas miraba hacia el sur, esperando ansiosamente que su esposo y la mayor parte de sus tropas retomasen, los realistas en el Cuzco aguardaban impacientemente sus refuerzos desde el norte. Ambos lados buscaban ganar las batallas de información y propaganda, apostando espías y enviando mensajeros, inflando sus fuerzas y disimulando sus intenciones y temores.

Preparativos de combate

El pánico se propagó en el Cuzco a causa de los alarmantes informes sobre las acciones rebeldes en dirección al sur y la complacencia, o incluso incompetencia, de las autoridades de la ciudad. El obispo Moscoso y Peralta reprendió a la junta del Cuzco por sus retrasos y divisiones, pero trabajó cercanamente con sus miembros para preparar la defensa de la ciudad. Sangarará los había convencido de renunciar a cualquier suerte de ataque y, en lugar de ello, esperar por las tropas de Lima y prepararse para las incursiones rebeldes o, incluso, un sitio de la ciudad. El obispo persuadió a los alcaldes de las provincias, los kurakas y los vecinos adinerados de la ciudad para que constituyeran un fondo de defensa, mientras que otros alcaldes y kurakas de áreas próximas llegaron con milicias, en general conformadas por unos doscientos recios hombres. El corregidor de Abancay, Manuel Villalta, se convirtió en el jefe militar de la ciudad. Moscoso y Peralta enlistó a todos los estudiantes del Cuzco, así como a los curas, en las compañías de la milicia. Según se dice, Villalta echó «lágrimas de ternura» cuando fue testigo de la marcha de los curas por las calles del Cuzco.¹ A fines de diciembre, el cabildo de la ciudad exoneró del reparto y la alcabala —dos de los principales reclamos de los rebeldes— a los indios que se unieran a los realistas.²

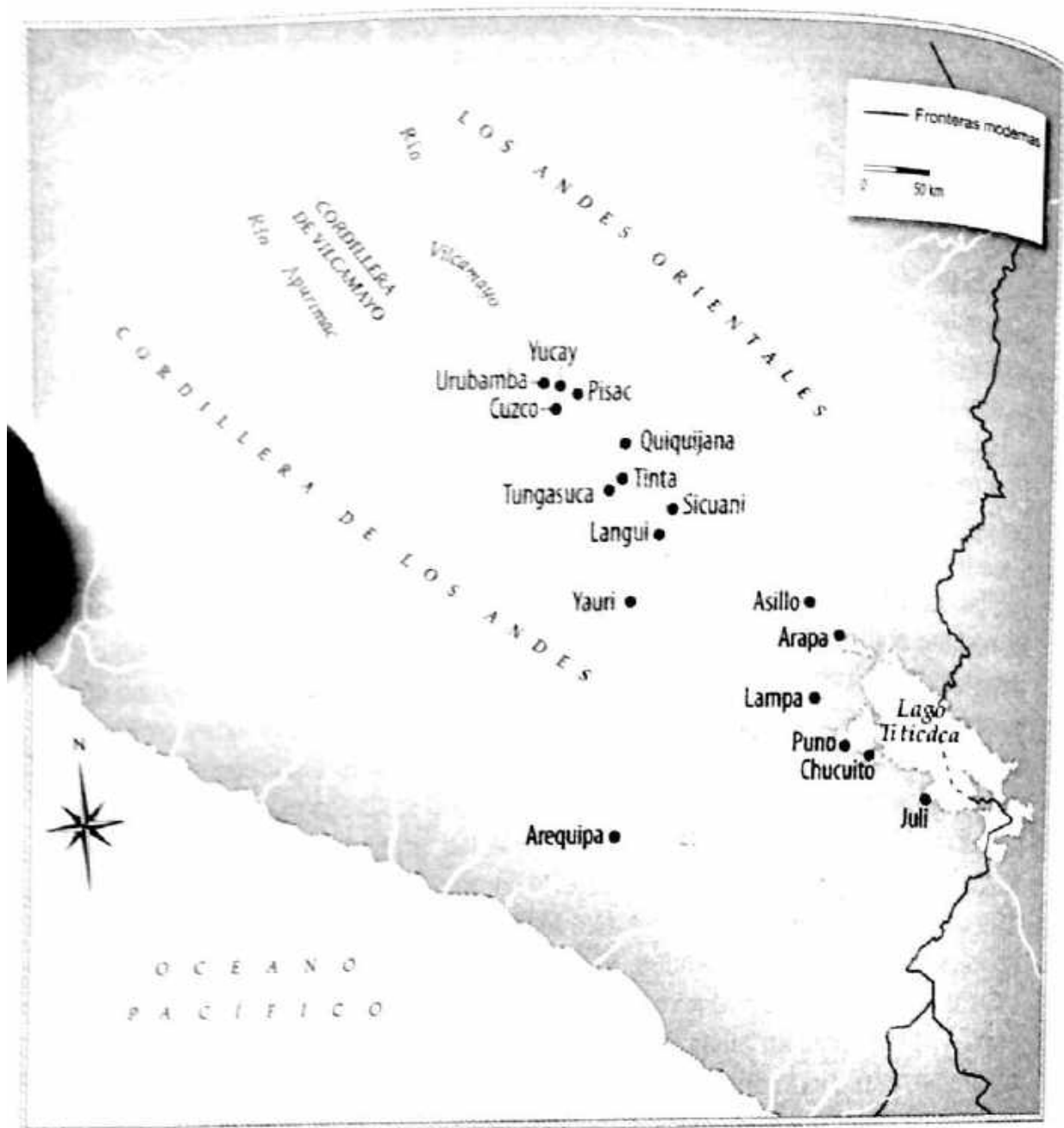
El cabildo de Cuzco y Moscoso y Peralta no se limitaron a organizar la recaudación de fondos, el entrenamiento militar y las reformas de último momento. Un informe describe cómo toda la población de la ciudad, dirigida por el obispo y algunos franciscanos, se unió para lavar «sus deslices en la fuente de la penitencia y fortaleza con la Sagrada Eucaristía». El autor de este documento declaró que

[...] no se duda [que] hayan ofrecido a los ojos de Dios un espectáculo capaz de desarmar su ira y un ayuno que por solemne indicación del Ilustrísimo señor Obispo, han observado todos en los días veintisiete, veintiocho, y veintinueve, ha puesto a este pueblo en aquella humillación que pide Dios en los que antes por sus immoderadas elaciones y destemplanzas conmovían su justa indignación.³

El pánico había alcanzado el punto en que los habitantes de la ciudad veían el levantamiento, no como una expresión sin precedente de la furia indígena o de la búsqueda sanguinaria de retribución por parte de Tupac Amaru, sino como la ira divina.

Las noticias de la ejecución de Arriaga llegaron a Lima el 24 de noviembre. El virrey Jáuregui convocó a una reunión de emergencia con el inspector general del Ejército, el mariscal José del Valle, el visitador general José Antonio de Areche y los miembros de la audiencia. El 28, el comandante Gabriel de Avilés dejó la capital con doscientos miembros de la milicia de los «pardos libres», con órdenes de reclutar soldados a lo largo de su marcha al Cuzco. El Perú no tenía un ejército establecido y confiaba, en su lugar, en las milicias. Las tropas de Avilés tenían 400 mosquetes, 12.000 cartuchos y 500 sables. En ese momento, el virrey creía que los rebeldes contaban con 20.000 hombres.⁴ A los pocos días, cuando el virrey supo acerca de la derrota de Sangarará, envió 400 soldados más, así como 6 cañones, 1525 mosquetes de calibre 16, 75 pistolas, arpones, lanzas y otras armas. Mulas y soldados de a pie transportaban la carga por la costa desértica en los días más calurosos del verano. En los alrededores de Pisco, viraron tierra adentro y escalaron los precipitados Andes. El verano en los Andes trae temperaturas más cálidas —un bienvenido respiro para las personas acostumbradas a la templada costa—, pero también lluvia. Las precipitaciones y el barro hicieron la marcha miserable, particularmente el ascenso. Del Valle dejó Lima el 20 de diciembre con doscientos hombres más.

Estos y otros soldados de la costa sufrieron terriblemente de soroche o mal de montaña. Después de milenios, la población andina se ha adaptado a la altura por medio del ensanchamiento de su tórax y el aumento de su capacidad pulmonar.⁵ Sin embargo, las personas que viven en lugares de menor altitud comienzan generalmente a sentir síntomas similares a los de la gripe a partir los 2500 metros sobre el nivel del mar. El aire más ligero (los científicos prefieren la expresión «menos denso») contiene poco oxígeno, lo que causa que la gente se cansé rápidamente, se quede sin aliento y comience a vomitar. Muchos se deshidratan, en tanto el vapor de agua de los pulmones disminuye con la altitud. Algunas personas pueden desarrollar edemas pulmonares o cerebrales, potencialmente fatales. El descanso alivia los síntomas, pero estos soldados continuaron su marcha, subiendo y bajando montañas escarpadas, con la prisa que añadían los sombríos



Mapa 4. Las campañas en el sur.

informes provenientes del Cuzco. La ruta a esta ciudad incluye pasos de montaña que se elevan a 4200 metros de altitud. El propio Cuzco está a 3200 metros sobre el nivel del mar, pero la mayoría de las batallas tuvo lugar en el sur, sobre todo alrededor de los 3600 metros. Hoy, los conductores de buses en los Andes distribuyen hojas de coca o medicinas que pueden aliviar los dolores y las náuseas. Cualquier persona que haya visitado una ciudad sobre los 3000 metros de altitud sabe que, después de la euforia inicial, uno se siente flojo y sufre un fuerte dolor de cabeza. La hidratación y el descanso ayudan mucho —los soldados realistas no tenían esa opción. El soroche se añadiría a sus miserias y dificultaría su lucha en las batallas por venir.

Batallones bien armados avanzaban lentamente por los Andes. La escarpada vía que se eleva abruptamente a solo unos pocos kilómetros tierra adentro fue el primer desafío. Cordilleras que corren de este a oeste dominan los valles intermedios, haciendo imposible cualquier respiro en el ascenso y descenso. Incluso hoy, las carreteras entre Nazca y el Cuzco presentan montañas casi sin rellanos y curvas desconcertantemente empinadas. La expedición de Avilés no alcanzó el Cuzco sino hasta el 1 de enero, y allí esperó por los otros.⁵ Las tres expediciones tenían órdenes de reclutar a gente entre la población mayoritariamente indígena que se asentaba entre Lima y el Cuzco. Ningún comandante proporcionó un número determinado, pero tuvieron que emplear la coerción y aparentemente consiguieron solo un éxito relativo —cientos, más que miles, se les unieron. El 11 de diciembre de 1780, Areche escribió a un corregidor para demandarle que pagara a los proveedores el importe total y que lo hiciera puntualmente. Predijo con confianza que «se hirá uniendo mucha más, ya voluntaria [...] servirá a VM esta noticia para que las prevenciones tengan la gran calidad de abundantes y buenas».⁷ Su optimismo demostraría ser infundado. Los indios no se unieron a los realistas de manera masiva, y muchos de los soldados indígenas desertaron cuando la lucha comenzó y las condiciones empeoraron.

El 7 de diciembre, el cabildo de Lima aprobó la decisión del virrey Jáuregui de abolir el reparto, que esta autoridad creía la principal causa del levantamiento, ordenando que los corregidores recibieran un salario fijo con el fin de desanimarlos a explotar a los lugareños. Sus miembros criticaban al Cuzco por las divisiones e indecisiones que reportaba el obispo Moscoso y Peralta, sosteniendo que la ciudad había sido «pusilánime». Al mismo tiempo, en Lima surgían las divisiones que marcarían la reacción realista contra el levantamiento y las políticas posteriores, bien entrado ya el siglo XIX. Indignado por no haber sido llamado para liderar la expedición, el visitador Areche escribió furiosas diatribas contra el virrey y Del Valle a su aliado en Madrid, el poderoso José Gálvez. Criticó la incompetencia de ambos y lo que consideraba la cobardía de la población de Lima. Para disgusto de Areche, pocas personas en la capital se unieron como voluntarias a la expedición para luchar contra los rebeldes en el Cuzco. Esto no debería haber sido una sorpresa: era un viaje de cinco semanas que atravesaba pasos de montaña que se elevaban hasta los 4250 metros de altitud. Por otra parte, las personas comprendían que el pago sería mínimo, las condiciones difíciles, el combate brutal, la población andina hostil y el enemigo implacable. A fines de diciembre, el propio Areche se dirigió al Cuzco, intentando tomar el control de las operaciones en esta etapa inicial. Falló y tuvo que compartir responsabilidades. Sin embargo, nunca se dio por vencido en su intento de socavar la autoridad del virrey Jáuregui y del mariscal Del Valle, ni tampoco cejó en implementar su política preferida de mano dura contra los rebeldes y la población andina.

Areche se unió a Benito Mata Linares en esta lucha. Nacido en Madrid en el año 1752, Mata Linares había sido llamado a la Audiencia de Lima en 1778 y era también auditor de guerra.⁹ Él y Areche menospreciaban los esfuerzos del virrey y demandaban unidades fijas y soldados profesionales, en lugar de milicias locales y voluntarios. Presentaron a los criollos y corregidores que supervisaban las milicias como ociosos y corruptos, y a los sectores más bajos que manejaban, como cobardes y poco dignos de confianza. En los meses finales de 1780 e inicios de 1781, Mata Linares y Areche ganaron esta batalla, al menos en el papel, ya que Madrid reconoció los inconvenientes de las milicias. Sin embargo, los realistas no tenían el tiempo ni los recursos para hacer una rápida transición. Mata Linares se unió a Areche, predisponiendo a los funcionarios madrileños con cartas y memorandos acerca de los errores del virrey y la necesidad de un radical cambio en el Perú. En los siguientes dos años, tuvieron éxito en arrebatarse al virrey y a sus aliados la toma de decisiones.⁹

Camino al sur

El 22 de noviembre de 1780, Tupac Amaru dejó Tungasuca para reforzar los cercanos pueblos de Pichigua, Yauri y Coporaque, donde el kuraka Eugenio Sinayuca había estado haciendo proselitismo en su contra. Siguió lo que fue el comienzo de un procedimiento estándar: sus exploradores buscaban enemigos y provisiones, y él ofrecía un apasionado discurso de su movimiento desde las escalinatas que conducían a la iglesia, anunciando en quechua al sorprendido público que había llegado un nuevo día. Muchos oyentes se unieron a su movimiento. El 25, Tupac Amaru escribió una proclamación dirigida a la población de Lampa, un gran pueblo al sur, cerca del lago Titicaca, anunciando su campaña contra la «tiranía» y los abusivos españoles, al igual que su compromiso con los criollos. Se jactaba de que contaba con 6000 seguidores indios, así como con criollos y personas de fuera del área.¹⁰

En esta incursión inicial en el sur, Tupac Amaru fracasó en capturar a José Campino, el corregidor de Chumbivilcas, y también vio al kuraka realista Eugenio Sinayuca escurrirse de las manos. El 27 de noviembre, oyó noticias perturbadoras acerca de una alianza entre los corregidores de Azángaro, Chucuito, Carabaya, Lampa y Puno, que estaban esperando armas y soldados de Arequipa o de La Paz. Le preocupaba poder ser capturado, si los corregidores recibían esa ayuda y los realistas atacaban desde el Cuzco. Esto lo motivó a continuar su ofensiva en el sur. Pidió a los kurakas de su área central detener a cualquier tropa que se movilizara desde el Cuzco mientras estuviera ausente, e instruyó a Micaela para que difundiera una imagen exagerada del número de sus seguidores con el fin de

desalentar un posible ataque realista. También le dijo, el 26 de noviembre, «estaré ahí en 5 o 6 días aún», pero estuvo fuera por casi un mes.¹¹

Tupac Amaru se dirigió a un área que conocía bien a causa de sus viajes a Potosí, donde contaba con importantes contactos y aliados. Su autor favorito, Garcilaso de la Vega, quizás lo había inspirado. El libro segundo («en el cual da cuenta de la idolatría de los Incas y que rastrearon a nuestro Dios verdadero»), capítulos 19 y 20, de los *Comentarios reales* describe en un estilo característicamente épico cómo Lloque Yupanqui, el tercer gobernante inca, conquistó el Collao en el siglo XIII. Garcilaso retrata cómo este inca dominó a sus «disolutas» mujeres y les ordenó seguir a un único dios, el Sol. Podemos imaginar a José Gabriel leyendo estas líneas del capítulo 20 con regocijo, quizás comprendiéndolas como una premonición:

Los de Chucuytu, aunque eran poderosos, y sus pasados habían sujetado algunos pueblos de su comarca, no quisieron resistir al Inca, antes respondieron que le obedecían con todo amor y voluntad porque era hijo del Sol; de cuya clemente y masedumbre estaban aficionados, y querían ser sus vasallos por gozar de sus beneficios.¹²

Debe recordarse que José Gabriel se consideraba a sí mismo «El Inca». Los *Comentarios reales* cuentan múltiples historias sobre los incas, de cuando el Cuzco impuso triunfalmente orden en el Collao.¹³ José Gabriel miraba el Collao con el confiado entusiasmo de alguien que conocía bien la zona. En contraste, cuando medio año después los españoles persiguieron a las fuerzas rebeldes allí, esa región les causó pavor.

En realidad, el objetivo de Tupac Amaru, los cinco corregidores, no era una seria amenaza para él, pues eran vulnerables. Los refuerzos y fondos que esperaban de Arequipa, La Paz o Lima nunca llegaron, mientras que muchos de los hispanohablantes y de la más rica población en el área habían huido. Por otro lado, dado que circulaban rumores acerca de hordas que atacaban desde el norte, las masas indias abandonaban cada vez más su acostumbrado respeto y dejaban ver su simpatía por los rebeldes. Los corregidores se sentían acosados; sabían que sus vidas estaban en peligro. A fines de 1780, lucharon para resistirse a los rebeldes y salvar su propio pellejo.

Aunque las recriminaciones sobre la incapacidad de los corregidores para contener el sur continuaron por años, en realidad, habían tratado de hacerlo. Cuando se enteró del levantamiento, Miguel de Urbiola, el corregidor de Carabaya, ordenó a los curas de la parroquia prepararse con «sacrificios y procesiones públicas», e hizo organizar la defensa de pueblos como Crucero y Sandia. Supuestamente, él mismo caminó en un solo día 22 leguas (aproximadamente 100 kilómetros; una legua era frecuentemente medida por cuán lejos podía uno

caminar en una hora), para aprovisionar «a todos los vecinos Españoles e Indios con armas y rejonas» que el mismo solventó. Sin embargo, los rebeldes quemaron, al final, gran parte de Carabaya.¹⁴ El 14 de noviembre, el corregidor de Azángaro ordenó a su contraparte en Lampa organizar tropas y mantenerse firme porque otras provincias estaban «desnudas de Armas».¹⁵

Por su lado, el corregidor de Puno, Joaquín de Orellana, dejó un informe detallado de sus frenéticos esfuerzos por defender el Collao. En noviembre de 1780, en respuesta a la llamada de otro corregidor para «ahogar en sus principios este incendio», viajó a Lampa con su minúscula milicia de 166 hombres. Orellana recibió entonces la orden de trasladarse a Ayaviri, donde los rebeldes casi lo atraparon y donde perdió sus armas y pólvora. A su pesar, fue llamado para ayudar a evacuar gran parte de la población de Puno, cuando en realidad había esperado que la mayor ciudad a orillas del lago Titicaca fuera un bastión realista. No tenía confianza en las milicias locales y acusaba a las autoridades del Cuzco, La Paz y Arequipa de «indolencia» por no enviar ninguna ayuda. Orellana permaneció activo a lo largo de 1781.¹⁶ Las autoridades en el Cuzco, a su vez, criticaron a los corregidores por haber huido tan rápidamente de los rebeldes.¹⁷

Después de atacar el pueblo minero de Caylloma a finales de noviembre, de donde los funcionarios lograron huir con gran cantidad de dinero y plata justo antes de que los rebeldes llegaran, las fuerzas de Tupac Amaru cruzaron las montañas cubiertas de glaciares de La Raya, sobre los 4250 metros de altitud, la imponente línea divisoria entre el Cuzco y Puno. Los informes sobre el tamaño de su tropa varían desde los 10.000 hasta los 60.000 miembros.¹⁸ Los rebeldes comprendieron que por delante de ellos, en la cuenca del Titicaca y en el Collao, los indios superaban vastamente en número a los españoles, criollos y mestizos, y que las deserciones y el miedo habían dañado ya a las milicias coloniales. También sabían que las estancias de ovejas y reses proveerían fácilmente comida —los estancieros podrían huir a Arequipa o a cualquier otro lugar, pero sin su ganado. Los insurgentes entraron al pueblo de Santa Rosa, donde el corregidor Urbiola había improvisado una milicia con unos 2000 miembros. Sin embargo, esta fue rápidamente abandonada por su gente, que huyó o se pasó al bando rebelde, y Urbiola escapó con dificultad. El 4 de diciembre, los rebeldes llegaron al virreinato del Río de la Plata, entrando al pequeño pueblo de Macarí.

Ese mismo día, los corregidores de Chucuito, Lampa, Azángaro, Puno y Carabaya se encontraron en la casa de Vicente Oré Dávila, en Lampa. El coronel Pedro de la Vallina traía aterradoras noticias. Había estado encarcelado en Tungasuca, pero había podido convencer a los rebeldes de que era un criollo de Lima, no un español, casado con la nieta de don Diego Choquehuanca, el kuraka de Azángaro, a quien los rebeldes esperaban reclutar. Todo esto era falso. Antes de liberarlo, Tupac Amaru había contado a Vallina que tenía más de 30.000 indios

y que la ciudad del Cuzco «ya la tenía ganada y suia». ¹⁹ Vallina pidió a los corregidores preparar lo que podía ser una defensa final del área del Titicaca. Tupac Amaru había alimentado el miedo de los corregidores escribiendo cartas, que se aseguró interceptaran, que inflaban grandemente el número de sus tropas. ²⁰ Este grupo de corregidores probó ser incapaz de derrotar a los rebeldes en batalla. Todos lamentaron la ausencia de ayuda de La Paz o Arequipa, y reconocieron que carecían de suficientes armas y soldados (sus críticos sostendrían que de valor) para mantenerse firmes.

Los corregidores probablemente se arrepintieron de una de sus acciones ese día de diciembre. Semanas antes, los realistas habían capturado al sobrino de Tupac Amaru, Simón Noguera, en la hacienda Queque, cerca de Santa Rosa, llevándolo a Lampa el 24 de noviembre. El veinteañero había sido enviado por delante de las tropas de Tupac Amaru para explorar el área. Los corregidores supervisaron su ejecución después de su junta el 4 de diciembre. ²¹ Según los informes, Micaela Bastidas se echó a llorar cuando supo de su muerte; Tupac Amaru prometió vengarse.

Tupac Amaru envió entonces tropas a la hacienda donde Noguera había sido capturado, mientras que otro grupo se encaminó a Lampa. Los corregidores huyeron y los desertores reforzaron el bando rebelde. En ese momento, la gente abandonaba masivamente los pueblos en el noroeste de la meseta del lago Titicaca, muchas rumbo a Arequipa. Tupac Amaru y sus tropas entraron en Ayaviri el 6 de diciembre con bombos y platillos. Los curas se reunieron con ellos formalmente, con el acostumbrado bajo palio y ceremonia, y Tupac Amaru ofreció un discurso, buscando reclutar y tranquilizar a criollos y mestizos. Estaba molesto porque se había enterado de que el cura de Santa Rosa, Miguel Martínez, y el de Orurillo, Juan Bautista Morán, habían ofrecido un premio por su cabeza «vivo o muerto». ²²

Un petrificado y anónimo observador de la triunfante entrada de Tupac Amaru en Ayaviri proclamó:

El enemigo está ya encima, como que los Pueblos de Macari, Santa Rosa, Ayaviri, y Pucará Provincia de Lampa los tiene ya por suyas en el día seis de este mes y viene a toda prisa entrando a los demás. Nosotros no tenemos fuersas suficiente de jente, armas, ni municiones para salir a presentarle batalla, pero nos resolvemos como buenos patricios, vasallos leales de su magestad a defender en quanto podamos estas jurisdicciones. ²³

Las personas huían con solo «la ropa que traían en el cuerpo», y el caos y el miedo perturbaban la cosecha y la distribución de alimentos. El hambre comenzó a cobrar sus víctimas, particularmente ancianos y niños. ²⁴ Confiados y motivados por la búsqueda de venganza, los rebeldes por poco capturaron a los

cinco corregidores. Quemaron cárceles, nombraron nuevos jueces y kurakas, y confirmaron la abolición de la mita, el reparto y las aduanas. Requiriendo una gran cantidad de comida, echaron mano del ganado de la región, ovino, vacuno y camélido. Los realistas presentaron este saqueo como el principal incentivo para los indios en masa: no solo estaban siendo «engañados» por los líderes rebeldes, sino que

[...] por su genio propenso al robo han dado lugar a la seducción, viéndose a tiro de saquear estancias y haciendas como lo han hecho en muchas de las que han arruinado en estas circunstancias y en el Collao, donde hubo día en que no bastaron 4.000 cabezas de ganado ovejuno para saciar las tropas rebeladas.²⁵

Un funcionario de Lampa calculaba que los rebeldes habían sacrificado 63.000 ovejas y 1600 vacas, y consumido la cosecha entera de maíz, papa y otros productos agrícolas de la época de lluvia.²⁶ Decenas de miles de soldados en continuo movimiento comían casi todos los días enormes cantidades de guiso. Los rebeldes podían hacer tanto daño con sus estómagos como con sus armas.

En ese momento, inicios de diciembre de 1780, Tupac Amaru tenía una buena idea de sus posibilidades. Comprendía que, a menos que fueran desanimados e incluso coaccionados por sus kurakas, la mayoría de los indios apoyaba su llamado para dar fin al maltrato español. Prometía un mundo nuevo, más justo, y aseguraba que con sus decenas de miles de seguidores, fácilmente derrocaría a las fuerzas realistas. Los indios de la cuenca del Titicaca apoyaron su proyecto y creyeron que él, o ellos, podrían tener éxito. Aunque Tupac Amaru no sabía qué esperar de los españoles —sabía que atacarían, pero no cuándo o desde dónde—, comprendía que su creciente hueste representaba una seria amenaza en batalla abierta. Reconocía que tenía la ventaja en cuanto a movilidad, que podía atacar y retirarse con gran éxito, cual táctica de guerrilla, una expresión que solo se inventó unos años después, durante la invasión napoleónica de España en 1807.

En medio del pesimismo por el avance aparentemente imparable de los rebeldes en el área del Titicaca, Diego Choquehuanca, un kuraka de Azángaro, quien descendía de una distinguida familia de la zona, proveyó a los realistas unas pocas buenas noticias. En noviembre de 1780, Tupac Amaru había escrito varias cartas a este respetado anciano (cuya edad se calcula entre los setenta y noventa años), explicando sus esfuerzos y solicitándole apoyo. Choquehuanca informó de esto inmediatamente a los corregidores de Lampa y Carabaya, y en cuestión de días escribió a varios corregidores más, así como al cabildo de la ciudad y al obispo de La Paz, prometiendo oponerse a la rebelión. Ordenó asimismo a sus hijos —Joseph, un coronel de la milicia, y Gregorio, un cura— apuntalar

las defensas de Azángaro.²⁷ Furioso por el rechazo de Choquehuanca, y creyendo que había participado en la ejecución de Simón Noguera, Tupac Amaru fue después por esta familia y sus numerosas haciendas con inusual vehemencia. Aunque Diego Choquehuanca logró huir a Arequipa, sus familiares pagaron un alto precio: los rebeldes mataron a un hijo, una hija, tres primos y un nieto, y arrasaron sus tierras.²⁸

Choquehuanca no estaba solo —los kurakas del sur desdeñaban a Tupac Amaru. En palabras de David Garrett, «pocos más acataron los llamados de Túpac Amaru y la élite cacical de la cuenca del Titicaca permaneció firmemente leal. Al llegar las nuevas de Sangarará a Lampa, los caciques de la provincia se dirigieron a su capital con ejércitos de tributarios con que defender al rey».²⁹ En medio de la pesadilla realista de finales de noviembre e inicios de diciembre, cuando Arequipa y La Paz fracasaban en enviar refuerzos y los corregidores huían junto a miles de personas desesperadas, los kurakas proveían algunas escasas y prometedoras buenas noticias. Estas autoridades étnicas permanecieron leales a la Corona, particularmente aquellas con pretensiones aristocráticas, rechazando los llamados de Tupac Amaru por una utopía inca. Esta decisión resultó fundamental para el éxito realista no solo en el sur, sino también en el Valle Sagrado, al norte del Cuzco. De hecho, como veremos, otro kuraka, Mateo Pumacahua, estaba en ese preciso momento deteniendo los avances rebeldes en Paucartambo y el Valle Sagrado.

Tupac Amaru llegó a Lampa el 9 de diciembre, saludado por «los naturales y algunos vecinos».³⁰ De acuerdo con el geógrafo inglés del siglo XIX, Clements Markham,

Su entrada en Azángaro fue triunfal; montaba un brioso caballo blanco con rica montura bordada; armado de pistolas y espada, vestía traje de terciopelo azul ricamente bordado en oro; llevaba puesto sombrero de tres picos y un uncu o manto en forma de sobrepelliz sujeta al cuello por una cadena de oro, de la que pendía una imagen del sol, hecha de oro.³¹

En su discurso, interrumpido por los celebradores disparos de mosquete, insistió en que buscaba el fin de «repartos y de otras gavelas» sufridos por los indios.³² Sus tropas quemaron la cárcel y el cabildo de la ciudad, saquearon otros edificios y removieron haciendas, obrajes y minas.³³

Para ese entonces, Tupac Amaru deseaba dormir —habían caminado toda la noche desde Ayaviri hasta Lampa—, pero sus ayudantes le advirtieron: «el que tiene enemigos no duerme». Finalmente, montaron el campamento en un lugar seguro fuera del pueblo, donde el líder descansó.³⁴ A lo largo de todo el levantamiento, Tupac Amaru acompañó a sus soldados, aunque siempre rodeado

de su séquito. A diferencia de la mayoría de rebeldes, se movía a caballo y dormía en una tienda de campaña. Un cura señaló que vestía «de caballero» con ropa elegante, a la vez que reconocía el profundo miedo que el líder inspiraba.³⁶ El clérigo testificó que los rebeldes saquearon la iglesia y tomaron todo lo que encontraron de las casas de los españoles del pueblo, so pretexto de buscar armas. Lampa tenía una considerable población de indios comerciantes, que antes de huir habían dejado algunos de sus objetos de valor en el templo. Los rebeldes también saquearon estos bienes.³⁷ Perpetraron «imponderable estrago» en las haciendas y robaron todo el ganado que pudieron. El cura lamentaba que los indios insultasen a los vecinos y se rehusaran a pagar las tasas de las cuales dependían los clérigos. Consideraba que este abandono del statu quo, en el que los indios habían mostrado respeto por los sacerdotes, mestizos y españoles, evidenciaba las «visperas de la muerte del universo».³⁷

El testimonio de dos indios capturados en diciembre —Pascual Gutiérrez Sonco y Manuel Chuquipata— proporciona una perspectiva de los seguidores rebeldes. El leal alcalde de Carabuco (en el lado norte del lago Titicaca, hoy Bolivia) los había encontrado con cruces de paja en sus sombreros, el emblema rebelde. Diego Choquehuanca tomó su testimonio en quechua.

Pascual Gutiérrez Sonco, descrito como un indio del pueblo de Nuñca, Lampa, contó a Choquehuanca que los rebeldes indios y españoles llevaban la cruz y recibían la orden de matar a todos los «chapetones». Los rebeldes comprendían que había dos tipos de españoles: aquellos que podían ser reclutados, y los chapetones, que eran el enemigo. Gutiérrez Sonco explicó en esa ocasión que los rebeldes que no eran indios usaban cruces de papel en sus sombreros, mientras que los que sí lo eran empleaban cruces de paja. Había oído que «había de ir el Inga conquistando hasta Buenos Aires a fin de coronarse y se ha de extinguir los corregidores». Afirmaba que los indios se unían «unos los mas por su voluntad, y otros notificados por sus mandones con pena de la vida». Gutiérrez Sonco había presenciado que Tupac Amaru distribuía los bienes tomados de las haciendas, y se asombraba por la «infinidad de indios» que lo seguían.³⁸

Manuel Chuquipata, arrestado con Gutiérrez Sonco, añadió lo siguiente acerca de los indios en el Collao,

[...] los mosos y Españoles les han rendido toda obediencia, y que todos de una vos están a su partido, llevando la insignia de la cruz en la montera, con advertencia de que hasta los mosos Españoles ya no usan sombreros sino monteras, unkus y una honda por vanda que esta es la orden del rebelado.

Tupac Amaru había ordenado que sus tropas usaran la cruz para distinguirlas, y prefería la ropa indígena a la hispana. Chuquipata puntualizó que el líder

rebelde había exonerado a los indios del tributo indígena semestral de diciembre.³⁹ El documento no señala el destino de estos dos indios, pero probablemente fueron ejecutados.

Micaela y Tomasa

Tupac Amaru permaneció tres días en Lampa, decidiendo por dónde continuar. Se sentía tentado a organizar una ofensiva en el Alto Perú y unirse a los rebeldes de esa región. También consideraba la posibilidad de atacar Arequipa o de sitiar Puno. Numerosas cartas de Micaela, sin embargo, lo persuadieron de retornar. De hecho, a lo largo de todo el levantamiento, esta mujer probó ser sumamente persuasiva.⁴⁰ El 6 de diciembre, lo reprendió,

[...] pues andas muy despacio paseándote en los pueblos [...]. Yo ya no tengo paciencia para aguantar todo esto, pues yo misma soy capaz de entregarme a los enemigos para que me quiten la vida, porque veo el poco anhelo con que ves este asunto tan grave que corre con detrimento la vida de todos.⁴¹

Un observador realista describió su rol con repugnancia y asombro:

Suplió la falta de su marido en Tungasuca, disponiendo de las expediciones hasta montar en un caballo con armas para reclutar gente en la Prov. de Chumbivilcas, a cuyos pueblos dirigía repetidas ordenes, con rara intrepidés y osadía, autorizando los edictos con su firma llegando al extremo de poner en ejecución el designio de invadir ella por si sola, esta ciudad, poniéndose a la frente de sus tropas, a no haber tenido carta de su marido Tupa Amaro participándole su victorioso regreso de las enunciadas Provs. con cuya noticia determinó esperarlo.⁴²

Su correspondencia en diciembre está entre la más emotiva documentación del levantamiento. Micaela expresa gran afecto por José Gabriel, refiriéndose el uno al otro con nombres tales como Mica y Chepe (de Micaela y Pepe, el clásico apodo de José), y como «mi hija» y «mi hijo». Estas cartas combinan bromas cariñosas con las demandas de Micaela de que su esposo dejara de perder el tiempo y retornara. El 10 de diciembre, ella lo reprende porque «De mis cartas has hecho muy poco caso» y por poner su vida en peligro («tratando de entregarme a las astas del toro», es su metáfora).⁴³ Ciertos investigadores han usado esta información para presentarla como la dominante esposa que se convirtió en una comandante inteligente y eficaz. Esto último es verdad.

José Gabriel y Micaela demostraron cuánto se amaban, no solo a través de palabras cariñosas, sino también de recomendaciones para la seguridad del otro.

En una breve nota del 23 de noviembre que vino con seiscientos pesos, algo de alcohol para las tropas y correspondencia, Micaela ordenaba a Tupac Amaru asegurarse de solo comer alimentos preparados por su gente de más confianza. Le preocupaba que pudiera ser envenenado.⁴⁴ El 8 de diciembre, él le envió una carta (en español, la lengua de toda su correspondencia) para instruírle sobre lo que debía hacer si las tropas realistas atacaban desde el Cuzco —ambos estaban claramente conscientes de esa posibilidad. Su elaborado plan requería que Micaela se fuera al pueblo de Languí, donde estaban sus hijos Fernando y Mariano. De ser necesario, ella podría huir a los cercanos cerros de Chacamayo, que ellos consideraban impenetrables, pero las tropas rebeldes debían permanecer en Languí y en el cercano Layo. Al mismo tiempo que mencionaba que esto era poco probable, ya que sus fuerzas controlaban los cerros que separan Tungasuca del Cuzco y podían usar piedras y lanzas para derribar al enemigo, la animaba a hablar con los kurakas de nueve pueblos con el fin de que estuvieran listos para ocupar los cerros y preparar un contraataque. La instruía para continuar a Languí si un ataque realista ocurría, bajo el pretexto de reclutar más soldados, pero asegurándose de encadenar bien a los prisioneros o, incluso, envenenarlos, «porque con esto no tengamos eso de más cuidado».⁴⁵ Tupac Amaru terminaba recordándole que había pedido algunos cañones y que debía mantener a un puñado de soldados en Tungasuca, incluso si ella y la mayor parte de sus tropas abandonaban el lugar.

La correspondencia a y de Micaela Bastidas resalta su capacidad como comandante. Recibía informes de los pueblos, enviaba espías a vigilar a la gente y los caminos que conducían al Cuzco, instruía a sus seguidores para proteger el ganado, a los criollos y a los curas, caminaba hasta Chumbivilcas para reclutar a gente, supervisaba las tropas para prevenir desertiones, y recurría a varias fuentes para asegurarse de alimentar y pagar a los soldados. El obispo Moscoso y Peralta se quejaba de que sus medidas «seducen más a los pueblos», citando las «infaustas noticias» de Ccatca, Paucartambo, donde los indios habían destruido varias haciendas y saqueado todo el ganado, y de pueblos cercanos al Valle Sagrado, donde los rebeldes habían atacado haciendas y puentes.⁴⁶ Micaela mantenía un férreo control en Tungasuca, pero también celebraba victorias y hacía planes para el futuro. De acuerdo con un informe,

[...] cuando le traían alguna noticia de que algunos de las tropas del Rey habían muerto se alegraba mucho, y que al que le traía estas noticias le daba plata y ropa. Que a los indios los aconsejaba que se hiciesen fuertes y que, aunque muriesen algunos, el provecho que se les seguía era para ellos y para sus hijos, y que con título de perdón querían los del Cuzco cogerlos y metiéndolos en la plaza grande los pasaría a sangre y fuego, sin que ninguno quedase. Que notificó a los indios que siendo ella y su marido vencidos, que los entrasen a los españoles hombres y mujeres y sacerdotes en una vivienda y que les pegasen fuego.⁴⁷

Esta última oración debe ser leída con cautela —el testimonio es de Manuel Galleguillos, un criollo detenido en el campamento rebelde que deseó enfatizar el peligro que corría en Tungasuca. Galleguillos terminaba señalando «que conocía más rebeldía en ella que en su marido, más arrogancia y más soberbia, de modo que se hizo más temible que su marido».⁴⁸ El criollo tenía poco que ganar al subrayar su fortaleza y espíritu. De hecho, nadie estuvo en desacuerdo con esto y muchos hicieron eco de esta descripción de Micaela como una lideresa dedicada y de temer.

La principal preocupación de Micaela a fines de noviembre y comienzos de diciembre era que los realistas se abrieran paso por la fuerza y atacaran Tungasuca mientras Tupac Amaru permanecía en el sur. Micaela recurría a sus informantes y recibía noticias contradictorias. Un espía apostado en Quiquijana informó que, aunque algunos pocos indios habían traicionado a los rebeldes, los españoles no estaban avanzando hacia el sur. Pero Marcos Torre escribió desde Acomayo el día siguiente, 15 de diciembre, contando que los pueblos de Paruro, Accha y Pilpinto apoyaban a los realistas y atacarían pronto la primera línea de defensa de los rebeldes, Acos y Acomayo. Torre le sugería enviar tropas para atacar la retaguardia realista en Livitaca y le solicitaba armas: «no hay una escopeta».⁴⁹ Ese mismo día, Tomás Guaca informaba desde Pomacanchi, donde los rebeldes habían saqueado el obraje un mes antes, diciendo que no podía alimentar a las tropas y que se estaban plegando a los realistas. Los kurakas y alcaldes antirrebeldes, decía, «dan [...] bastante de comer».⁵⁰ La capacidad para alimentar a las tropas era crucial para ambos bandos, pues contribuía al reclutamiento y desalentaba las deserciones. Micaela Bastidas escribió ese mismo día a su marido que «hay noticias de que del Cuzco han salido; y la primera tropa, en Urcos. Por Paruro también quieren acercarnos».⁵¹ Esto resultó ser falso, pero ella y otros se preocuparon.

Su correspondencia privada adquirió la esquizofrenia natural de cualquier jefe militar —pánico de ser invadido mezclado con la confianza en que pronto controlarían la parte sur del virreinato del Perú y el noroeste del virreinato del Río de la Plata. El 15 de diciembre, Micaela dio instrucciones a sus seguidores de enviar más tropas, mientras se jactaba de que «hasta la presente se sigue con la mayor felicidad, y tenemos a nuestro favor las provincias de Urubamba, ocho parroquias del Cuzco, Paucartambo, Quispicanchi, Paruro, Tinta, Lampa, Azángaro, Carabaya, Paucarcolla, la ciudad de Chucuito y otras».⁵² En una carta del 7 de diciembre, resumía sus esfuerzos para reclutar más gente y «para estar rodeando poco a poco al Cuzco que se halla con bastante fortaleza según te previne en mi anterior». Aquí ella reprende a su marido por tomarse su tiempo —«pie de plomo»—, y se inquieta de que los indios retornaran a los cerros por falta de ganado.⁵³ Exudaba confianza y preocupación.

Tomasa Tito Condemayta, la kuraka de Acos, fue la otra importante líder rebelde femenina. Tomasa había heredado el kurakazgo de un pueblo cerca de Surimana, donde Tupac Amaru mantenía el suyo. Nacida alrededor de 1740, posiblemente conoció a Tupac Amaru siendo él un niño. Los primeros días de la rebelión, los rebeldes amenazaron con matarla, creyéndola una realista debido a que su esposo era un criollo. Tomasa envió a su marido y tres hijos al Cuzco, y se comprometió con el levantamiento.⁵⁴ Cuidaba de Acos, proveyendo tropas y provisiones, y peleando directamente contra los realistas. A inicios de la rebelión, el 12 de noviembre, notando la inclinación de los indios a robar ovejas y «querer pasar a otros excesos con los criollos», le pidió a Tupac Amaru que enviara a alguien para poner orden.⁵⁵ Tomasa compartió con Micaela Bastidas la frustración por la extendida ausencia de Tupac Amaru. El 30 de noviembre, le escribió preguntándole dónde estaba; el 9 de diciembre, expresó sus preocupaciones a Micaela:

[los realistas] han de venir a cercarnos; saben que el Inca está distante y al descuido quieren hacernos emboscada; no sé que hagamos, no sea que se descuida le caiga a Vuestra Merced. Yo he estado con bastante pena de la tardanza de Don José [Tupac Amaru]; ojalá Dios le traiga bien cuanto antes.⁵⁶

En otra carta, probablemente del mismo día, describía las presiones que enfrentaba por un posible ataque realista, así como por aquellos que en el campamento rebelde dudaban de ella por su género: «estoy tan desfavorecida para [sic] ser mujer».⁵⁷ Su destino se entrelazó con el de aquellos dos líderes rebeldes que ella seguía fielmente.

Casi 90 kilómetros separaban a Micaela del obispo Moscoso y Peralta. Ambos se quejaban de la falta de noticias debida a la confusión y del gran peligro que enfrentaban los mensajeros, y esperaban, si no a sus salvadores, al menos a sus superiores militares: Tupac Amaru en el caso de Micaela, y el visitador Areche y el mariscal Del Valle, en el del obispo. Moscoso y Peralta lamentaba no poder averiguar nada sobre la campaña sureña de Tupac Amaru debido al «caos de confusiones». Señalaba amargamente que los rebeldes controlaban el valle del Vilcanota, «la garganta de todo el Reino», pero también se jactaba de su propio trabajo. Apostó espías en el Cuzco y sus alrededores, y envió tropas para contrarrestar a los rebeldes en Paucartambo. En cartas despachadas a Lima, subrayaba la efectividad de la excomunión y la importante información que recibía de los curas y sus asistentes, que había mantenido en el territorio rebelde.⁵⁸ El obispo también describía los esfuerzos realistas, las victorias al norte y este de la ciudad —el Valle Sagrado y Paucartambo, fundamentalmente—, y el exitoso reclutamiento al suroeste del Cuzco y Paruro, que entonces bordeaba la base rebelde. Estos fragmentos de sus detalladas cartas al virrey y al visitador, a mediados de

diciembre, no eran noticias infladas que buscaran disimular la miserable situación en el sur. Los realistas habían hecho importantes incursiones en el norte. La línea divisoria entre el sur rebelde y el norte realista, que corría de este a oeste en algún lugar entre Tungasuca y el Cuzco, marcaría la rebelión y su represión hasta el final. Esto ayuda a explicar el temor de Bastidas y de Moscoso y Peralta —cada uno sabía que la base del enemigo estaba a tan solo un día de distancia a caballo.

Ambos bandos tomaron extraordinarios cuidados para que sus cartas y mensajes burlaran a los centinelas enemigos y para monitorear las actividades del otro. Señalando frecuentes emboscadas e «interceptaciones», el obispo Moscoso y Peralta confiaba en el cura de Ayaviri para llevar mensajes al sur, asumiendo que un clérigo no sería registrado tan a fondo.⁵⁹ Una carta del 7 de diciembre de Micaela Bastidas a dos kurakas del pueblo de Maras nunca llegó a su destino. Las autoridades capturaron a Ramón Gutiérrez con ella.⁶⁰ Narró un valioso relato en su juicio.

Este labrador de treinta años originario de Urubamba, en el Valle Sagrado, contó que estaba trabajando en Paucartambo, cuando los indios del pueblo de Qero se lo llevaron a Tungasuca para presentarlo a Tupac Amaru. Al llegar ahí, se apenaron al saber que el Inca estaba en el sur, en Lampa, pero Micaela Bastidas les agradeció por su apoyo y le pidió a Gutiérrez llevar la carta, escrita en un grueso paño por un hombre alto vestido con una elegante capa sin mangas, posiblemente uno de los prisioneros españoles. Micaela la escondió en el revestimiento de su bolsa o *chuspa*, ordenándole tomar los caminos secundarios a Maras y no acercarse al Cuzco. Le pidió decirle a los indios que no se preocuparan, que su esposo solo buscaba deshacerse de los corregidores y destruir obrajes. Los indios de Qero se quedaron atrás. En el puente de Urcos, varios guardias registraron superficialmente a Gutiérrez, sin encontrar la misiva. Sin embargo, lo sobornaron obligándole a pagar cuatro reales a cambio de poder cruzar el puente. Gutiérrez no encontró al kuraka a quien la carta iba dirigida, Lucas Núñez de la Torre (un nombre muy español), y entregó la correspondencia a la hija de la autoridad. Ella fue entonces en busca de su padre, quien rápidamente lo hizo arrestar y lo envió al Cuzco.

En el juicio llevado a cabo en esta ciudad, los fiscales trataron de obtener más información de Gutiérrez sobre por qué Tupac Amaru permanecía en Lampa y quién estaba con los rebeldes en Tungasuca, pero sus datos no fueron de valor. Le impusieron pena de muerte y rechazaron su apelación. Fue posiblemente ahorcado como un «emisario de Micaela Bastidas».⁶¹

El frente del norte

A la par que preocupado por los avances de Tupac Amaru en el sur y frustrado por la falta de información, el obispo Moscoso y Peralta comentó con prudente

satisficieron los eventos de diciembre en Paucartambo y el Valle Sagrado. El primo hermano de José Gabriel, Diego Cristóbal Tupac Amaru, lideraba alrededor de 6000 hombres en esa región considerada el granero del Cuzco (por el maíz del valle y la coca de Paucartambo). Estos rebeldes buscaban aislar la ciudad de esa importante área agrícola y aproximarse desde el Valle Sagrado, creando un movimiento de pinza en tándem con Tupac Amaru, que entraría desde el sur. Reclutaron adeptos en los pueblos de Ocongate, Calca y Ccatca, y luego se aproximaron a Pisac, siguiendo el curso del río Vilcanota.

Los realistas comprendieron el significado de una intrusión rebelde en la productiva área contigua del Cuzco. Los comandantes estaban particularmente preocupados de que los rebeldes continuaran hacia Abancay y cortasen la comunicación del Cuzco con Lima. El 8 de diciembre, el Cuzco envió tropas a Paucartambo, dirigidas por Lorenzo Pérez Lechuga y Francisco Celorio. El primero era un veterano de las guerras de España en Italia.⁶² El 20 de diciembre, ayudados por el kuraka de Chinchero, Mateo Pumacahua, y sus soldados, los realistas derrotaron a las fuerzas de Diego Cristóbal cerca del puente de Pisac. Un cura contabilizó 120 rebeldes muertos, así como muchos arrastrados por el río Vilcanota.⁶³ Los realistas masacraron a todos los que capturaron. Los rebeldes que sobrevivieron se refugiaron en Calca y, de acuerdo con varios informes, cometieron numerosas atrocidades:

Dieron muerte cruel a cuantos españoles hallaron de ambos sexos, reputando por españoles y mestizos a todos los que tenían camisa [...] usaban torpemente de las mujeres de representación agradable, quitándoles después la vida, llegando a la mayor impiedad de incubar sobre los cadáveres de otras.

Los testigos también acusaron a los rebeldes de asesinar a niños y de profanar la iglesia de Calca.⁶⁴ La frase «mata[r] a todos los que tenían camisa» indica que atacaron a los españoles sin distinción, que eran quienes usaban esa prenda occidental.

Pumacahua (1740-1815) alcanzó la cima del mando militar realista reclutando a miles de indios a quienes dirigió en numerosas victorias. Por generaciones, su familia había mantenido el cargo de kuraka en Chinchero, un pueblo construido sobre un prominente sitio inca en las cumbres que separan al Cuzco del Valle Sagrado, famoso hoy por su doble arquitectura, inca y colonial. Aunque nunca aclaró las razones por las que se opuso a Tupac Amaru con tanta vehemencia, probablemente vio al líder rebelde de Tungasuca como un modesto kuraka con menos prestigio y capital que aquellos del Valle Sagrado y de pueblos como Chinchero.⁶⁵ Al igual que los rebeldes, los soldados indígenas de Pumacahua conocían bien el terreno, podían recorrer grandes distancias con rapidez y empleaban la táctica

guerrillera de atacar y huir. Purnacahua demostró ser un invaluable aliado de los realistas. El obispo Moscoso y Peralta explicaba:

Este fidelísimo indio, luego que supo que el infame insurrecto *Vaca Cuzco* Tiquel, Amaru venía arrastrando a todos los individuos de los pueblos, y pasando a Cuzco, a los que no se le querían sujetar, e incendiándoles sus casas, [...] armó su gente, y después de inspirarle verdaderos sentimientos de amor, y fidelidad a su legítimo dueño, defendió Chinchero y las provincias de Calca y Larés.³⁶

El 23 de diciembre de 1780, las fuerzas de Purnacahua atacaron a los rebeldes en Calca, mataron a cientos y ejecutaron a casi todos los que capturaron. El cabildo del Cuzco describió esta sangrienta derrota de los insurgentes —sin duda un punto de inflexión— como un «glorioso triunfo». La victoria elevó la moral de las tropas y autoridades realistas y debilitó a los rebeldes. Según el cabildo, las atrocidades cometidas por los insurrectos en Calca demostraban «que la intención del rebelde se dirigía a exterminar toda la gente española y mestiza, y los de esta clase que pudieron seguirle, dejaron de hacerlo, confortándose con nuestra unión».³⁷ Los sucesos ampliamente reportados de Calca permitieron a los realistas presentar a los rebeldes como unos sanguinarios salvajes que, a la larga, perseguirían a todos los que no fueran indios. Los realistas usaban ese argumento para abrir una brecha en la coalición rebelde y justificar su propia violencia.

Las batallas tuvieron lugar incluso cerca del Cuzco, lo que incrementó el temor de quienes residían en esta ciudad. El 21 de diciembre, los rebeldes enfrentaron a los realistas en Chita Pampa, a unos 15 kilómetros al noreste del Cuzco, en dirección al Valle Sagrado. Un batallón dirigido por Francisco Laisequilla los derrotó. Laisequilla retornó al Cuzco con 25 prisioneros y cuatro cabezas de líderes colocadas en picas, que exhibió en los alrededores de la plaza principal. Un testigo calificó como «mui oportuna esta demostración que nunca había visto el vulgo, [y por la que] tomó aliento la ciudad».³⁸ Las autoridades ahorcaron a muchos de los prisioneros.³⁹ En ese momento, los refuerzos de Anta y Abancay acudieron en ayuda de los realistas, alentando a los vecinos de la ciudad.

Moscoso y Peralta subrayó la importancia de esta victoria en Chita Pampa —un pueblo tan cercano al Cuzco que en la actualidad constituye su periferia—, creyendo que los indios en los «pueblos suburbanos» simpatizaban con los insurgentes. Mencionó varios otros aspectos que hacían tan importante este triunfo. Diego Cristóbal tuvo que retirarse a los cerros del Valle Sagrado, por lo que abandonó su plan de rodear la ciudad del Cuzco desde el norte. El obispo enfatizó la necesidad de proteger el puente de Apurímac, cercano al pueblo de Mollepata, al este del Cuzco, y el puente de Calca y otros que cruzaban el río Urubamba en el Valle Sagrado. Diciembre es el mes central de la estación lluviosa, cuando los

rios Apurímac y Urubamba cargan más agua y presionan a través de estrechos destiladeros. Los puentes, muchos de ellos del periodo inca, son la única forma de cruzarlos en esa época del año. El obispo Moscoso y Peralta temía que los rebeldes tomaran estas construcciones, continuarán luego al norte y aislaran al Cuzco. Por otro lado, si eso sucedía, las tropas de Lima tendrían que tomar una ruta más larga y su tan esperado arribo se retrasaría. Como lo expuso un defensor del obispo, «con la derrota de Calca, y Yucay, en las Haciendas de la otra vanda tenían los Rebeldes crecida porción de granos, y otros viveres; y por último, se atrincheraban, y se cerraban en el Castillo de Huilcamba, donde con quatro familias eran capaces de hacer impenetrable aquel estrecho». ⁷⁰ Moscoso y Peralta también apreció el apoyo de los pueblos del noroeste del Cuzco, particularmente Anta y Abancay, que proveyeron grandes y disciplinados batallones dirigidos por kurakas. Con esta derrota de Diego Cristóbal Tupac Amaru, los realistas impidieron la formación de cualquier frente rebelde en el norte. ⁷¹

Violencia

Los eventos en el Valle Sagrado y sus alturas determinaron un cambio en el uso y comprensión de la violencia en ambos bandos. Aunque las fuentes son escasas y de un solo lado (carecemos de informes por parte de los rebeldes), cada bando masacró al otro y profanó cadáveres: los rebeldes violaban a los muertos y los realistas exhibían cabezas en picas. Ninguno tomó prisioneros. En las semanas iniciales del levantamiento, en contraste, los insurgentes irrumpían en los pueblos y saqueaban haciendas y obrajes, pero no perseguían a todos los españoles ni mataban a la mayoría de los prisioneros. En ese entonces, Tupac Amaru y Micaela Bastidas buscaban prevenir una violencia extendida, y muchas personas cercanas al centro rebelde creían que podían permanecer neutrales. Para mediados de diciembre, sin embargo, cada lado pensaba que el otro buscaba exterminarlo e igualaba brutalidad con brutalidad. Para usar un término importante en el estudio de la guerra y la violencia, la contención disminuyó o incluso desapareció. ⁷² Ser neutral era cada vez más difícil.

El cambio puede explicarse parcialmente por el paso del tiempo y la extensión del levantamiento. La violencia engendra violencia, y las tropas de Pumacahua creyeron que estaban tomando revancha por las atrocidades rebeldes; los rebeldes probablemente tenían una justificación o motivación similar. Por otro lado, la violencia rebelde se incrementó o intensificó conforme el levantamiento se expandió geográficamente. A kilómetros de distancia, Tupac Amaru, Micaela Bastidas u otros comandantes tenían pocas posibilidades de impedir que sus distantes seguidores asesinaran a cualquier persona de ascendencia o cultura hispanas, frecuentemente

en forma brutal. Como se verá, las peores atrocidades tenían lugar cuando el principal comandante rebelde no estaba. Sin embargo, la crueldad a finales de 1780 no era solo un reflejo de la profundización del odio y de la expansión del levantamiento; también revelaba una división ideológica ampliada entre los dos enemigos. Cada lado definía al otro como una vil némesis que debía ser exterminada.

Como muestra el historiador Jan Szeminski, los rebeldes presentaron a los españoles como cristianos malvados o diabólicos, cuyas acciones los colocaban fuera de la Iglesia; por lo tanto, merecían una muerte brutal. Del mismo modo, los insurgentes ampliaron la definición de *puka kunkas*, con lo que desencadenaron la violencia contra cualquiera que vistiera a la usanza hispana, hablara español o mostrara algún otro atributo cultural propio de Occidente. Mientras Tupac Amaru y Micaela Bastidas diferenciaban entre buenos y malos españoles, los insurgentes más radicales consideraban a cualquiera de descendencia o cultura hispanas como demoniaco y, por lo tanto, blanco natural de su violencia.⁷³

Por otro lado, el incendio de la iglesia de Sangarará y la excomunión de Tupac Amaru permitieron a los realistas presentar a los rebeldes como no cristianos y herejes. Esto justificó un trato cruel, tal como el de Pumacahua a las víctimas de la masacre de Calca. El kuraka de Chinchero, por ejemplo, trató a todos los rebeldes como paganos excomulgados y pidió a sus seguidores indios no tocar la ropa o comida de los insurrectos, a pesar del frío y el hambre.⁷⁴ En realidad, la ampliación de la definición de rebelde (o de enemigo) como cualquier indio que no peleara bajo las órdenes de un kuraka realista provenía no solo de la exclusión de los líderes rebeldes de la Iglesia, sino de los eventos de fines de 1780: las horribles noticias del valle del Vilcanota, el Collao y el Valle Sagrado. Si los indios buscaban librar el virreinato de españoles, los realistas respondieron que ellos, a su vez, tenían que atacar a todos los indios. Divisiones más amplias y tácticas brutales se convirtieron en la norma; la violencia escaló en 1780. El siguiente año, 1781, sería aun peor.

Terror en el Cuzco

Tupac Amaru aterrizó a la población española del Cuzco. Un informe del cuartel general de los realistas en esta ciudad, enviado a Lima el 22 de diciembre, se quejaba de que los rebeldes habían cortado toda comunicación y de que el Cuzco no sabía nada de lo que ocurría en el tramo entre Tungasuca y el Collao. Los del cuartel no habían visto ninguna correspondencia de Tupac Amaru en más de veinte días y señalaban (correctamente) que Micaela Bastidas parecía estar a cargo de la base rebelde. El autor de este informe temía que Tupac Amaru pudiera llegar a Chayanta (donde los hermanos Katari dirigían un violento levantamiento)

y «ponerse de acuerdo con Catari o a infestar aquellas provincias para encender el fuego de la rebelion por todas partes del Reyno». Asimismo, señalaba que los indios eran mejores engañando que en batalla abierta («si bien consultando al caracter de los Indios sin el auxilio de los Mestizos y Españoles devemos temer más sus engaños que sus fuerzas por que la guerra»), lo que puede interpretarse como un menosprecio hacia los indios o, por el contrario, un elogio a la táctica de guerrilla de la que se valían. El autor de este informe era consciente de que estaban tan desinformados respecto del paradero del rebelde, que este podía incluso estar en el Cuzco, planeando un ataque.⁷⁵ Los vecinos del Cuzco se sintieron rodeados.

Unos pocos días después, sin embargo, en vísperas de Navidad, se supo que Tupac Amaru había retornado a Tungasuca. Los cuzqueños se prepararon para el ataque. El usualmente optimista obispo Moscoso y Peralta explicó tener otras preocupaciones más. José Andía, un contador del tesoro real de la ciudad, se había fugado con una gran cantidad de dinero, y destacadas figuras, tales como el archidiacono Ximénez Villalba y otro cura, también habían huido. El obispo se quejaba, asimismo, de que hubiese espías rebeldes en el Cuzco.⁷⁶ En el campamento rebelde, en contraste, Tupac Amaru se jactaba de su exitoso viaje al sur. Había ganado seguidores y provisiones, que los españoles consideraban un botín.⁷⁷ Después de un mes de incertidumbre, en el que solo terribles rumores llegaban al Cuzco y ambos lados sufrían por transmitir sus mensajes y porque sus espías pudieran atravesar el corredor entre esta ciudad y Puno, la situación se aclaró. Tupac Amaru y Micaela Bastidas estaban a punto de dirigir un ataque sobre la otrora capital imperial.

El sitio del Cuzco

El Cuzco colonial poseía todas las características del urbanismo hispano: una majestuosa catedral, un espacioso cabildo, un diseño de tablero de ajedrez, magníficas viviendas y variados comercios. Y esto era solo en la plaza principal y sus alrededores. Los españoles construyeron su ciudad sobre la capital inca, alentados por la creencia de que las iglesias católicas avergonzarían a los antiguos «sitios de herejía» y de que sus palacios superarían a los de los gobernantes incas. Sus albañiles —casi siempre indios— añadían muros de adobe y techos a los antiguos edificios incas o construían estructuras nuevas. En el siglo XVIII, los asombrosos monumentos de ambas culturas se encontraban unos al lado de los otros, como aun se ve hoy en día. Los muros incas, masivos bloques de granito diseñados a mano para encajar cómodamente sin ningún tipo de argamasa, dibujaron la línea de sus avenidas y calles.¹

Para algunos, la arquitectura inca y la española se articulan bien, al resaltar la visión imperial y las herramientas técnicas de ambas. Por ejemplo, tanto la fortaleza inca que se levanta en lo alto de la ciudad como la grandiosa iglesia jesuita, La Compañía, han recibido sentidos elogios de los visitantes, tanto en el pasado como en la actualidad. Desde otros puntos de vista, sin embargo, estos dos estilos chocan notoriamente, poniendo a la luz estéticas opuestas (la simple piedra frente al intrincado barroco) y las brutales luchas por el poder que subyacen a la arquitectura. Esta ambigua dualidad ha servido como una metáfora de las relaciones sociales y políticas. En el periodo colonial, el Cuzco pudo parecer un floreciente centro bilingüe y bicultural, donde las personas sabían y aceptaban su posición, y donde el dominio español prosperaba; en otros momentos, o desde otros puntos de vista, las presiones del sistema colonial y su piedra angular en los Andes —la opresión de las masas indias— emergieron a la superficie y propagaron tensiones. Diciembre de 1780 fue uno de esos momentos.

Los incas construyeron el Cuzco (o Qosqo) a orillas del río Huatanay, en una cuenca rodeada en tres de sus lados por empinados cerros y por quebradas que se abrían, al sureste, hacia el sagrado glaciar Ausangate y el valle del Vilcanota de Tupac Amaru. A finales de 1780, el Cuzco era un centro tanto español como

inca. Era la segunda ciudad del Perú, con una población de 30.000 habitantes —Lima tenía 50.000. La clase alta estaba conformada por los descendientes de los conquistadores, pero también por diferentes olas de inmigrantes españoles. No obstante, era aún una ciudad inca. El quechua era tan común como el español —incluso muchos miembros de la élite, que ostentaban su linaje hispano, lo hablaban. Los indios a lo largo del Perú veneraban al Cuzco, la antigua capital inca. A fines de 1780, la población de la ciudad creía que el ataque de Tupac Amaru —temido por unos, ansiosamente esperado por otros— estaba por suceder prontamente. Todo el mundo comprendía la importancia del Cuzco.²

El retorno de Tupac Amaru a Tungasuca a mediados de diciembre hizo evidente que este ataque era inminente. Micaela Bastidas y otros líderes rebeldes habían considerado su estancia en el sur como un retraso, una pérdida de valioso tiempo. Por su lado, los vecinos del Cuzco habían soñado con que fuera derrotado en el Collao o con que extendiera su campaña hacia La Paz y Potosí, en lugar de hacia la segunda ciudad del Perú, a menos de 100 kilómetros de su base. Lo querían fuera del Cuzco. Así como su expedición dio un mes a los habitantes de la ciudad para fortalecer sus defensas, también proveyó de tiempo para que se difundieran más rumores y aumentara el miedo. La gente más acaudalada del Cuzco se sentía desesperada de que unos bárbaros indios —tal como se consideraba a los rebeldes— pudieran saquear y violar, o de que sitiaran la ciudad por meses, privándola de comida y agua. Miraban preocupados a indios y mestizos que constituían la mayoría de la población. ¿Se unirían las clases más bajas a los rebeldes, apoyando la incursión y quizás también saqueando y causando estragos? También se preguntaban si los vecinos huirían o se rendirían rápidamente. Este grupo, las autoridades, y muchos más, temían la llegada de los insurgentes.

Preparativos

El 23 de diciembre, el consejo de guerra del Cuzco reconoció que «el rebelde viene a imbadir esta ciudad» y se preparó para el ataque.³ Para ese entonces, las expresiones «él» o «el rebelde» se referían a Tupac Amaru. El cabildo podía seguir la pista de los eventos en el cercano valle del Vilcanota mucho más fácilmente que en el distante Collao. El 24 de diciembre, se informó al virrey Jáuregui que un cura que había estado en Tinta había dicho que Tupac Amaru planeaba atacar alrededor de Navidad. Asimismo, había dado a conocer la triste noticia de que el líder rebelde había sido bien recibido en Lampa y Azángaro, «cuios corregidores y vecinos blancos se habían retirado a la de Chucuito». ⁴ El cabildo y el consejo de guerra instalaron sus cuarteles en la esquina de la plaza de Armas, en lo que había sido el colegio jesuita hasta la expulsión de esta orden en 1767.

Organizaron patrullas, especialmente de noche, y formaron seis compañías de milicias. Temiendo que el «inicuo José Gabriel» esperase reclutar a sus miembros, pusieron sus ojos sobre la compañía formada por indios nobles. Las autoridades compraron o requisaron armas y municiones, y obligaron a la gente a colocar piedras en sus balcones para arrojarlas a los rebeldes. Los curas usaron las torres de las iglesias como puestos de centinelas.⁵ El obispo Moscoso y Peralta ordenó a los religiosos de Santo Domingo defender el convento de Santa Catalina si la campana principal de la catedral sonaba cinco veces. Consideraba que un ataque era «una noticia cierta», pero admitía que no sabía las exactas intenciones del rebelde.⁶ Los habitantes de la ciudad compartían el pronóstico del obispo: creían que los insurgentes atacarían pronto, pero no podían predecir los detalles específicos.

Clérigos y estudiantes recibieron entrenamiento militar. Según se dice, la imagen de los curas marchando con una bandera púrpura que el obispo había comprado levantó la moral, especialmente entre la «plebe» de la ciudad.⁷ El obispo también encabezó los esfuerzos para recaudar fondos con el fin de comprar o fabricar armas y equipar a las milicias, recolectando la considerable cantidad de 110.881 pesos en noviembre y diciembre. Se apoyó sobre todo en los conventos más ricos.⁸ En su informe de 1784, los miembros del cabildo se jactaban de sus esfuerzos para prepararse ante un ataque. Sin embargo, en una carta del 22 de diciembre, el visitador Areche se quejaba de la ineficiencia de esa institución, y pronto partió para el Cuzco. Las autoridades en Lima estuvieron de acuerdo en que el consejo de guerra del Cuzco no estaba haciendo lo suficiente y que se necesitaba más tropa para enfrentar el levantamiento.⁹

Inquieto por que hubiera traidores en su interior, el consejo de guerra prohibió a todos los vecinos dejar la ciudad. Temía que el enemigo obtuviera información sobre las defensas o que un éxodo masivo pudiera facilitar la invasión.¹⁰ El miedo afectó incluso el calendario religioso. El obispo celebró la misa de Navidad al atardecer, en lugar de a la acostumbrada medianoche, para que «el alboroto de semejante ocasión no facilitase algún tumulto».¹¹ Mientras que las autoridades tomaban medidas para asegurarse de que los habitantes de la ciudad resistieran una invasión, recibían angustiantes noticias del sur. El 19 de diciembre, el padre Ignacio de Santisteban Ruiz Cano escribió desde Chamaca, en la zona más alta al suroeste de Tungasuca, diciendo que necesitaba refuerzos, porque los indios simplemente se reían de sus exhortaciones a permanecer leales. Los de su pueblo, así como los del cercano Velille, se habían unido a los rebeldes: «Ya tienen a este maldito Indio [Tupac Amaru] por soberano». En un inusual despliegue de obtusa frustración, terminaba su carta asegurando que si tuviera veinticinco hombres de su lado quemaría Chamaca hasta sus cimientos «para exemplo de los demás y que la voz de nro. Rey no estubiese tan dormida entre esos Bárbaros».¹² El pánico comenzó a cundir entre los poderosos de la ciudad: un masivo ejército rebelde

estaba en camino, los curas realistas no podían controlar a sus pueblos y un buen número de cuzqueños bien podía dar la bienvenida a los insurrectos.

El relato de un valiente o insensato grupo de comerciantes aclara los eventos y el humor en la base rebelde. El 15 de noviembre, dos de ellos, Agustín Herrera y su esposa María Santos de Valencia, cargaron sus mulas con alrededor de 850 litros de vino y dejaron Arequipa para vender su mercancía en el Cuzco.¹³ Por siglos, los comerciantes abastecieron las tierras más altas con vino y licores de Arequipa, muchos de ellos producidos en el valle de Majes. Hoy, una popular danza en las incontables fiestas del santo patrón del Cuzco conmemora a estos comerciantes, los majeños.¹⁴ Agustín Herrera y María Santos de Valencia se habían aventurado valientemente hasta Tungasuca para solicitar un salvoconducto de los rebeldes y habían alcanzado, con éxito, el Cuzco el 2 o 3 de diciembre. A su retorno semanas después, los centinelas insurgentes los llevaron de nuevo a Tungasuca para averiguar si se le permitiría continuar. Los líderes rebeldes conversaron con ambos amigablemente y fueron sorprendentemente abiertos acerca de sus planes. Cuando Tupac Amaru y Micaela Bastidas preguntaron acerca de los esfuerzos defensivos del Cuzco, Herrera y su esposa les dijeron que 5000 soldados, así como también armas, habían llegado a la ciudad (una exageración), y que más estaban en camino. Tupac Amaru se rió y dijo: «ojalá vinieran muchas más gentes que las que hay en el Cuzco, que con eso tendría así más armas y gente que se le habría tanto corazón y gente que eso le daba más valor».¹⁵ En confidencia contó que, aunque no sabía aún la fecha del ataque, él y su gente preferían el sábado, dado que siempre habían tenido éxito en ese día de la semana, y que él tenía gran fe en la Virgen María, venerada los sábados.¹⁶ Mencionó, asimismo, que pensaba que el virrey estaba en el Cuzco, una idea que le agradaba; «que mejor era eso que así empezaría por la caveza». Sin embargo, el virrey Jáuregui no había dejado Lima. Esta bravuconada puede ser reflejo la confianza que tenía Tupac Amaru en el ataque o haber sido una treta intencional para elevar la moral. Muy bien puede haber sido ambas cosas: el líder rebelde creía que podía tomar el Cuzco, pero comprendía que necesitaba el compromiso de sus tropas y el apoyo de los pueblos en las proximidades, así como de los distintos sectores de la propia ciudad.¹⁷

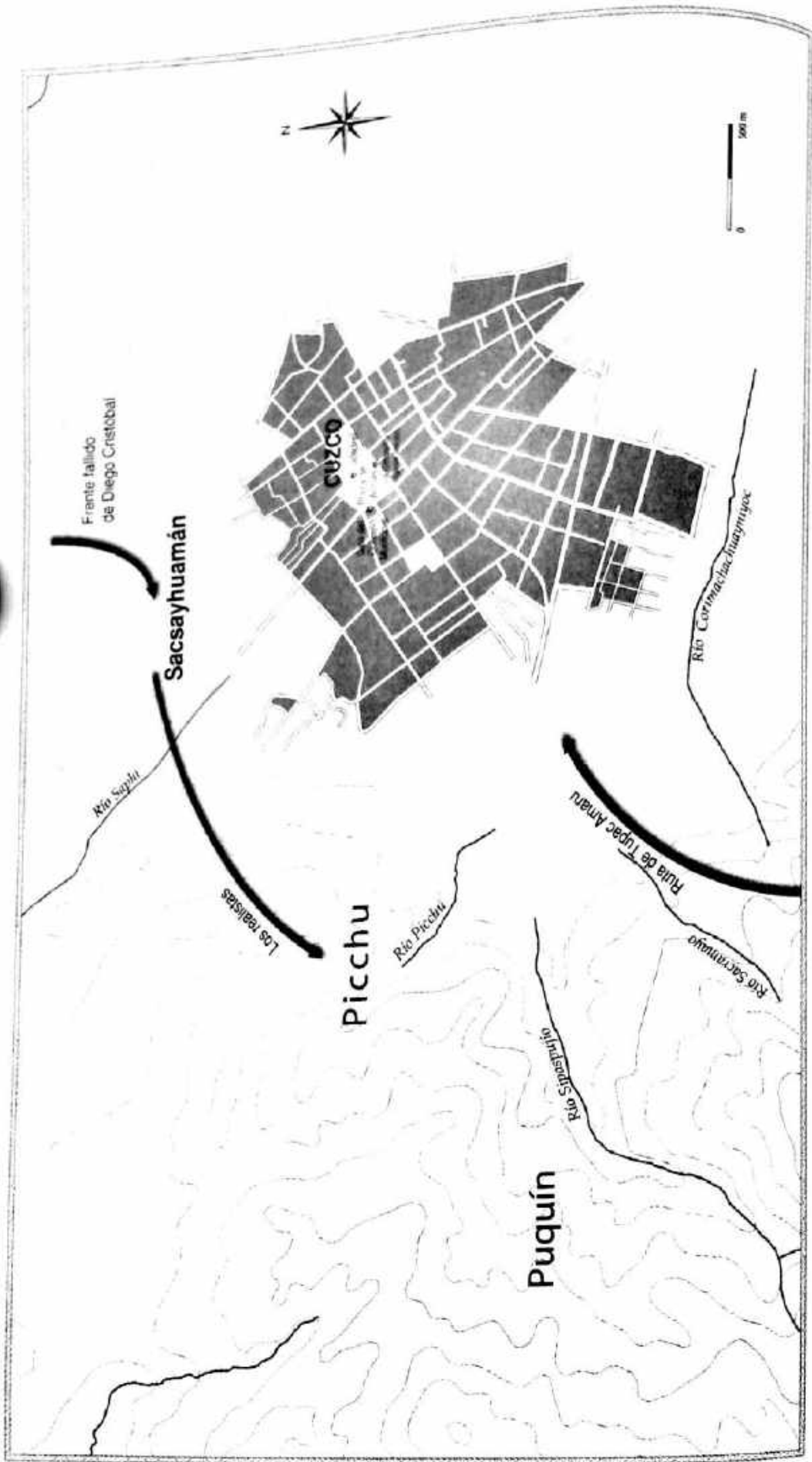
Tupac Amaru y Micaela dieron a la pareja viajera un poncho y medias de seda como regalo de despedida, y le pidió colocar un bando sobre el levantamiento en una esquina de la plaza principal de Arequipa. Riendo, Tupac Amaru les dijo que no deseaba matar a nadie y que solo se proponía librar a los indios de los abusos de los españoles. Señaló que trabajaban tan duro para pagar el reparto y los impuestos «que los Indios no sabían rezar».¹⁸ El líder rebelde prometió, por último, «dar un paseo» en algún momento por Arequipa para enterarse de los sucesos locales.¹⁹ A su llegada a Arequipa, la pareja entregó el bando a las

autoridades. María Santos de Valencia informó que el plan de Tupac Amaru era cortar el suministro de comida y agua por ocho días si el Cuzco no se rendía. Si eso no funcionaba, quemaría la ciudad. Otro miembro de su grupo señalaba que algunas personas en el campamento de Tupac Amaru, entre las que figuraba un cura betlemita, expresaban públicamente haber sido forzadas a participar. Un cura, «don Justo» (el padre Justo Gallegos), le había dicho que, una vez que los rebeldes se fueran, los habitantes del pequeño pueblo de Layo «le han de volver las espaldas, y lo habían de dejar solo [refiriéndose a Tupac Amaru]», pues solo habían fingido apoyarlo a causa de la coerción.²⁰ Sus testimonios retratan a un líder confiado que enfrentaba un posible descontento entre sus filas.

Rebeldes en los cerros

Apurados por Micaela y por la perspectiva de la llegada de tropas realistas, no solo de Lima, sino también de Buenos Aires, Tupac Amaru y los rebeldes salieron de Tungasuca el 20 de diciembre.²¹ Un informe calcula que 40.000 personas se les unieron, un estimado aparentemente alto.²² Esta cifra incluía a familiares y otros partidarios, sobre todo mujeres, que organizaban el campamento, buscaban leña y comida adicional, y cocinaban.²³ Los realistas enviaron tropas a Angostura, la entrada al Cuzco desde el valle del Vilcanota. Sabían que Tupac Amaru deseaba llegar a dos importantes pueblos en las afueras del Cuzco, San Jerónimo y San Sebastián, y tomar la fortaleza inca de Sacsayhuaman, que asomaba amenazadoramente sobre el Cuzco desde el norte. Tupac Amaru y gran parte de sus tropas evitaron al enemigo tomando una ruta menos directa a través de las imponentes cumbres ubicadas al sur del valle del Vilcanota, desde Colcaqui hasta Ocoruro. Ligeras de carga y acostumbradas a la topografía del área, las fuerzas rebeldes se escurrieron de arriba abajo por esos cerros tan empinados, que hasta hoy resisten a la urbanización. Evitaron algunos pueblos, como Andahuaylillas y Oropesa, y usaron armas de fuego como señales. A pesar de su número, los insurgentes se movieron rápida y silenciosamente. Una vez llegados al Cuzco, comenzaron a hacer ruido, gritando, cantando, tocando tambores, encendiendo fuegos artificiales y disparando. Lograron intimidar a todos los que los veían u oían. Antonio Castelo llevó a un grupo más pequeño a través del valle, saqueando haciendas mientras avanzaba. Diego Cristóbal Tupac Amaru retornó al Valle Sagrado, con la intención de atacar la ciudad desde el norte.

El acercamiento al Cuzco no salió bien para los rebeldes. Tupac Amaru había esperado reclutar a mucha gente, pero sus expectativas no se cumplieron, principalmente porque no entró en contacto con tantos indios como esperaba. No solo el grueso de sus fuerzas rodeó el valle del Vilcanota, donde estaban los pueblos



Mapa 5. El sitio del Cuzco.

más grandes, sino que las autoridades habían traído al Cuzco a los kurakas de los alrededores —bien como voluntarios, bien como conscriptos—, evitando de esa manera que se unieran a los rebeldes con cientos de seguidores.²⁴ A diferencia de lo ocurrido en las áreas cercanas a Tinta y en la región del Collao, la gente no se unió masivamente al bando rebelde cuando Tupac Amaru llegó. No lo hizo porque no podía —sus kurakas u otras autoridades se lo impedían—, o porque no lo deseaba. Como las semanas siguientes revelarían, la mayoría de los indios en el Cuzco y sus alrededores permanecieron leales a los realistas.

Los rebeldes no solo tuvieron dificultades para aumentar sus tropas, sino que comenzaron a perderlas. En una carta del 30 de diciembre escrita en las afueras del Cuzco, Tupac Amaru instruyó al padre José de Maruri, un partidario, para decirle a su gente y kurakas en Azángaro que le enviaran «gente Yndiana, Mestizos, y Españoles» para su novísima campaña.²⁵ El día siguiente, 31 de diciembre, conminó a una autoridad rebelde a volver a la base para tomar

[...] las más activas providencias a fin de que los indios que maliciosamente se han quedado en ese pueblo, Pampamarca y Surimana, sean conducidos a mi presencia presos por desobedientes, a fin de que me sigan prontamente con una lista de sus nombres y apellidos.²⁶

Algunos indios de su cuartel general habían fallado en unírsele.

En los días finales de diciembre, Tupac Amaru sorprendió a los realistas, al no enviar fuerzas al norte, por donde el comandante español Gabriel de Avilés se acercaba a la ciudad. Los rebeldes bien podrían haber derrotado en esa ocasión a los realistas, exhaustos por su viaje desde Lima, y a los que además superaban en número. El obispo Moscoso y Peralta consideró este hecho un regalo del cielo o, por lo menos, un terrible error táctico. Mencionó después cómo la llegada del comandante y sus milicianos mulatos el 1 de enero había levantado los ánimos de la ciudad.²⁷ Quizás Tupac Amaru no tuvo una información fiable sobre la llegada de Avilés o temió perder en un enfrentamiento directo con sus bien armadas y disciplinadas tropas. Sobre todo, Tupac Amaru parece haber imaginado poder entrar triunfalmente en la capital inca con solo unas pocas escaramuzas, y no con mayores batallas. No fue tan fácil hacerlo.

Las buenas noticias continuaron para los realistas después de la llegada de Avilés. Los insurgentes habían enviado a Antonio Castelo con un pequeño grupo al Camino Real, a través del valle del Vilcanota, para reclutar a gente, atacar fuerzas enemigas, saquear haciendas y rodear la ciudad desde el norte. Pudo haber sido también una táctica para distraer, permitiendo que el grueso de las fuerzas rebeldes se moviera rápidamente por los cerros. Sin embargo, el cura de Urcos alertó al Cuzco de la ruta de Castelo, y la tarde del 2 de enero, la caballería

dirigida por Joaquín de Valcárcel y Francisco Laisequilla arrasó a estas fuerzas rebeldes en el pueblo de Saylla: cuatrocientos insurrectos fueron asesinados y se arrebató una bandera con el escudo de armas de Tupac Amaru. Los realistas sacaron ventaja de sus caballos y masacraron a los rebeldes, quienes tenían pocos lugares donde esconderse o huir en este amplio valle. El obispo Moscoso y Peralta informó que muchas de las víctimas eran importantes miembros de la rebelión, tan poderosos que dormían en tiendas de campaña.²⁸ Mencionó asimismo que algunos indios realistas no tocaban a los rebeldes muertos ni sus pertenencias porque se trataba de «excomulgados».²⁹ Un testigo señaló que el pequeño número de sobrevivientes huyó a los cerros, «poseído de un grande miedo».³⁰ Castelo y su familia extensa traicionarían pronto a los rebeldes. El hecho de que lograra escapar ha llevado a algunos historiadores a creer que su traición comenzó con esta batalla.³¹

Más malas noticias vinieron desde el norte, donde Diego Cristóbal Tupac Amaru fracasó en abrir un segundo frente. Avanzó de Catca a Pisac, planeando atacar el Cuzco desde el Valle Sagrado. Los realistas lo detuvieron en Huayllabamba y en Yucay, esta vez dirigidos por Pumacahua. Diego Cristóbal no pudo quebrar las fuerzas realistas sobre el tan importante puente Urubamba. Tupac Amaru se vio forzado a enviarle refuerzos, pero fue en vano.³² La batalla por el Cuzco se redujo a un enfrentamiento entre las decenas de miles de rebeldes acampados al sur de esa ciudad y las fuerzas realistas —militares, religiosas y civiles— que se prepararon en el Cuzco y que llegaron de Lima. El acercamiento al Cuzco no fue el triunfante clímax de la lucha de 1780 que Tupac Amaru imaginó. Sus tropas no fueron capaces de marchar ilesas a la ciudad, y los indios de las cercanías no se plegaron masivamente al bando rebelde.

La retórica sobre la ciudad

En los últimos días de diciembre, los vecinos del Cuzco pudieron ver a miles de tropas reuniéndose en los cerros del sur y el este. Algunos reaccionaron con terror, otros con una nerviosa expectativa o incluso con regocijo. Los cuzqueños trataron de esconder sus objetos de valor, de proteger a mujeres y niños y de almacenar comida y agua. Los que intentaron dejar la ciudad encontraron centinelas que se lo impedían. Una épica batalla parecía a punto de comenzar. Sin embargo, las fuerzas de Tupac Amaru no se lanzaron inmediatamente sobre el Cuzco ni organizaron una ofensiva en los llanos o pampas del norte, por donde los españoles llegaban. Por el contrario, el líder rebelde escribió minuciosas cartas al obispo Moscoso y Peralta, a los habitantes del Cuzco y al cabildo, anunciando sus planes y pidiendo permiso para tomar la ciudad. Envío la correspondencia a

los cuarteles generales de la junta con tres de sus distinguidos prisioneros: Bernardo de la Madrid, el padre Ildelfonso Bejarano y el franciscano Domingo Castro, todos los cuales se pasaron rápidamente al bando realista. El obispo recibió estas cartas con asombro e indignación; el cabildo las consideró pretensiosas y «ridículas». ³³ Los críticos sostienen que Tupac Amaru perdió un tiempo valioso con esta correspondencia, lo que permitió que las fuerzas de Avilés llegasen y que la ciudad se preparase. Las cartas mismas son una aproximación a su mentalidad y planes.

En su carta al obispo, Tupac Amaru se quejaba de que Moscoso y Peralta no hubiese respondido su correspondencia previa y le solicitaba difundir estas nuevas comunicaciones en lugares públicos. Demandaba que el obispo le respondiera en coordinación con el cabildo de la catedral en un lapso de 12 horas. ³⁴ En esta carta, enfatizaba su religiosidad y respeto por la Iglesia católica, y su lealtad al rey. Explicaba que apuntaba a los corregidores, las aduanas y «el abuso» en general, y que estaba cansado de esperar que alguien más defendiese a su gente de «hurtos, homicidios, y ultrajes». Describía la creciente ola de explotación de los años recientes como un «segundo Pizarro en la tyrania [refiriéndose al conquistador]», una frase curiosa, considerando que los historiadores modernos han bautizado a las reformas borbónicas como «la segunda conquista». ³⁵ Tupac Amaru tranquilizaba a Moscoso y Peralta, asegurándole que él —así como los monasterios, conventos e iglesias que vigilaba— no necesitaba preocuparse por el levantamiento. De hecho, una vez logrados la abolición de los impuestos de los indios, la destrucción de las aduanas y un perdón por sus acciones, Tupac Amaru prometía lo siguiente: «me retiraré a una Tebayda donde pida con sosiego misericordia». Terminaba pidiéndole al obispo enviarle los títulos y papeles necesarios para tan radicales cambios, sin aparente ironía. ³⁶

En su carta al cabildo, Tupac Amaru enfatizaba que en su lucha contra «la esclavitud en que se hallaban los naturales de este reino», buscaba evitar «muertes y hostilidades», pero que ellas, las autoridades de la ciudad, habían estado ejecutando personas, ahorcándolas sin la apropiada confesión, y cometiendo otras atrocidades. Se refería a la reciente y sanguinaria represión en Calca y Chita. Amenazaba con que si no se le permitía entrar en la ciudad pacíficamente, tendría que hacerlo con «fuego y sangre». El líder rebelde le solicitó al cabildo que le entregara sus armas y consideraba su lucha una «justa guerra defensiva». También puntualizaba que el hecho de que él fuera el último Inca («la mía es la única que ha quedado de la sangre real de los Incas») lo había motivado. La carta parecía una moderna campaña de relaciones públicas en la que intentaba presentar a su oponente como el agresor. Como en el caso de sus esfuerzos por anular su excomunión, tenía poca chance de convencer al adversario. Las autoridades,

en que el Cuzco lo secundara. Ella puede interpretarse también como un tanteo estratégico para evaluar su apoyo, una señal de que Tupac Amaru deseaba tomar la ciudad sin un derramamiento de sangre. Los insurrectos que rodean ciudades tradicionalmente proveen a las autoridades una última oportunidad para rendirse y evitar el saqueo.⁴¹ La mayoría de analistas, sin embargo, considera su correspondencia como una curiosa y significativa pérdida de tiempo. Escribiendo cartas, enviándolas y esperando respuesta, Tupac Amara desperdició días enteros, permitiendo a las autoridades del Cuzco prepararse y a las tropas de Avilés llegar.

Cañones en las alturas

El 4 de enero, Tupac Amaru movió sus fuerzas desde Oruro hasta Kayra, el lado sur de la ciudad. Esperaba que la gente se le uniera desde el Cuzco y sus alrededores, pero eso no ocurrió. En su lugar, los realistas lo atacaron ese mismo día, y él continuó esquivando la ciudad, moviéndose por las cumbres al oeste, hasta llegar al cerro Puquín.⁴² Hoy, el tren de Machu Picchu sube zigzagueando estas pendientes, cuya inclinación lo fuerza a ir muy lentamente, más incluso que quienes caminan próximos a las vías férreas. La gente sigue urbanizando los cerros que rodean la ciudad. No obstante, los barrancos que marcan los cerros del oeste han demostrado ser demasiado empinados y en extremo propensos a deslizamientos para cualquier tipo de construcción, ya que proporcionan muy poco espacio abierto. Decenas de miles de rebeldes convergieron en este lugar. Rebeldes y realistas se enfrentaron a este difícil terreno.

El 6 de enero, miembros de la recientemente llegada milicia de mulatos se dirigieron al cerro Puquín, confiados en su potencia de fuego y en el elemento sorpresa. Los rebeldes los repelieron con sus mosquetes y una abigarrada colección de armas, corriendo por el cerro para acabar con ellos también con palos y piedras. Quince mulatos murieron en el primer intento y veinticinco más en el segundo, incluido el capitán Francisco Cisneros. Los rebeldes insultaban a las tropas venidas de Lima en quechua, un idioma que ellas no entendían. Mientras los rebeldes intentaban entrar a la ciudad, la sangre comenzó a correr por sus fangosas calles. El obispo Moscoso y Peralta afirmó que esta milicia no conocía bien el terreno y que había carecido del apoyo necesario debido a la indolencia de los comandantes realistas.⁴³ Un desfiladero separaba el empinado cerro Puquín de la ciudad, haciendo difícil la carga por cualquier lado. La abundante lluvia empeoraba las condiciones y el ánimo.

La vista de los rebeldes portando banderas y encaramados sobre los despeñaderos del oeste, petrificó a los habitantes de la ciudad. Alguien afirmó que el cerro «parecía el lomo de un puercoespín», con 40.000 rebeldes como

«espinas».⁴⁴ Si esta cifra es correcta, el bando rebelde superaba en número a los habitantes del propio Cuzco. El virrey calculó posteriormente 20.000, principalmente voluntarios indios, junto con 800 españoles y mestizos, «los más de ellos coactos». Comprendiendo que las deserciones ya habían mermado las fuerzas rebeldes, pensó que los líderes insurgentes tendrían dificultades para controlar la indisciplina de las masas indias.⁴⁵ Tupac Amaru escribió que contaba con 60.000 indios y 6000 soldados españoles.⁴⁶ Aunque estos cálculos nunca proveen detalles, incluyen mujeres y otros seguidores en el campamento militar, que solo luchaban en circunstancias extremas.⁴⁷ Con el escalofriante espectáculo de decenas de miles de rebeldes en lo alto de la ciudad y el fracaso del batallón mulato en la primera escaramuza, el pánico y el pesimismo se apoderaron de la población realista del Cuzco, que se preparaba para que las masas rebeldes tomaran la ciudad en los próximos días. La gente revisaba preocupada sus provisiones y se preguntaba si podría huir.

Sin embargo, esta victoria sobre los mulatos de Lima fue la última de Tupac Amaru. En los siguientes días, sus tropas buscaron tomar el control de las entradas del norte a la ciudad y, sobre todo, ocupar la antigua capital inca que se extendía por debajo de ellas. Fracasaron en ambos frentes. Así como la llegada de las tropas de Lima elevó la moral realista, la desesperación implicó que defendieran la ciudad más enérgica y eficientemente. Las tropas de Avilés protegieron el centro del Cuzco y usaron su artillería para detener los avances rebeldes. Aunque los mosquetes y fusiles frecuentemente fallaban, despidiendo su carga antes de tiempo, intimidaban a los rebeldes, quienes basaban su ofensiva en lanzas, hondas y cuchillos. En esa época, las heridas causadas por el disparo de un cañón casi siempre eran letales, aunque no se moría inmediatamente. Las tropas indias de Chinchero, lideradas por Pumacahua, y de Anta, dirigidas por el kuraka Nicolás Rosas, frustraron los esfuerzos rebeldes por tomar las entradas del norte.

Pequeños grupos de rebeldes ingresaron a la ciudad, lanzando ataques aislados a los soldados realistas. Ponían a prueba la determinación de los defensores. Algunos robaron suministros, destruyeron edificios e incluso saquearon. Estos insurgentes tuvieron diferentes destinos: algunos retornaron al campamento rebelde para describir la situación y sus propios actos, mientras que otros abandonaron el ataque y buscaron mezclarse entre la heterogénea población de la ciudad o entregarse a los comandantes realistas. Otros no tuvieron tanta suerte. Los realistas les dispararon o los rodearon y después ejecutaron. Los habitantes observaban estas peleas callejeras con aprensión, animando a los soldados realistas cuando capturaban rebeldes, desde la seguridad de sus balcones.

Un informe afirmó que colaboró «toda la Ciudad sin excepción de Nobles y Plebeyos». Su autor contabilizaba que los realistas tenían 2000 soldados, así como un indeterminado número de indios de Anta, Chinchero y Maras, y el apoyo

de civiles y miembros de la Iglesia.⁴⁸ El 8 de enero, el corregidor de Paruro, Manuel de Castillo, llegó con 8000 refuerzos, principalmente indios. Este grupo atacó a los rebeldes por sus flancos y retaguardia.⁴⁹ Si los rebeldes se movían demasiado cerca de la ciudad, los realistas atacaban su retaguardia. Pero la unidad de la ciudad no debe exagerarse. El obispo Moscoso y Peralta, por ejemplo, se quejaba amargamente de personas que huían del Cuzco.⁵⁰ Las escaramuzas continuaron en la quebrada que separaba el cerro de Puquín de la ciudad, dado que un pequeño grupo de rebeldes buscaba romper las líneas realistas. Las mujeres lanzaban ceniza para cegar a los insurgentes merodeadores y subían comida y suministros al cerro para los soldados. Los curas tomaron las armas y convocaron a todos a unirse en defensa de la ciudad, apelando a numerosos santos. Un fraile recordó cómo todo era «movido del celestial impulso»; este religioso dejó su monasterio y se dirigió montaña arriba en dirección a los rebeldes, convocando a la Virgen María e invocando al rey. Una muchedumbre de niños, comerciantes, hombres y mujeres de todas las posiciones lo siguieron, armados con palos, rocas y cualquier otro objeto que pudieron encontrar. El fraile confrontó a los rebeldes y atendió a los heridos.⁵¹ El obispo Moscoso y Peralta inspeccionó el frente del oeste sobre una mula, acercándose a solo dos cuadras de distancia de las fuerzas rebeldes, de acuerdo con un informe favorable. Otra persona afirmó que el obispo, a pesar de creer que «sería la Cabeza del Obispo la primera que [los rebeldes] cortase[n] ganando la capital», se aproximó a los cañones enemigos y se arriesgó a que los artilleros le disparasen.⁵²

La ciudad, que incluía a las clases más bajas de quechuahablantes, opuso una mayor resistencia que la que Tupac Amaru esperaba. A través de la coerción y la persuasión, los realistas consiguieron prevenir que las masas urbanas se unieran a los rebeldes. Alguien aseguraba que «el Populacho, la escoria de la Plebe, la mugeres febles, hazen todo el esfuerzo de la resistencia».⁵³ Las autoridades habían tomado drásticas medidas con los indios que vivían en las afueras del Cuzco, y las masas indígenas y mestizas de la ciudad no se levantaron. Las autoridades las vigilaban de cerca y las aterrorizaban con relatos sobre la naturaleza sangrienta de los rebeldes y las horrorosas consecuencias para aquellos que desobedecieran y los apoyaran. El desfile de las cabezas de los jefes rebeldes sobre picas después de las batallas en el Valle Sagrado y Chita Pampa había desalentado a muchos. Los esfuerzos de propaganda que presentaron a Tupac Amaru como un pagano cuyo movimiento mataría a todos los no indios —una visión que se apoyaba en los eventos de noviembre y diciembre, al menos como los comprendieron en el Cuzco— ayudaron a impedir la alianza multirracial que él buscaba y el apoyo de la ciudad que necesitaba. Para gran decepción de Tupac Amaru y Micaela Bastidas, las clases más bajas del Cuzco no se pasaron masivamente al bando rebelde.

Micaela culpó de esto a los curas. En una carta a su esposo de finales de enero, le explicaba que «estuvo la gente común para pasarse toda a nuestra banda todo ella, pero que los sermones de varios eclesiásticos lo impidieron». ⁵⁴ También aseguraba que el obispo Moscoso y Peralta estaba negociando a su manera con los líderes rebeldes, cuando los curas lo convencieron de que podían asesinarlo a tiros. Sostenía que se le había dicho al obispo «innumerables falsedades» acerca de Tupac Amaru, particularmente que iba a incendiar la ciudad. Estos rumores habrían animado a Moscoso y Peralta a pedir que «todo eclesiástico tomase armas» y que las monjas dejaran los monasterios. ⁵⁵ Los partidarios del obispo rechazaron después que la actitud del prelado hubiera sido conciliatoria, enfatizando más bien sus fervientes y efectivas medidas militares. De lo que no queda duda es que los curas liderados por Moscoso y Peralta ayudaron a convencer a las masas de la ciudad de que rechazaran a los rebeldes.

Por otro lado, los realistas se beneficiaron de los traidores en el campamento rebelde. Juan Antonio Figueroa, un gallego tomado prisionero en Tungasuca, estuvo a cargo de aproximadamente una docena de rústicos cañones de los insurgentes y de su artillería. La mayoría de los cañones (pedreros) había sido fabricada rápida y malamente en Tinta. ⁵⁶ Figueroa apuntó con los cañones —un arma brutalmente efectiva cuando se la dispara desde una ladera— a un objetivo alto y fuera de mira, y también sabotó las municiones de los rebeldes, parte de las cuales tiró a un arroyo, afirmando que la lluvia las había dañado. ⁵⁷ Otro prisionero, Bernardo de la Madrid, se había ganado la confianza de los líderes rebeldes, quienes lo enviaron en medio del sitio del Cuzco a negociar con los realistas. Las autoridades de la ciudad lo recibieron con gran júbilo —la mayoría lo creía muerto—, y De la Madrid no tuvo problemas para convencerlas de que había sido capturado y que se había escapado en la primera oportunidad. En su informe afirmaba que unos pocos días después de su llegada al Cuzco, el 8 de enero, se había incluso lanzado a la línea de combate para disparar 35 veces contra los rebeldes. Los fiscales no le levantaron ningún cargo. ⁵⁸ El recelo de Tupac Amaru y Micaela Bastidas hacia estos «aliados» españoles demostró tener motivos.

En las miserables condiciones de su campamento, los rebeldes sufrieron y la disidencia aumentó. La fría lluvia hizo muy incómodos los días y especialmente las noches, y la mayoría no tenía nada que la protegiera, salvo sus ponchos. Los dos lados se enfrentaron en un cruento combate mano a mano, y las armas y cañones se añadieron a la carnicería. Tupac Amaru y varios de sus seguidores se dieron cuenta, entonces, de que el levantamiento urbano masivo que tanto esperaban y necesitaban no iba a ocurrir y que tomar la antigua capital inca podía requerir semanas de lucha. El impreciso grupo de partidarios criollos con el que el líder rebelde creía que contaba en la ciudad lo abandonó, si es que alguna vez lo siguió. El pesimismo se propagó entre los rebeldes. Muchos se escabulleron la

noche del 6 de enero, exhaustos, asustados y dudosos acerca del liderazgo de Tupac Amaru o de su invencibilidad.

Los enfrentamientos continuaron después de las deserciones del 6 de enero, con los realistas disfrutando de la ventaja y del acceso al centro de la ciudad para recoger alimentos, municiones y refuerzos. Los suministros rebeldes, incluida la comida, disminuyeron. El 7 de enero, los insurrectos bombardearon la ciudad con su exigua artillería y enfrentaron a los realistas por sus flancos. Un coetáneo anotó en su diario que, con esta estrategia, el líder rebelde esperaba convencer a las plebes urbanas, muchas de las cuales vivían en las periferias al oeste del Cuzco, de unírsele. No lo hicieron.⁵⁹ Tupac Amaru se mantuvo firme alrededor del cerro Puquín, presionando sobre Picchu, la cumbre más alta, con poco éxito. Picchu significa montaña o pico en quechua —Machu Picchu es la «vieja montaña». El hecho de que muchos indios lucharan en las líneas de vanguardia de los realistas desalentó a Tupac Amaru, que pensó que podría contar con ellos. En vez de eso, se dio cuenta de que solo podría tomar la ciudad sobre sus cadáveres. También carecía de dinero para pagar a sus soldados y comprar alimentos, de encontrar alguno en venta. Los cerros y quebradas que controlaba no tenían ningún cultivo, y los rebeldes pronto se encontraron cortos de suministros.

Tupac Amaru y Micaela Bastidas comprendieron la importancia fundamental de las provisiones. El 29 de diciembre, él solicitó a Eugenio Sinanyuca enviar «todas las vacas, ovejas y otras cargas que vienen del Collao, como también los quesos y demás bastimentos que han quedado en la casa de arriba, como igualmente las cargas de vinos que quedaron». Instruyó a Sinanyuca despachar todo el vino o aguardiente que los comerciantes majeños habían traído, así como la comida que llegaba de Chumbivilcas.⁶⁰ Tupac Amaru sabía que sin provisiones, particularmente sin comida, perdería. A inicios de enero, sus abundantes tropas ya habían consumido casi todos los suministros que habían traído al campamento hacia más de una semana. Aunque el grupo de Castelo saqueó numerosas haciendas en su camino al Cuzco, todo el contingente de Tupac Amaru había encontrado más resistencia de la que esperaba y saqueado menos comida de la que planeaba. Una vez en Puquín, las mujeres a cargo de recolectar la comida y la leña debían arriesgar sus vidas y aventurarse cada vez más lejos del campamento. Pocos cultivos crecían en las quebradas de la periferia de la ciudad. La papa, el alimento básico de los Andes, no estaba aún en tiempo de cosecha, y la leña y maleza son siempre escasas a 3000 metros sobre el nivel del mar. El rico maíz amarillo y morado que crece en el Valle Sagrado, o la quinua y kiwicha que se encuentran en las zonas de mayor altitud, no estaban al alcance de los rebeldes. Ellos podían ver los mercados de la ciudad, pues los comerciantes continuaban entrando por el este, pero para su frustración tampoco podían abastecerse en esos lugares.

El 8 de enero, los insurgentes atacaron la ciudad con sus cañones, pero fracasaron en ganar cualquier terreno. La vasta mayoría de rebeldes permanecía en o alrededor del cerro Puquín; sus suministros menguaban, el hambre y la disidencia crecían. En contraste, la llegada de los refuerzos provenientes de Paruro impulsó ese día el espíritu realista. Un fraile dominico conmocionó a los observadores e infundió ánimo (o al menos entretuvo) a los comandantes españoles disparándoles a los rebeldes desde detrás de una roca. Varios voluntarios se unieron a las disciplinadas fuerzas de Lima, incrementando su número. El obispo Moscoso y Peralta comprobó el sabotaje de Figueroa contra los rebeldes para salvar el día, lamentando, sin embargo, que más de sesenta realistas fueran heridos y que hubiera, entre ellos, «algunos muertos».⁶¹

El 9 de enero, Tupac Amaru envió otra carta al cabildo a través de Francisco Bernales, a quien había capturado en Sangarará. En ella afirmaba que las fuerzas rebeldes estaban a la ofensiva y aseguraba que sus indios estaban muy cerca de tomar la ciudad a cualquier costa, «arruinada y convertida en cenizas». Alegaba que no podría controlarlas y que dependía del cabildo optar por la rendición y evitar una matanza. Tupac Amaru estaba fingiendo, ya que los realistas tenían la delantera en ese momento. Terminaba mencionando que sabía que las autoridades estaban considerando abolir el reparto y la alcabala. Apoyaba estas medidas, puntualizando que mestizos y españoles «gustosos» compensarían el dinero que se perdiera por impuestos. La prueba residía en el hecho de «hallarse a mis órdenes sin violencia, crecido número de ellos».⁶² El cabildo nunca respondió.

El 10 de enero, las fuerzas realistas atacaron de nuevo a los rebeldes, que se vieron obligados a retroceder. Un informe registra 5000 rebeldes muertos, una exageración que, no obstante, confirma que este no era ya el enfrentamiento estilo guerrilla de los días previos sino una batalla a gran escala que finalizó con una victoria realista. Dos observadores describen a Tupac Amaru vapuleando desesperadamente a sus soldados, ordenándoles luchar. Sin embargo, «se le rebelaron todos, tratándole de engañador especialmente todos los Indios de la Provincia de Tinta».⁶³ Muchos desertaron, creyendo la lucha perdida y esperando evitar la represión que asumían sobrevendría. En la brumosa mañana del 11 de enero, los realistas despertaron para ver que los rebeldes habían huido la noche anterior. Cargaron la retaguardia, capturaron a unos pocos rezagados y se apoderaron de algunos animales y de la cama de Tupac Amaru. Esta última tenía una cabecera de seda y una base de oro, y al parecer había pertenecido al corregidor Arriaga.⁶⁴ La incesante lluvia había sido un obstáculo para los indios, pero al mismo tiempo había facilitado su escape, ya que los realistas no pudieron rastrearlos. Si intentaban seguirlos, podían rodar por las fangosas laderas. Los prisioneros que habían escapado de Tupac Amaru le dijeron a un comandante realista que el enemigo estaba «deshecho».⁶⁵ El obispo Moscoso y Peralta describió con gran satisfacción

la «enorme desertión» entre las tropas rebeldes, pero también reprendió a los comandantes realistas por no atacar en ese punto y así permitir a los rebeldes reagruparse en Yanacocha.⁶⁶ Empero, los insurgentes no pudieron montar otra ofensiva, y Tupac Amaru solo retornaría al Cuzco tres meses después, en un contexto muy diferente.

Muchos estudiosos han debatido largamente sobre por qué Tupac Amaru no tomó el Cuzco. Algunos cuestionan sus plazos, sosteniendo que debería haber atacado en noviembre, en lugar de tratar de fortalecer sus fuerzas en el sur. Otros se preguntan por qué no se movió más rápidamente en diciembre. Si hubiera atacado antes de Navidad, podría haber tomado la ciudad antes de que Avilés y su milicia de mulatos lo alcanzaran. Quizás se tomó su tiempo porque todavía esperaba a Diego Cristóbal para presionar desde el norte y distraer a los realistas. Lo relevante es por qué fracasó en tomar el Cuzco cuando lo rodeaba con decenas de miles de rebeldes hacia los últimos días de 1780.

Una opinión muy seria de finales de enero de 1781 ofrece cuatro razones por las cuales no llegó a tomar el Cuzco: el líder rebelde carecía de comida y dinero; la ciudad estaba bien aprovisionada con soldados y suministros, y contaba con formidables posiciones defensivas; Tupac Amaru perdió confianza y creyó que sería «impocible abansarlo [refiriéndose a la ciudad]»; y «sus gentes lo han desamparado viendo que no tienen sueldo con que subsistir».⁶⁷ Generalmente favorables a Tupac Amaru, la mayoría de los historiadores ha enfatizado su —en última instancia— ingenua creencia de que la ciudad capitularía y su rechazo a ganar sacrificando a miles de indios. De acuerdo con esta perspectiva, retrasó y finalmente decidió no atacar la ciudad porque comprendía que una victoria era solo posible a costa de la vida de miles de indios, rebeldes y realistas.⁶⁸ Sus coetáneos encontraron otra explicación. Un informe de 1781, a la par que menciona las desertiones rebeldes, la ausencia de apoyo de las clases más bajas de la ciudad y el fracaso de Diego Cristóbal en llegar, atribuye la derrota a Nuestra Señora del Rosario, «a quien imbocaba el pueblo en cada tiro repitiendo Ave María». La fiesta anual de Nuestra Señora del Rosario conmemora la victoria cristiana de la Liga Santa contra el Imperio otomano en Lepanto, el año 1571. Algunos atribuyeron este triunfo, que dificultó aún más las incursiones musulmanas en Europa, a la persistente oración del rosario. Muchos habitantes del Cuzco también sintieron que ellos habían derrotado milagrosamente a las hordas paganas.⁶⁹

Estas son importantes explicaciones, aunque la cuestión del momento oportuno para el ataque continúa provocando fascinantes contrafactos.⁷⁰ Yo añadiría un nuevo y desagradable factor, relacionado con las infortunadas condiciones y con la disidencia entre sus fuerzas: la disentería, una enfermedad que golpeó el campamento rebelde. El 18 de enero de 1781, el padre José de Maruri, quien en ese momento había abandonado, al menos temporalmente, sus simpatías por los

insurgentes, escribió al kuraka Diego Choquehuanca desde Asillo. Maruri sostenía que, en medio del sitio, los indios en el sur habían desobedecido el llamado de Tupac Amaru en busca de nuevos reclutas porque sabían que los que estaban en el Cuzco «están pereciendo de hambre sin salario y durmiendo en el campo al rigor del tiempo de cuya resulta dicen que han muerto muchos de cursos [diarrea] y flaqueza y como estos que se están biniendo de allá ban traiedo estas Noticias con esto todos se han amilanado». ⁷¹ Los términos «cursos» y «flaqueza» son inusuales, pero significan «diarrea» y «hambre». ⁷²

Las condiciones en el campamento rebelde eran terribles y, por ello, ideales para que la disentería se propagase. Decenas de miles de rebeldes, tanto soldados como mujeres a cargo del campamento y otros familiares que los acompañaban, descansaban, dormían y comían en condiciones extremas de hacinamiento. Los suministros escaseaban y el hambre debilitaba las defensas. El ánimo de los rebeldes decayó, ya que veían a sus compañeros morir o sufrir de terribles dolores, con lo que se difundió la idea de que el sitio del Cuzco no sería rápido y, quizás, ni siquiera exitoso. El constante aguacero y frío de las noches empeoraba la situación, haciendo el suelo fangoso y la vida miserable. Nadie tenía una muda de ropa. A finales del siglo XVIII, las personas no entendían la relación entre higiene y enfermedad infecciosa, y no se tenía el cuidado de usar agua esterilizada para cocinar o de defecar y orinar lejos de donde se preparaba la comida. De hecho, se conocía poco acerca de la causa y transmisión de las enfermedades. Aunque el rechazo hacia los indígenas por considerarlos inmundos y antihigiénicos es un pilar de las antiguas y presentes condenas racistas, hay que admitir que las condiciones sanitarias fueron indudablemente espantosas en este campamento rebelde multitudinario y abatido. La lluvia, el frío, los resbaladizos cerros y el constante fuego enemigo impedían a los insurgentes aventurarse fuera por comida y maleza (en cuanto al agua, estaban cerca de riachuelos y podían además recolectar agua de la lluvia), y los desanimaba de distanciarse de donde ellos comían y dormían cuando evacuaban. Aunque encontré solo una referencia a problemas estomacales, varios documentos mencionan el hambre entre los insurgentes como un factor para que muchos de ellos huyeran. La propagación de la disentería o de otros desórdenes alimenticios parece altamente probable. Tupac Amaru no recibió el apoyo que esperaba en la ciudad del Cuzco y también presencié a muchas de sus tropas huir. La extendida enfermedad agravó esta situación, otorgando a los realistas una gran ventaja psicológica y física. ⁷³

La retirada

Los habitantes del Cuzco celebraron su victoria con procesiones y otras festividades religiosas. El obispo Moscoso y Peralta bendijo las barracas militares,

localizadas en el colegio jesuita en la esquina de la plaza de Armas, y declaró el triunfo con un impactante «vivat Rex in Aeternum». Sorteando trincheras y otros restos de la lucha, el obispo recorrió el área de batalla y visitó a los soldados heridos. Hombres y mujeres aclamaban a viva voz desde los balcones, ventanas y puertas, agitando sus sombreros, chales y pañuelos.⁷⁴ Sin embargo, ciertas preocupaciones opacaron las fiestas. Tres meses de conflicto armado habían arruinado la mayoría de la cosecha y las autoridades estaban inquietas por la inminente escasez de comida. Los rebeldes habían robado alimentos, arrasado haciendas, expulsado a sus propietarios y supervisores, y bloqueado las rutas de comercio. El avance de Castelo en el Cuzco a lo largo del valle había sido particularmente destructivo, y los insurgentes todavía controlaban el valle del Vilcanota y la entrada oeste de la ciudad. El propio Moscoso y Peralta creía que hubieran debido perseguir a los rebeldes y acabar con ellos. Comprendía que el levantamiento no había terminado y que habían perdido una oportunidad para capturar al líder y diezmar a sus seguidores.⁷⁵

Tupac Amaru se retiró a Ocoruro y de allí a Acomayo, reuniéndose con Micaela, con otros familiares y con algunos aliados que permanecían en la retaguardia. De acuerdo con un informe que lo desaprobaba, «allí entró con más soberbia de la que podía quedarle a un pretendiente vencido y despreciado». Forzó al cura a recibirlo con honores y luego asistió a misa arrodillado, «donde hizo a lo vivo el papel de Fariseo». En lo que el autor de este informe presentó como un signo de divina aversión hacia el líder rebelde, el clérigo y quienes estaban en la iglesia no pudieron abrir el sagrario, que había estado funcionando bien antes de su llegada. Tupac Amaru se invitó él mismo a almorzar en casa del cura, donde explicó que se retiraba porque los realistas habían puesto indios en las líneas de vanguardia como «carnaza», y porque los mestizos que estuvieron a cargo de sus armas habían perdido el valor. Esta explicación ha sido repetida por los relatos que más simpatizan con Tupac Amaru, que atribuyen la culpa de su derrota a su buen corazón y a la traición de los mestizos, más que a sus tácticas o a su indecisa base social. Finalmente, Tupac Amaru le dijo al cura que reclutaría más soldados y que no renunciaría a su «principal idea de ganar el Cuzco».⁷⁶

Un realista anónimo se burló de su liderazgo indicando que «un ejército de ratones liderado por un león es mejor que un ejército de leones liderado por un ratón».⁷⁷ José Rafael Sahuaraura Titu Atauchi, un kuraka cuya obra, *Estado del Perú*, publicada en 1784, defendía al obispo Moscoso y Peralta de las acusaciones de simpatías rebeldes, escribió que «muchos indios que fueron al combate del Cuzco, de vuelta me contaron que su Inca [Tupac Amaru] lloró mucho en Yanacocha de no ser recibido por Rey en Cuzco».⁷⁸ Según él, el cabildo se jactó de que

Logró esta ciudad verse libre del asedio, y que no tuviese efecto el torcido pensamiento de entrar en ella el rebelde, que fué todo su anhelo, porque posesionado de la capital del reino antiguo, corte de sus Ingas, contaba con el imaginario triunfo de sus perversas ideas; respirando sus habitantes de la congoja que ocupaba sus ánimos, y principalmente el crecido gremio de las mujeres y religiosas de monasterios salieron de su conflicto, ofreciendo a Dios gracias.⁷⁹

Sin embargo, junto a las celebraciones, las burlas y las observaciones de cómo o por qué ellos habían repelido el ataque, los realistas comprendieron que el levantamiento no había terminado. La misma persona que describió la diarrea y el hambre en el campamento rebelde reflexionaba: «No sabemos ahora lo que el rebelde determinará de su persona o el rumbo que tomará y así era vella oportunidad que quanto antes lo acavaran de pescar, y que ya saldrian los del Cuzco tras él». Con esto dio en el clavo: los realistas en el Cuzco ignoraban los próximos pasos de Tupac Amaru, pero fueron al ataque.⁸⁰

La persecución de Tupac Amaru

El curso de la batalla pareció cambiar en 1781. Tupac Amaru abandonó su campamento con el fin de tomar el Cuzco, y para alegría de los realistas de esta ciudad, los refuerzos enviados desde Lima llegaron. Después de tres meses de ataques y expansión territorial rebeldes, los realistas tomaron la ofensiva. En marzo, sus bien organizadas y armadas fuerzas, que sumaban más de 4500 miembros, se desplegaron desde el Cuzco hasta los cuarteles generales rebeldes, bajando el valle del Vilcanota. De marzo a mayo, estos eventos parecieron indicar un completo cambio de rumbo, desde el imparable crecimiento rebelde hasta el dominio realista. Sin embargo, forman parte de una historia más complicada. Incluso con su intimidante número, los realistas todavía tenían una desafiante lucha que enfrentar, que terminaría en 1783 e, incluso, mucho después. La campaña de inicios de 1781 fue crucial, incluso trascendental, pero no fue el final de la historia.

Los realistas sufrieron mucho mientras perseguían a Tupac Amaru en su propia tierra. El terreno neutralizaba varias de sus ventajas: sus caballos y pesado armamento no se desplazaban bien, ya que a medida que avanzaban, los caminos se hacían más estrechos y empinados. Además, la altura y la escasez de comida y de otros suministros minaron la moral, mientras que las muertes en batalla y, sobre todo, las deserciones, disminuyeron su ventaja numérica sobre los rebeldes. En una actitud defensiva, Tupac Amaru y sus principales comandantes volvieron a la frustrante táctica de guerrilla. Los informes del sur —el área del lago Titicaca— perturbaban aún más a los realistas. Allí, los rebeldes tenían la ventaja y el levantamiento se había vuelto crecientemente violento. Las historias de masacres y de prisioneros decapitados aterraban a los realistas. Comprendieron que debían dirigirse a esa región, algo que todos temían.

Tupac Amaru también enfrentaba nuevos desafíos. Los españoles tenían un ejército masivo y unido, focalizado en atraparlo. Una cosa era tomar por asalto un pueblo y vencer a una pequeña milicia; otra desafiarse a seis columnas bien armadas. También enfrentaba divisiones internas y disensiones que no habían surgido antes de la batalla del Cuzco. Micaela y él luchaban por mantener el orden, por prevenir la violencia contra los no españoles y no combatientes, y por asegurarse

de que las tropas no abandonaran las filas. Disciplina y desertión se convirtieron en un problema para ambos bandos. Por otro lado, mientras que las noticias del Titicaca eran buenas, los informes sobre masacres y derramamientos de sangre protagonizados por los rebeldes preocupaban a José Gabriel y Micaela. Los insurgentes ganaban en el sur, pero no en la forma en que ambos imaginaron. En medio de la frenética cacería en busca de José Gabriel y los demás líderes, la naturaleza de la lucha fue cambiando.

Desplegándose

Dirigidos por el visitador general Antonio de Areche y el inspector general José del Valle, aproximadamente 15.000 soldados entraron al Cuzco el 24 de febrero. Acuartelados en el convento betlemita situado en las afueras de la ciudad, desfilaron por el Cuzco el día siguiente y sus líderes celebraron con una misa y un «banquete pocas veces visto por su magnificencia». Areche reconoció públicamente a seguidores realistas tales como los curas de Cotabamba, quienes habían defendido la región de los rebeldes, y confirió el rango de capitán a Pumacahua y Nicolás Rosas, los kurakas de Chinchero y Anta, respectivamente. Días después, el visitador publicó un decreto ampliamente distribuido que ofrecía indulto a aquellos involucrados en «robos, insultos, otros gravísimos delitos», enfatizando cómo el líder rebelde reclutaba «a unos con cariños, a otros con falzas promesas, a los más con el miedo de sus amenazas para que le sigan». Convocaba a aquellos interesados en un perdón a entregar sus armas y presentarse en la ciudad. Alrededor de 35 personas estaban excluidas del indulto: Micaela Bastidas, Tupac Amaru, su familia inmediata y su círculo más cercano. Areche ofrecía una recompensa de ochenta pesos al mes de por vida a cualquiera que entregase a una de esas 35 personas. También prometía tanto un indulto como una recompensa a quien entregara a Tupac Amaru, Micaela Bastidas, sus hijos y otros miembros de la familia.¹ El visitador buscaba dividir a los rebeldes, creyendo que varios abandonarían la causa y esperando que alguno pudiera incluso entregar a sus líderes.²

El ejército dividió sus tropas en seis columnas. La primera incluyó 310 dragones de caballería y 2000 indios de las tierras altas de Calca. La segunda columna tenía 950 tropas de caballería ligera de Lima, el Cuzco y áreas aledañas, y 2000 indios adicionales de Maras, Abancay y Chinchero. Las seis columnas siguieron este patrón: en ellas, los indios del área del Cuzco superaban numéricamente a los soldados de Lima. Para ponerlo de otra forma, la composición de las tropas realistas reflejaba la demografía del Perú; la mayoría eran indios, seguidos en número por mestizos, negros y razas mezcladas con negros, criollos y españoles.³ El ejército también reflejaba las jerarquías sociales: españoles y criollos dirigían y otros grupos, con excepción de los kurakas, servían como soldados. Los indios

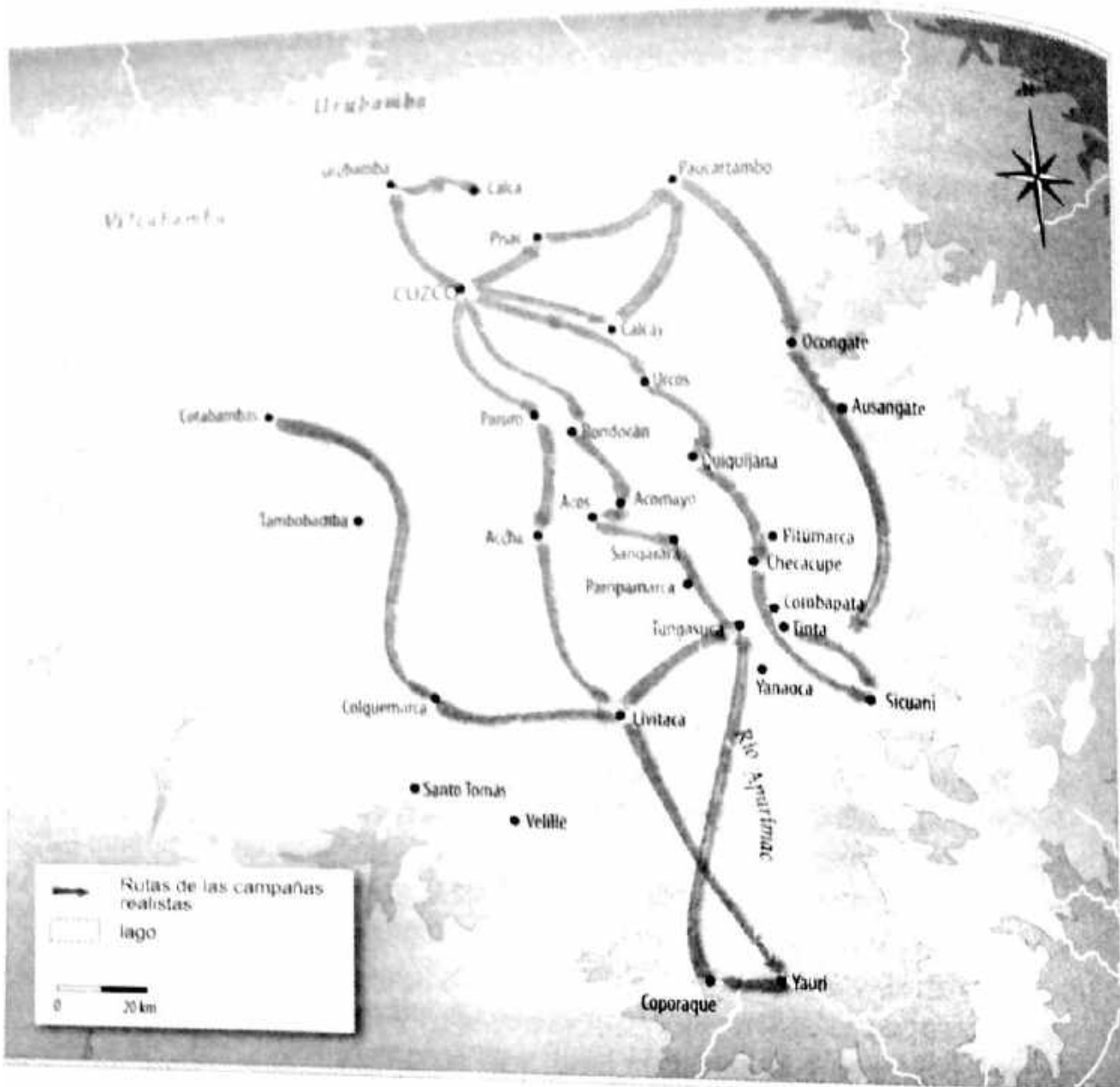
habían sido «ofrecidos» por sus kurakas o levados por las fuerzas españolas de camino al Cuzco. Algunos quizás se unieron voluntariamente. Permanecieron anónimos, salvo cuando se metían en problemas. Ningún informe español nombra a un indio común que muriera luchando por los realistas. En cuanto a la tropa realista, los soldados negros y mulatos vinieron de Lima. Algunos lucharon por el pago, otros porque habían sido forzados. Todas las tropas de la costa sufrieron con la altura.

Varios desertores rebeldes se unieron a los realistas, desilusionados con el levantamiento y sabiendo que esto los libraría en la mayoría de los casos de ser castigados. Algunos se encontraban a cientos de kilómetros de su hogar y cambiaron de bando por comida o buscando retornar a casa. Los comandantes se quejaban de la falta de disciplina y compromiso de los soldados indios. En contraste, las tropas indígenas dirigidas por kurakas como Pumacahua demostraron su habilidad y determinación en batalla.

El informe oficial enumeraba 17.116 soldados en el Cuzco para marzo, aunque la cifra puede haber sido superior a los 20.000.⁴ Tenían más de mil fusiles —mosquetes de chispa que habían reemplazado al arcabuz—, así como numerosos cañones que probaron su inestimable valor para dispersar al enemigo, aunque su transporte a través de los escarpados Andes requirió de esfuerzos hercúleos.

Dejando mil soldados para defender el Cuzco, las seis columnas del ejército se desplegaron, intentando convergir en la base rebelde alrededor de Tinta. El complejo plan de operaciones militares y los mapas revelan el creciente aumento de las tropas y una planificación precisa, una considerable mejora respecto de los esfuerzos realistas de tan solo unos meses antes.⁵

Miles de tropas uniformadas, con sus armas brillantes bajo el sol, impresionaban e intimidaban a la población local, y su llegada cambió la naturaleza del conflicto. Los realistas habían tomado la ofensiva. Contaban con una sustancial ventaja en armamento y caballería (en el caso de los rebeldes, solo los líderes iban a caballo), y ya no eran superados en número. Sin embargo, tenían significativos obstáculos por delante. Alimentar a un ejército tan grande, conforme se abría paso más y más lejos del Cuzco, demostró ser algo muy difícil. Los escasos suministros se traducían en frío, hambre y, consecuentemente, deslucidos soldados. Por otro lado, la dramática y montañosa topografía del área incomodaba a los realistas. Cuando marchaban a través de los estrechos valles, los rebeldes los acosaban desde los cerros y les tendían emboscadas. Los realistas padecían —particularmente los de la caliente costa— el frío y enrarecido aire a los 3500 metros de altitud. Asimismo, cortos de alimentos y de oxígeno, sus caballos se rehusaban tercamente a continuar, y, en cuestión de semanas, todos, menos los comandantes, irían a pie. Poco más de un mes después del desfile de hermosos caballos por las calles cuzqueñas, los realistas se vieron forzados a abandonar



Mapa 6. El avance realista, 1781.

o incluso comérselos. A pesar de su organización, armas y número, los realistas probaron no ser la fuerza invencible que muchos creyeron a su llegada al Cuzco.

El primero de marzo, el mariscal Del Valle envió a José Gálvez, la cabeza del sumamente importante Consejo de Indias de Madrid, una sombría evaluación. Del Valle se disculpaba por el retraso en dejar el Cuzco y culpaba de ello a la desidia de los corregidores para proveerle provisiones y animales de carga. Los realistas en el Cuzco se quejaban, alegando que los soldados consumían grandes porciones de comida y que Tupac Amaru se adentraba cada vez más lejos en el sur. Del Valle sostenía que Tupac Amaru había convencido a los «bárbaros incas» de que su linaje lo hacía la persona apropiada para defenderlos y de que sus seguidores muertos en batalla resucitarían una vez la lucha acabara

y disfrutarían de «las felicidades y las riquezas de que están indevidamente despojados». Muchas autoridades lamentarían en los meses siguientes la extendida creencia de que Tupac Amaru tenía el poder de salvar a aquellos martirizados en su lucha.⁶ Del Valle describía las rústicas armas del enemigo y se quejaba de que los rebeldes preferían permanecer en las más altas cumbres a causa, tanto de su miedo a las armas de fuego, como de la disponibilidad de rocas y piedras, que lanzaban sobre los realistas.⁷

Del Valle creía que Tupac Amaru deseaba retornar al sur, al Collao y al lago Titicaca, y también tomar Paucartambo, una importante zona agrícola y entrada a la Amazonia. Por siglos, la selva había sido un refugio para los rebeldes del Cuzco. Más aún, en el siglo XVI, durante la Conquista, Manco Inca y su hijo Tupac Amaru, el supuesto ancestro de José Gabriel, huyeron del Cuzco hacia Vilcabamba y la selva amazónica. Esto quizás influyó en la estrategia de José Gabriel. El comandante español, entonces, tenía las columnas desplegadas en forma de abanico, la primera y sexta columnas aproximándose a Paucartambo, pero manteniéndose cerca con la finalidad de ayudarse la una a la otra si cualquiera era atacada.⁸ La quinta columna se abrió paso al oeste, en Cotabambas, mientras que la cuarta se movía en Paruro. La segunda y la tercera columnas marchaban por el valle hacia la base rebelde. Para consternación de las tropas de la costa, sin embargo, Del Valle condujo sus fuerzas por la escarpada montaña que llevaba a Tinta en lugar de tomar el agradable camino a través del valle. Sabía que en el estrecho cañón que formaba el valle, los rebeldes buscarían a sus hombres con sus armas favoritas, rocas lanzadas desde los cerros o piedras tiradas con hondas. De esta forma, las tropas realistas debieron trepar empinadas y congeladas cuevas, sufriendo dolores de cabeza debido al enrarecido aire.⁹

Aunque decepcionados por su fracaso en tomar el Cuzco y preocupados por las desertiones y las dificultades de abastecimiento de sus tropas, Tupac Amaru y Micaela Bastidas todavía dirigían una formidable fuerza. Mientras que las uniformadas huestes españolas, con cañones, escopetas y caballos, intimidaban a los habitantes del Cuzco, las fuerzas rebeldes aterrorizaban a los lugareños. El aflojamiento de la disciplina entre los insurgentes después del fallido sitio del Cuzco, aunque perjudicial en el largo plazo, los hizo incluso más temibles. En los meses que siguieron, los líderes rebeldes se quejaron de que sus tropas dejaban de seguir las órdenes que limitaban la violencia y el saqueo. Desenfrenadas hordas rebeldes, ya no bajo el control de los líderes, constituyeron una pesadilla para los realistas. Por otro lado, miles de insurgentes ya trabajaban al unísono y demostraban ser temibles adversarios en el accidentado terreno al sur del Cuzco. El obispo Moscoso y Peralta lamentaba en una carta del 21 de enero que, en su retorno a Tungasuca, Tupac Amaru y sus fuerzas hubieran peleado «a sangre

y fuego», especialmente contra los españoles y mestizos. Le preocupaba que volvieran a atacar el Cuzco.¹⁰

En el cada vez más intenso conflicto, Tupac Amaru y Micaela Bastidas continuaron con sus roles de 1780: él, el frenético comandante que iba de un lado a otro; y ella, la jefa de logística, la que continuaba más cerca de la base. Tupac Amaru permaneció en continuo movimiento, raramente durmiendo en el mismo lugar dos noches seguidas, y preparado para desplazar la lucha del Cuzco al área del Titicaca. El 14 de enero, instruyó a sus comandantes en el sur, en Carabaya, Lampa y Azángaro, para que preparasen a «sus indios», pidiéndoles que ocultaran a la gente las noticias acerca del fallido ataque al Cuzco.¹¹ Micaela Bastidas gestionó la construcción de defensas, consciente de que, como lo había temido desde noviembre, los realistas atacarían la base rebelde. Se construyó un muro defensivo fuera de Combatapa y se cavaron trincheras en Tinta. Micaela continuó organizando las provisiones, solicitando desesperadamente a sus seguidores que le enviaran soldados y alimentos, y que mantuvieran la disciplina.¹² A inicios de 1781, Tupac Amaru y Micaela reconstruyeron sus fuerzas, reclutando a gente dondequiera que se aventuraban y alentando a los seguidores escépticos y asustados; a los desertores y otros traidores los amenazaron de muerte.¹³

Todas las tropas rebeldes luchaban en nombre de Tupac Amaru, admirándolo a él y a Micaela, aunque algunas estaban al mando de otros comandantes. Micaela hizo lo posible para asegurar que toda su gente fuera pagada (de lo que se saqueaba), en efectivo o en especie. También se esforzó por garantizar la comida, sabiendo que las tropas hambrientas huirían. El 15 de febrero de 1781, su hermano, Antonio Bastidas, le pidió «coca y aguardiente porque estas dos especies son las que alientan a nuestro Ejército». También le requirió charqui y trigo y algunos binoculares «para mirar o divisar a los enemigos». Un mes más tarde, un cura en Sicuani se quejó con Micaela del hambre debido a la «suma pobreza».¹⁴ El compromiso de los rebeldes variaba: hubo quienes dejaron todo para luchar por el «último Inca», mientras que otros vieron el levantamiento como algo temporal, planeando estar en casa para la próxima cosecha. Algunos habían sido reclutados a la fuerza por su kuraka. La mayoría de los rebeldes provenía de pueblos indígenas al sur del Cuzco, tanto del valle como de las alturas, aunque Tupac Amaru también reclutó a una población que se movía más, a indígenas y mestizos que no pertenecían a ninguna comunidad y que, por lo tanto, no pagaban impuestos.¹⁵

Tupac Amaru y Micaela Bastidas se preocuparon por las deserciones e incluso traiciones. Algunos aliados importantes los habían abandonado, incluido el clan Castelo, dirigido por el patriarca Melchor y su hijo Antonio, quienes organizaron un motín en Sicuani después del fallido sitio del Cuzco. Antonio había sido el líder rebelde en la desastrosa derrota en Saylla a finales de diciembre, cuando los realistas le bloquearon la entrada a la antigua capital inca. Una vez de regreso

en Sicuani, los Castelo convocaron a criollos para que se levantaran contra Tupac Amaru e incitaron a traicionarlo a aquellos que le permanecían fieles. Sus esfuerzos pueden haber sido un último recurso para evitar la represión realista. Comprendían que el fin estaba cerca y trataron de convencer a las autoridades de que ya no apoyaban la rebelión y que podían incluso ser valiosos en su represión.

Tanto el motín como la estrategia fallaron. Los rebeldes mataron a varios miembros de la familia Castelo en una emboscada. El historiador David Cahill sostiene que la traición de los Castelo menguó la aprehensión que Tupac Amaru sentía por la violencia contra los criollos entre sus seguidores, y que, después del motín, los rebeldes apuntaron cada vez más a esta élite nacida en América.¹⁶ El sexagenario Antonio Castelo se entregó a Del Valle en abril, pero las autoridades lo trataron como un insurgente —especialmente mortificante para la justicia colonial, pues tenía ascendencia española—, como un comandante rebelde e infiltrado. Los testigos se refirieron a él como un reclutador y capitán rebelde. Castelo afirmó en vano que había sido coaccionado: fue encontrado culpable y ejecutado.¹⁷

Algunos líderes rebeldes informaron sobre casos en los que la población local se resistió a participar en el levantamiento o a colaborar con él. El 11 de enero, un tal Francisco Torres escribió a Tupac Amaru, «amantísimo padre de todo corazón y señor mío [...] padre de todos los pobres y de todos los miserables y desválidos», contándole que en un pequeño pueblo de Paruro una india lo había insultado, rechazando donar mulas y trigo. Sobre la solicitud de suministros, la valiente mujer había afirmado: «el inca hace estas cosas alzamiento [sic] porque no tiene nada para mostrar», una punzante referencia al fallido sitio del Cuzco.¹⁸ Torres mencionaba que, en otro pueblo, los lugareños estaban organizados contra los rebeldes, sosteniendo que «el inca perdió todas las almas». Esto implicaba que el tamaño de sus tropas y el apoyo general habían decrecido y, quizás, con el término «alma» se subrayaba su situación de excomulgado.¹⁹ Tupac Amaru instruyó a Torres el 17 de enero para que le trajera a cualquier alborotador y continuara apoderándose de bienes.²⁰ A los indios, incluso en las comunidades que estaban a favor de los rebeldes, les disgustó sin duda ver sus pertenencias confiscadas. Torres, sin embargo, estaba en Paruro y Acomarca, provincias que habían provisto de muchos soldados para los realistas y que no eran, de ninguna manera, bastiones rebeldes. Sus cartas indican que la población local hablaba en contra del levantamiento, incluso enfrente de uno de sus principales dirigentes, Torres, y que la confianza en los rebeldes había disminuido después del fallido sitio.

En enero y febrero de 1781, los insurgentes lucharon en numerosos frentes. Las fuerzas dirigidas por Diego Cristóbal sitiaron Paucartambo, saqueando la mayoría del área. Sin embargo, Diego Cristóbal fracasó en tomar Calca, en el Valle Sagrado, cargando con poco éxito contra el comandante realista Pumacahua. Sus

llegaba ya retiraron detrás de los nevados de Cotacachi y Lauramarca, visibles desde la plaza del Cuzco.²¹ Tomás Parvina, quien como Tupac Amaru afirmaba pertenecía al linaje Inca, fue uno de los principales comandantes de la rebelión. Había acompañado a Tupac Amaru al sur, en noviembre, y dirigido en diciembre las incursiones, en su mayoría infructuosas, en el valle del Urubamba, con brutales enfrentamientos en los que el kuraka realista Pumacahua dominó. El 25 de enero, las fuerzas de Parvina emboscaron al comandante realista Isidoro Guillén en Chahuayllí, una pequeña comunidad que se asoma arriba del idílico pueblo de Písac.²² Los realistas informaron que los rebeldes se habían comido el corazón de Guillén, se habían bebido su sangre y habían proclamado «que había sido de muy buen sabor la de los españoles».²³ El relato alimentó la propaganda realista de que los rebeldes eran unos salvajes y, sin duda, dejó a muchos soldados nerviosos. Pumacahua contraatacó en los siguientes días, y Parvina y Diego Cristóbal perdieron más de mil hombres.²⁴

¿Comerse el corazón y beberse la sangre es parte de algún ritual andino? Los investigadores han tratado de explicar el incremento de la brutalidad en términos de tradiciones, tanto anteriores como posteriores a la Conquista. Jorge Hidalgo ha explicado que, en el Alto Perú, la decapitación de prisioneros y la extracción del corazón eran parte de las ofrendas a la deidad inca de Pachamama, la madre tierra.²⁵ Scarlett O'Phelan ha subrayado los paralelos entre la violencia rebelde y aquella representada por las fabulosas ilustraciones de Guaman Poma en su *Nueva crónica y buen gobierno* de inicios del siglo XVII.²⁶ En su importante estudio sobre la violencia rebelde contra los españoles, Szeminski ha ilustrado cómo la población quechua entendió a los españoles, particularmente en torno a conceptos que podían excluirlos de la categoría de «buen cristiano». También ha estudiado la manera en que la población indígena empleaba nociones alternativas de historia y justicia.²⁷ En la búsqueda de comprender la perspectiva indígena del levantamiento, estas miradas corrigen la interpretación de los realistas de la brutalidad como mera confirmación del salvajismo y atraso de los indios. Sin embargo, la escasez de fuentes, particularmente de informes rebeldes, hace que este tipo de interpretación sea un riesgo y que sus resultados sean cuestionables, más allá de las importantes contribuciones mencionadas. La población andina variaba considerablemente en 1780 (como lo hizo en 1480, con la expansión del Tahuantinsuyo, o en 1980, con el inicio del conflicto armado interno) y no puede agruparse toda junta. También ha cambiado con el tiempo. Szeminski usó la iconografía mochica (una cultura preinca de la costa norte que floreció entre los años 100 y 800 de nuestra era) para comprender las mentalidades del siglo XVIII.²⁸ Los estudios que combinan una comprensión de perspectivas contemporáneas del poder y de la violencia en los Andes (mediante trabajos de campo en quechua, una lengua que yo no hablo), con fuentes históricas, iluminan la mentalidad

indígena del pasado y del presente. Los autores citados contribuyen alejándose de interpretaciones eurocéntricas. No obstante, cualquier interpretación que relacione brutalidad, tradiciones y mentalidades andinas requiere de un conjunto mucho mayor de fuentes y de una profunda comprensión de la sociedad local, algo que aún no tenemos.

No solo batallas enfrentaron a los rebeldes contra los soldados realistas. En algunos casos, pueblos de inclinación rebelde asaltaban a aquellos que creían realistas o viceversa. Por ejemplo, un documento alude a los habitantes de Colquemarca, Santo Tomás, Quillota y Llusco atacando a los de Capi y Cotabambas, con «muchas muertes y estragos en haciendas, casas y ganados». El documento en mención señala que los rebeldes buscaban destruir el puente Huacachaca para aislar a la región del Cuzco.²⁹ Un comandante rebelde murió en este enfrentamiento y los insurgentes forzaron a un clérigo local a enterrarlo con todos los honores, pagando cien pesos por ello. El obispo Moscoso y Peralta inició luego un proceso contra el cura, quien aseguró que había sido obligado a cometer tal acto y que, cuando los rebeldes se fueron, había desenterrado el cuerpo y lo había arrojado a un terreno.³⁰ Detrás de estas luchas pueblo contra pueblo se escondían décadas de tensiones, así como efímeros conflictos personales.³¹

La cacería de Tupac Amaru

A inicios de 1781, los comandantes realistas se concentraron en la persecución de Tupac Amaru. Aunque huyeron del Cuzco, los rebeldes protegieron con agresividad su área de base. Conforme los realistas se abrían camino hacia Tinta, a mediados de marzo, los insurgentes los iban acosando incesantemente desde las alturas. En respuesta, la hueste española cargó de frente contra estas impresionantemente empinadas montañas, desalojando temporalmente a sus enemigos. En estas escaramuzas iniciales, ningún lado pudo adjudicarse la victoria —los rebeldes hicieron miserable la vida a los realistas, y cuando era necesario, huían a zonas más abruptas para reducir su vulnerabilidad. Pero el 18 de marzo, ambos bandos se prepararon para un combate.

Una tormenta de nieve, la escasez de suministros y el miedo a una trampa rebelde habían detenido el avance realista. Su talón de Aquiles demostró ser la carencia de provisiones. Un informe se queja de que, desde el principio, las tropas sufrieron «innumerables trabajos dimanados de las excesivas nieves, granizos, y continuos temporales de las elevadas Montañas [...] la escases de víveres y leña por haver cerrado los Enemigos mi comunicación con los Payses fieles». Este aislamiento significó que «frío y hambre» amenazarán la vida de muchos soldados.³²

Alimentar a unos 15.000 o 20.000 soldados en un área donde la agricultura tradicional solo se desarrolla en los estrechos valles y donde el grueso de la

población era reacio a ayudar a los españoles, fue un problema para Del Valle. Rebeldes y realistas por igual habían saqueado previamente las haciendas y demás tierras en las zonas más bajas, reduciendo así los rebaños de llamas, alpacas, ovejas y vacas. Los pastores indígenas condujeron, entonces, a los animales que habían sobrevivido a territorios de mayor altura. Cultivos nativos, tales como la quinua, solo crecían en lugares remotos alrededor de los 4000 metros de altitud y, en cualquier situación, constituían solo un suplemento de emergencia para los españoles y las tropas de la costa, que difícilmente los calificaban de verdadero alimento. El principal tubérculo andino, la ubicua papa, representaba un desafío para los soldados. A diferencia del maíz o de otros granos que eran almacenados en silos o graneros de piedra, las papas permanecían bajo tierra hasta estar listas para la olla. Las comunidades, por su parte, escondían sus suministros de chuño.

Además, incluso si los puestos de abastecimiento estaban abiertos en el Cuzco, esta ciudad no podía ofrecer un superávit de comida para los soldados. La presencia de 15.000 en ella por un mes había ya agotado los alimentos. Las estaciones andinas también fueron un obstáculo para las fuerzas realistas. La época lluviosa (de noviembre a abril), que hacía de todos los cruces de río una amenaza para la vida y de la marcha diaria un resbaladero, está seguida de un breve otoño y, después, de un frío invierno de junio a agosto. En marzo, por ejemplo, los comandantes se quejaban de la lluvia; meses después, del intenso frío. Conforme se adentraban en el sur, a más y más altitud, las temperaturas descendían.

Por otro lado, los realistas sufrieron en la altura. Muchos soldados pensaron que habían pasado lo peor en el ascenso de Lima al Cuzco. A mayor altura, sin embargo, más desoladas cumbres se alzaban sobre ellos en el viaje que los llevaba del Cuzco al lago Titicaca. Aun cuando habían superado el inicial soroche, la persecución del enemigo entre cumbres que se elevaban sobre los 4000 metros era extenuante y terrorífica. Pero el oxígeno no era el único elemento que les faltaba. Solo semanas antes de dejar el Cuzco, el lugarteniente coronel Manuel Villalta se quejaba de que su columna estaba escasa de carne, pan y leña, y de que se veía forzado a salir adelante con las galletas que tenía, probablemente poco apetecibles. La severa escasez resultaba no solo de la carencia de provisiones locales, sino también de la lamentable planificación y de la renuencia a gastar de las autoridades coloniales.³³ Además de la miseria de los soldados, estaba la privación de sueño. El miedo a un ataque rebelde y el frío los mantenían en vela, frecuentemente cubiertos de nieve. En ese contexto, las enfermedades se propagaron.³⁴

El 18 de marzo, Del Valle dirigió a sus soldados hacia el cerro Sullumayo, buscando desalojar a los insurgentes de las cimas que rodean el valle. Las fuerzas rebeldes los acosaban día y noche, y una agotadora tormenta de nieve, más un fuerte viento y la alarmante falta de comida, hacían las condiciones miserables.

El 20 de marzo, los dos bandos se enfrentaron en Pucacasa. Los realistas diezmaron la vanguardia insurrecta y forzaron a los sobrevivientes a huir, «dejando el terreno que pisaron sembrado de cadáveres». ³⁵ El mal tiempo y los ataques a sus flancos, sin embargo, forzaron a los realistas a retroceder. El 21, un rebelde desertor irrumpió en su campamento, suplicando no ser fusilado y prometiendo brindar valiosa información. Se trataba de Yanurio Castro, un kuraka de Pitumarca, que informó a Del Valle que Tupac Amaru planeaba un ataque furtivo esa misma tarde o en la madrugada. El líder rebelde tenía 10.000 hombres a quienes había inspirado con «muchas botijas de aguardiente con el objeto de que vengan al asalto con el furor que quiere su maligno jefe». ³⁶

Del Valle preparó a sus tropas, que después de tomar sus posiciones, rápidamente rogaron regresar a sus tiendas de campaña para no morir de frío. Aunque descorazonado por la blandura de sus soldados, Del Valle admitió que todos ellos oraron de madrugada para llegar, prefiriendo «guerrear contra un millón de hombres» que estar sumergidos hasta las rodillas en la nieve. No habían tenido comida caliente en tres días y sobrevivían con galletas y pedazos de pan rancio. ³⁷ Un informe anónimo describe que «los días eran crueles de nieve y frío, y las tropas estaban toda la noche con las Armas en la mano metido en la nieve hasta la rodilla». ³⁸ Al amanecer, el ataque comenzó, con gritos en quechua de «Viva el rey Tupac Amaru». Dos columnas rebeldes atacaron a las tropas realistas y, en el tercer intento, se apoderaron de sus mulas y suministros. Tupac Amaru tenía la ventaja. Había atraído a los realistas a las montañas y ocultado el paradero y fuerza de sus tropas. Sin embargo, los rebeldes encontraron a las tropas realistas dispuestas a atacar, y no durmiendo, tal como habían esperado. La batalla enfrentó a la gran vanguardia negra de Del Valle, la caballería e infantería de Lima, contra los combatientes indígenas de Tupac Amaru. Los rebeldes no pudieron dominar el campo realista y, hacia las ocho de la mañana, la mayoría se había retirado. Incluso con la advertencia, las tropas de Del Valle apenas pudieron repeler el ataque, confiando finalmente su suerte a la llegada de una columna dirigida por Juan Manuel Campero.

Soldados descontentos se quejaron amargamente con Del Valle acerca de su hambre y fatiga. La noche siguiente, el 23 de marzo, el general fue testigo de que sus tropas caían exhaustas en la nieve, incapaces de permanecer conscientes o sentadas. Notando que el cansancio causado por días sin dormir y el amargo frío «vencerían no solo el ejército de mi mando, sino los robustos aguerridos del Rey de Prusia», comenzó una retirada hacia el valle. ³⁹ Campero trajo desesperadamente comida y alcohol, mientras que un cura recolectaba leña, ropa y más alimentos para los hambrientos y congelados realistas, quienes se retiraron a la cuenca del río Vilcanota. Los españoles ya sabían que no debían enfrentarse a los rebeldes en las alturas.

Tupac Amaru expresó su frustración por la derrota de Pucacasa, ridiculizando la cobardía de los realistas.⁴⁰ Mientras que los miembros de la milicia negra y las fuerzas de Pumacahua permanecieron leales a Del Valle, los indios que se habían unido a los realistas después del frustrado sitio del Cuzco desertaron masivamente. El mariscal también se enteró de que las tropas realistas indígenas de Anta, Abancay y Huamanga habían retornado a sus pueblos. Quiso seguirlos y ejecutar a uno de cada diez hombres (el diezmo), pero se dio cuenta de que las circunstancias lo impedían. Amargamente describió la deserción de «muchos indios de nuestros auxiliares de Chincheros y de Anta, llevándose muchos costales de coca y de maíz, publicando por los países que pasan que yo los envío a sus casas por haber determinado suspender la expedición hasta la Pascua». El comandante solicitó severas represalias, «así por las consecuencias que puede tener su maliciosa invención, cuanto porque voy acreditando que nada conseguiremos de esta torpe, desafecta nación con la contemplación y suavidad que la tratamos».⁴¹ La opinión de Del Valle acerca de los indios se volvería incluso más ácida en los meses siguientes.

Después del desastre de Pucacasa, Del Valle dirigió sus tropas hacia el centro rebelde, en los alrededores de Tinta. Los insurrectos habían destruido el puente de Urcos, por lo que los realistas perdieron varios días cruzando el río Vilcanota, en su crecida más rabiosa al fin de la estación lluviosa. Del Valle sabía que tenía pocas posibilidades de éxito en los remotos y altos pasos de montaña, así que buscó algo más cercano a un clásico combate militar en el valle del Vilcanota. Después de días en lo alto de montañas nevadas, alabó el «benigno temperamento y abundancia de alimentos».⁴² Su informe, sin embargo, demuestra un limitado conocimiento de la región. Nombra a solo unos cuantos de los pueblos que se encuentran en los mapas coloniales y describe la desafiante topografía más que la geografía política. Anota que los rebeldes no aprovecharon del todo los estrechos pasos y profundos cañones. Aunque esto parece sorprenderlo, generalmente minimiza el talento e inteligencia de los sublevados, enfatizando, solo cuando reconoce su proeza militar, la naturaleza supuestamente sanguinaria de los indios y su devoción ciega a Tupac Amaru. El general mencionó que los rebeldes atacaron «por la derecha y por la izquierda» y los rodearon por la noche, acribillando el campamento realista con cañones y fusiles.

Las tropas de Del Valle cercaron Quiquijana, un baluarte rebelde. Inicialmente, el mariscal calculó que requería de unos 15 días y de una gran matanza tomar el pueblo, pero el cura de la parroquia le hizo llegar una nota contándole que los rebeldes habían huido para unirse a Tupac Amaru en otro lugar. Las tropas realistas entraron entonces al pueblo y encontraron solo a mujeres y ancianos amedrentados en la iglesia, que rogaron a Del Valle, entre lágrimas, por un perdón, suplicándole que no incendiara sus casas y haciendas. El comandante

español ahorcó a Luis Pomainga, un pariente distante de Tupac Amaru, y a otros posibles rebeldes. Denigró asimismo a la población indígena «porque en manos de otra Nación instruida, hubiera graduado que su Conquista requería dos meses de sitio con un Exercito aguerrido y numeroso», mientras que él había entrado sin resistencia.⁴³

La lucha a finales de marzo frustró a Tupac Amaru. En varias cartas, se burlaba de que los realistas huían como cobardes. Pucacasa también lo hizo confiar, se demasado —estuvo cerca de diezmar a la columna de Del Valle. Preocupado por otras áreas, el líder rebelde envió tropas en auxilio de Tomás Parvina y Felipe Miguel Bermudez en Chumbivilcas, de Diego Verdejo en Caylloma y de Diego Cristóbal Tupac Amaru, su primo, en Urubamba. Por otro lado, Ramón Ponce y Vilca Apaza enfrentaban a los realistas alrededor de Puno. El grueso de sus fuerzas se retiró a Quiquijana y luego a Combapata, al norte de Tinta, donde reforzaron un muro y las trincheras para mantener a raya a los españoles.⁴⁴

En marzo, Parvina, uno de los comandantes de más confianza de Tupac Amaru, condujo sus tropas a Chumbivilcas. Esta provincia, situada en las alturas, había sido un baluarte rebelde. Tupac Amaru andaba preocupado por la violencia de ambos lados y por la posibilidad de perder esa zona. El 13 de marzo, envió un decreto al área donde expresaba su intranquilidad por los «muchos excesos, matándose los unos a los otros, perjudicándose entre españoles e indios».⁴⁵ Pedía que vivieran en paz, «como Dios manda», amenazando llevar a la horca a quienes lo desobedecieran. Una vez en Chumbivilcas, Parvina previno a sus seguidores acerca de las graves consecuencias de la desertión y les permitió saquear la propiedad de aquellos que consideraba desertores. Él y Felipe Bermúdez lucharon contra la columna realista dirigida por Francisco Laisequilla. El 21 de marzo, las fuerzas españolas presionaron a los rebeldes, quienes estaban prácticamente sin armas y municiones, en una defensa final cerca del pueblo de Santo Tomás. Del Valle describió el coraje de Parvina y Bermúdez, que murieron peleando debajo de su cañón, la única arma significativa que poseían. Calculaba que los rebeldes tenían entre 5000 y 6000 hombres y que los realistas habían ejecutado a casi mil. Para ahorrar la munición, los apuñalaron a muerte. A esas alturas del levantamiento, la contabilidad de cuerpos había saltado de docenas a miles. No sabemos nada acerca de la identidad de los rebeldes muertos o de sus restos. El 31 de marzo, los realistas marcharon en el Cuzco con las cabezas de Parvina y Bermúdez en picas, mostrando este espeluznante trofeo en la plaza de Armas y luego en los caminos que llevaban a la ciudad.⁴⁶ Estaban comenzando a masacrar a todos los prisioneros y a mostrar cabezas decapitadas y otras partes del cuerpo cercenadas. El uso y la visualización de la violencia fueron cambiando en ambos lados.

Tupac Amaru y Micaela Bastidas perdieron dos importantes comandantes en un área considerada un baluarte rebelde. Sin embargo, los realistas también

tenían razón para preocuparse. El 6 de abril, el visitador Areche se quejó de que Chumbivilcas «queda más alterada y rebelde que nunca». Se lamentaba no solo de que su único juez y algunos curas hubieran huido, sino de que varios funcionarios realistas y curas de parroquia que se habían quedado, estuvieran en desacuerdo, «que nadie lleva otro interés que el suyo propio».⁴⁷

En medio de las batallas sangrientas de finales de marzo, el caos y la incertidumbre reinaban del Cuzco a Puno e incluso en el Alto Perú. Cada bando enfatizaba las debilidades y confusión del oponente. Del Valle escribió, por ejemplo, el 19 de marzo:

Dicen que la casa de este desgraciado y mal hombre [Tupac Amaru], está hecha una confusión de pena: que su muger llora sin cesar, y que lo mismo hacen sus hijos: que su hermano Diego está en extremo melancólico, y que en Tinta, donde se halla, tiene hecho un zanjón para su resguardo, y más de 1,200 hombres que lo custodian, con buenas ganas de entregarle o matarle luego que se acerquen nuestras tropas.⁴⁸

La violencia y la venganza provocaron que la situación se deteriorase. Un prisionero español afirmaba que un comandante rebelde le había enviado a Micaela Bastidas las cabezas de una mujer y un joven como trofeo.⁴⁹ Al mismo tiempo, informes del lejano sur, el Collao, sostenían que los insurrectos estaban «sumamente derrotados»; preocupantes rumores también propagaban que Tupac Amaru estaba camino al sur para reagruparse en el área del lago Titicaca.⁵⁰ La violencia escalaba. Los realistas ejecutaban prisioneros en masa, señalando secamente las muertes de cientos o miles de hombres, o los castigaban brutalmente. Por ejemplo, las tropas dirigidas por Laisequilla, quien había derrotado a Parvina, se toparon con 38 hombres en una ladera. Enviaron a un lugareño a convencerlos de rendirse, pero este fue recibido con una descarga de rocas. Los realistas cargaron contra la montaña y capturaron al grupo. Azotaron a aquellos que «encontraron vivos» y cortaron pedazos de sus orejas para «perpetua señal de iniquidad y rebeldía».⁵¹ Este angustioso incremento del grado de brutalidad no reflejaba tanto las supuestas tradiciones del oponente (la crueldad española o el barbarismo indio), sino más bien la espiral de violencia y la conversión del enemigo en un miserable «otro» considerado merecedor de abuso y muerte. Como sucede en otras rebeliones y guerras, conforme aumentan los heridos y las bajas, los combatientes de ambos lados buscan venganza (y la delantera) y emplean tácticas crecientemente brutales, no utilizadas en los combates iniciales. Desesperación y odio se profundizan, y cada bando asesina a sus cautivos y profana cadáveres. Este fervor alimenta y fomenta la comprensión que tiene cada lado del otro como no cristiano o salvaje, interpretaciones que justifican una mayor violencia.

En medio de esta violencia y caos, Tupac Amaru y el visitador Areche se escribieron, buscando explicar sus planes y, quizás, negociar algún acuerdo. Su correspondencia parece una partida de ajedrez, ya que cada lado trataba de inflar su base y rebajar la del enemigo. Tupac Amaru insistía en que solo estaba luchando contra los españoles malvados, mientras que Areche presentaba a los rebeldes como una pequeña y aberrante banda de apóstatas que pronto serían aniquilados. Aunque son piezas de propaganda, las cartas arrojan luz sobre ambos bandos y el estado de cosas a inicios de 1781.

David y Goliat mantienen correspondencia

El 26 de enero, Tupac Amaru escribió al padre Josef Paredes, explicándole que los «europeos hereges» habían tenido la culpa de lo ocurrido en Sangarará y que él había en realidad salvado vidas. Aseguraba que su fe cristiana le había impedido tomar el Cuzco, salvando así la ciudad y sus numerosas iglesias, monasterios y conventos de la destrucción. Insistía en que el obispo Moscoso y Peralta se había equivocado en enfrentar a la Iglesia contra él, y reiteraba su propósito de abolir el reparto, la mita, las aduanas y las alcabalas, sosteniendo que los corregidores explotadores no solo maltrataban a los indios, sino que también impedían que ellos fueran buenos cristianos. Ridiculizaba la confianza de los realistas en el apoyo de Lima, burlándose de que «he estado en esa Audiencia y tengo observado que estos son buenos para matar semitas, y enguillar mazmarros [...] son buenos los de aquella Junta para entretener un Pleyto o Demanda, y mantenerse de la sangre de los pobres, como a mí me acontecía».⁵² Insistía en que él solo había matado a Arriaga, a nadie más, y firmaba como el «último Descendiente del Rey último del Peru, y su heredero».⁵³ Continuaría esta línea argumental en su correspondencia con el visitador.

El 5 de marzo, Tupac Amaru envió a Areche una larga carta (de 28 párrafos), a través de un prisionero, el cura Rafael José de Sahuaraura Titu Atauchi, cuyo hermano, el kuraka Pedro Sahuaraura Ramos Titu Atauchi, había muerto en Sangarará.⁵⁴ Tupac Amaru más tarde afirmaría que su amanuense, Francisco Cisneros, miembro de su círculo más íntimo, Felipe Bermúdez, y el propio Sahuaraura le habían ayudado a escribirla.⁵⁵ José Gabriel comenzó con un respetuoso, incluso obsequioso tono, y luego explicó que, después de la muerte de Arriaga, él había ido al Cuzco a cumplir «con ánimo [...] todo lo mandado por Su Magestad», refiriéndose al rey de España, y que se había retirado para evitar un derramamiento de sangre. No mencionó su incursión previa al sur o sus violentas acciones. José Gabriel afirmaba que deseaba evitar el ejemplo del emperador romano Vespasiano y su hijo Tito en el sitio de Jerusalén. Con esto, el líder rebelde dejaba claro que no deseaba que el Cuzco fuera saqueado. Tornándose al Viejo

Testamento, citaba al rey Saúl, cuya derrota y muerte en manos de los filisteos en el monte Gilboa había mutilado el reino de Israel, y comparaba su propia lucha contra los españoles con la de David y Goliat.⁵⁶

Tupac Amaru describía con gran detalle cómo los corregidores dirigían una corrupta red de actividades que ignoraba tanto las leyes de España como el bienestar de los indios. Después de explicar las brutales condiciones en haciendas y obrajes, y cómo los escasos salarios impedían a los indios pagar el tributo, se preguntaba quiénes eran los verdaderos apóstatas y traidores: ¿los indios o los corregidores?⁵⁷ Sobre la base de un muy discutido tema en el siglo XVIII, se quejaba de que los curas no mantenían las iglesias o su propia apariencia, y de que se preocupaban más por cobrar exorbitantes honorarios que por celebrar misas. Tupac Amaru también se lamentaba de que «ellos [los curas] como no saben la lengua de la tierra [quechua] por ser extranjeros, no explican por sí mismos la doctrina, de suerte que hay muchachos y muchachas de veinte años, que no saben ni el persignarse». Esta era una queja inusual, pues los rebeldes rara vez se referían a la necesidad de curas quechuahablantes. A lo largo de la misiva, enfatizaba su profundo catolicismo y no hacía casi referencia a la brutal guerra que él y su destinatario, el visitador Areche, estaban librando.⁵⁸

El 5 de marzo de 1781, Areche publicó el decreto en el que ofrecía indulto a la mayoría de insurgentes y una recompensa a aquellos que ayudaran a capturar a los líderes. Describía la naturaleza sacrilega y las formas destructivas de la rebelión, y justificaba su masa de adeptos en función de las «vanas, injustas, y malditas» promesas que se les hacía, así como de la intimidación a través de amenazas y castigos. Demandaba que el decreto fuera escrito en quechua y español, y publicado «en los pueblos o sitios que pueda».⁵⁹

El 12 de marzo, el mismo día en que recibió la carta de Tupac Amaru, Areche envió a dos curas con su respuesta. Uno de ellos, Fernando Ramos Titu Atauchi, tío de José Rafael Sahuaraura, se la leyó en voz alta a José Gabriel, Micaela, dos de sus hijos (Hipólito y Fernando) y Diego Cristóbal. La carta enfureció tanto a Tupac Amaru que arrestó a los dos mensajeros.⁶⁰ En contraste con la mayoría de documentos coloniales que comenzaban con un párrafo o saludo protocolar, este mensaje se iniciaba de una forma inusualmente sencilla:

Acabo de leer la bien extensa carta que Vuestra Merced me puso el día cinco de este mes en el pueblo de Tinta queriendo inclinarme a que para suspender las hostilidades que están haciendo sus tropas en las Provincias incomodadas se tome algún temperamento, pues juzga que ha tenido causa suficiente para esta rebelión.

Areche reprendía a Tupac Amaru por presentar la rebelión como un acto justificable.⁶¹ Sostenía que el líder rebelde era falso o ingenuo al no reconocer

la gravedad de sus crímenes, y luego demandar que él, el visitador, y el sistema colonial en general, hicieran todo lo posible por mejorar la suerte de los indios. De hecho, usaba un clásico argumento burocrático en referencia al comportamiento abusivo de los corregidores: «estaba cerca de remediarse». Ridiculizaba la declaración de Tupac Amaru de que tenía poderes reales para castigar a los corregidores y tomar otras medidas, y enfatizaba que había cometido asesinato en el caso del corregidor Amiaga. Suplicaba a Dios mostrar a Tupac Amaru «su crimen tan grande como es. Hazle sentir los golpes, las calamidades, los asedios, los destrozos y los sacrilegios que ha cometido él y su gente contra el Santuario, contra estas destruidas Provincias, que convalezcan tarde, y contra la obediencia del Rey». ⁶² Sin jamás perder el amigable o condescendiente tono, le solicitaba entregarse para evitar más matanzas y el deshonor. ⁶³ Tupac Amaru consideró que la carta era una sarta de «delirios». El mariscal Del Valle, quien se encontraba cada vez más en desacuerdo con Areche, también cuestionó su tono, creyendo que anulaba cualquier posibilidad de negociar una solución. ⁶⁴

Esta correspondencia daba vagos indicios de la violenta contienda al sur del Cuzco. Poco se sabe acerca de la circulación de las demás cartas que es más que obvio que Areche recibió de Tupac Amaru, pero ambos remitentes buscaron presentar su movimiento de la mejor manera, atraer apoyo y evaluar el propósito del otro. También creían firmemente en sus prerrogativas: Tupac Amaru como el defensor de las masas indígenas y heredero de los incas; Areche como el máximo representante de España, junto al virrey (o encima de él, desde su perspectiva). Los dos se enorgullecían de sus habilidades intelectuales y liderazgo. Los seguidores de ambos bandos probablemente se preguntarían si escribir estas largas cartas era la mejor manera de utilizar el tiempo, a la luz de la casi incesante lucha.

La correspondencia de Areche también refleja cuánto lo exasperaba la población y la topografía andinas. El primero de marzo, antes de dejar el Cuzco, escribió a Galvez que los indios creían que con «la rebelión no habrá iglesia, ni curas, tributos, corregidores, repartimientos, obrages, mitas, aduanas, ni chapetones o españoles; y con que si alguno muere en la accion de coronarse y rendir lo demas del Reyno, le resucitará al tercero día». ⁶⁵ Para Areche, el fin del gobierno español y la resurrección eran ideas absurdas. Aunque advertía deserciones masivas y una creciente dependencia de la coerción —ahorcamientos y decapitaciones— en el lado rebelde para mantener la disciplina, claros signos para él de declive, informaba con tristeza sobre el catolicismo primitivo de los indios y la profunda —y según él falsa— memoria de los incas, «sin acordarse de la opresion en que estaban». Desde su punto de vista, la religiosidad superficial de los indios y la reverencia por los incas les haría difícil a los españoles derrotarlos o asimilarlos. Areche expresaba su conmoción y decepción por el extendido uso del quechua: «y me hace el mayor dolor caminar por esta tierra sin entender a los

que me hablan, bien a pesar de la repelición con que ha mandado el Rey que se le enseñan y no ha vastado». ⁶⁶ Solo un sangriento levantamiento había forzado a un alto oficial de la Corona a visitar el mundo andino y experimentar el Perú multilingüe. Areche no solo censuraba el cristianismo y el elemental español de los indios, sino que también culpaba a las laxas políticas de Lima, específicamente a la incapacidad del virrey para aplastar a «atrevidos maldicientes», así como a aquellos que se rehusaban a pagar al tesoro real. La aversión de Areche hacia el virrey Jáuregui y su ferviente oposición al quechua, ligada a la creencia de que la lengua y cultura hispanas tenían que ser impuestas en los Andes, marcaron las luchas en el bando español y los desacuerdos sobre política en los siguientes meses y años.

La captura

La retirada de Del Valle de Pucacasa frustró a Tupac Amaru, quien pensaba que estaba a punto de derrotar a los españoles. También lo llevó a creer que los realistas eran vulnerables, y que su número y organización habían sido neutralizados por la topografía, el tiempo y la táctica de guerrilla. Esto lo condujo a enviar tropas a Chumbivilcas, Caylloma y Urubamba. ⁶⁷ Sin embargo, los españoles estaban pisándole los talones. Después de los retrasos para cruzar el río en Urcos y de esperar a las últimas columnas que se aproximaban desde el Cuzco, a fines de marzo las fuerzas realistas bajaron al valle hacia el cuartel general rebelde. Las fuerzas insurgentes conducidas por Tupac Amaru acosaron a los españoles con ataques de guerrilla, fuego de artillería y su único cañón móvil, desde Urcos hasta Combapata. La quinta columna realista, que había presionado sobre el sureste, enfrentó a los rebeldes en Paruro, Cotabambas y las provincias altas. El resultado: la derrota y muerte de Parvina y Bermúdez. Después de las escaramuzas en Paruro, la cuarta columna se le unió.

A fines de marzo, como la nieve y el granizo comenzaron a caer en las alturas, los realistas presionaron más y más cerca de la base rebelde al norte de Tinta, en los cerros justo arriba del valle donde el río Salca alimenta al Vilcanota. Se dieron cuenta de que los insurgentes eran numerosos, pero también supieron, por los desertores, que estaban sufriendo escasez de suministros. Las tropas de Pumacahua desalojaron a los sublevados de sus ventajosas posiciones en la ladera de la montaña. El 4 de abril, la segunda columna realista dirigida por el lugarteniente coronel Villalta llegó, convergiendo con la columna de Del Valle. Esa noche, los insurgentes atacaron la columna de Villalta y decapitaron a cuatro centinelas. Un quinto disparó su arma, y los realistas repentinamente despertados se precipitaron en formación de batalla. Del Valle, sin embargo, ordenó que yacieran

en el suelo para atraer al enemigo a su alcance de tiro. Una vez que la vanguardia rebelde llegó a las alturas cubiertas de granizo, los realistas dispararon sus mosquetes al unisono, matando a muchos y obligando a los sobrevivientes a huir. Los rebeldes dejaron atrás sus cinco cañones.⁶⁸ En plena batalla, en terreno relativamente abierto y plano, sin el elemento sorpresa del lado de los rebeldes, los realistas tenían ahora la ventaja. Usando su superior caballería y armamento, las fuerzas realistas atacaron, moviéndose rápidamente para rodear a los insurgentes y forzarlos a entrar en el valle. Quizás un desertor les había informado de la fuerza y exacta ubicación de los rebeldes.⁶⁹ Una carga de los miembros de la milicia negra nuevamente rompió las líneas rebeldes y los disparos dejaron «crecido número de cadáveres, sin contar infinitos heridos».⁷⁰ Los realistas estaban a la ofensiva. De acuerdo con un informe, la horrorosa matanza y la pérdida de los cañones, armas y otros suministros aturdieron a Tupac Amaru, quien estaba en medio de sus tropas.⁷¹ Corrió a caballo, se sumergió en el río Vilcanota/Combapata para salvarse y estuvo a punto de ahogarse. A los realistas les tomó horas cruzar el río —los rebeldes habían destruido el puente—, y Del Valle afirmó que Tupac Amaru escribió una frenética carta a Micaela: «vienen contra nosotros muchos soldados, y muy valerosos, no nos queda otro remedio que morir».⁷²

El grueso de las tropas realistas vino a través de Combapata, donde los rebeldes habían construido un fuerte. Del Valle usó cinco cañones y armas de fuego para destruir el muro que los insurgentes habían levantado, forzándolos a huir. Aparte de siete prisioneros, el general encontró Tinta desierto. Entre las pertenencias del líder rebelde, se descubrió un retrato de Tupac Amaru a caballo en la victoria de Sangarará, que él o Micaela habían encargado hacer. Para consternación de las autoridades en el Cuzco y de generaciones de historiadores, los realistas destruyeron la pintura.⁷³

Seducidos por la promesa de una importante recompensa, los soldados realistas se apresuraron al sur tras los líderes rebeldes. El 7 de abril, atraparon a Micaela Bastidas, junto con dos de sus hijos, Hipólito y Fernando, y otros familiares, cuando pretendían escapar a La Paz, a través de Livitaca. En retrospectiva, Micaela esperó demasiado por Tupac Amaru. Algunos informes afirman que su decisión de tomar valiosos pero pesados tesoros, tales como oro y plata, retrasaron su partida de Tinta. Micaela admitió tener «tres pares de zarcillos, once sortijas, hebillas de oro, gargantilla de oro, cuatro tejitos de oro, unos ataditos de oro en polvo [...] seiscientos pesos en plata sellada, cuatro cajas de oro, mucha plata labrada, alguna ropa de Castilla y de la tierra». Los españoles creían que había escondido mucho más.⁷⁴

Separado de Micaela desde las batallas de marzo, Tupac Amaru huyó a Langui, el área al sur de los cuarteles generales rebeldes que ellos siempre habían proyectado como su ruta de escape. En Langui, Ventura Landaeta, uno de

los partidarios de Tupac Amaru, insistió en que descansara antes de continuar su retirada. También urgió al líder a quedarse y resistir en lugar de huir. Tupac Amaru se dio cuenta demasiado tarde de que esta era una artimaña. Landaeta y otro traidor, Francisco Santa Cruz, lo contuvieron con la ayuda de las mujeres y el cura del lugar, Antonio Martínez, hasta que un mulato miliciano, que lo había rastreado desde su escape en el río Vilcanota, lo atrapó. Tupac Amaru ofreció 200.000 pesos por su libertad, pero fue en vano. Los soldados rápidamente ataron al líder rebelde.⁷⁵ Solo semanas después de haber casi derrotado a los realistas en las alturas nevadas, Tupac Amaru llevaba ahora grilletes.

Un bien armado batallón transfirió al líder rebelde y alrededor de treinta prisioneros —los estimados varían— a Tinta. Las autoridades ahorcaron al menos a 67 seguidores de nivel inferior en los siguientes días. Los indios observaban aterrorizados estos espeluznantes rituales, orando para ser considerados en la promesa de indulto general de los líderes realistas.⁷⁶ Estos asesinaron a cientos y quizás a miles más —la cantidad no puede verificarse. La ejecución de los indios rara vez dejaba un rastro de papel, particularmente en los pueblos del valle del Vilcanota. A diferencia de Del Valle y Areche, quienes tenían que informar al Cuzco, Lima y Madrid de sus acciones, los comandantes de menor jerarquía no enviaban informes formales y eran renuentes a detallar la matanza del enemigo. Las fuerzas españolas se apoderaron de armas, municiones, comida, plata y otras cosas, según consta, tomadas de las iglesias de Langui y Tinta. Los rumores acerca de un tesoro escondido de oro y plata se mantuvieron por años.⁷⁷ Del Valle calculó haber incautado dos baúles llenos de papeles, proveyendo a Areche «los que desea para averiguar el origen de este ruidoso alzamiento». Alguien señalaba con ironía que estos documentos «no dejarán de quitar el sueño a algunos de aquí».⁷⁸

El 8 de abril, Tupac Amaru escribió cartas desde Tinta a su primo Diego Cristóbal, a Andrés Mendigure y a otros comandantes, solicitándoles entregar sus armas y confiar en Del Valle. Pocos creyeron en su sinceridad, y aunque los indígenas del común se entregaron, asegurando que no tenían ninguna relación con el levantamiento o que habían sido forzados a luchar, los comandantes rebeldes no cayeron en la trampa.⁷⁹ Llegaron rumores de que Diego Cristóbal intentaría rescatar a su tío en el camino de Urcos al Cuzco, y los realistas reforzaron las fuertemente armadas tropas que vigilaban a sus cautivos de primera categoría, todos los cuales tenían brazos y piernas atados y encadenados. El 14 de abril, con el visitador Areche a la cabeza, el convoy llegó al Cuzco. La ciudad había celebrado por días y estaba «loca de contento». Por todas partes, las campanas de la iglesia ayudaban a propagar las noticias.⁸⁰ Detrás de la euforia realista, sin embargo, hubo problemas. Los rebeldes entraron al pueblo de Checacupe luego de haber sido este tomado por los realistas, y mataron al cura, a los españoles y a las mujeres y niños que supuestamente apoyaban a los españoles.⁸¹ Los realistas

lamentarían después, no haber capturado a Diego Cristóbal, Andrés Mendigure y Mariano Tupac Amaru. La rebelión no había terminado. Por otro lado, Areche trataba de impedir que Del Valle se llevara los créditos por la captura, y estos dos rivales se enfrentarían creciente y progresivamente. En los meses que siguieron, las luchas internas se desarrollarían en una más amplia división entre los moderados, que buscaban negociar con los rebeldes, y los que defendían la mano dura, que creían que la exterminación del enemigo y de la cultura andina era la única solución. Este choque configuraría no solo el resultado de la rebelión, sino también la naturaleza y destino del gobierno español en el Perú.

CAPÍTULO 7

El tormento

El juicio y la ejecución de Tupac Amaru, Micaela Bastidas así como de su círculo más íntimo combinaron la formalidad administrativa de la justicia hispanoamericana con la crueldad pública que caracterizaba los inicios de la Europa moderna. Supervisado por Areche y el recién llegado visitador Benito Mata Linares —sus representantes de la mano dura que arrojaría una larga sombra sobre el Cuzco y el Perú en los siguientes años—, el juicio buscaba obtener tanta información como fuera posible de la rebelión e intimidar a los seguidores rebeldes, reales o potenciales. Los españoles también deseaban vengarse. Ejecutaron a los prisioneros de forma brutal frente a miles de personas, buscando disuadir a la población indígena de una mayor subversión. Adicionalmente, procuraron borrar el recuerdo del levantamiento, sus líderes y las ideas del movimiento, como lo simboliza la quema de sus cuerpos y el vertido de sus cenizas en el río Huatanay.

Estos eran formidables y quizás contradictorios objetivos. El ritual fue horrible y conmocionó a la región. Sin embargo, aunque ciertamente intimidaba, fallaba en silenciar o hacer que la gente olvidase. Para muchas personas en el Cuzco, hasta ahora, el ajusticiamiento del 18 de mayo convirtió a los rebeldes en mártires más que en apóstatas y criminales ignorados. Si Areche y Mata Linares creyeron que la ejecución y los ejecutados serían olvidados después de 1781, se equivocaron. Cualquier peruano, aun con una noción brumosa de su historia nacional, ha oído sobre esto. Hoy, placas del Rotary Club y de la Municipalidad del Cuzco marcan el sitio de la ejecución en la bulliciosa plaza de Armas.

«Ver a mis compatriotas y mujeres en dificultades, maltratados, perseguidos»

Las autoridades coloniales siguieron las prácticas legales habituales, aunque adoptando medidas especiales a causa de la importancia de los líderes rebeldes y de la amenaza percibida de que los simpatizantes podrían intentar liberarlos. Areche había hecho todo lo posible para asegurar la llegada de los detenidos al Cuzco, preocupado por los rumores de que Diego Cristóbal y Mariano Tupac

Amaru atacarian. Se reunió con el convoy en Urcos, buscando quedarse con los créditos por la captura. El 14 de abril, con la mayor parte de las principales calles del Cuzco cerradas y bien resguardadas, los prisioneros arribaron a la plaza de Armas. Tupac Amaru, encadenado a una mula, sus tobillos con grilletes y sus brazos atados detrás de la espalda, vestía un traje de terciopelo y una cruz, como si se tratara del protagonista de un auto de fe. Los miembros de su familia fueron instruidos para despedirse los unos de los otros —no se verían nuevamente sino hasta la ejecución—, mientras que él y su hijo Hipólito fueron mantenidos en aislamiento.¹ Según se dice, Micaela lloraba. Como mujer pragmática, siempre había comprendido el peligro que enfrentaban y sabía que los españoles los tratarían duramente.² Tupac Amaru permaneció en una celda adyacente a la plaza de Armas, en lo que había sido una propiedad jesuita, mientras que el resto de los prisioneros fueron enviados al antiguo colegio de San Francisco de Borja, convertido en prisión, en cuartel militar y, en ese momento, en una instancia judicial.

Areche y Mata Linares confiaron en diez escribanos y notarios para organizar la información y mantener registros precisos. Apelaron a los abogados del Cuzco para ayudarlos y ejercer como defensores. A pesar de los cientos de testimonios y la revisión de miles de documentos, además de complejos debates legales acerca de materias tales como si la pena de muerte podía aplicarse a menores y si los indios requerían procedimientos legales diferentes, ambos se movieron rápidamente. Entregaron veredictos para los principales nueve acusados en menos de tres meses. Más de un centenar de prisioneros fueron liberados sin juicio alguno.¹

Claramente, Tupac Amaru fue la pieza central y Micaela Bastidas, la segunda en importancia. Los fiscales escudriñaron la documentación encontrada en Tinta y en otros lugares, y también presentaron a docenas de testigos y forzaron a los acusados a testificar los unos contra los otros, es decir, aplicaron el careo. Los españoles y criollos que sirvieron como amanuenses de Tupac Amaru, tratados en el capítulo 3, desempeñaron un rol particularmente importante. Los realistas confiaron en su testimonio, mientras que ellos buscaron afanosamente refutar las acusaciones de que habían apoyado voluntariamente la rebelión. El juicio contra Tupac Amaru, encontrado en el famoso legajo 33-Cuzco del Archivo General de Indias de Sevilla y completamente transcrito en la *Colección documental del bicentenario de la revolución emancipadora de Tupac Amaru*, comenzó con los documentos que anunciaban su captura y el testimonio, fechado el 17 de abril, de Francisco Molina, Francisco Cisneros y otros amanuenses y consejeros. El material del juicio incluye su correspondencia y decretos encontrados entre los rebeldes o en otros lugares. Los fiscales añadieron documentación cuando algo llamaba su atención, rompiendo la estricta organización cronológica. De la misma manera en que los historiadores lo harían en los siguientes siglos, el equipo fiscal leyó cuidadosamente toda la correspondencia dirigida y remitida por Tupac Amaru

y Micaela Bastidas para descubrir quién había apoyado la rebelión, su extensión geográfica y motivos.

Mata Linares volvió a interrogar a Tupac Amaru el 19 de abril. El acusado se identificó como de Surimana, casado con Micaela Bastidas, noble kuraka indio de Pampamarca encargado de la jurisdicción de Pampamarca, Tungasuca y Surimana. Inmediatamente negó que hubiera ido contra «el rey ni su corona». Tupac Amaru describió sus conflictos con varios corregidores y admitió su gran frustración con ellos. Le había preguntado a varias de estas autoridades qué ocurriría si el reparto era abolido, y ellas respondían con poca sinceridad «que pagarían dobles tributos». En otras palabras, incluso si el español liberaba a los indios de un impuesto (el reparto), lo compensaría incrementando otro. Admitió que este intercambio lo había llevado a quejarse con su esposa: «de qué me sirve que sea Tupa Amaro que no hemos de hacer algo por nuestros paisanos». ⁴ Mata Linares inmediatamente le preguntó qué quiso decir con esto, y el líder rebelde contestó de manera enredada:

[...] si el reino fuera una hacienda y él tuviera derecho a ella, teniendo esta indios y los viera tratar mal, sería preciso sacar la cara por ellos para que no los trataran mal así él siendo descendiente de los incas, como tal viendo que sus paisanos estaban acongojados, mal tratados, perseguidos se creyó en la obligación de defenderlos para ver si los sacaba de la opresión en que estaban. ⁵

Mata Linares entonces le preguntó por qué se creía un legítimo descendiente de los incas y quién le había dado ese derecho, a lo que él respondió que la Audiencia. El fiscal le reprochó que la Audiencia, una especie de corte suprema, no había hecho tal declaración. Las preguntas continuaron el 20 de abril y, después de tomar libre el sábado 21, concluyeron el 22. Tupac Amaru permaneció evasivo, proveyendo nombres ya conocidos por los españoles y respuestas imprecisas acerca de con quién había planeado el levantamiento y por cuánto tiempo. Cuando Mata Linares lo acusó de desafiar a las tropas del rey, tomando la ley en sus propias manos, matando españoles y cometiendo otros crímenes, Tupac Amaru insistió en que simplemente estaba defendiendo a los indios. ⁶

El 21 de abril, Areche recibió un informe de los comandantes realistas Domingo Guerra y José Acuña en Tinta. Prometiendo «toda nuestra eficacia en inquirir, del frenético y audaz cacique», incluían una lista detallada encontrada en la casa de Felipe Bermúdez de «españoles de esta provincia». También incorporaron su propia lista de muertos, capturados y líderes rebeldes todavía en libertad. ⁷ La lista de españoles indicaba que los rebeldes habían hecho trabajo de inteligencia, rastreando cuáles permanecían cerca de Tinta.

El 27, las confrontaciones con los testigos comenzaron. El fiscal les preguntó repetidamente con cuánto tiempo de anticipación había planeado Tupac Amaru el levantamiento y con quiénes, buscando información acerca de sus aliados en Lima y el Cuzco. Tupac Amaru había permanecido esquivo a lo largo del mes que ya llevaba el juicio, y mientras reconocía su litigio en Lima y sus relaciones con personas en diferentes lugares del virreinato, no confirmaba que su conspiración hubiese sido un proyecto largamente cocinado o que tuviera el apoyo de otros. Rehusó implicar a personas no arrestadas o claramente asociadas con él, e insistió en que su lucha buscaba ayudar al rey de España a corregir las injusticias de las que funcionarios corruptos tomaban parte o eran cómplices.⁸

El 27 de abril, al mediodía, un desesperado Tupac Amaru escribió una nota con su propia sangre en una pequeña pieza de tela del forro de su camisa. Se la dio al guardia con instrucciones de hacerla llegar al lugarteniente José Casildo. El mensaje solicitaba una lima para deshacerse de sus grilletes. Tupac Amaru creía que una vez sin ellos, si llegaba al patio, la gente del Cuzco vendría a su rescate. Estimaba que podría entonces tomar la ciudad en dos horas.⁹ Ofreció a los guardias de turno magníficos sobornos de oro y plata (19 zurrones de plata y 10 arrobas de oro; en total, más de 110 kilos), escondidos en una hacienda fuera de Tinta que solo él conocía —los dos hombres que lo habían ayudado a enterrar el tesoro, afirmaba, estaban muertos. Les pidió que lo ayudaran a convencer a los soldados realistas de Huamanga (entre el Cuzco y Lima) de ayudarlo en su escape. Tupac Amaru trató de influir en los guardias, insistiendo en que sus primeros blancos serían el visitador Areche, su comandante, y los otros «señores ladrones» del cuartel.¹⁰ El guardia, que no pudo leer el mensaje —era apenas legible y posiblemente era un iletrado—, le contó esto a su comandante, y, al día siguiente, Mata Linares interrogó a Tupac Amaru acerca de este asunto. El prisionero reconoció la carta, pero negó que hubiera amenazado a Areche y a otros españoles. Ese día, Tupac Amaru molestó insistentemente al fiscal para que refutase el principal cargo contra él.

Frustrado de que Tupac Amaru no se incriminara ni a él, ni a otros, de subversión, homicidio, pillaje y demás cargos, y quizás preocupado por otras maniobras de escape, Mata Linares ordenó el 28 de abril que fuera torturado con el tormento de garrucha. Si bien las autoridades golpeaban y desnutrían rutinariamente a los prisioneros, nunca habían usado ese elaborado suplicio. En el tormento de garrucha, las víctimas son colgadas de una cuerda sujeta a sus muñecas que pasa por una polea, con los brazos atados detrás de la espalda, y se dejan caer y se levantan, con el peso muerto de sus piernas, a las que se añaden 45 kilos para hacer más terrible la agonía. Desarrollada por la Inquisición medieval, sus víctimas incluyeron a Maquiavelo y a las brujas acusadas en los juicios de Salem.¹¹

La garrucha

Formas elaboradas de tortura, tal como la garrucha, fueron poco comunes en el Perú. La Inquisición había estado a la vanguardia en la implementación de estilos terribles de castigo corporal, pero el Santo Oficio no tenía jurisdicción sobre los indios y no mantenía demasiada presencia fuera de Lima. Su activa labor en la capital del virreinato se centró, en su lugar, en los judíos, protestantes y brujas. Las ciudades de provincia y pueblos tenían su propio suministro de personas para castigar y humillar, mientras que las haciendas y obrajés contaban con sus propias prisiones y aparatos de tortura.

La carencia de tortura formal en las cárceles del Cuzco no significa, por supuesto, que los prisioneros no fueran maltratados. Las autoridades frecuentemente los molían a palos y los mantenían hambrientos. El medio hermano de Tupac Amaru, Juan Bautista, describió el maltrato. Cuando las autoridades lo arrestaron, atascaron sus muñecas en el seguro de un mosquete y lo apretaron hasta que sus dedos sangraron. Lo encerraron en una celda inmunda con prisioneros comunes, que constantemente lo insultaban y amenazaban. El alcaide animaba a los guardias a golpearlo. Como prisionero, Juan Bautista Tupac Amaru tuvo siempre hambre, sobreviviendo con trozos de carne podrida que no podían venderse en el mercado.¹² Pero ni siquiera este abusivo castigo se aproxima al grado de sadismo que tuvo el trato infligido a Tupac Amaru.

El 29 de abril, Mata Linares entró a la celda del líder rebelde. Le pidió reconsiderar su negativa a nombrar a los cómplices en Lima y el Cuzco, y a aquellos con quienes tenía correspondencia, y luego le planteó preguntas más específicas: si era verdad que había estado planeando el levantamiento por cinco años; si lo había mencionado cuando se le tomó la confesión; si se había pronunciado contra los repartimientos en Lima, fomentando la rebelión; y si Mariano Barrera le había escrito acerca de una revuelta cuando estuvo en Lima, mencionándole que ya tenía «cuatro provincias ganadas para avanzar a esta ciudad del Cuzco y destruir a los chapetones». Las autoridades temían que la rebelión tuviera raíces en Lima —no las tenía—, y que pudiera resurgir incluso después de la ejecución de los líderes. Tupac Amaru solo reconoció haberse quejado con su confesor acerca de las «extorsiones» y maltratos a los indios; los curas lo habían instruido para que «lo dejase todo a Dios».¹³ Mata Linares le pidió varias veces responder a las preguntas, lo que Tupac Amaru rehusó hacer, y entonces el juez declaró que la obstinación del acusado lo forzaba a recurrir a la tortura. Declaró que si Tupac Amaru acababa con una pierna o un brazo roto, o si moría, sería su propia culpa, no la de Mata Linares.

El verdugo hizo que Tupac Amaru se pusiera una bata gruesa y ató sus piernas y luego sus brazos detrás de la espalda. Sujetó firmemente una cuerda a

sus muñecas y la deslizó a través de una polea en el techo. Añadió «cien libras de hierro, poco más o menos» a sus piernas y lo levantó alrededor de dos metros desde el piso.¹⁴ Ello ponía toda la presión sobre las articulaciones internas de los hombros; en la mayoría de los casos, los disloca.¹⁵ Nuevamente, Mata Linares preguntó a Tupac Amaru por sus cómplices, específicamente por las personas a las que había escrito en el Cuzco, y cuando se rehusó a responder, el verdugo lo elevó aún más, cerca del techo, y lo soltó, volviendo a sostener la cuerda justo antes de que golpeará el piso. De acuerdo con una historia de la tortura,

[...] la conmoción para el cuerpo, de esta caída interrumpida de repente, era suficiente para sacudir todos los huesos, las articulaciones y los nervios en el sistema. En la mayoría de los casos implicaba dislocación. El proceso se repitió una y otra vez hasta que el culpable confesaba o perdía el conocimiento.¹⁶

En el caso de Tupac Amaru, duró una media hora: treinta minutos de insupportable dolor.

Un secretario transcribió los alaridos de Tupac Amaru y sus súplicas de misericordia. Los sistemas de tortura modernos no proveen tal registro. Los gemidos, ruegos y breves exclamaciones muestran a un hombre en paralizante agonía, que no puede completar una oración. Comienza:

[...] ay, ay, ay, misericordia Señor, ay, ay, ya estoy perdido vuestra señoría, vuestra señoría, ay, ay, nada más, no, ay más, no ay, más, los indios, por María Santísima vuestra señoría, vuestra señoría, ay, ay, ay, no ay más, no he tratado con nadie, mira vuestra señoría por María Santísima, vuestra señoría, vuestra señoría, por el rosario de María Santísima, quíteme la vida que había de remediar, por María Santísima, ay, vuestra señoría tendrá que dar cuenta a Dios, vuestra señoría por María Santísima ay misericordioso, quíteme la vida no he tenido [...].¹⁷

Estos constituyen, más o menos, los primeros cinco minutos de la sesión de tortura. Estos lastimeros gemidos y súplicas por piedad continuaron; Tupac Amaru fue elevado y luego soltado repetidamente, hasta «habiendo llegado un reloj que estaba sobre la mesa a señalar la media hora».¹⁸ No nombró a nadie, excepto a la Virgen María, a Jesús y a José. La brutal e implacable combinación del lento ascenso, el peso completo de la parte superior de su cuerpo, la repentina caída libre y el súbito detenerse, le luxó ambos hombros y probablemente acabó con algunos huesos rotos. Un informe simpatizante con los rebeldes, escrito solo pocos años después, enfatiza cómo Tupac Amaru se resistió a dar nombres o admitir su culpa, y gruñó a Areche: «V. S. y yo somos los únicos causantes de la sangre que se está derramando: V. S. por haber oprimido el Reyno con contribuciones excesivas. y

nuevos impuestos, y yo por quererlo liberrar de tales tiranías y vejaciones». ¹⁹ Este informe afirma que, en una carta, algunos testigos españoles de la tortura escribieron: «Era un gusto oír tronar y crugir los huesos del cuerpo del Yndio Rebelde puesto en el Potro sufriendo las bueltas del cordel». ²⁰

Violencia inimaginable

El interrogatorio continuó a inicios de mayo. Los españoles no torturaron a Tupac Amaru ni a ningún otro de los acusados de nuevo. ²¹ El líder rebelde aceptó conocer a la gente con quien tenía correspondencia, confesión que apenas sorprende, y reconoció, en forma vaga, su largamente enconado discurso contra la explotación de los indios por parte de los corregidores. No dio a los fiscales casi ninguna información valiosa. Micaela Bastidas usó una táctica diferente. Ella afirmó que Tupac Amaru le había contado poco acerca del levantamiento, y que si ella le hubiera preguntado, la habría ignorado o golpeado. Indicó que él había querido pegarle en varias ocasiones, y que ella estaba demasiado asustada para escapar. Después, en el juicio, testificó que Tupac Amaru abusaba verbal y físicamente de ella, azotándola, pateándola, golpeándola, abofeteándola y, ocasionalmente, atándola a un poste. ²² Tupac Amaru la contradijo (probablemente sin saber lo que estaba haciendo), confirmando que consultaba con ella y admitiendo «que es cierto que antes del alzamiento, algunas veces dio azotes, bofetadas y palos a su mujer, pero que después no lo ha hecho». ²³ Micaela enfatizó su ignorancia y culpó a los escribanos españoles y criollos por las comunicaciones incriminatorias. Desgraciadamente para esta línea de su defensa, prácticamente todos los testimonios subrayaban su vigor, sus habilidades como comandante y su liderazgo en el levantamiento. Varios afirmaron que Bastidas era mejor o más feroz que su marido. Francisco Molina dijo: «da ordenes por escrito y de palabra, a varias personas con mas rigor que el Revelde»; Manuel Galleguillos testificó «que ordenes de esta Muger eran aún mas fuertes que las de su marido de modo que sus deseos eran pasar a todos los Españoles a sangre y fuego»; de acuerdo con Mariano Banda, «mandaba mas que ninguno». ²⁴ La documentación —que incluía docenas de sus comunicaciones, que probablemente dictaba a alguien— y los testimonios, contradijeron su estrategia de presentarse como un personaje secundario, que solo estaba siguiendo las órdenes de un violento esposo. ²⁵ Su abogado defensor solicitó que fuera exenta de la pena de muerte y enviada, en su lugar, a un presidio en África. ²⁶ Se le denegó. Con excepción de Hipólito, el hijo de José Gabriel y Micaela, otros acusados negaron los cargos o culparon a la coerción. Cuando le preguntaron si él buscaba una rebelión, Hipólito admitió: «es cierto, lo he deseado». ²⁷

Una evidencia implicó un nuevo interrogatorio en el juicio y ha intrigado a los investigadores por siglos. Al ser detenido Tupac Amaru, los realistas encontraron una proclamación en una de sus bolsas que lo señalaba del siguiente modo: «En José primero por la gracia de Dios Ynga Rey del Perú, Santa Fe, Quito, Chile, Buenos Ayres y Continentes de los Mares del Sur, Duques de la Superlativa, Señores de los Cesares y Amazonas con Dominio en la gran Paititi, Comisario Distribuidor de la Piedad Divina».²⁸ Afirmaba que «mi Consejo en Junta» había determinado en múltiples encuentros que «los Reyes de Castilla me han tenido usurpada la Corona y Dominio de mis Gentes cerca de tres siglos» y «pensionándose los Vasallos, con insoportables Gabelas, Tributos, Sisas, Lanzas, Aduanas, Alcabalas, Estancos, Catastros, Diezmos, y Quintos [...] vendiendo la Justicia en Almoneda con los escribanos de esa fé a quien más puja, y quien más da».²⁹ La proclamación llamaba a no pagar impuestos a los «europeos intrusos», mientras que al clero «se [le] deberá todo respeto» con el diezmo y otros pagos. Finalizaba demandando que esto se publicara en las ciudades, pueblos y villas a lo largo de «mis Dominios». La proclamación aludía a Huarochiri, en las afueras de Lima, y a Nueva Granada, hoy Colombia. Tupac Amaru, sin embargo, negó haberla escrito. Afirmó que Micaela se la había mencionado y pensaba que podía haber venido del alcalde del pueblo de Marcapata.³⁰ Para los fiscales, este era un signo de que Tupac Amaru buscaba «no solo de levantarse, sino de dominar este vasto reino».³¹ Añadieron este cargo a las acusaciones.

Tupac Amaru se enfermó el 2 de mayo —probablemente por efecto de la tortura de los días anteriores—, y esta complicación, junto con sus esfuerzos por escribir a sus seguidores y organizar un escape, animó a los fiscales a apresurarse. Lo deseaban vivo para la ejecución. Él testificó varias veces más, enfatizando su trabajo para defender a los indios de las brutales y, en última instancia, no cristianas formas de los corregidores y otras autoridades.³² José de Saldivar y Saavedra, un fiscal adicional, resumió los cargos: homicidio, parricidio —en el sentido de que Arriaga era la paternal autoridad del área— y lesa majestad, la más atroz forma de traición. Señalaba que estas importantes capturas no habían detenido el levantamiento y que nada más se podía sacar de interrogar a Tupac Amaru, quien no había entregado información útil

[...] no solo en las primeras que se le han tomado, sino en la que hizo mediante el tormento de garrocha que se le aplicó, y consta a fojas 200, que aun siendo uno de los más sensibles, nada produjo en él: ante si tenaz en su negativa, no confesó aún aquello de que se hallaba convicto.³³

Las autoridades instruyeron a Tupac Amaru para que contratara a un abogado para la fase de sentencia, pero cuando afirmó no tener ninguno a mano.

ellas mismas llamaron a Miguel Iturrizara, que también era cura. Iturrizara solicitó que Tupac Amaru fuera absuelto o que el castigo fuera más leve. Sin embargo, reconoció la «gravedad» de los crímenes y no hizo un convincente caso por indulgencia. En general, los abogados defensores en estos juicios no preguntaban si los acusados eran culpables —lo asumían—, por lo que no buscaban probar su inocencia, sino atenuar la sentencia.³⁴

El 9 de mayo, los fiscales acusaron a Tupac Amaru de propagar las noticias de su levantamiento en Londres y Madrid, a través de un jesuita. Se referían a un artículo publicado en Londres el 6 de octubre de 1780.³⁵ Los jesuitas habían sido expulsados en 1767, y después, varios escribieron agudas invectivas contra el dominio español en América. El 6 de octubre de 1780, la *Chester Chronicle and General Advertiser* publicó informes incautados de un buque español sobre los levantamientos en Arequipa, el Cuzco, La Paz y Potosí en los meses iniciales de 1780. Los artículos sobre Tupac Amaru saldrían a la luz en la prensa inglesa a partir de julio de 1781.³⁶ El enjuiciamiento estaba en lo correcto al señalar la atención brindada al Perú en la prensa inglesa, pero se equivocaba al culpar a Tupac Amaru y sostener que los artículos trataban de su rebelión. En el juicio, Tupac Amaru continuó negando su participación y logró evadir las indagaciones de los fiscales por los nombres de más cómplices.

Ciertas noticias de que Tupac Amaru se las había arreglado nuevamente para escribir a la gente del Cuzco mientras estaba en prisión alarmaron a Mata Linares y otros, y dieron lugar a otra investigación sobre cómo lo había hecho y la naturaleza de estos contactos. El prisionero había sobornado a dos centinelas de la división de Huamanga, Fermín Luque y Lino Santiago, para que le dieran pluma y papel, y entregaran sus mensajes. En estas comunicaciones, escritas precipitadamente, solicitaba a José de Palacios, un primo de Micaela Bastidas, 25 pesos. Requería lo mismo de Marcos Carrillo, disculpándose por su caligrafía, ya que había escrito con su mano izquierda, pues su derecha estaba «quebrada», así como a Bernardo Carrillo y Pascual Carvajal. Todos ellos se rehusaron a ayudarlo, sin duda presas del pánico provocado por la llegada de esta tangible evidencia de posibles simpatías rebeldes en medio del altamente publicitado juicio, donde la amenaza de una sentencia de muerte se respiraba en el aire. Cuando se le confrontó con la evidencia, Tupac Amaru afirmó que estaba tratando de recuperar el dinero que le debían, para tener algo que dar a su joven hijo Fernando.³⁷

A estas investigaciones finales Mata Linares añadió la cuestión de si Tupac Amaru había prometido a sus seguidores indios que serían resucitados si caían como mártires. Francisco Cisneros confirmó que el líder rebelde había insistido en que no temieran la muerte —él los resucitaría.³⁸ El 14 de mayo, Tupac Amaru nuevamente testificó; esta vez tuvo que declarar a quién le debía y quién le debía, y cuánto. Su lista divagó por varias páginas e incluyó más de treinta personas,

lo que indica cómo la economía andina, particularmente para aquellos en su profesión como arriero-comerciante, dependía del crédito. Tupac Amaru tenía poco efectivo, pero era dueño de numerosas propiedades. Mencionó dos casas en Tungasuca, así como una en Surimana, otra en el Cuzco y una más en Pampamarca. Sus propiedades rurales revelaban la complejidad del sistema de tenencia de la tierra a fines de la época colonial. Estas incluían «chacritas» o pequeños terrenos en numerosos pueblos y una pequeña hacienda («haciendita») en Tinta que había alquilado a varias personas. Las chacritas eran esencialmente derechos de acceso, mientras que las haciendas, si se sigue el patrón del área, tenían probablemente numerosos gravámenes e hipotecas. Poseía, además, trescientas mulas. No firmó este testimonio, su último, a causa de una muñeca «desconcertada».³⁹

El 15 de mayo de 1781, el visitador Areche pronunció su sentencia. Subrayó que Tupac Amaru había dirigido una «rebelión o alzamiento general de los indios, mestizos, y otras castas», planeado durante más de cinco años e iniciado a través del virreinato del Perú y el del Río de la Plata, con la intención de coronarse él mismo rey y liberador de «estas clases de habitantes que logró seducir», esto es, los indios. Areche lo acusó de la muerte de Arriaga y de intento de fuga. Insistió en la necesidad de una rápida ejecución, dado que muchos indios estaban «llenos de supersticiones que los inclinan a creer la imposibilidad de que se le imponga pena capital por lo elevado de su carácter, creyéndole del tronco principal de los incas como se ha titulado, y por eso dueño absoluto y natural de estos dominios». El visitador denunció a indios y miembros de «otras castas de la plebe» de haberse unido al levantamiento debido a su ignorancia e ingenuidad, y sostuvo que su «odio implacable a todo europeo o toda cara blanca o pucacuncas, como ellos se explican» los había llevado a «innumerables estragos, insultos, horrores, robos, muertes, estupro, violencias inauditas, profanación de iglesias, vilipendio de sus ministros, escarnio de las más tremendas armas suyas, cual es la excomunión, contemplándose inmunes o exentos de ellas».⁴⁰ Areche culpó firmemente a Tupac Amaru y a la dirigencia, pero también reprendió a los indios y a otros seguidores del común por su necedad y distancia de las formas españolas, que les habían permitido ser seducidos por el movimiento. De ahí en adelante, el visitador intentaría remediar brutalmente esta supuesta brecha entre los mundos hispano e indígena.

Areche detalló luego cómo Tupac Amaru había usurpado el poder, se había declarado a sí mismo Inca y emitido órdenes en nombre del rey, había interferido en la recaudación de impuestos, había afirmado falsamente proteger a la Iglesia, y había impuesto la pena de muerte y engañado a sus seguidores con la ilusión de que no morirían porque él podría resucitarlos. El visitador resaltó el encargo de un retrato de Tupac Amaru con insignias reales incas, con Sangarará como fondo. Con amargura señaló:

[...] [preservación de su dignidad] [...] han hecho tal impresión en los ánimos que
 revivida de cada habitante y meridiano en medio de su riqueza con la mayor exactitud
 y respeto tratándolo a veces de nobleza, altivez y respeto, costumbres
 de varias provincias a través de la propia obediencia y vasallaje. Talarco, en todo, a las
 obligaciones de fidelidad y religión que tiene él y todo vasallo con su rey
 natural, presta obediencia y deberes del vasallaje según con que se gobierna
 para noble clase, y también de cada poco con la subordinación y acatamiento que
 da a la legítima potestad de nuestro adorado soberano.”

Para Areche, se trataba de un líder deshonesto y subversivo, que *confabulaba*
 para ganar el apoyo de las masas superstitiosas y atrasadas.

La peca del visitador se volvió directa cuando llegó a los detalles de la
 ejecución. Los verdugos seguían, en gran parte, estas *prácticas y macabras ór-*
denes. Después de detallar los horrores que serían sancionados sobre Tupac
 Amaru y las personas de su círculo más íntimo, y la confiscación o *destrucción de*
sus propiedades y campos, ordenó que todos los miembros de su familia fueran
 ajusticiados. Varios involucrados no habían sido capturados y muchos parientes
 lejanos no habían participado, algunos de los cuales vivían lejos del centro rebel-
 de. Sin embargo, no quedaron libres de castigo. Los lazos sanguíneos con Tupac
 Amaru los hicieron culpables.⁴¹

Areche se comprometió a una serie de disposiciones con el objetivo de erra-
 dicar la memoria de los incas. De hecho, sus medidas fueron más allá de esto:
 buscó revocar el modo de gobierno establecido en los Andes desde finales del
 siglo XVI, es decir, las reformas toledanas. Así, prohibió a las personas afirmar
 descendencia de los incas y recomendó la abolición del cargo de kuraka, el eje del
 gobierno colonial, convocando en su lugar a la elección de alcaldes que supieran
 la lengua y costumbres españolas. Prohibió una larga lista de ítems -los trajes de
 su gentilidad-, enfatizando las imágenes que ellos contenían del Sol, el símbolo
 inca, obras u actos que conmemoraran a los incas, pututos o trompetas de con-
 cha, ropas de luto que marcaran el paso de sus -difuntos monarcas-, y el uso de
 -inca- en un nombre o firma. Para hacer posible este proyecto cultural —una des-
 indianización de las masas indígenas andinas para que -se despeguen del odio
 que han concebido contra los españoles—, solicitó a las escuelas que contaran
 con estrictos códigos de vestido y lenguaje -dándose para hablarla perfectamen-
 te [castellano] o de modo que se expliquen en todos sus asuntos, el término de
 cuatro años-⁴² Finalizó prohibiendo la fabricación de cañones y exigiendo que
 los que se encontraran en haciendas y obrajes fueran confiscados, con castigos
 estrictos para aquellos que desobedecieran.⁴³

Al día siguiente, Areche pronunció medidas dirigidas a mantener el orden
 antes, durante y después de la ejecución. Lámparas de cebo tenían que permane-
 cer iluminando el exterior de toda casa, y ningún grupo de más de cuatro hombres



Recreación del garrote (Museo de la Inquisición, Lima, fotografía de José Ragas).

ni mujeres estaba permitido de congregarse. Ordenó que su decreto fuera puesto en lugares públicos por toda la ciudad.⁴⁵ Además, dispuso que, en medio de la ejecución, «no se diga voz alguna de perdón u otra que pueda conmovier el pueblo». Advertió así que cualquiera que violara este decreto sería ejecutado sin juicio.⁴⁶ El 16 de mayo, Mata Linares entrevistó a Tupac Amaru para ver si tenía algo que añadir a su «confesión». El prisionero no proveyó información nueva y afirmó que no podía firmar el documento a causa de su mano rota.⁴⁷ Las autoridades eclesásticas levantaron la excomunión, para permitir que los prisioneros recibieran la extremaunción. Es poco claro si lo hicieron.⁴⁸

Los fiscales también sentenciaron a los criollos y españoles acusados de haberse pasado al bando rebelde, cuyos casos se examinaron en el capítulo 2. Benita, De la Madrid, Escarcena y Figueroa huyeron del Cuzco en enero, mientras que Cisneros, Galleguillos, Molina y Ortigoza se entregaron a finales de marzo o en abril de 1781. Todos enfrentaron largos juicios. Figueroa enfatizó que él había salvado las armas de los rebeldes, poniendo en mala posición los tornillos de los mosquetes, mojado la pólvora y menoscabando los cañones siempre que podía. De hecho, él se había hecho cargo de estos últimos en el sitio del Cuzco y se había asegurado de que dispararan sin dar en el blanco. Fue el único absuelto. Ortigoza fue azotado y desterrado a un presidio extranjero, donde padeció duros trabajos forzados por diez años. Los otros fueron desterrados entre dos y seis años. Cisneros no pudo cubrir todo el dinero de la fianza y casi vio su sentencia incrementada.⁴⁹ Areche usó sus testimonios en los juicios contra los líderes rebeldes, pero los deseaba fuera del Cuzco tan pronto como fuera posible.

¿Sentencia de muerte del gobierno español?

El viernes 18 de mayo, los verdugos sacaron a Tupac Amaru y a otros prisioneros de sus celdas adyacentes a la plaza de Armas, custodiados por miembros fuertemente armados de la milicia de mulatos y la de Huamanga. Un observador anotó que la gran multitud en la plaza permanecía en silencio y que incluso no se veían indios, «a lo menos en el trage mismo que ellos usan, y si hubo algunos, estarían disfrazados con capas o ponchos».⁵⁰ Quizás los indios encontraron la ceremonia demasiado insoportable para presenciarla o se preocuparon de que la multitud pudiera volverse violenta y los atacara. Se habían levantado horcas, en ese momento vigiladas por mulatos armados. Vestidos con los zurrones que se usaban para traer yerba mate de Paraguay, sus manos y pies fuertemente atados, los prisioneros fueron arrastrados por caballos, lo que laceró su piel en las calles de adoquines de piedra. Un pregonero de la ciudad declaró: «Esta es la justicia que manda hacer el Rey, nuestro Señor y en su real nombre, Don Josef Antonio

de Areche [...] Quien tal hace, que tal pague». Diego Verdejo, Antonio Oblitas (el sirviente negro que participó en el ahorcamiento de Arriaga y que posiblemente dibujó el retrato de Tupac Amaru), el hermano de Micaela, Antonio Bastidas, y Antonio Castelo fueron las primeras víctimas. Todos fueron ahorcados; sus cuerpos se arrojaron debajo del patíbulo. A Francisco Tupac Amaru (tío de José Gabriel) e Hipólito (el hijo mayor) les cortaron las lenguas antes de ahorcarlos. Los soldados forzaron a Micaela y José Gabriel a mirar. Tomasa Tito Condemayta, en algún momento llamada la «favorita» de Tupac Amaru, fue llevada a una silla baja enfrente de las horcas.⁵¹ El verdugo ligó una banda de acero a su cuello, un garrote, y lo apretó con una manivela hasta que se asfixió en una forma horrible. El garrote de metal fue una novedad en el Cuzco: «estaba dispuesto con un torno de fierro que a este fin se había hecho, y que jamás habíamos visto por acá».⁵² Tomasa fue luego ahorcada para asegurar su muerte.

Después, se llevó a Micaela a las horcas. Los verdugos cortaron su lengua —algunos afirman que no abrió la boca y que solo después de muerta le hicieron el corte. Luego, le aplicaron el garrote. De acuerdo con un informe, su cuello era demasiado delgado para este procedimiento, de modo que los verdugos la estrangulaban con una soga y la pateaban hasta matarla. Si bien los historiadores discrepan acerca de la técnica de ejecución, todos están de acuerdo con que era una dura agonía.⁵³

José Gabriel fue forzado a mirar. Los verdugos lo llevaron entonces a las horcas y cortaron su lengua. Amarraron sus extremidades a cuatro caballos para descuartizarlo, un «espectáculo que jamás se había visto en esta ciudad».⁵⁴ Los caballos fueron arriados hacia las cuatro esquinas de la plaza, pero los brazos y piernas de Tupac Amaru no se separaban de su torso. Frustrado, Areche ordenó decapitarlo. Su hijo más joven, Fernando, gritó al ser testigo de la agonía de su padre. En palabras del geógrafo y viajero inglés Clements Markham, quien visitó el Perú numerosas veces a mediados del siglo XIX, Fernando «lanzó un grito desgarrador, grito que por muchos años repercutió en el corazón de todos los concurrentes, acrecentando su odio contra los opresores. Fue este grito la sentencia de muerte de la dominación española en la América del Sur».⁵⁵ Incluso el más duro realista debe haberse estremecido con la escena. El muchacho fue obligado a pasar por las horcas y ver el cadáver ensangrentado, hecho pedazos, de su padre. Su edad lo salvó de la sentencia de muerte —tenía diez años. Un testigo describió una repentina ráfaga de viento y un chubasco que hizo a las personas ponerse a cubierto cuando Tupac Amaru expiró. El observador continuó: «esto ha sido causa de que los indios se hayan puesto a decir, que el cielo y los elementos sintieron la muerte del Inca que los españoles inhumanos e impíos estaban matando con tanta crueldad».⁵⁶

Los verdugos separaron las cabezas y extremidades de todos los cuerpos. Quemaron los torsos de José Gabriel y Micaela en una hoguera sobre el cerro Picchu y tiraron las cenizas al río Huatanay. Areche tenía planes precisos sobre cómo distribuir las partes de los cuerpos, usándolas como una espeluznante advertencia acerca del peligro de la sedición. Tungasuca recibió un brazo de Tupac Amaru y otro de Micaela Bastidas, así como la cabeza de Hipólito Tupac Amaru; Tinta, la cabeza de Tupac Amaru; Pampamarca, un brazo de Antonio Bastidas; Surimana, un brazo de Castelo, su otro brazo fue enviado a Pampamarca.⁵⁷

La segunda etapa

En el sangriento espectáculo, los verdugos torturaron y destruyeron por completo los cuerpos del círculo más íntimo del sublevado. Buscaban demostrar a los miles de presentes y a la multitud de personas que oyeran sobre esto o vieran las partes de los cuerpos, el alto precio de la subversión. La sentencia de Areche también prometía una vasta campaña contra la cultura andina basada en la lengua quechua y la memoria de los incas. Con las macabras ejecuciones, buscó diseminar la idea de que la rebelión había acabado, de que los realistas habían ganado.⁵⁸ Sin embargo, las autoridades sabían que no solo habían sido afortunadas en capturar a estos líderes, sino que el levantamiento estaba lejos de terminar. Diego Cristóbal, Mariano Tupac Amaru y Andrés Mendigure dirigían sus fuerzas hacia el sur, abandonando las tácticas más conciliatorias de Micaela Bastidas y José Gabriel Tupac Amaru, que sistemáticamente habían buscado ganarse el apoyo de los sectores medios y de la Iglesia, y controlar la violencia. Esta preocupación no agobió a la segunda ola de líderes.

Además, la rebelión había establecido un ejemplo y quebrado los históricos pero frágiles códigos de aceptación y represión. Los indios de pequeños pueblos comenzaban a resistir a las autoridades, mientras que otros atacaban villas. Algunos posiblemente interpretaron las ejecuciones como prueba de que deberían luchar hasta su muerte. Para mayo de 1781, mientras que los nuevos líderes coordinaban ataques y supervisaban la estrategia insurgente, los seguidores rebeldes tomaban un camino cada vez más independiente, sintiéndose menos obligados a seguir órdenes. Frecuentemente tomaban los asuntos en sus propias manos: la violencia aumentaba desde abajo. A pesar de los mejores esfuerzos de Areche y Mata Linares, el horrible ritual del 18 de mayo no fue una conclusión, sino el comienzo de una etapa más sangrienta e incluso más confusa.

Al otro lado del lago

Los realistas celebraron la horrible muerte de los líderes rebeldes. Muchos en la ciudad del Cuzco creyeron que las sangrientas ejecuciones significaban el fin del levantamiento. Aunque se dieron cuenta de que algunos familiares de Tupac Amaru habían escapado, mantenían la confianza en que serían capturados o simplemente huirían a la selva y abandonarían la lucha. Pero no fue así. Preocupantes noticias llegaron del lejano sur, el área del lago Titicaca y el Collao. Allí, una serie de levantamientos habían puesto de cabeza al gobierno español. Los rebeldes indígenas amenazaban gran parte de Charcas (territorio de Bolivia en la actualidad), y la violencia comenzaba a propagarse en el Perú por el área altiplánica. Mientras muchos en Lima y el Cuzco se regocijaban por la muerte de los líderes rebeldes, los realistas informados sabían que los levantamientos en el Alto Perú podían extenderse al lado occidental del lago. En mayo de 1781, la paz no estaba al alcance de la mano.

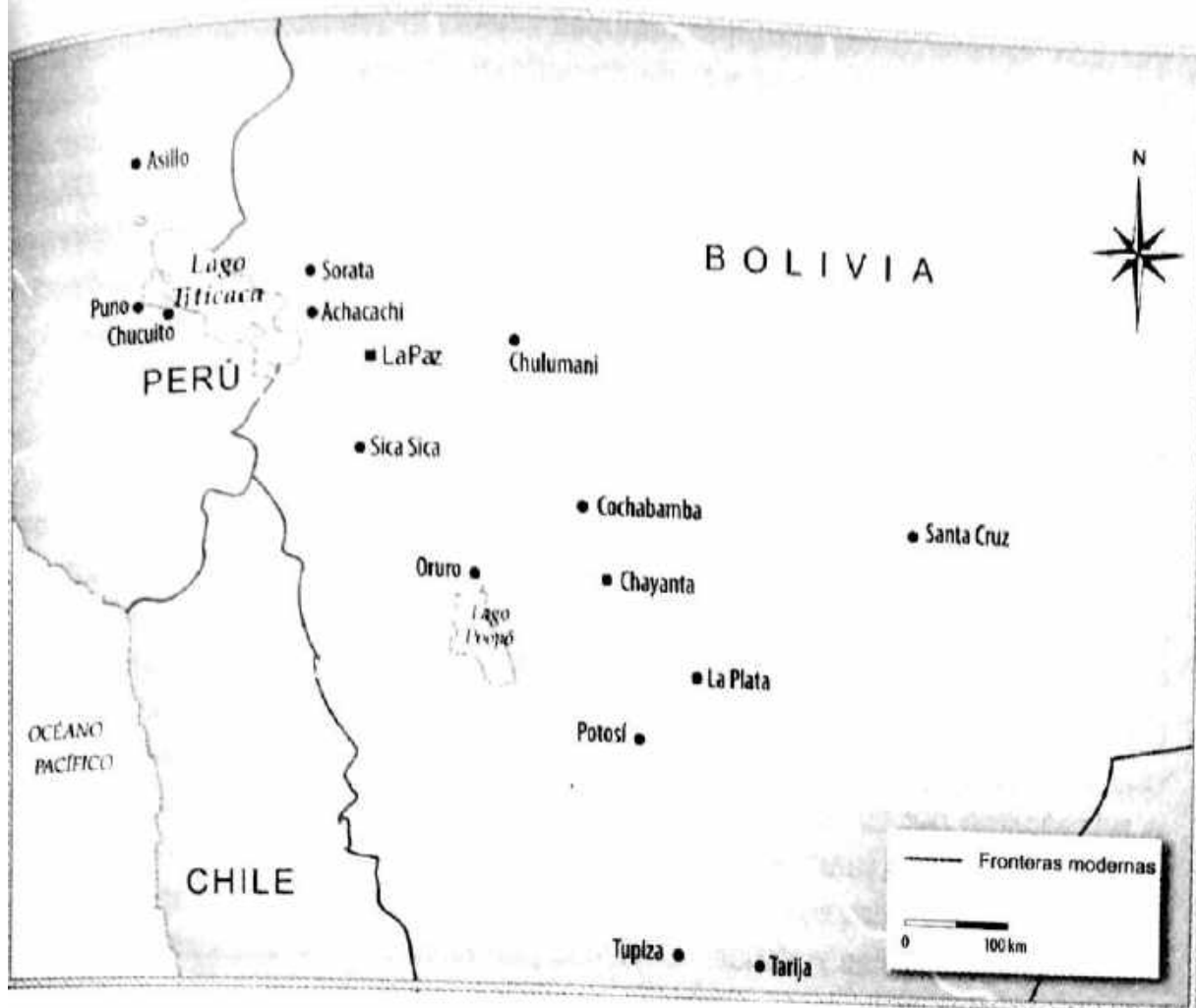
Los realistas temieron que la rebelión pudiera paralizar Charcas y separar al Perú del virreinato del Río de La Plata, incluidas las minas de plata de Potosí, y el océano Pacífico del Atlántico. O peor, los rebeldes en el Collao podían unirse a los seguidores de Tupac Amaru, encendiendo una lucha que inmediatamente se propagaría del Cuzco a Potosí, y potencialmente más lejos. Pero no fue solo la extensión de los levantamientos, sino también la naturaleza de la agresión, lo que preocupó. Nuevas noticias llegaron al Cuzco: decapitaciones, perforaciones de ojos, necrofilia y otras «carnicerías» por el estilo a manos de los sanguinarios insurgentes, que buscaban exterminar a todos los españoles. Construidos sobre siglos de odiosas y prejuiciosas interpretaciones sobre la depravación de los indios, estos informes quizás exageran. Sin embargo, los rebeldes en el Alto Perú y el área alrededor del lago Titicaca mostraron tener poco de la moderación que Tupac Amaru y Micaela habían logrado imponer a sus seguidores cerca del Cuzco. La perspectiva de una cada vez más sangrienta y prolongada guerra total, reforzada por una posible alianza entre las fuerzas de Tupac Amaru y los kataristas, aterrizó a los españoles. Los asombrosos y violentos eventos que tuvieron lugar en el Alto Perú deben entenderse con la finalidad de comprender el movimiento de Tupac Amaru.

Los kataristas

Desde finales de 1780 hasta bien entrado 1782, Tupac Amaru y los revolucionarios kataristas hicieron esfuerzos intermitentes para unirse, una alianza que los realistas buscaron prevenir a toda costa. El empeño por crear una coalición amaru-katarista cobra gran importancia en la mayoría de informes sobre el levantamiento de Tupac Amaru, incluido este.¹ Mientras que el levantamiento del Perú puede ser referido en singular —la rebelión de Tupac Amaru—, Charcas fue el sitio de varias relacionadas pero no unificadas sublevaciones. En el área de Chayanta, al norte de Potosí, las tensiones entre los indios y las autoridades escalaron a finales de la década de 1770. Los indios cuestionaron crecientemente a sus kurakas, corregidores y curas, subrayando su corrupción y pérdida de legitimidad. En 1778, Tomás Katari, un humilde aimara de la zona de Chayanta, sostuvo estos puntos en nombre de la villa de Macha, en la Audiencia de Buenos Aires. Tal como José Gabriel después de su amarga experiencia en Lima, Katari regresó a su hogar desilusionado con el sistema legal colonial. La lucha pacífica se estancó, y lo que primero había sido una negociación y después una batalla legal, se convirtió en una cada vez más violenta revuelta en 1780, justo cuando los eventos cerca de Cuzco estaban provocando un levantamiento de masas.²

A su retorno de Buenos Aires, Katari fue aprisionado, liberado por lugareños furiosos, y capturado de nuevo. El 26 de agosto de 1780, indios de toda la región irrumpieron en el pueblo de Pocoata y detuvieron al corregidor, Joaquín Alos, a quien intercambiaron por Katari. Hacia finales de 1780 se produjo un fenómeno peculiar: la población indígena de Chayanta se gobernó a sí misma luego de que Katari y sus aliados reinventaran la relación entre las comunidades indígenas y el Estado colonial. Este orden de cosas no duró. Contra los deseos de Katari, la violencia estalló. En la comunidad de Moscari, los indios asesinaron a su kuraka y exhibieron su cabeza en las afueras de la ciudad de La Plata. A mediados de diciembre, un jefe de milicia, Juan Antonio Acuña, arrestó al líder. Los indios atacaron el convoy, y Acuña rápidamente ejecutó a Katari. Los atacantes asesinaron a Acuña y a su gente, dejando sus cuerpos insepultos y los ojos de Acuña perforados.³

El levantamiento se transformó de un experimento utópico de autogobierno en una feroz lucha de base india contra la dominación colonial. Los hermanos de Tomás Katari, Dámaso y Nicolás, asumieron el liderazgo. Formaron un masivo ejército rebelde que arrasó pueblos y comunidades. Apuntaban a españoles y criollos, así como también a los organismos de explotación colonial: haciendas, obrajes y pueblos mestizos. Coordinaron con otras comunidades y dirigieron el sitio de la ciudad de La Plata en febrero de 1781. Dámaso Katari expresó su confianza en que Tupac Amaru apoyaría su causa, pero ni los hermanos Katari ni



Mapa 7. La violencia katarista.

Tupac Amaru sobrevivieron lo suficiente para concretar una alianza.⁴ Los indios leales a los españoles capturaron a Dámaso y Nicolás Katari. Las autoridades ejecutaron a Dámaso el 27 de abril de 1781 de forma horripilante y pública en La Plata, y a Nicolás el 7 de mayo, solo diez días antes de la muerte de Tupac Amaru.

Los indios no fueron los únicos insurgentes en Charcas. En la ciudad de Oruro, criollos ricos se aliaron con las clases más bajas y con el campesinado indígena para contrarrestar el poder de los españoles. Mientras que los criollos poseían minas en los alrededores, los españoles eran comerciantes y financistas. El levantamiento de Oruro se parecía a la rebelión de Tupac Amaru en cuanto a su estructura jerárquica y multiclassista. En febrero de 1781, los rebeldes controlaron la ciudad y la campiña que la rodeaba, y frecuentemente mencionaban a Tupac Amaru. En palabras de un historiador,

[...] esta alianza inter-racial sin precedentes se había construido a partir de expectativas mutuas sobre la llegada del gobierno de Tupac Amaru. Criollos y plebeyos, tanto como indios, sabían que se había levantado el Inka y que había comenzado la guerra en el Cuzco. Corrían rumores de que se aproximaba a La Paz, y que pronto llegaría a Oruro.⁵

Los asustados realistas, por supuesto, también tenían a los rebeldes de Tinta en su mente. Un documento del periodo menciona con preocupación «las fatalidades acaecidas en las Provincias de Chayanta y Tinta con un edicto que espidió el Alzado Tupac Amaru en que ordenara a todos los Corregidores, y Chapetones porque su intento era no dejar uno de solo de esta Nacion». ⁵ En febrero de 1781, sin embargo, las tensiones entre los indios más radicales y la plebe urbana, por un lado, y los criollos, por el otro, destrozaron la coalición de Oruro. Las fuerzas coloniales reprimieron brutalmente a los rebeldes, entre ellos, a los criollos, «traidores de clase». ⁷

No obstante, la rebelión no había terminado. A partir de febrero de 1781, Julián Apaza, un indio de la comunidad de Sicasica que asumió el nombre de Tupac Katari en honor tanto de Tupac Amaru como de los hermanos Katari, dirigió un levantamiento de las comunidades aimaras que rodeaban la ciudad de La Paz. Era una figura tan desconocida y humilde que los españoles inicialmente creyeron que Tupac Amaru estaba detrás de la violencia desatada en el área. ⁸ Una vez que comprendieron que Apaza —Tupac Katari— dirigía el levantamiento, lo ridiculizaron por su origen social. Un documento lo considera «indio de muy inferior calidad, que había ejercido los oficios más bajos, siendo uno de los de la mayor pobreza durante su vida. Era de mediana estatura, feo de rostro, algo contrahecho de piernas y manos». ⁹ Hablaba pobremente el español (un rasgo del que los realistas se burlaron, pero con el que las masas indígenas seguramente simpatizaban), al mismo tiempo que una polio infantil había provocado que una de sus piernas fuera más pequeña que la otra y deformado sus manos. Algunos informes refieren su propensión a la bebida. Si esto es cierto o una mentira fabricada como parte de la propaganda española, es algo que no se puede verificar. Los realistas presentaron a Apaza como un desadaptado perteneciente a la escoria de la sociedad y, una vez que su movimiento ganó fuerza, como un bárbaro asesino. ¹⁰ Estas caracterizaciones deben tratarse con cuidado, pues constituyen un reflejo de las jerarquías sociales de la época y de la paranoia colonial. Lo cierto es que Tupac Katari y las fuerzas de Tupac Amaru colaboraron en el área del lago Titicaca en 1781, buscando formar una amplia coalición rebelde aimara-quechua o Collao-Cuzco.

Algunas diferencias importantes entre las dos rebeliones sobresalen. El levantamiento katarista fue una constelación de revueltas superpuestas y movimientos con diferentes líderes y estrategias. En contraste, la rebelión de Tupac Amaru giró en torno a José Gabriel como el absoluto líder y, después de su muerte, como un símbolo guía. Los diferentes movimientos kataristas, con la excepción del de Oruro, no buscaron la coalición multiclasista que Tupac Amaru y Micaela Bastida imaginaron; de hecho, persiguieron a todos, españoles y americanos, a quienes consideraran parte del ilegítimo sistema colonial. Tupac Amaru animó y reclutó a

ellos, los kataristas en El Alto y los Tupac Amaru en el Cuzco, se unieron profundamente en el levantamiento como un frente, a la altura de los reos que veían como un tiempo glorioso de independencia y justicia. Los reos se desempeñaron un rol ideológico tan importante en Cochabamba. Mientras que el Cuzco, hacia el centro del universo, el Colla y las tierras más allá de él, eran más que un área conquistada durante el Imperio inca. Los amaras no tenían la misma marginación de los reos que consideraba la *tributación* incaica. De este modo, mientras que los tupacamaristas y kataristas tenían mucho en común, al representar la diversidad de la población andina, también tenían bases sociales, tácticas y objetivos diferentes. Esto crearía tensión y desintegraría la muy temida alianza.

A inicios de 1781, Tupac Katari superviso los ataques en Sicasica, entre Oruro y La Paz, mientras que sus seguidores emprendían la lucha por todo el camino hacia el lago Titicaca. En marzo, sus fuerzas comenzaron el sitio de La Paz. Al igual que Tupac Amaru, Tupac Katari confió fuertemente en su esposa, Bartolina Sisa, así como en su hermana, Gregoria Apaza. Ambas colaboraron en la planificación, así como en los propios ataques.¹² Katari intercambió correspondencia con Diego Cristóbal, y los dos grupos, pero no los líderes, comenzaron a converger en el área este del lago Titicaca y el norte de La Paz. En marzo, los kataristas atacaron Puno desde el sur y también Juli, Acora, Iave y Chucuito. El ataque de Juli dejó cuatrocientos muertos.¹³ Andrés Mendiquire dirigió las fuerzas tupacamaristas hacia el lado este del lago Titicaca.

Los dos lados no habían coordinado realmente estos ataques en la primera mitad de 1781. Cada bando sabía del paradero del otro y cómo atacar desde múltiples frentes las debilitadas defensas españolas, pero no planeaban acciones simultáneas. Por otro lado, las tensiones se propagaban, impidiendo una coalición. Por ejemplo, Diego Cristóbal reprendió a Katari por asumir el título de «virrey». El primo de José Gabriel creía que los rebeldes del Cuzco necesariamente tenían que liderar cualquier coalición. Algunas fuentes dan indicios de que Diego Cristóbal compartió las burlas de los españoles por el origen social de Tupac Katari. Katari se resintió por esta intromisión, y no siempre recibió a los emisarios de Tupac Amaru en La Paz.¹⁴ Estas tensiones y desacuerdos acerca de quien debía liderar la coalición continuarían. Mientras tanto, la violencia alrededor del lago Titicaca en la primera mitad de 1781 resaltaría la fuerza de los rebeldes en la región y las nuevas y espantosas formas de brutalidad.

La zona del lago Titicaca

En los primeros meses de 1781, los rebeldes dirigidos por José Gabriel se quejaron de que los indios en el área central del levantamiento, al sur del Cuzco, habían

comenzado a resistirse a sus demandas de suministros y soldados, e incluso expresado sus dudas acerca de Tupac Amaru. El fracasado sitio del Cuzco había afectado, al parecer, la resolución de algunos seguidores rebeldes y desmitificado a su líder. Los realistas habían impedido los ataques y, más importante aún, capturado al alto comando rebelde en abril. Sin embargo, la situación fue muy distinta al sur, en el área alrededor del lago Titicaca que se adentraba hacia el Alto Perú. Allí, los insurgentes tenían a los realistas agobiados y la violencia escalaba. De acuerdo con el corregidor Joaquín Orellana, líder de las fuerzas españolas, los indios saqueaban pueblos y mataban a todos los hombres, mujeres y niños que consideraban «europeos». Las rebeliones katarista y tupacamarista comenzaban a superponerse.

Los indios quechuas y aimaras superaban considerablemente en número a los españoles en esta región, más aún cuando muchos españoles, criollos y mestizos huyeron a finales de 1780. Los españoles solo podían contar con las milicias locales y con pequeños batallones dirigidos por corregidores, la misma línea de defensa que tan pobres resultados había tenido con Tupac Amaru a fines de 1780. A estas unidades les fue aún peor en 1781. Aquellos que huyeron del Collao llevaron relatos al Cuzco acerca de rebeldes indios que decapitaban personas, ahogaban niños, mutilaban cuerpos y bebían la sangre de sus víctimas. Además de estas espeluznantes historias, Orellana difundió historias de rebeldes que perseguían a españoles a caballo por kilómetros y kilómetros, de personas que se zambullían en el congelado lago Titicaca para escapar de ellos y de grupos de frenéticos españoles y mestizos que huían a Arequipa.

Hubo tres tipos de insurgentes luchando en el área del Titicaca: aquellos vinculados con Tupac Amaru; aquellos alineados con los kataristas; y aquellos más independientes, que reconocieron a uno o ambos grupos rebeldes, pero permanecieron autónomos. Este último grupo construido sobre la base de resentimientos locales no necesariamente obedecía los llamados de Tupac Amaru para respetar a la población considerada neutral, principalmente mestizos, mujeres y niños. En general, estos rebeldes más autónomos buscaron exterminar más que derrotar y desarmar al enemigo. Esta forma más feroz de combate, con menos control de los líderes, caracterizaría el levantamiento el siguiente año. En el Cuzco y en el Alto Perú, el miedo por las atrocidades rebeldes y por una alianza entre los bandos de Tupac Amaru y Tupac Katari se propagó, intensificado por los cada vez más angustiados relatos de muerte y violencia. Un breve informe de algunas de estas batallas ofrece una idea del nuevo tipo de brutalidad.

Orellana consiguió una rara victoria el 16 de febrero en la sangrienta batalla de Mananchili, cerca de Puno. Los realistas se beneficiaron de los desacuerdos entre los comandantes rebeldes Andrés Ingaricono y Nicolás Sanca, quienes luchaban por Tupac Amaru en el área del Titicaca desde noviembre de 1780. Un

Informe se burlaba de que Sanca «de cantar de una Yglesia había pasado a servir a Tupac Amaru con título de Coronel en sus tropas, executaba horribles destrozos por todas partes».¹⁶ Tanto los rebeldes como los realistas sacrificaban a cualquier enemigo que pudieran capturar, y los reportes de atrocidades seguían. La neutralidad estaba a punto de tomarse imposible en ese momento, al menos para los hombres, y en contraste con los primeros meses del levantamiento, cada lado ejecutaba a sus prisioneros. Alarmado por estos eventos, a finales de febrero de 1781, Tupac Amaru envió a su comandante de confianza Ramón Ponce al área del Titicaca, esperando tomar Puno, poner a los insurgentes bajo su mandato y coordinar con los rebeldes del Alto Perú. José Gabriel mismo sentía recelo por la autonomía de los grupos rebeldes alrededor del lago Titicaca y las nuevas y más brutales formas de violencia.

En su camino al sur, Ponce observó que muchos pueblos indios y personas apoyaban el levantamiento, pero no necesariamente seguían las órdenes de Tupac Amaru. Alrededor del Cuzco, el líder rebelde podía esperar que sus seguidores lo obedecieran; este no era el caso más al sur. Por ejemplo, Ponce se quejó de que, en los pueblos de Santa Rosa a Carabaya, los indios se hallan «solo riñendo entre ellos sin guardar los honores de vuestra alteza ni sus reales providencias».¹⁶ El 5 de marzo, Ponce se desesperó porque los insurgentes de Carabaya, al norte del lago Titicaca, no mostraban ningún respeto por sus comandos rebeldes. Solicitó un decreto de Tupac Amaru que confirmase su autoridad, «para que los de Carabaya no sean tan absolutos en matar, en destruir casas y haciendas en mancomunados, aún a matarnos, y a otros pueblos amilanando a los indios y españoles con su voracidad».¹⁷ Ponce confrontó a Sanca, a quien consideraba un violento ladrón, interesado en el saqueo más que en la justicia social, quejándose de que los comandantes kataristas asesinaban indiscriminadamente, atacando incluso a los seguidores de Tupac Amaru.¹⁸ A inicios de 1781, el líder cuzqueño contaba con un apoyo creciente en el sur. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría en el valle del Vilcanota, los rebeldes del lago Titicaca y el Alto Perú no expresaban una devoción inquebrantable hacia él, esperaban algo de autonomía y demostraban ser capaces de atacar a sus aliados tanto como a los realistas. Las relaciones con los comandantes de Katari fueron particularmente tensas.¹⁹

Con base en Puno, el corregidor Orellana logró mantener a raya a Ponce el 11 de marzo, pero luego afrontó un ataque desde el sur, liderado por Pascual Alaparita e Isidro Mamani, quienes se identificaron como seguidores de «Andrés Inca Tupac Katari», de Charcas. Orellana y otros realistas comprendieron que enfrentaban múltiples insurgencias, ya que rebeldes del norte y del sur llegaban a ayudar a los insurgentes locales. Los sublevados sitiaron el pueblo de Juli, que estuvieron a punto de destruir: «encontraron la Plaza y las Calles inundadas de sangre, y arrojados los Cadáveres por todas partes».²⁰ El cura del cercano Zepita

proveyó una larga lista de «menores y adultos», muchos de ellos con apellidos españoles, decapitados por los rebeldes. La lista incluía un niño de nueve años y nueve personas más que no pudieron ser identificadas porque no se pudo recuperar sus cabezas. Los rebeldes lanzaron niños al frío lago para ahogarlos y no perdonaron ni a curas ni a monjas. Orellana envió balsas más tarde, esa noche, para ver si podía rescatar a alguno que hubiera buscado refugio en los cañaverales de totora que se aferran a las orillas del Titicaca.²¹

De acuerdo con Orellana, la escena en Chucuito después del ataque del 18 de marzo era abominable. «el mayor horror que en este Reyno se ha visto desde su Conquista»²² Cuando entró en este pueblo, al sur de Puno y a orillas del lago Titicaca, encontró al menos doscientos cadáveres: «que no se escapó alma que tuviese rastro de español que no pereciese».²³ Salvó a cinco personas encogidas de miedo, hambrientos sobrevivientes que se habían ocultado por tres días. Los rebeldes, según se dice, habían colocado las cabezas de las mujeres españolas ejecutadas sobre las horcas en la plaza principal. Orellana afirmaba que Isidro Mamani, el líder del ataque, se sentó próximo a las horcas en una silla especial, se declaró gobernador y publicó un cartel que proclamaba tanto a Tupac Amaru como a Tupac Katari. Mamani forzó a los españoles y mestizos a salir de la iglesia de San Francisco y los ejecutó «bárbaramente». Quemó Chucuito (mientras que los ladrillos de adobe resistían el fuego, los techos de paja no) y el cercano Desaguadero.²⁴ Después de que Mamani fracasó en su intento inicial de tomar Puno, los indios del pueblo de Acora, «temerosos del castigo que se les preparaba», lo capturaron, a inicios de julio, y lo entregaron a Orellana.²⁵

Otros testimonios proveen sobrecogedores relatos adicionales de salvajismo por parte de los indios. En el pueblo de Juli, las tropas encontraron tres cadáveres en las horcas: un kuraka con el corazón extraído; otro muerto, atado boca abajo y desnudo; y la esposa de este último sin sangre, «por haverse la chupado los Traydores». El mismo testimonio también afirma que los indios no solo saquearon y quemaron la iglesia jesuita en Juli, sino que llenaron los «vasos Sagrados de oro» con la sangre de sus víctimas decapitadas, que rotaban entre todos para beberla.²⁶ Estos relatos hacen eco de unos similares en Charcas acerca de cómo los kataristas asesinaron brutalmente a españoles, bebiendo su sangre o comiendo sus corazones. Un comandante en Chuquisaca (el actual Sucre boliviano) escribió «que no querían Paces, sino beber chicha fresca y espesa en su cabeza y en la de los demás Ministros».²⁷

Aunque en precisa prosa más que con morboso sensacionalismo, estos autores también mencionan que los realistas decapitaron a seis espías capturados a la vista de los rebeldes y ejecutaron a noventa insurgentes. Así como los rebeldes más extremistas ampliaron la definición de españoles o *puka kunka* y mataron a más gente, lo mismo hicieron los realistas, para quienes prácticamente todos los

indios pasaron a ser insurgentes.²⁸ Todos los factores que incrementan la violencia están presentes en esta fase: los líderes, tanto tupacamarista como katarista, estaban muy lejos, incapaces de controlar a sus seguidores; la guerra había durado más de seis meses, con el número de muertos en aumento; y, a diferencia del Cuzco, el área del Titicaca tenía menos presencia española (del Estado o de la Iglesia). En esta región, en particular, las diferencias entre españoles y mestizos eran más marcadas, y los grupos que podían mediar entre ellos —mestizos e indios aculturados, principalmente— tenían una presencia menor, particularmente después de que miles huyeran. Estos factores, así como el aplastante peso del colonialismo en la región, ayudan a «explicar» la brutalidad. Pero ¿por qué o cómo podría un individuo beber sangre, comerse un corazón o decapitar a un prisionero? El brutal contexto solo puede aclararlo parcialmente.

Estos indemostrables relatos de horror tuvieron numerosos efectos en el Cuzco. Aterrorizaron a los españoles y a los soldados realistas, haciendo del reclutamiento para las «campanas del sur» un empresa incluso más difícil. También reforzaron la idea de que los rebeldes no eran más que apóstatas paganos o bárbaros, que merecían la excomunión y un severo castigo. En ese sentido, estas historias obstaculizaron los esfuerzos de José Gabriel y Micaela por mantener el orden, presentar a sus tropas como disciplinadas, como soldados multiétnicos que luchaban por el bien común en una forma permitida, según la práctica política española. Tupac Amaru, con razón, podría haber objetado que estos no eran sus verdaderos seguidores. Sin embargo, considerando que buscaba el control del área, necesitaba su apoyo. Él y Micaela Bastidas podían beneficiarse de este creciente poder de los rebeldes, pero también perder apoyo a causa de la repugnancia que provocaba su extrema violencia.

La brutal lucha alrededor del lago Titicaca se asemejaba más a la del Alto Perú que a la del Cuzco. Los rebeldes buscaban asesinar kurakas, mientras que Tupac Amaru los veía como potenciales aliados. Los insurgentes usaban su número y coraje —varios documentos mencionan cómo no parecían tener miedo a la muerte— para apoderarse de pueblos, matar y saquear. La extendida creencia de que los mártires en batalla serían resucitados los envalentonaba. Por otro lado, los españoles y criollos, superados en número, solo podían sobrevivir si permanecían unidos, si reclutaban a seguidores indios y si usaban su potencia de fuego para alejar al gran grupo de rebeldes. Fusiles y cañones, después de todo, eran todavía efectivos para repeler a miles. Sin embargo, las armas hispanas no eran siempre suficientes. En pueblos como Juli y Chucuito, entre otros, los realistas rogaban por ayuda de La Paz, el Cuzco, Arequipa y Lima, y describían la región como prácticamente derrotada para abril de 1781. Incluso si los sanguinarios relatos de sangre bebida y corazones comidos se dejan de lado como exageraciones o propaganda, no hay duda de que los rebeldes estaban ganando una guerra crecientemente sangrienta en el área del Titicaca.

El sitio de La Paz

La ciudad de La Paz surgió en el siglo XVIII como un centro de comercio, una importante parada en el circuito económico que se extendía desde Buenos Aires, en el Atlántico, a Lima, en el Pacífico, con la cada vez más importante mina de plata de Potosí al medio. En realidad, esta ruta comercial transandina estaba conformada por múltiples circuitos superpuestos, desde el interoceánico hasta el más local de la producción indígena de alimentos para ciudades y pueblos.²⁹ La Paz tenía una población de alrededor de 25.000 habitantes a fines del siglo XVIII, rivalizando con el Cuzco por la primacía entre las ciudades andinas. Su topografía única la hace ideal para los asedios: enclavada en una amplia hoyada, está rodeada de montañas que conducen a mesetas que sobrepasan los 4000 metros de altitud. En 1781, las autoridades construyeron una muralla y trincheras para proteger la ciudad de la rebelión. Hoy, la muy apropiadamente llamada ciudad de «El Alto», que se extiende en la meseta occidental que domina la ciudad y constituye el punto tradicional de entrada y salida de personas y bienes, sirve de base para las frecuentes huelgas que paralizan la capital. De hecho, los neokataristas, que han dirigido importantes y creativos movimientos sociales en las últimas dos décadas, toman su nombre y sus héroes de la década de 1780.³⁰

El 13 de marzo de 1781, decenas de miles de rebeldes indios dirigidos por Tupac Katari rodearon La Paz, impidiendo que los suministros entraran o que la gente saliera, a menos que se unieran a ellos. Luego de pocas semanas, la escasez golpeó incluso esta bien aprovisionada ciudad. Katari envió representantes para negociar, requiriendo que la gente entregase sus armas, así como los corregidores, españoles y otras autoridades más. Las autoridades de la ciudad se rehusaron a hacerlo. La población indígena que vivía en los extramuros se unió en gran parte a los rebeldes. Si bien el sitio dividió a la población en realistas y rebeldes, las relaciones entre ambos bandos fluctuaron entre el acuerdo y el implacable odio. Un diario insinúa que los rebeldes permitieron a las personas que ellos conocían conseguir comida, mientras que los centinelas saludaban a los rebeldes como indios sanguinarios. Las relaciones empeoraron con el paso del tiempo y con el hambre que se cernía sobre la ciudad.³¹

Los dos lados batallaron en abril y mayo, llegando a un sangriento punto muerto. Los realistas no podían romper las líneas rebeldes, incluso cuando cargaban y asesinaban a cientos con su artillería, mientras que los insurgentes no podían tomar el centro de La Paz. Los rebeldes entraban periódicamente, destruyendo parte de la muralla y quemando sectores de la ciudad. Se deslizaban en la oscuridad de la noche para tomar prisioneros o atacar centinelas. Los realistas

usaban su potencia de fuego para repeler estos ataques nocturnos. Tupac Katari mismo se aventuró a la ciudad en varias ocasiones.

En pocas semanas, el enfrentamiento se convirtió en un sitio de la ciudad —los rebeldes se centraron en bloquear los suministros. El hambre se propagó y, para la segunda mitad de abril, los habitantes de La Paz comenzaron a recurrir a gatos, perros, mulas e incluso cuero para alimentarse. Cientos murieron por falta de comida o por enfermedades que se propagaron entre la famélica población.³² Como ocurrió en el ataque de Tupac Amaru al Cuzco, un soldado realista fingió ayudar a los rebeldes con su artillería y la sabotó.³³ En mayo, los insurgentes permitieron que un mercado indio funcionase justo afuera de la ciudad. Algunos vecinos desafiaron la posibilidad del fuego enemigo y aceptaron los muy inflados precios para comprar desesperadamente comida. Los rebeldes agarraron a unos cuantos prisioneros, pero ningún comandante realista cayó en la trampa.³⁴ La desesperación, el hambre y su alma gemela, la enfermedad, se apoderaron de la ciudad. Para mediados de junio, muchos habitantes deseaban capitular, creyendo que su destino en manos de los rebeldes no podía ser peor que morir de hambre. Los cadáveres llenaban las calles. El 1 de julio, sin embargo, después de 109 días, el comandante Ignacio Flores llegó con tropas bien armadas que rompieron el sitio. Los rebeldes no las enfrentaron y escaparon a las alturas. Aun si complacidos con la llegada de Flores, muchos en la ciudad temían que los insurrectos atacasen de nuevo. Estaban en lo correcto. Este fue solo el primer sitio de La Paz.

Para mediados de 1781, los realistas del Cuzco y Lima miraban al sur con angustia. La rebelión de Tupac Amaru no había sido derrotada, y las noticias que llegaban del área del Titicaca y Charcas eran de olas tras olas de insurgencia y creciente violencia. La sucesión de disturbios y levantamientos que databan de 1778 amenazaba aislar al Perú de Potosí y del resto del virreinato del Río de la Plata o, mucho peor, extenderse al Perú y unirse a los líderes de la segunda fase del levantamiento de Tupac Amaru. Del Valle y otros comprendieron que la región entre el lago Titicaca y la ciudad de La Paz estaba, en gran medida, en manos de los rebeldes. El terreno era igual de inhóspito para las fuerzas españolas que el lado peruano del lago, a lo que se sumaba que en esta zona los insurgentes eran más violentos y los kurakas tenían menos influencia sobre sus comunidades. Las autoridades en el Perú y gran parte de la población comenzaron a preocuparse por una sangrienta guerra de castas que pudiera extenderse desde Buenos Aires a Lima. Estos miedos solo empeorarían en el curso de 1781. Los comandantes realistas comprendieron que tenían que combatir a los rebeldes del área del Titicaca, tanto a aquellos dirigidos por Diego Cristóbal Tupac Amaru como a aquellos ligados a los kataristas. Se sentían intimidados por esta operación. Tenían razón para hacerlo.

CAPÍTULO 9

Las campañas del sur

A fines de mayo de 1781, las cabezas de Tupac Amaru y Micaela Bastidas, sus extremidades y otras partes del cuerpo colgaban de postes para su exhibición pública en Tinta, Tungasuca, Pampamarca y otros focos rebeldes. La victoria realista parecía asegurada. Los españoles contaban con miles de soldados formados en sincronizadas columnas, que embestían a las líneas rebeldes y capturaban a los líderes. Tupac Amaru y Micaela Bastidas no habían tanto dirigido como personificado la rebelión. Tomaban las principales decisiones, y luego sus seguidores luchaban en nombre de Tupac Amaru, el último inca. Los habitantes del Cuzco celebraron la victoria sobre los bárbaros rebeldes. Su optimismo era comprensible.

Sin embargo, derrotar a los partidarios de Tupac Amaru después de su muerte probó ser difícil, costoso y frustrante. En retrospectiva, el optimismo realista fue prematuro. Las fuerzas españolas rápidamente degeneraron de vencedores a caballo a tropas hambrientas y harapientas que marchaban a pie, subiendo y bajando los Andes, temerosas de los ataques rebeldes y conscientes de que los indígenas las aborrecían. Su número disminuyó conforme los soldados desertaban, y los suministros, inciertos desde el comienzo, también se fueron reduciendo cuanto más se alejaban del Cuzco. La violencia escalaba a medida que la lucha se desplazaba hacia el área del lago Titicaca. Por otra parte, las preocupantes noticias sobre la rebelión katarista, el sitio de La Paz y la brutalidad en los pueblos cercanos al lago Titicaca aterrorizaban a los realistas. El optimismo derivado de la captura y las ejecuciones se desvaneció rápidamente.

Los rebeldes emplearon la táctica de guerrilla, hostigando a los realistas de noche o en rápidas escaramuzas de ataque y retirada. Sacaron ventaja de la topografía de la región, usando las escarpadas montañas cubiertas de glaciares para atormentar a los realistas y luego reagruparse. Los comandantes españoles, entrenados para luchar en las llanuras abiertas de Europa y librar el tipo de campaña en la que Napoleón destacaría (y que Tolstoi retrataría en *Guerra y Paz*), se quejaban amargamente de esta estrategia. Por otra parte, los nuevos líderes insurgentes lucharon para impedir que sus combatientes atacaran violentamente a las personas consideradas españolas, un término que frecuentemente designaba a todos los no indios. Sin embargo, la violencia en ambos lados se intensificó.

Ni los rebeldes ni los realistas tomaron prisioneros, las masacres, el asesinato de docenas o de cientos de personas desarmadas, se volvieron más comunes que los enfrentamientos militares. Otro cambio de táctica también asustó a los realistas. Los jóvenes líderes rebeldes probaron estar dispuestos a matar de hambre al enemigo, sitiando varios pueblos y ciudades durante meses. La Paz no sería el único sitio prolongado. La violencia se incrementó, y los soldados realistas comprendieron que no podían esperar ninguna misericordia. Hambrientos y presas de pánico, desertaban masivamente.

La campaña del sur, o segunda fase de la rebelión, que comenzó con las ejecuciones de mayo de 1781, no solo opuso a realistas contra rebeldes. Luchas internas surgieron en ambos bandos y alteraron el curso del levantamiento, y de hecho, configuraron el Perú por décadas. Una vez que los españoles se encontraron atascados en el área del lago Titicaca, con el número de rebeldes y su ferocidad *in crescendo*, comenzaron a pelear entre ellos mismos, culpándose los unos a los otros por las pérdidas y por la incapacidad para acabar con los insurgentes. Como solía ocurrir, estas batallas combinaban conflictos personales y preocupaciones individuales sobre su progreso (o supervivencia), con amplias diferencias ideológicas, en este caso relacionadas con la naturaleza de los indios y el gobierno colonial en los Andes. Los líderes realistas estaban en desacuerdo acerca de cómo terminar la rebelión. Criticaban a sus oponentes por las derrotas militares, al mismo tiempo que presionaban y subrayaban sus propios logros en largas cartas y memorandos a Madrid. El enfrentamiento entre los realistas moderados y los de mano dura ayuda a explicar las extrañas idas y venidas en la segunda fase del levantamiento.

En el lado rebelde, no hubo ninguna división tan clara. De hecho, el desplazamiento del Cuzco a Puno constituyó una transformación del movimiento liderado por Tupac Amaru y Micaela Bastidas, relativamente cohesivo, en algo más parecido a una coalición controlada por Diego Cristóbal, Andrés y Mariano. Ellos dirigieron sus propias fuerzas, pero también contaron con grupos independientes que luchaban en el área del Titicaca. Comandantes tales como Isidro Mamani y Pedro Vilca Apaza surgieron de las sangrientas batallas de inicios de 1781. Mamani, por ejemplo, había liderado el sitio de Chucuito, en el cual docenas de españoles fueron asesinados. Aunque se comprometieron con las fuerzas de Tupac Amaru, estos comandantes permanecieron autónomos y no pudieron controlar completamente ni a sus «soldados», ni a los hombres y mujeres indígenas del lugar. No obstante ser un pariente directo de Tupac Amaru, Diego Cristóbal no tenía su prestigio ni su experiencia para ordenarles que lucharan bajo su dirección. Por otro lado, el nombre y legado de José Gabriel Tupac Amaru no tenían en el Collao el mismo peso que entre la población indígena del Cuzco. Los soldados rebeldes permanecieron leales, pero de manera cada vez más independiente.

Diego Cristóbal Tupac Amaru, Mariano Tupac Amaru y Andrés Mendigure se separaron de José Gabriel y Micaela justo antes de su captura, e inmediatamente asumieron el liderazgo, con Diego Cristóbal a la cabeza. Eran sorprendentemente jóvenes. Diego Cristóbal tenía 26 años, Mariano, 10, y Andrés, 17. Los tres, sin embargo, contaban con lazos de sangre que reforzaban su posición entre los rebeldes. Diego Cristóbal y Tupac Amaru eran primos, hijos de los hermanos Marcos y Miguel Tupac Amaru, respectivamente. Documentos e historias frecuentemente se refieren a él como el hermano o medio hermano de José Gabriel, un término que el propio Diego Cristóbal usaba en documentos oficiales. Mariano era hijo de José Gabriel y Micaela. Andrés tenía lazos rebeldes por ambos lados. Era el hijo de Cecilia Escalera Castro, frecuentemente llamada Cecilia Tupac Amaru y considerada una prima por José Gabriel, y de Pedro Mendigure, un líder rebelde el mismo y primo de Micaela. Andrés usaba cada vez más el apellido Tupac Amaru, en lugar del de Mendigure. Miguel Bastidas, el hermano más joven de Micaela, también los acompañó. Una de las pocas descripciones que existen representa a Diego Cristóbal como una persona delgada, de nariz larga y boca y ojos pequeños. Se alababa su español y se le consideraba muy serio y capaz.² Otros documentos de la época enfatizan la juventud de los líderes y su sorprendente habilidad como comandantes.

¿Cómo podían hombres tan jóvenes asumir una masiva rebelión en una coyuntura tan crítica? Como al propio Tupac Amaru, su trabajo como arrieros y comerciantes les había proporcionado contactos en la región y preparado para vivir en movimiento. Adicionalmente, los tres participaron en los viajes de Tupac Amaru por los Andes y visitaron los pueblos y pequeñas comunidades donde este cumplía sus deberes de kuraka. Como miembros del clan Tupac Amaru-Bastidas, contaban con prestigio entre los indios, particularmente en los focos rebeldes a lo largo de la cuenca del Vilcanota y en dirección al lago Titicaca. Diego Cristóbal escribía bien el español, aunque no tan elegantemente como su primo.³ Eran jóvenes, pero estaban bien preparados. Tampoco había otros candidatos. Ningún comandante surgió junto a José Gabriel y Micaela, y la mayoría de su círculo más íntimo estaba constituido por sus familiares. Después de la captura de los líderes, los rebeldes que no fueron arrestados estuvieron de acuerdo con que estos jóvenes se hicieran cargo del movimiento. Y como parientes del pronto a ser martirizado, los tres comprendieron que no tenían alternativa —los españoles deseaban capturarlos y matarlos.

Diego Cristóbal, Mariano y Andrés se movieron con rapidez, inicialmente esperando liberar a los líderes rebeldes, a su familia. El 6 de abril, una semana después de la devastadora captura de Tupac Amaru, Micaela Bastidas y su círculo

más íntimo, Diego Cristóbal y Andrés dirigieron un infructuoso ataque sobre el pueblo de Layo. Días después, sin embargo, el 18 de abril, se encaminaron al encuentro de una división realista en Langui, donde Tupac Amaru había sido atrapado. En un anticipo de lo que vendría, Del Valle informó que Diego Cristóbal ordenó el asesinato de todos los «blancos y mestizos de cualquiera edad o sexo y castigar y perseguir a los curas y sacerdotes de aquellos territorios». Del Valle contrastó esto con el hecho de «que su medio hermano José Tupac Amaru había tratado con mucha consideración y respeto a su elevado carácter». ⁴ El comandante español también se quejaba de que miles de soldados realistas desertaran «por el desmedido amor a sus familias y el deseo de regresar a sus casas a recoger sus cosechas». ⁵ Muchos soldados del bando español asumieron que, con la captura de los líderes, su misión había acabado. Tanto las matanzas como las deserciones continuarían. Abril significa otoño en el hemisferio sur, tiempo de cosecha y de preparación para el helado invierno de las tierras altas. Pero la guerra no menguó, todo lo contrario, se intensificó.

A pesar de la desertión de numerosos soldados realistas, los rebeldes concluyeron que liberar a los fuertemente custodiados cautivos sería imposible y, en su lugar, decidieron trasladarse al sur. En su excursión sureña de fines de 1780, José Gabriel Tupac Amaru había encontrado gran apoyo en la zona norte del lago Titicaca, mientras que el movimiento de Tupac Katari tenía en sus manos mucho del área que se extendía desde el lago hasta La Paz e incluso más allá. Inicialmente, Diego Cristóbal, Mariano y Miguel Bastidas establecieron el cuartel general rebelde en el pueblo de Azángaro, justo al norte del lago Titicaca, en la abandonada casa de Diego Choquehuanca, el rico kuraka que desdeñó la oferta de Tupac Amaru y apoyó a los realistas. ⁶ En su ruta, los rebeldes reclutaron a soldados y a otros seguidores, entre ellos, a unos cuantos curas. Continuaron luchando en nombre de Tupac Amaru e invocaron el apoyo del rey de España y otros elementos de la «plataforma» de su predecesor. Andrés se movió al lado este del Titicaca para preparar el sitio del pueblo de Sorata. Los tres conocían bien la región y contaban con los contactos cruciales, ya que Diego Cristóbal había acompañado a su primo, Tupac Amaru, en la campaña del sur de noviembre de 1780, mientras que Andrés y Mariano frecuentaban la zona en sus viajes como arrieros. De alguna manera, esta segunda fase continuó la primera campaña, pero con nuevos conductores.

Del Valle, Areche y otros líderes realistas no tenían, en cambio, experiencia en la región del Titicaca o el Collao. En noviembre de 1780, durante la fase inicial del levantamiento, ellos estaban aún en Lima, mientras que las autoridades del cabildo y religiosas del Cuzco permanecían en la ciudad, confiando en los corregidores, con algunos refuerzos venidos de La Paz y Arequipa para combatir a los rebeldes. Los comandantes realistas vieron esta región, desconocida para ellos, con

miedo. Pasaron semanas caminando desde Lima hasta el Cuzco, atravesando los Andes, quejándose amargamente de los escarpados picos, el implacable frío y los desafíos logísticos. Se encontraron con una población indígena hostil a sus «requerimientos» de comida, albergue y reclutamiento, y también a la represión del levantamiento. Tanto Del Valle como Areche estaban desesperados por la escasa presencia del Estado colonial y del idioma español en los Andes, y advertían que la mayoría de la población rural del Cuzco —incluso aquellos que permanecían neutrales— prefería a los rebeldes que a ellos. En todos los frentes, el Collao fue mucho más desalentador para el ejército realista que el Cuzco.

La cuenca del Titicaca está a mayor altitud y es más fría. Sus reservas de comida son más escasas y sus áreas de pastoreo más aisladas. La ruta del Cuzco a Puno se deslizaba desde el verde valle del Vilcanota, el corazón del territorio rebelde, hasta La Raya, la impresionante montaña de más de 4000 metros de altitud que separa el Cuzco de Puno, y después, hacia la árida, casi lunar, cuenca del Titicaca, donde los insurgentes podían usar las imponentes cumbres para emboscar y ocultarse. En términos culturales, los españoles percibieron a los habitantes del Titicaca como incluso menos aculturados y más agresivos que la población indígena del Cuzco. Mientras que algunos realistas podían alabar a los incas y quizás, incluso, a sus descendientes, vieron a la población aimara como atrasada, vacía de la tradición real del Cuzco y de sus «reyes incas». ⁷ En términos prácticos, las tropas de la costa sufrieron enormemente conforme las altitudes se elevaban más allá de los 3500 msnm. Incluso si se llegaron a acostumar y pudieron superar el inicial soroche, muchas experimentaron aceleraciones cardíacas, dolores de cabeza y sangrados de nariz cada vez que cruzaban un paso de montaña. Algunos soldados expulsaban sangre al toser, pues tenían edemas pulmonares. Por otro lado, las noticias que llegaban de Charcas sobre múltiples levantamientos y ciudades sitiadas alimentaban el miedo. Los comandantes españoles temieron la expedición al Collao.

En la cima de los más altos picos

Después de entregar a sus valiosos prisioneros en abril, el comandante realista Del Valle se dirigió al sur para perseguir a los nuevos líderes rebeldes. Diego Cristóbal y sus compañeros trasladaron la campaña cerca del lago Titicaca, donde José Gabriel fue tan bien recibido en noviembre de 1780. Para gran frustración de los españoles, los rebeldes permanecieron en movimiento. Del Valle sabía que, a pesar del alarde y confianza de los realistas, la expedición sería difícil; su inquietud demostró ser profética. La campaña comenzó mal y no mejoró. Después de perder miles de hombres en Langui —muchos más por desertión que por heridas de batalla—, Del Valle retornó a Sicuani a recuperarse y a reclutar nuevos

hombres, y de allí fue en dirección al lago Titicaca. Dejó a las fuerzas de Pumacahua atrás para perseguir cualquier brote en el anterior núcleo del levantamiento.¹

En la ruta al Collao, el comandante español se cruzó con indios que gritaban desde los cerros que «no eran tan cobardes como los de la provincia de Tinta» y que prometían luchar hasta el fin.² No obstante, logró tomar algunos prisioneros que le contaron que el pueblo de Santa Rosa era un foco rebelde. Entró a esta localidad el 15 de abril de 1781 y ordenó que todos los hombres se congregaran en la plaza. Para horror de los reunidos, sus soldados ejecutaron a uno de cada cinco hombres, el quintado, veinte en total. Si bien Del Valle argumentó que su matanza en Santa Rosa había logrado intimidar a potenciales seguidores rebeldes, hubo quien afirmó que sacrificó a gente inocente y que desanimó a los indios de rendirse.³ El cura de Sicuani escribió que el general había matado a un hombre de setenta años y a un indio que luchaba en el bando realista. Los indios se fueron «a los cerros», hostigando la retaguardia realista.⁴

Las escaramuzas continuaron, mientras que Del Valle se trasladaba a Puno. El 5 de mayo, las tropas españolas dirigidas por Gabriel de Avilés, el futuro virrey del Perú, asesinaron a cientos de rebeldes cerca del pueblo de Nuñoa. Como solía ocurrir, el informe de la masacre fue lacónico: citaba el número de muertos y nada más. Los soldados realistas mataron a algunos rebeldes en la batalla y, luego, a todos los que capturaron. Avilés no tomó prisioneros. Sin embargo, victorias y masacres como esta no cambiaron el rumbo de los acontecimientos. El número de rebeldes se incrementó y, conforme la lucha avanzaba hacia el sur, el terreno se hacía más duro. Incluso aquellas personas que los españoles consideraban sus aliadas, podían convertirse en rebeldes. El cura de Asillo, José Maruri, los saludó en las afueras de su pueblo vacío, pero fue arrestado porque se descubrió documentación que probaba su apoyo a José Gabriel.⁵

Las fuerzas rebeldes dirigidas por Pedro Vilca Apaza enfrentaron a Del Valle en las afueras de Asillo, en Condorcuyo. Vilca Apaza, un ladino de Muñani, un pueblo al norte del lago Titicaca, tenía una larga historia de confrontación con kurakas abusivos. En 1762, por ejemplo, chocó en las instancias judiciales con Diego Choquehuanca, el patriarca del grupo de kurakas que después se opondría a Tupac Amaru. En 1781, Vilca Apaza fue una de las principales figuras rebeldes en el área norte y oeste del Titicaca, y en el Alto Perú.⁶ Ondeando banderas y tocando tambores y trompetas, los insurgentes, «que aparecía estaba ocupado por 100,000 hombres», según un exagerado testimonio, intimidaron a las tropas realistas con gritos e insultos. Un escuadrón de Lima los atacó en la llanura abierta, pero contraatacaron y mataron a quince soldados. Las tropas realistas de indios de Anta y Chinchero, parte de las fuerzas de Pumacahua que se habían reunido con Del Valle, gritaban prometiendo indulto si se rendían. Los rebeldes respondieron que su objetivo era tomar el Cuzco «para poner en libertad a su idolatrado

inca». ¹⁴ Los realistas atacaron en cuatro grupos el día siguiente, 7 de mayo, buscando forzar a los insurgentes a replegarse por detrás de la montaña. Sacando ventaja de sus cañones y fusiles, los españoles afirmaron haber matado a más de seiscientos rebeldes y herido a muchos más.

El valor de los insurgentes asombró a Del Valle, quien ofreció dos ejemplos para mostrar cuán diferentes eran ellos de «la sencillez» y «pusilanimidad» de los indios derrotados en el siglo XVI. Buscaba demostrar que su lucha era aún más épica que la de los conquistadores. El primer ejemplo aludía a un indio que se había sacado una lanza del pecho con sus propias manos y que había continuado luchando hasta morir. El segundo se refería a un rebelde que se defendía con tal ferocidad y determinación mientras un realista le perforaba el ojo con una lanza, que solo la intervención de otro soldado pudo salvar al agresor. El testimonio calificaba la victoria como un milagro. ¹⁵

Aunque los realistas se hacían de mulas, caballos, vitualla y otros suministros dejados atrás, su estado de ánimo no mejoraba conforme se adentraban en Azángaro, el pueblo más grande al norte del lago Titicaca y la base rebelde desde hacía tan solo unos días. Lo encontraron desierto, excepto por el asistente del cura, quien les contó que había sido forzado a destruir los vasos sagrados de la iglesia, al mismo tiempo que los sublevados amenazaban repetidamente con profanar el templo y robar sus joyas. Los líderes insurrectos se habían trasladado a otra parte y los indios de la localidad habían escapado a los cerros, sumándose a las filas rebeldes. Mestizos y blancos huyeron a Puno o incluso al Cuzco y Arequipa. El 11 de mayo, los rebeldes emboscaron a las tropas de Del Valle en el alto paso de Puquinacancari. Hombres y mujeres las engañaron haciéndoles creer que estaban solicitando perdón cuando, de hecho, los insurgentes empujaban rocas desde arriba y lanzaban piedras hacia ellos, sus armas preferidas. Su coraje nuevamente conmocionó a Del Valle, así como que varios de ellos lucharan hasta la muerte o se tiraran por los acantilados para no ser capturados. ¹⁶

En ese momento, inicios de mayo de 1781, Diego Cristóbal se encontraba cerca, moviéndose entre Carabaya y Puno, la ciudad más importante de la región, que los rebeldes habían rodeado. Permanecía en movimiento con la finalidad de reclutar seguidores, recoger suministros y evitar a los españoles. En contraste con la primera fase, los insurgentes no tenían una base natural que pudiera compararse con la bien protegida casa de José Gabriel y Micaela. El constante desplazamiento de los rebeldes frustró a los españoles. Algunas personas informaron que Diego Cristóbal había dormido en la casa de una amante, solo a ocho kilómetros de la columna realista de Paruro, dirigida por Isidro de Guisasola. Del Valle escribió con amargura que «sin la menor duda se hubieran arrestado los rebeldes, si los hubiese seguido la columna de Paruro»; después castigó a Guisasola. El mariscal español creía que los rebeldes estaban desertando masivamente, pero mencionaba con incredulidad que

[...] publicaban a los vecinos de los pueblos de su trancito que iban a buscar unas columnas de leones, tigres, y otras fieras, para que devorasen el Egercito Español, cuyas bárbaras desentonadas fantasías, consigue oigan y crean los idiotas de aquellos infelices y desgraciados payses.¹⁷

Su idea acerca de las deserciones rebeldes parece haber sido una ilusión; su preocupación por el exitoso reclutamiento de los insurrectos con la promesa de acabar con los españoles no parece haber estado fuera de lugar.

La observación de Del Valle sobre animales salvajes nunca vistos en América nos recuerda la novedad de la matanza y la gama de interpretaciones de la guerra. Las fuentes proveen unos pocos atisbos de estas particulares interpretaciones. El corregidor de Lampa, Vicente Oré, expresó su impaciencia con los reclutas indios, que no entendían las armas de fuego. Algunos de ellos se rehusaban a sostener un mosquete, preocupados de que pudiera tener un «oculto veneno». Oré no aclara si el veneno pondría en peligro la vida del tirador o el blanco. Su impaciencia expresa tanto un desdén etnocéntrico por los indios como el hecho de que la vasta mayoría de ellos no había visto nunca un arma de fuego, excepto quizás en un desfile o pintura.¹⁸

Pedro Quispe, un seguidor de Tupac Amaru, miembro de una comunidad indígena cercana a Sicuani y renombrado curandero especializado en ganado, usó sus habilidades para alejar a los realistas. Quemó los huesos de cerca de diez españoles que él y sus compañeros habían matado y mezcló la ceniza con restos carbonizados de perro y zorro y con dientes de gato. Luego arrojó esta mezcla alrededor de *apachetas* o santuarios en los pasos más altos, entonando un ruego para neutralizar «granizos, hielos, mestizos». Quispe creía que esta acción convertiría en polvo a cualquier realista que la pisara.¹⁹ Aunque los informes de la guerra se centran en el choque entre realistas y rebeldes, también permiten vislumbrar cómo la población indígena entendió el conflicto y empleó formas locales de conocimiento para enfrentarlo.

Del Valle también se lamentaba de que en su larga caminata por el Collao,

[...] no he hallado un hombre en sus caminos, por que todos se han situado en las crestas de los montes mas empinados: sus campos quedan enteramente estériles y desiertos. Los Pueblos quemados: Las Iglesias cerradas, y sin pasto alguno espiritual, por que sus curas, despues de haver consumido las formas consagradas, rezelando que su barbaridad las profane, se han incorporado conmigo, temiendo sufrir los ultrages, y las desgracias que han padecido los demas de su clase.

Las comunicaciones entre las columnas se volvieron difíciles. Por ejemplo, los indios del pueblo de Santiago de Pupuja cortaron las orejas, nariz y manos de

uno de los mensajeros realistas que llevaba una carta del comandante Francisco Quiroga.¹⁹

Del Valle y sus tropas pasaron hambre, frío y desgracias desde que dejaron Sevan. Conforme la altura aumentaba, la tierra agrícola disminuía. Las tropas de Del Valle saqueaban haciendas y mercados, por lo que muchos campesinos y hacendados optaron por no cultivar o aprendieron a ocultar sus valiosos productos. El riguroso altiplano requiere elaborados sistemas de almacenamiento, algo que ya los incas supieron. La guerra los demolió. En una carta del 8 de agosto de 1781, Del Valle se quejaba de que el miserable salario que ofrecía a sus tropas no era suficiente ni siquiera para la comida, particularmente en

[...] países desiertos y estériles de viveres por donde seguí siempre mi ruta pues aunque entre muchos pueblos los hallé quemados y sus vecinos en las crestas de los montes más elevados y cubiertos de nieve donde se habían retirado huyendo del ejército con la mayor parte de sus ganados, caballerías, granos, y efectos.

Del Valle admitía haberse convertido en muy «buen ladrón» para alimentar a sus soldados. Incluso así, su tropa sobrevivió a base de carne de cordero hervida o asada, con sal como único condimento. Esta dieta acabó enfermando a sus hombres de disentería, impidiéndoles casi caminar.²¹

Muchos indios que Del Valle y otros jefes realistas «reclutaron», huyeron y regresaron a sus pueblos. Los soldados que vinieron de Lima no tenían, en cambio, esta opción —estaban demasiado lejos. Estas tropas, compuestas en su mayoría por negros y mulatos, muchos de ellos levados en calles y cantinas, sufrían por la altura, el intenso frío, la mala e insuficiente comida y el cansancio. Los que eran soldados profesionales no podían ofrecer nada a sus familias en Lima. Estos militares, que permanecieron anónimos incluso en la muerte, enfrentaban una guerra de guerrillas implacable, librada por muy motivados combatientes que nunca dejaban de moverse. Su vida era realmente miserable.

Los realistas se quedaron sin «aguardiente o bálsamo» y comenzaron a depender de la orina para curar las heridas. También se quedaron sin nadie que reparase sus armas. Las tropas de Del Valle no podían soportar estar tan lejos de su hogar, su familia y sus tierras. «Otros no podían resistir la desnudez, el frío, el hambre, ni los demás trabajos y penaciones de la Guerra, produciendo que aborreciesen el servicio con tan indecible extremo que prefiriesen exponerse al riesgo de perecer a manos de los enemigos por abandonarle».²² Reclutar nueva gente era casi imposible. Los indios y mestizos que vivían cerca del Cuzco se escondían «en los montes más asperos y ocultos».²³ Las tropas realistas lucían cada vez más abatidas conforme se desplazaban hacia el lago Titicaca, con el invierno a punto de comenzar.

Por otra parte, a fines de abril de 1781, los indios que vivían cerca del área central de José Gabriel y Micaela, se levantaron en apoyo de Diego Cristóbal.²⁴ También llegaron informes de levantamientos en Tucumán, en el noreste del Río de la Plata (hoy en día Argentina), Chile y Nueva Granada (hoy Colombia). En Tucumán, Jujuy y Salta, el norte andino del Río de la Plata, así como en el norte de Chile, los rebeldes se lanzaron contra las fuerzas españolas, invocando el movimiento katarista.²⁵ En Nueva Granada, criollos y otros sectores tomaron las calles para protestar por el incremento de impuestos y demandaron una mayor autonomía política. Se organizaron en un *común*, y a partir de entonces adoptaron el nombre de «comuneros». Los eventos en el Cuzco habían despertado su ánimo de rebelión.²⁶ Las autoridades en el distante México, en Izúcar de Matamoros, una localidad de Puebla, «temían otro levantamiento como el de Tupac Amaru».²⁷

Las disminuidas columnas españolas que se aproximaron al lago Titicaca no solo enfrentaron a los insurgentes que los rodeaban por todos lados y a lo largo del Alto Perú, sino a los del área que acababan de atravesar en su campaña de «pacificación» y a los de los distantes sur y norte de la región. El pánico puede detectarse en la correspondencia de Del Valle. Se sentía rodeado, preocupado de que los levantamientos en zonas más alejadas impidieran la llegada de los refuerzos que tanto necesitaba e, incluso, llevaran a la victoria rebelde. El 16 de mayo, Del Valle dirigió con su propia columna la persecución de los jóvenes líderes, buscando expulsarlos de la zona o capturarlos, liberar Puno del sitio y cortar los lazos de los insurgentes con el Alto Perú. Ninguna de estas tareas probó ser fácil; de hecho, fracasó en todos los frentes.

El sitio de Puno

Al norte y a orillas del lago Titicaca, a casi 4000 metros de altitud, Puno constituía la más importante ciudad del área. Sus habitantes controlaban las cercanas minas de plata de Cancharani y Laycacota, y participaban en la activa ruta de comercio que conectaba Lima y el Cuzco con Potosí y Río de la Plata. Los propietarios de haciendas y las comunidades indígenas criaban principalmente ovejas debido a su valiosa lana. De hecho, los soldados de ambos bandos subsistieron, en gran parte, gracias a la carne de cordero, con lo que devastaron la industria lanar de la región por, al menos, una década.²⁸ Puno también era un centro administrativo que vinculaba al Perú con el Alto Perú. Si bien su corregidor, Joaquín Antonio de Orellana, abandonó la ciudad en octubre de 1780, apenas estalló el levantamiento, retornó para defenderla en enero de 1781. Probó ser un valiente comandante que dejó un vívido testimonio de sus incursiones en la región y de su tenaz defensa de Puno contra varios sitios.

Orellana se movió constantemente por el área del Titicaca, intentando reclutar soldados, recaudar fondos y defender a los pueblos de los rebeldes. Se quejaba frecuentemente de la falta de apoyo de La Paz, Arequipa y el Cuzco, y sufrió una decepción a finales de 1780, cuando Areche optó por dirigirse directamente al Cuzco en lugar de desviarse a Puno. La coordinación entre los corregidores de provincias como Azángaro, Carabaya y Chucuito demostró ser difícil, ya que los rebeldes bloqueaban las comunicaciones e intimidaban a la población local. El consejo de guerra liderado por el corregidor Orellana se reunió varias veces en diciembre de 1780 y osciló entre el optimismo por la llegada de refuerzos, armas y dinero, y el pesimismo por lo que parecía cada vez más una guerra total, imposible de ganar. Mientras que Orellana se esforzaba por hacer de Puno el refugio realista en el área del Titicaca, la población blanca y mestiza de la ciudad solicitó varias veces evacuarla.

Los eventos en Chucuito, la provincia que se extendía en el lado suroeste del lago y que hoy es parte de la frontera entre Perú y Bolivia, alarmaron a los realistas y a la población del lugar. Para los investigadores actuales, estos ataques dirigidos por los comandantes de Tupac Katari, Isidro Mamani y Pascual Alarapita, materializan dos escalofriantes cambios en la naturaleza del conflicto: la superposición de las fuerzas de Katari y Amaru, y los asesinatos masivos de civiles por parte de los insurgentes. A mediados de marzo, los rebeldes tomaron el pueblo de Pomata. Días después, el 25 de marzo, más de 7000 de ellos atacaron Juli, matando, de acuerdo con un estimado, a cuatrocientos españoles, criollos y mestizos. Los indios rebeldes saquearon casas e iglesias, y, según se dice, esparcieron cadáveres a lo largo del pueblo.²⁹ Los sublevados atacaron Chucuito el 3 de abril, y capturaron al líder de su milicia, Nicolás Mendiolaza. Según varios testimonios, mataron a unas mil personas, quemaron vivo a Mendiolaza, decapitaron a cientos y destruyeron la mayoría de viviendas y templos. Chucuito fue, de lejos, la más sangrienta de las batallas desde que Tupac Amaru comenzó la rebelión siete meses antes.³⁰ Los documentos describen a los rebeldes lanzando niños al gélido lago Titicaca para ahogarlos, cortando las cabezas de mujeres y apilándolas sobre las horcas y, en Juli, bebiendo incluso la sangre de una mujer muerta.

En marzo, Orellana apresuró el regreso a Puno, esquivando varias emboscadas. Los ánimos realistas decayeron aún más cuando, en esa ruta, entraron al pueblo de Icho y encontraron que los rebeldes habían decapitado a mujeres indígenas debido al apoyo brindado por sus maridos a los españoles.³¹ A finales de marzo, los insurgentes rodearon Puno —las fuerzas de Katari al sur y las de Diego Cristóbal al norte—, y el 10 de abril la atacaron. Orellana preparó bien la ciudad, construyendo fuertes, excavando trincheras y colocando cañones. Situó a la milicia fuera de la ciudad y dejó a sus artilleros preparados para disparar desde las torres. Por su lado, Pascual Alarapita e Isidro Mamani reclutaron a gente en

el sur y este del lago Titicaca. Los indios del pueblo de Acora, sin embargo, capturaron al segundo y lo entregaron a los realistas.³² No obstante, los rebeldes de Azángaro, Lampa y Carabaya —pueblos prácticamente desiertos— se unieron a los de Chucuito para lanzarse contra Puno. Orellana usó bien sus cañones, sus otras armas y su caballería, y evitó estos repetidos ataques en abril.

El 7 de mayo, Diego Cristóbal apareció en unos cerros al oeste de Puno. Al día siguiente, desalojó a los indios realistas del «cerro de Azogue», la mina de mercurio que se alzaba sobre la ciudad, persiguiéndolos hasta la fortaleza de Santa Bárbara. Los rebeldes rodearon la ciudad y cortaron sus líneas de suministro. Orellana describió el ataque señalando que «parecerá increíble a cualquiera que no le haya presenciado».³³ El corregidor usó su poder de fuego, sus trincheras y fuertes para alejar a los rebeldes, que superaban considerablemente en número a los realistas, conmocionado de ver que traían barretas para palanquear los muros de adobe. Los insurgentes prendieron fuego a las casas (cuyos techos tenían gran cantidad de material inflamable) y se valieron del ruido que emitían sus armas e instrumentos, así como de desgarradores gritos, para intimidar a la población. Los ataques continuaron por varios días; algunos grupos insurgentes presionaban la plaza principal, mientras que otros asaltaban los depósitos de armas en las afueras. Diego Cristóbal trató de atraer a los realistas fuera de la ciudad, enviando grupos al otro lado de la corta línea de fuego de fusiles y cañones, pero Orellana no cayó en la trampa. En la mañana del 12 de mayo, los realistas informaron con satisfacción que Diego Cristóbal había partido, dejando atrás un parasol que usaba para protegerse. Al parecer, el líder rebelde se opuso a un sitio prolongado mediante el cual los habitantes se rindieran por hambre o por falta de agua. Otros grupos continuaron la lucha, pero no pudieron tomar la ciudad. Orellana recibió una carta de Del Valle, fechada el 19 de mayo, en la que le informaba que los refuerzos estaban en camino.³⁴ Los víveres se estaban agotando.

Del Valle enfrentó constantes emboscadas y escaramuzas mientras se aproximaba a Puno desde Carabaya. Dos de sus comandantes, los corregidores Manuel Castilla y Francisco Laisequilla, retornaron al Cuzco para enfrentar disturbios en sus provincias, Paruro y Chumbivilcas. Las autoridades de esos lugares afirmaban que los indios de las alturas estaban aprovechando el caos para robar ganado. Según decían, estos grupos se oponían a los españoles y querían sacar provecho de las «libertades ofrecidas por su sacrilego autor o rey, según ellos lo veneran y nombran escandalosamente».³⁵ Nuevos informes llegaban sobre la actividad rebelde en las alturas de Urubamba, Calca, Lares, Paucartambo y Quispicanchi.³⁶ A pesar de la ejecución de Tupac Amaru y de mucha de su gente, los realistas no controlaban el Cuzco y Del Valle tuvo que dilatar sus ya extendidas fuerzas.

Del Valle alcanzó las afueras de Puno el 24 de mayo. Para consternación de Orellana, se negó a entrar en la ciudad y en su lugar envió al comandante Gabriel de Avilés. Temía que los rebeldes le tendieran una trampa y retomaran una vez que él hubiese ingresado a Puno. Orellana insistió en atacar al enemigo en su retiro hacia Chucuito, al sur. Del Valle nuevamente se negó. Sin saber qué hacer y receloso de que los rebeldes pudieran atacar de nuevo Puno, incluso en mayor número, Orellana convocó a una junta el 25. Sus participantes creyeron que el destino de los españoles en América dependía de este encuentro.³⁷

Del Valle ofreció a Orellana un centenar de hombres armados como refuerzo para defender Puno. El corregidor rechazó la propuesta, que consideró ridícula—mente insuficiente—había sobrevivido apenas los sitios anteriores y sus suministros eran realmente escasos. Por otra parte, los rebeldes se hacían cada vez más fuertes y la determinación de los lugareños más débil. Orellana insistía en que Del Valle reconociera la importancia de la ciudad de Puno e hiciera de ella su cuartel general.³⁸ Sin embargo, Del Valle tenía poca confianza en que sus tropas pudieran conservar la ciudad. El gélido clima, las sangrientas batallas y la disminución de los suministros—lo que significaba escatimar en comida, uniformes y paga—habían incrementado la desertión. Dejó el Cuzco con 15.000 soldados; cuatro meses después, menos del 10% permanecía con él. El 25 de mayo escribió:

El ejército solo consta de ochocientos hombres, del cual casi el todo consiste en las tropas de Lima. Estas, acostumbradas al clima dulce de aquella Capital, no son capaces de sufrir por más tiempo la aspereza de los yeios que cada día son mayores, cuya incomodidad se hace más insupportable por estar descalzos y hechos pedazos sus vestidos: faltos de pan a que por estar acostumbrados les es mucha molestia su falta, y con las tiendas hechas pedazos.³⁹

Mayo es invierno en el Collao, lo que significa días fríos y noches penosamente heladas, particularmente para unos soldados con uniformes y tiendas de campaña hechos harapos y, además, acostumbrados a climas más suaves. Las temperaturas bajan incluso más durante los meses de junio, julio y agosto.

El 25 de mayo, la junta incluyó a los comandantes clave de Del Valle: Gabriel de Avilés, Joaquín Valcárcel, Matías Baulen, el marqués de Rocafuerte, Gaspar de Ugarte, José Acuña, Antonio Vivas y José de Lagos. Con la lamentable situación en Puno y las noticias que llegaban de todas partes sobre las más recientes escaramuzas, los líderes realistas argumentaban enérgica y amargamente. Los participantes sentían que el destino del virreinato peruano dependía de sus decisiones; por otro lado sabían que, superados en número por los cada vez más beligerantes indios que en general apoyaban a los rebeldes, sus vidas corrían peligro. Del Valle describió la situación y su decisión de no resistir otra vez en Puno en términos bastante sombríos:

sus tropas eran infelices, estaban cansadas y hambrientas, y entre ellas cundía la indisciplina, las provincias en La Paz y Buenos Aires estaban en pie de guerra, no contaba con suficientes soldados, ni siquiera para ofrecer resistencia en La Paz, sus tropas enfrentaban no solo desertiones masivas sino incluso la deshonra de una derrota, por último, argumentaba que si bien el sitio de La Paz había terminado (lo que no era cierto), el Cuzco enfrentaba una amenaza similar y, como parte del virreinato del Perú, merecía especial atención de este grupo. Presentaba la decisión como una disyuntiva entre retirarse al Cuzco o Arequipa para obtener suministros y tropas, y descansar en medio del invierno, o presionar sobre La Paz, una opción que le parecía lamentable. De acuerdo con un indignado Lagos, Avilés votó por las ciudades de Arequipa o el Cuzco, Valcarlos insistió en la primera, y Vivas, Gaspar de Ugarte, Bauhen y Rocafuerte prefirieron la segunda. Bauhen creía que una expedición al Alto Perú era un suicidio, las provincias rebeldes en la ruta a La Paz contaban con 300.000 hombres que tenían cañones y dominaban las cumbres. Sostenía que «ni con mil fusiles, era imposible penetrar las primeras distancias».⁴¹ Ugarte y Vivas lo secundaron.

Lagos, en cambio, lo refutó. Reconocía que los rebeldes habían masacrado a «la gente blanca» y asesinado a cientos de personas en Chucuito, pero sostenía que, con refuerzos, los realistas tendrían la ventaja. Contaban con 2000 hombres, 600 fusiles, 4 cañones y 60.000 cartuchos, mientras que los indios solo tenían palos y hondas: «con esta fuerza nada había que temer».⁴² Afirmaba que retirarse sería una deshonra, que ellos podían resistir en Puno, tal como lo habían hecho hasta ese momento, y que luego podrían pasar triunfalmente a La Paz. Lagos sostenía que necesitaban acabar con el «contagio» y que la pérdida de la región, la «garganta» que conectaba Lima con Charcas, sería catastrófica en cuanto a ingresos fiscales, minería y comercio. Les recordó que España estaba prácticamente en guerra con Inglaterra y que los refuerzos provenientes de Lima y Buenos Aires ya estaban en camino. Lagos criticaba los «pánicos temores» de los demás miembros y evocaba a los «primeros conquistadores» como modelos. Sostenía que si los realistas huían al Cuzco, retomar el área de Puno «costaría al Rey la reconquista, años, millones, y mucha sangre».⁴³ Solo Acuña, el corregidor de Cotabambas, lo respaldó. La junta votó a favor de retomar al Cuzco, concediendo a la gente tres días para prepararse.

Según Orellana, «fue grande el dolor» cuando se supo la orden de evacuar y «la confusión, el desorden y llanto» que las noticias provocaron en los habitantes de Puno. El corregidor destruyó sus cañones, para que los rebeldes no pudieran apoderarse de ellos.⁴⁴ El 27 de mayo, incluso antes de lo que Del Valle había planeado, aproximadamente 8000 hombres, mujeres y niños comenzaron el largo y terrible viaje al Cuzco, acompañados de alrededor de mil soldados realistas y 1246 indios leales, honderos y lanceros. Un contingente mucho más pequeño se

El virrey a Arequipa " Lagos y Orellana informaron que los rebeldes asaltaron a los españoles y se arriesgaron incluso a acercarse para robar suministros. Atacaron las tropas, matando cruelmente a «mujeres, niños y algunos hombres». Las condiciones no podían ser peores para quienes huían: escasos de suministros, enfrentaban ataques rebeldes a cada paso. Los miembros del estrato social medio de Puno, en su mayoría comerciantes y pequeños hacendados, simplemente abandonaron sus propiedades; algunos ancianos y enfermos no sobrevivieron al horrendo viaje a través de pasos de montaña nevados y estrechos cañones. Diego Cristóbal podría haber bloqueado algunos lugares por donde se debía pasar, especialmente alrededor de La Raya, o haber matado a esta gente. No lo hizo. Quizás les tuvo lástima o quizás comprendió que su llegada al Cuzco reforzara los rumores acerca del dominio rebelde en el sur.

El agotado grupo llegó al Cuzco cuarenta días después, el 2 de julio. El propio virrey Jauregui citó una carta de Del Valle que describía las miserables condiciones de sus tropas: «con los vestuarios destrozados, descalzos de pie, y sin otro alimento que el de carne de oveja asada en las brasas sin condimento alguno». Sus bajas sumaron 1449 oficiales y soldados, y los heridos «llenaron todos los Hospitales de esta ciudad». Los civiles estaban en peor condición. Habían resistido los sitios de Puno y tenido que dejar la mayor parte de sus pertenencias allí. Habían perdido a seres queridos en el viaje. Para cuando llegaron al Cuzco, estaban llenos de piojos y sufrían una variedad de enfermedades, por lo que fueron trasladados inmediatamente a los hospitales de la ciudad. El virrey Jauregui se refirió a ellos como «cojos, ciegos y heridos».

El propio Del Valle estaba enfermo y pidió su relevo. Sin embargo, proveyó un minucioso informe según el cual se requería una nueva ofensiva en el Collao. Del Valle creía que Diego Cristóbal podía retomar a Tinta y atacar el Cuzco. Demandaba cuatro mil nuevos soldados, argumentando que los suyos estaban agotados y que los pardos y negros libres de Lima no tenían «ningún valor», debido a su incapacidad para aclimatarse a la altura. Enfatizaba cómo la escasez de comida, uniformes y otros suministros había obstaculizado su campaña, y reconocía que la violencia rebelde había escalado. Escribió:

No será fácil hacer comprender el odio mortal que tienen los rebeldes, no solo a los Españoles sino a todos aquellos que en el color se les parecen, como lo ha acreditado la crueldad con que a sangre fría han muerto en las provincias del Collado, y otras a todos las Personas que tenían la cara algo blanca sin excepción de sexo ni edades.

Los soldados enfermos y desanimados y los pisoteados habitantes de Puno demostraron a todo aquel que los vio en su largo y penoso viaje, que la expedición



Tupac Amaru en un libro de historietas mexicano de 1957 (colección del autor).

de Del Valle al sur y la subsecuente evacuación del área del lago Titicaca habían sido una dolorosa derrota para los españoles. La situación había cambiado dramáticamente en unos pocos meses. Los batallones que capturaron a Tupac Amaru y Micaela Bastidas habían impresionado a la gente con sus recursos humanos, precisión y poder de fuego. Menos de dos meses después de la ejecución de los mencionados líderes, los remanentes de estas tropas retornaban al Cuzco, hambrientos y miserablemente vestidos, sin ninguna victoria que contar desde la captura de abril. Los habitantes del Cuzco oyeron a los refugiados referirse a la indecisión de los oficiales realistas y sus dimes y diretes, y, en contraste, a la fuerza, coraje y confianza de los rebeldes. Los relatos de sitios, masacres y escapes en las llanuras que rodean el lago Titicaca alarmaron a los lugareños. Las dos autoridades españolas más prominentes en el Cuzco, José del Valle y José Antonio Areche, acabaron discutiendo entre ellas y echándose la culpa la una a la otra, profundizando una división entre los españoles que marcó el futuro cercano.

Miedo más que ganas

El 29 de junio, Areche escribió al virrey Jáuregui desde el Cuzco para explicar su desesperación —«lágrimas de mi corazón el despueblo de la famosa villa de Puno»— y ofrecer una alternativa. Pintó un negro cuadro de iglesias abandonadas a lo largo del Collao y de indios que perdían el poco respeto que tenían por los españoles. Sin templos y sin la obediencia de los indígenas, el colonialismo español en los Andes era impensable y se desintegraría rápidamente. Desde Quito hasta más allá de Potosí, a lo largo de la cordillera que constituye la columna vertebral de Sudamérica, la Iglesia tenía en ese entonces mayor presencia que el Estado colonial. Muchos más indígenas habían conocido a un cura que a un funcionario. Majestuosas iglesias, cargadas del conmovedor arte barroco, adornaban los pueblos de los Andes, mientras que los cabildos tenían apenas un local o ninguno en absoluto. Aunque no era gran amigo de la Iglesia —la culpaba por el levantamiento—, Areche reconocía su abrumadora importancia en los Andes.

El visitador criticaba a Del Valle por no haber controlado las áreas en las que había entrado, aunque admitía que los rebeldes huían muy rápidamente, escondiéndose en impenetrables montañas. Por otro lado, rechazaba la excusa de Del Valle de que había carecido de suministros: «y que si no tubo algún tiempo víveres, zapatos, y el resto de cosas precisas, es falta del que le manda en no pedir las o prevenirlas con antelación».⁵¹ Areche proponía matar de hambre a los rebeldes, impidiéndoles cosechar papas, maíz y coca, obstaculizando sus incursiones en los pueblos en busca de comida, y aislándolos de su suministro de sal. Más allá de este vago plan, enfatizó la incompetencia de Del Valle, exigiendo un nuevo jefe militar.⁵²

En cuanto a Del Valle, repetidamente justificó sus acciones resaltando las miserias que había pasado y la imposibilidad de obtener una victoria considerando el hambre, el frío, la indisciplina y el difícil terreno que soportaban sus tropas. Buscando refutar las críticas de Areche, en una larga carta al virrey Jáuregui, fechada el 12 de julio, describía el frío y la nieve que habían acabado con varias de sus mulas, al no haber pasto para los animales de carga que, al igual que sus tropas, estaban hambrientos. También se lamentaba por la falta de yesca y leña en un área muy por encima de lo que usualmente se considera la línea arbolada. Se quejaba, por otro lado, del creciente número de desertiones entre sus soldados y de la pérdida de armas cuando ellos huían, aun si reconocía que era casi imposible retener a las tropas en esas condiciones. Por último, enfatizaba el uso que hacían los rebeldes de los cerros como refugio, reconociendo su destreza en lo que posteriormente sería conocido como «guerra de guerrillas»: los ataques relámpago mediante los cuales sacaban ventaja de su constante movimiento y de su conocimiento del terreno. Del Valle subrayaba aquí y en otras partes cómo los rebeldes se retiraban a los cerros, escapando de los realistas. Afirmaba amargamente que «para los Indios no hay cerro que los ataje».⁵³

En otra carta al virrey, también de julio, recalca la tenacidad de los rebeldes y el odio contra los españoles. Describía cómo «los Indios de los cerros» rechazaban su oferta de perdonarlos si renunciaban a su lucha: «llamándonos ladrones alzados, y que nosotros somos los que debemos pedirles a ellos perdón, y se llenan de tanto orgullo que creen que es el miedo el que nos obligó a proponer la Paz, y no el imitar las piadosas intenciones del soberano».⁵⁴ Esto anticipaba otro principio de la guerra de guerrillas: que los insurgentes tienen una mayor motivación que sus represores. También revelaba la firme creencia de los rebeldes de que ellos, y no los realistas, representaban al rey y la defensa de la justicia y el orden.

Areche y Del Valle se atacaron el uno al otro constantemente durante años. El primero continuó haciéndolo incluso después de la muerte del segundo, el 4 de septiembre de 1782. Era un enfrentamiento personal —no se caían bien—, y cada uno deseaba culpar al otro por la debacle de Puno y atribuirse el honor de haber capturado a Tupac Amaru y Micaela Bastidas. Por ejemplo, en una carta a Gálvez, Areche se quejaba amargamente de que Del Valle hubiera recibido el crédito por la captura de Tupac Amaru «en Nuestra Gaceta» y «un capítulo de Cádiz». Aseguraba que él había dirigido la carga y las tropas indias y había detenido al círculo rebelde más íntimo, y no Del Valle, que fue «muy lento».⁵⁵ A mediados de 1781, Areche presionó para controlar las operaciones, afirmando que podía retomar Puno con un refuerzo de mil hombres de Arequipa, más tropas de la división del Callao y mil mosquetes. El virrey le agradeció por su contribución, pero le comunicó que el comandante del ejército (Del Valle o su aún no nombrado sucesor)

sería el encargado de cualquier campaña. Jáuregui también se negó a enviar más tropas de la costa, debido a la amenaza de ataque de los ingleses. Areche tomó esto como una traición y comenzó a ridiculizarlo en sus frecuentes memorias a Gálvez.²⁶ Refusó reunirse con el virrey cuando retornó a Lima, en agosto de 1781, y convirtió en su misión el hacerse cargo de la campaña contrainsurgente, mostrando su desprecio por Del Valle y el virrey cada vez que le era posible.

Este conflicto continuó siendo extremadamente personal. Las acusaciones se volvieron cada vez más duras, pero a la vez reflejó una profunda divergencia sobre qué acciones debían emprenderse. Areche, a pesar de criticar las ejecuciones de Santa Rosa y de su ocasional llamado a comprender a los rebeldes, opinaba que Del Valle había sido demasiado blando. Exigió, entonces, políticas más estrictas, que aislaran o incluso mataran de hambre a los insurrectos. Del Valle, Jáuregui y algunas autoridades del Cuzco, como el obispo Moscoso y Peralta, argumentaban en cambio que estas tácticas no funcionarían, que los rebeldes controlarían el área que se extiende desde el Cuzco hasta La Paz, y que podrían resistir una nueva ofensiva realista. Buscaban más algún tipo de negociación.

Mientras que esta pelea pasó de ser un asunto personal a convertirse en un desacuerdo programático acerca de la política militar, los eventos alrededor del lago Titicaca se volvieron aún más perturbadores. No solo el batallón que capturó a Tupac Amaru y Micaela Bastidas no logró defender Puno, sin hablar de prender a Diego Cristóbal Tupac Amaru, sino que los rebeldes se volvieron más violentos y buscaron múltiples frentes. Los realistas se enfrentaron, por un lado, con dos grupos organizados, uno liderado por Diego Cristóbal y otro en el área de La Paz conducido por Tupac Katari; y, por otro, con feroces levantamientos locales, que carecían de liderazgo. Las noticias acerca del sitio de La Paz aterrorizaron a la población urbana de todo el Perú. Mientras que Del Valle, Areche y Jáuregui enviaban desagradables memorandos, unos acerca de los otros, y buscaban hacer valer su rango, la rebelión amenazaba con extenderse hasta bien adentro del virreinato del Río de la Plata. Los realistas tenían mucho más que temer que solo la pérdida de Puno.

Todos y cada uno de los indios

Las autoridades coloniales comprendieron que para mediados de 1781, la violencia de los insurgentes era mayor y tocaba cada día a más personas. También eran conscientes de que los líderes rebeldes tenían menos control sobre sus seguidores. Ambos cambios las aterraron. Una carta fechada el 2 de mayo en Arequipa, resume la situación en el Alto Perú («Chuquisaca, Sicasica, Caracoto») en los siguientes términos:

Allí pues no hay Tupac Amaru y lo que es más no hay *Catalán verdaderos*, pero me acuerdo que lo era y fue su primer insultante, pero que importa, cuando cada *Catalán* se determina tal, y baxo de este nombre levanta cabeza el que entre ellos quita de debajo la insolencia.⁵⁷

De hecho, el autor concluía que lo que importaba era que cada indio era potencialmente un asesino insurgente e incluso un líder.

A diferencia de la primera fase, los rebeldes ahora atacaban también a los curas. Aunque Diego Cristóbal y otros líderes buscaron evitar que sus seguidores lo hicieran, tenían poca capacidad para ello, considerando que el centro insurgente se había desplazado lejos del Cuzco. El propio Diego Cristóbal reaccionaba con dureza con los clérigos que lo desobedecían. En una carta del 19 de agosto de 1781, el líder rebelde rechazaba la explicación del padre Miguel Morán de por qué su parroquia no podía apoyar el levantamiento:

VRMA solo por solapar a ellos me esta dando sus disculpas frívolas como yo no hubiera penetrado todo lo que se observa en esta Indiana del Perú, y solo a los pucacuncas ladrones puede VM darle semejantes disculpas que yo como soy Inga Noble, no me puede pegar esos petardos.⁵⁸

Diego Cristóbal exigía que el cura dejara de intimidar y estorbar a los indios, subrayando que no podía ser engañado y que contaba con miles de hombres para castigar a los realistas.

En junio de 1781, a su retorno al Cuzco, José del Valle envió una lista de 23 curas que habían sido víctimas de los rebeldes. Comenzaba narrando la historia de «don» Sagardia, el párroco del pueblo de San Taraco, en Azángaro. Los insurgentes habían quemado su parroquia y robado sus pertenencias «por haver este opuéstose enteramente a los ordenes del rebelado». Otro cura, don Josef Traviataru, había tratado de impedir la circulación de órdenes y decretos insurgentes «para que no pasase adelante este canser» y solicitó la ayuda del corregidor. El corregidor, posiblemente Orellana, dirigió entonces una masacre contra cincuenta o sesenta «capitanes, justicias mayores, comandantes, y coroneles» rebeldes en el pueblo de Samán, cerca de Azángaro. Ambos clérigos solo sobrevivieron huyendo a Puno.⁵⁹ La lista describía a curas y sus asistentes robados, golpeados, encarcelados, arrastrados con caballos, humillados en numerosas formas despojados, azotados y amenazados. Varios vieron cómo los rebeldes mataban a sus parientes y otros fueron tomados prisioneros en Tinta, probablemente en los primeros meses del levantamiento. Del Valle enumeró a tres clérigos asesinados por los rebeldes, todos de parroquias remotas: Juli, en el obispado de La Paz Ocongate, en las alturas de la provincia de Quispicanchi; y Paucartambo, hacia la

selva. Asimismo, los rebeldes arrastraron a un asistente del cura de Lampa a la horca, pero Del Valle no pudo confirmar si el hombre fue ejecutado.

El mariscal cerraba su solemne informe describiendo cómo el procedimiento de los rebeldes había cambiado. Cuando entraban a un pueblo, los insurgentes atacaban al cura y a sus asistentes, amenazando con matarlos. En contraste, a finales de 1780 Tupac Amaru tenía por costumbre reunirse con el clérigo local, solicitarle su apoyo y usar las escalinatas que conducían a las iglesias para proclamar sus discursos.⁶⁰ Al inicio del levantamiento, el obispo Moscoso y Peralta había instruido a sus clérigos para que se quedasen en sus parroquias con la finalidad de hacer proselitismo contra los rebeldes, insistiendo en que estarían seguros. A mediados de 1781, el escenario era otro.

Mientras Del Valle dirigía el humillante éxodo de los habitantes de Puno, Diego Cristóbal consolidó su base en Azángaro y buscó moverse al sureste y vincularse con el levantamiento de Tupac Katari. Andrés Mendigure se hizo cargo del lado este del lago Titicaca. Con la ayuda de Vilca Apaza, Andrés supervisó el sitio de Sorata, capital de Larecaja y parte del obispado de La Paz, de mayo a agosto. Miles de rebeldes rodearon el pueblo, que congregaba a 2000 refugiados de Lampa, Carabaya y otros pueblos y ciudades cercanos.⁶¹ Aunque organizada en compañías y con armas, la población comenzó a quedarse sin alimentos en cuestión de semanas. Luego de una reunión entre los delegados y los rebeldes, estos últimos permitieron a los sitiados adquirir algunos productos. El padre José Eustaquio Caravedo lamentó que los habitantes echaran mano de las «carnes rebeldes de «piratas»».⁶²

Temiendo ser masacrados, los habitantes de Sorata rehusaron rendirse. A inicios de agosto, Andrés Mendigure ideó un plan para inundar el lugar. Desviando tres ríos, construyó una represa en las cumbres que se elevaban sobre el pueblo y la abrió el 5 de agosto. El agua rompió las barricadas del poblado y neutralizó sus defensas. Los testimonios sobre la masacre varían. Aquellos favorables a los españoles describen violaciones y matanzas indiscriminadas contra cualquier descendiente de español o que lo aparentara. Otros sostienen que los rebeldes asesinaron a los españoles, pero que perdonaron a criollos y mestizos. Andrés Mendigure forzó a las españolas a mascar coca, vestirse como indígenas, ir descalzas y llamarse entre ellas *collas* o indias. Desde Sorata, Andrés llevó sus fuerzas a La Paz, una ciudad que sufriría un sitio incluso más horrendo que este.

El perdón y el cese al fuego

A fines de agosto de 1781, la situación era sombría para los realistas. Los rebeldes habían rodeado la ciudad de La Paz nuevamente, y Tupac Amaru y Tupac Katari parecían estar a punto de pactar una alianza trascendental. Los rebeldes tupacamaristas controlaban el área del lago Titicaca y contaban con fuertes focos de apoyo desde Puno hasta el Cuzco, así como en lo que se convertiría en el norte de Chile y Argentina. Como se ha visto, un grupo de insurgentes también atacó en Nueva Granada. La táctica de guerrilla de los sublevados exasperaba a los comandantes realistas, mientras que la amenaza de largos sitios e incluso de una guerra de castas aterrorizaba a los habitantes de pueblos y ciudades. Las noticias sobre hambruna, deshidratación y carencias de todo tipo en Sorata y La Paz se habían extendido, y españoles y mestizos huían, buscando refugio en Lima, Arequipa o Buenos Aires. Los comandantes españoles vieron sus mejores batallones colapsar, transformándose de columnas provistas de armas y disciplinadas en soldados harapientos y hambrientos, que buscaban la primera oportunidad para desertar. Habían renunciado en gran medida a reclutar a la población indígena local.

Mientras que los dos movimientos rebeldes se superponían en el área del lago Titicaca y unían fuerzas en el segundo sitio de La Paz, las divisiones entre los españoles aumentaron. El visitador Areche bombardeó Lima y Madrid con cientos de cartas y memorandos que menospreciaban la fallida campaña de Del Valle. Añadió al virrey Agustín de Jáuregui a su campaña difamatoria cuando este se rehusó a aceptar la interpretación del visitador de por qué los realistas se habían estancado luego de la captura de Tupac Amaru, y se negó a nombrarlo como reemplazo de Del Valle. Esta lucha interna parecía cumplir uno de los requisitos para llevar a cabo una revolución exitosa, según generaciones de teóricos: la división de la clase dominante.¹ En un área montañosa que parecía diseñada para la táctica de guerrilla, un movimiento unificado, multicultural (quechua y aimara) y respaldado por la mayoría de la población del Perú, confrontó a los divididos y cada vez más pesimistas españoles. La revolución parecía inminente.

La confusión reinaba. Los comandantes realistas y los corregidores compartían el pesimismo de sus seguidores. En sombrías cartas y memorandos dejaban

clara su opinión de que los eventos de este periodo, mediados de 1781, decidirían el destino del Perú y quizás, incluso, del Imperio español en América. Estaban en lo correcto —los acontecimientos eran épicos y decisivos. Si las fuerzas de Tupac Amaru y las kataristas se unían, los rebeldes controlarían la vasta zona andina que se extendía desde el Cuzco hasta Potosí. Podían redoblar sus ataques a los reductos realistas (entre ellos, el Cuzco), hundir a la ciudad de Arequipa y paralizar la recaudación de impuestos y las rutas de comercio entre Buenos Aires y Lima. Si ello ocurría, podían incluso poner la mira en estas dos ciudades. La mayoría de la población, particularmente los españoles y criollos, temía que la hambruna y la falta de agua del sitio de La Paz, unidas a la carnicería del lago Titicaca, se volvieran una práctica usual. La gente ya no solo temía morir, sino hacerlo en una forma tan brutal. En ese momento, el destino de la rebelión pendía de un hilo: ¿podrían los rebeldes alinearse, tomar La Paz y propagarse en todas las direcciones, o lograrían los realistas oponer una resistencia definitiva? Los realistas ya no luchaban para recuperar una ciudad o detener un avance; lo hacían para sobrevivir.

La lucha o las luchas, sin embargo, dieron un giro completamente inesperado y decisivo en septiembre y octubre de 1781. Curiosamente, esta transformación ha recibido mucho menos atención que la captura de Tupac Amaru y la masiva ejecución que le siguió. Estos eventos no solo alteraron el curso del levantamiento, sino que configuraron la política e ideología españolas en los Andes por décadas. En feroces batallas de papel, los realistas debatieron acerca de cómo reconquistar el virreinato del Perú y qué hacer con la población indígena. Estas discusiones y la implementación de nuevas formas de gobierno y control, que dejaron de lado un sistema de doscientos años de antigüedad, pesarán en el Perú mucho más allá de transcurrida la independencia, en la década de 1820.

La Paz: ¿todos los indios son ahora rebeldes?

En La Paz, los realistas lograron romper el sitio en julio, solo para volver a perder el control de la ciudad un mes después. La situación era horrenda: sus habitantes estaban hambrientos y habían perdido toda esperanza. El 1 de julio de 1781, el comandante Ignacio Flores logró desalojar a los rebeldes, lo que significó un respiro para las decenas de miles de sitiados. Los habitantes aclamaron a sus liberadores y buscaron desesperadamente comida y asistencia médica. Sin embargo, no pudieron aventurarse demasiado lejos del centro de la ciudad. Los rebeldes se movían por los cerros de los alrededores, y continuaban con su táctica de atacar y retirarse. Los sobrevivientes pudieron comer, enterrar o, al menos, dejar a sus muertos fuera de las murallas de la ciudad, y restablecer un poco de orden. Pero la calma no volvía.

Miles de soldados del batallón de Flores desertaron en julio. Preocupado por su vulnerabilidad, el propio comandante huyó de La Paz el 4 de agosto, dejando atrás una compañía de soldados veteranos. El 7 de agosto, los rebeldes atacaron de nuevo, pero no pudieron romper las líneas realistas. El segundo sitio había comenzado. Un testigo, don Juan Bautista de Zavala, calculó más de 14.000 muertos entre los dos sitios: la mayoría de hambre, algunos de balas «y otras han sido degolladas por los rebeldes en su campo adonde se pasaban muchas aun sabiendo que aquellos no daban quartel a ninguno que tuviese algo de Español». ² Con tristeza anotó que «no hay indios que no sean rebeldes, todos mueren gustosos por su Rey Inga, sin acordarse de Dios, ni de su santa ley». ³ Hacia finales de agosto, Andrés Mendigure, Miguel Bastidas y otros comandantes de Tupac Amaru llegaron a La Paz. La muy temida alianza de los (nuevos) líderes de los movimientos de Tupac Amaru y Tupac Katari parecía inminente.

Sin embargo, las tensiones surgieron entre estos dos bandos. Andrés y sus allegados establecieron su base en El Alto, mientras que las fuerzas de Tupac Katari se concentraron en Pampajasi, en el lado opuesto de la ciudad. ⁴ Andrés y su gente dominaban el español y hablaban el quechua del Cuzco, a 600 kilómetros. Peleaban en nombre de los incas, un imperio que había sojuzgado a la población aimara. En contraste, Tupac Katari era un humilde hablante de aimara que veía La Paz como su base y a quien le molestaban los foráneos. Sus reparos aumentaron cuando Andrés se involucró sentimentalmente con Gregoria Apaza, su propia hermana. Por otra parte, uno de los comandantes de Katari, Tomás Inga Lipe, se pasó al bando de Andrés Mendigure, lo que agudizó las luchas internas. A fines de agosto, las fuerzas de Tupac Amaru detuvieron temporalmente a Katari. Andrés ordenó a Tupac Katari llamarse gobernador en lugar de virrey, buscando limitar su poder. ⁵ Aun así, los dos bandos rebeldes lograron organizar un efectivo segundo sitio de La Paz.

A inicios de octubre, Andrés Mendigure trató de repetir su triunfo en Sorata y de represar el río Choquepayu para inundar La Paz. Creyó que las furiosas aguas aplastarían las defensas realistas y quebrarían el ánimo de los defensores, pero esta vez su proyecto fracasó. Un muro de contención se rompió antes de que el agua pudiera desviarse a la cuenca en la que se encuentra la ciudad. Sin embargo, los rebeldes tuvieron éxito en bloquear los suministros que ingresaban a La Paz, por lo que el hambre y la enfermedad se propagaron de nuevo. Los sobrevivientes contaban historias de hombres que veían a sus hijos y esposas doblarse de dolor y morir de desnutrición «sin el aliento ni aun para quejarse». Junto a los moribundos y muertos, «esqueletos o tísicos andantes» recogían basura para alimentarse. Las personas comían perros que habían sobrevivido devorando cadáveres; algunos testimonios insinúan incluso que hubo canibalismo. ⁶ El ruido de la ciudad sitiada también atormentaba a los que se hallaban atrapados en ella. Los

gritos de los rebeldes amenazando atacar la ciudad se mezclaban con los conmovedores gemidos de niños y adultos que mendigaban por las calles para obtener comida. El hedor de los cuerpos en descomposición y de las heces, así como el sufrimiento por el hambre y las dolencias estomacales provocadas por comidas hechas a base de malas hierbas hervidas, hacían la vida aún más miserable.⁷ A inicios de octubre, los dirigentes rebeldes se reunieron con las autoridades de la ciudad, demandando su rendición. Temerosos de una masacre como la que había ocurrido en Sorata, los patriarcas de La Paz se rehusaron. El 15 de octubre, sin embargo, desesperados por el hambre, decidieron abandonar la ciudad si los refuerzos militares no llegaban pronto.⁸ En este momento, los seguidores de Tupac Amaru controlaban gran parte de la región entre La Paz y el lago Titicaca, y, por el sur, hasta Potosí.

El 17 de octubre, el comandante José de Reseguín llegó a La Paz con 10.000 hombres (prácticamente todos los que pudieron ser levados alrededor de Buenos Aires) y también con comida, rompiendo el sitio una vez más. Para muchos, fue demasiado tarde. Miles yacían muertos en la ciudad. Andrés Mendigure traspasó el mando a Miguel Bastidas y huyó a Azángaro. Probablemente prefirió la táctica de atacar y retirarse que había funcionado tan bien en los últimos meses, a un único enfrentamiento con el bien preparado contingente realista. Tupac Katari resistió inicialmente, ocupando los cerros que asoman por encima de la ciudad, y días después buscó unir sus fuerzas de nuevo con Miguel Bastidas. Ambos fracasaron en desbaratar la ofensiva de Reseguín, y la gran alianza y control rebelde de La Paz acabó.⁹

Los realistas tomaron la ofensiva en el Alto Perú. Recuperaron la ciudad de Oruro y atacaron a los rebeldes en Cochabamba y otras importantes ciudades. La insurgencia colapsaba donde comenzó: Chayanta.¹⁰ Los comandantes realistas ofrecieron una amnistía para quien renunciara a la lucha. Las huestes de Tupac Katari comenzaron a abandonarlo, y un importante comandante tupacamarista, Miguel Sonco, declaró su apoyo a la Corona y reclutó a gente en Chucuito, un foco rebelde. Tupac Katari rechazó la amnistía, pero se enteró con horror de que miles de sus seguidores la habían aceptado a inicios de noviembre.

Los realistas arguyeron que Katari y Miguel Bastidas, quienes permanecían en el área, habían roto el acuerdo, refiriéndose a la amnistía que Katari nunca firmó o aceptó. Traicionado por uno de sus seguidores, Tupac Katari fue capturado el 9 de noviembre. Fue descuartizado valiéndose de cuatro caballos en La Paz, el 15 de noviembre, el mismo método brutal que se había empleado con José Gabriel. Los victoriosos realistas exhibieron su cabeza y partes de su cuerpo en toda el área del Titicaca.¹¹ Los comandantes españoles ejecutaron a docenas de seguidores rebeldes, entre ellos, un año después, a la esposa de Katari, Bartolina Sisa, y a su hermana, Gregoria Apaza.¹² Miguel Bastidas (el hermano menor de

Micaela) se presentó por un perdón, y después de años de juicios fue enviado a una prisión en España.¹³ La violencia e insubordinación continuarían en Charcas por años, incluso cuando los realistas ejecutaron a los líderes y derrotaron o desarmaron a los grupos que constituían el núcleo rebelde.

Corazón náufrago

En sus semanas finales, Tupac Katari vio cómo algunos de sus más cercanos aliados y miles de sus seguidores entregaban las armas. Semanas después de estar a punto de tomar La Paz, su movimiento estaba en retirada. Por otro lado, las noticias del otro lado del lago Titicaca, el Bajo Perú, debieron ser igualmente dolorosas para él. Mientras Katari trataba desesperadamente de conservar el dominio en La Paz y reconstruir la rebelión, los líderes tupacamaristas negociaban con los españoles.

Del Valle retornó al Cuzco en julio de 1781, convencido de que los españoles perderían pronto la guerra. Los indios apoyaban masivamente a los rebeldes, quienes se valían del montañoso terreno para emplear una táctica de guerrilla contra los abatidos soldados realistas. El incremento de la violencia contra cualquiera que fuese considerado español causaba pánico y un éxodo general. Todos los que podían ser calificados de hispanos a causa de su riqueza, color de piel o ropa, huían del área. Los españoles se esforzaban por apertrechar a sus tropas; los soldados de Del Valle habían luchado con zapatos y tiendas de campaña rotos y con insuficiente comida —estaban congelados y hambrientos. Aunque tratando, sin duda, de justificar su fracaso en el sur, el septuagenario Del Valle alegaba con toda la razón que los insurgentes tenían la sartén por el mango.

Del Valle propuso entonces una amnistía para todos los seguidores rebeldes. Citando como precedente el perdón parcial concedido en diciembre de 1780, escribió al virrey el 8 de agosto de 1781, sugiriéndole un indulto para todos, excepto para los líderes rebeldes. Luego modificó la propuesta para incluir a los cabecillas que aceptaran el armisticio. El virrey consultó con sus asesores y añadió una excepción de un año de tributo para hacerlo más tentador para los indios contribuyentes. El hecho de que ningún recaudador de impuestos se atreviera para ese entonces a intentar recolectar el tributo indígena en el sur del Perú hace de esto un gesto fácil y simbólico, aunque tranquilizaba a los indios, que se verían exentos de sus obligaciones por un tiempo. En una justificación posterior de sus acciones, el virrey sostuvo que la ejecución de José Gabriel solo había fortalecido a los rebeldes: «parece que se empeñaron más en las atrocidades; y sobre todo que cada día se levantaba un nuevo jefe, haciéndose así imposible exterminar a los de esta clase por la fuerza de las armas, sin dejar para siempre destruido el

Reyno». ¹⁴ Jáuregui firmó el indulto el 12 de septiembre. El corregidor Francisco Salcedo se lo entregó personalmente a Diego Cristóbal en Azángaro. ¹⁵

Al comienzo, el visitador Areche estuvo de acuerdo con el plan de amnistía, pero conforme su relación con Del Valle y Jáuregui empeoraba, se volvió cada vez más crítico al respecto. De hecho, mutó de un tibio apoyo a una acalorada oposición. Desde el humillante retorno de Del Valle al Cuzco en julio, Areche había hecho campaña con cientos de cartas y memorandos contra el mariscal. Culpaba a Del Valle por la derrota en Puno y trataba de llevarse los créditos por la captura de Tupac Amaru y Micaela Bastidas. Creía que como visitador merecía más poder que el virrey y el derecho a supervisar la campaña militar. Aprovechó la amnistía para presentar a Del Valle y Jáuregui como fracasados y débiles de carácter, como individuos que preferían negociar en lugar de derrotar o exterminar a los rebeldes.

A principios de 1781, Jáuregui escribió cartas que respaldaban la severa sentencia de Areche contra Tupac Amaru, Micaela y sus allegados, pero insinuando diferencias de opinión. Por ejemplo, en una correspondencia del 13 de junio de 1781 a Areche, insistía en la necesidad de ganar el apoyo de los kurakas y en los beneficios de la moderación en lugar de las medidas autoritarias, lamentando «tanta efusión de sangre». ¹⁶ Jáuregui estaba de acuerdo con Areche sobre que los indios necesitaban aprender español y ser evangelizados y adoctrinados en las costumbres españolas, pero opinaba que hacer todo esto de golpe sería contraproducente. Mencionando su experiencia en Chile, el virrey dejó en claro que la aculturación (que involucraba aprender español, convertirse en un buen cristiano y abandonar la cultura tradicional) requería de un plan deliberado y metódico. ¹⁷ Areche tenía muy diferentes puntos de vista. En una carta del 30 de abril de 1781 a José Gálvez, sostenía que «este americano pide más el terror justo que la dulzura»; en otras palabras, que los indios solo cambiarían a la fuerza. ¹⁸ Areche creía que el pedido de moderación del virrey era un signo de debilidad que fracasaría en la práctica. Su desprecio por Del Valle y Jáuregui aflora en sus incesantes cartas y memorandos.

Como se ha dicho, Areche cuestionó constantemente la decisión de Del Valle de evacuar Puno y su capacidad como jefe militar. El virrey desató su ira al no nombrarlo como reemplazo de Del Valle y no reunirse con él cuando visitó Lima en agosto de 1781. ¹⁹ La amnistía en general enfureció a Areche, pero sus observaciones iniciales se centraron en el procedimiento: el visitador criticó al virrey por no consultar con la Real Audiencia. El hecho de que Jáuregui tampoco discutiera la propuesta con él lo frustró también enormemente. Estas primeras preocupaciones se convirtieron en una muy severa crítica conforme pasaron los meses. Areche escribió una sorprendente cantidad de cartas y memorandos a Gálvez, Jáuregui, Del Valle y el obispo Moscoso y Peralta para explicar su punto

de vista. Un historiador calificó a esta correspondencia de «logorreica», es decir, con un exceso patológico de palabras.²⁰ Del Valle llevó sus argumentos más lejos, atribuyendo los problemas del virreinato del Perú a las reformas impuestas por Areche y otros reformadores borbónicos. Puntualizaba que «las nuevas gabelas y el riguroso e irreverente modo con que se exigen, pues bien notorios son los estragos que han causado en varias partes de América».²¹

Sin embargo, para finales de 1781, el virrey Jáuregui y el mariscal Del Valle estaban mucho más preocupados por cómo reaccionaría Diego Cristóbal Tupac Amaru ante la oferta de amnistía que por las diatribas de Areche. Los rebeldes estaban a la ofensiva, y las noticias desde el otro lado del lago Titicaca alarmaban a los realistas en Lima y otros lugares. Del Valle escribió a Diego Cristóbal el 10 de octubre en un respetuoso pero amenazador tono. Le recordaba lo que le había ocurrido a su primo José Gabriel, a Micaela Bastidas y a otros, subrayando que Diego Cristóbal y los demás jóvenes líderes estaban en peligro de tener similar destino. El mariscal solicitaba que Diego Cristóbal aceptara la amnistía ofrecida y publicada a lo largo de los Andes.²²

Diego Cristóbal respondió desde Azángaro el 18 de octubre, en una trascendental carta que Del Valle debió abrir con mucha aprehensión. El líder rebelde confirmaba haber recibido el ofrecimiento de amnistía, y al mismo tiempo culpaba del levantamiento a los abusos de las autoridades coloniales en América, quienes desobedecían a Su Majestad, Carlos III, particularmente a los «ladrones de los corregidores». Diego Cristóbal señalaba que, en guerras previas, las autoridades españolas habían ofrecido la paz, rompiendo luego su promesa y haciendo que la población indígena se volviera escéptica y cautelosa.²³ Sin embargo, aun culpando a los «chapelones» (un término despectivo pocas veces utilizado en el levantamiento) de masacrar a los indios en nombre del «Rey Nuestro Señor», Diego Cristóbal estuvo de acuerdo con la amnistía.

El líder rebelde admitió aceptar el perdón para salvar a su familia y su propia vida. Sin embargo, cuestionó el rol de Del Valle en la ejecución de Tupac Amaru, sosteniendo que su primo debería haber sido enviado a Lima o a España, de modo que «se informase Su Exa. o el Rey mi Señor de la veracidad del delito de los malvados europeos».²⁴ Añadió: «Supongo que Vmds. lo han hecho por obscurecer la verdad como cómplices en las iniquidades de los malvados chapelones». Diego Cristóbal afirmaba que «el temor de la muerte no me hace trepidar en nada», pero lamentaba que el ofrecimiento no hubiera llegado antes.²⁵ Aceptó la amnistía, pero defendió lo que él y su primo habían hecho. Nunca vaciló en su creencia de que ambos defendían la justicia y la autoridad del rey.

Numerosas razones explican la asombrosa decisión de Diego Cristóbal respecto del indulto. Por un lado, tenía sus dudas acerca de la alianza amaru-katarista. Las relaciones entre las dos facciones rebeldes habían sido siempre

tensas, y el fracaso del sitio de La Paz había roto la coalición. Por otro lado, el Cuzco y la zona del Vilcanota, su hogar, preocupaban a Diego Cristóbal mucho más que Charcas; quizás (esto es solo una especulación), simplemente no estaba interesado en un levantamiento trasandino. El temor de los españoles de que la lucha, que ya se había expandido de Potosí al Cuzco, pudiera extenderse desde el océano Atlántico hasta el Pacífico —de Buenos Aires a Lima— era quizás infundada; la segunda ola de rebeldes tupacamaristas no parece haber tenido una visión tan grandiosa. Diego Cristóbal era más joven que su primo. No conocía Lima y no había leído a Garcilaso de la Vega, un impulso importante para la idea, ampliamente difundida, de un retorno de los incas bajo el liderazgo de Tupac Amaru. En pocas palabras, Diego Cristóbal pudo muy bien haberse hecho cargo del levantamiento, reemplazando a su primo pronto a ser martirizado, para continuar una lucha con base en el Cuzco contra los insufribles corregidores, el abuso y la explotación. No necesariamente tuvo que imaginar una revolución masiva, trasandina.

Razones más mundanas también influyeron en su decisión. Sin duda, pesaron en él las decenas de miles de muertos en los sitios de La Paz. Su primo, a quien él veneraba, no había deseado tomar el Cuzco violentamente, fuera del sinnúmero de muertos. Por otro lado, Diego Cristóbal estaba exhausto y asustado. Si bien había echado a Del Valle de Puno y parecía tener la sartén por el mango, sabía que una sola pero efectiva trampa podría llevarlo a prisión o que un buen disparo de mosquete lo conduciría a la muerte. La victoria realista en La Paz, así como el gran batallón organizado por Ramón Arias que en octubre se hallaba en la ruta de Arequipa al lago Titicaca, lo preocupaban. Reconocía que su familia y su círculo más íntimo ya habían pagado un precio muy alto. Quizás Diego Cristóbal también tuvo miedo de que su base rebelde se desbaratara una vez que la estación lluviosa terminara y la cosecha comenzara, o de que, a la inversa, sus seguidores se volvieran más radicales e irreprimibles. Después de más de un año de lucha y de seis meses como líder absoluto, un tiempo en el que siempre estuvo en movimiento y perdió a la mayoría de sus familiares, el ofrecimiento de paz y un retorno a Pampamarca debieron ser tentadores.

El virrey y el mariscal Del Valle convocaron al obispo Moscoso y Peralta para que convenciera a Diego Cristóbal de que los españoles entendían la situación y de que el armisticio era de interés de todos. Estaban preocupados de que el líder incumpliera lo dicho o de que sus seguidores simplemente rechazaran la oferta. También eran conscientes de que el menor malentendido podía provocar una escaramuza y reiniciar la lucha: tenían que ser diplomáticos. En una carta del 3 de noviembre, el obispo llamó a Diego Cristóbal y Mariano «hijos míos», pero también los reprendió por la rebelión.²⁶ Diego Cristóbal confiaba en él, y las cartas que le dirige son personales y sentidas. En una correspondencia del 5 de noviembre de 1781 a Moscoso y Peralta, cuando ya había aceptado nominalmente

la amnistía pero permanecía en Azángaro, Diego Cristóbal insistía en que los corregidores, los malos kurakas y otras injustas autoridades habían causado el levantamiento. Volvía al argumento de su primo de que el comportamiento abusivo de estas personas (que incluía, por ejemplo, obligar a los indios a su cargo a trabajar los domingos) impedía que los indios se volvieran verdaderos cristianos. Insistía en que «estos hombres inhumanos han sido toda la causa y el eje principal de esta Rebelión» y comparaba la lucha rebelde con la de los «hebreos».²⁷ Diego Cristóbal negó ser el organizador de la rebelión, sosteniendo que solo había tratado de detener el derramamiento de sangre.

En sus cartas de fines de 1781 e inicios de 1782, Diego Cristóbal empleó un tono respetuoso, pero dejando en claro que él aún estaba a cargo del área de Puno y que esperaba participar en la implementación de la amnistía. Por ejemplo, animó al obispo a cubrir cualquier parroquia vacante tan pronto como fuera posible y mencionó que él, como comandante rebelde, había asignado algunos curas a parroquias, una acción sin precedente en los Andes coloniales. Los kurakas de Azángaro, Orurillo y Asillo escribieron también a Moscoso y Peralta para hacerse eco del líder rebelde. Condenaron la manera en que sus curas los habían maltratado y después abandonado, forzándolos a aliarse con «nuestro Gobernador Don Diego Christoval Tupa Amaro, quien únicamente nos ha protexido».²⁸

En estas cartas al obispo, que firmaba como Don Diego Christobal Tupac Amaru Inga, el líder rebelde admitía su miedo. En noviembre, señalaba que los soldados realistas estaban congregándose en Arequipa y que los corregidores, particularmente el de Puno, Francisco de Orellana, deseaban decapitar a todos los indios mayores de siete años. Diego Cristóbal aseguraba que algunos españoles estaban ya viviendo en paz con los indios, pero rogaba a Moscoso y Peralta prevenir que rompieran la promesa hecha a todos ellos, así como a los líderes rebeldes.²⁹ El 3 de enero de 1782, admitió al obispo que los meses de tensión de la amnistía y todos los consejos y rumores contradictorios que había escuchado, le habían hecho caer en la «desesperación», su corazón como un «naufragio». Agradecía al obispo por su apoyo, que lo había calmado, y prometía reunirse con los españoles el 20 de enero. Le pedía, asimismo, ayudarlo en la liberación de su hermana, Cecilia Tupac Amaru, quien se hallaba en la prisión de San Jerónimo, en el Cuzco, argumentando que la amnistía debía incluirla.³⁰ El padre don Antonio Valdez escribió al obispo el 3 de enero y confirmó que el torbellino de rumores y opiniones divergentes («diversas noticias, siempre tan melancólicas») desconcertaba a Diego Cristóbal, provocándole dudas. Valdez insistía en que solo Moscoso y Peralta podría convencer a los rebeldes de reunirse con los españoles.³¹ Diego Cristóbal estaba aterrorizado con la idea de estar poniendo su vida y la de sus seguidores en peligro, arriesgando todo lo que habían ganado. No estaba equivocado.

La sangrienta ejecución de Tupac Katari el 15 de noviembre preocupó a Diego Cristóbal. En una carta de diciembre de 1781 a Del Valle, explicaba que había «sobrados fundamentos para los recelos». Inmediatamente describía la «traición» del comandante Resequin al acuerdo de paz, recordando que a Tupac Katari «lo hizo destruir al furor de quatro cavallos» y mencionando el arresto de docenas de sus seguidores bajo falsos cargos de que planeaban reiniciar la rebelión. En esta carta, Diego Cristóbal también demandaba que, en caso tuviera que enfrentar cargos, se lo juzgara en los tribunales supremos, bajo la supervisión del rey. Las noticias de La Paz hicieron que Diego Cristóbal y muchos de sus seguidores se mantuvieran escépticos y nerviosos.³²

La oposición al cese al fuego también provenía de los realistas. Mata Linares, el juez de Tupac Amaru y firme aliado de Areche, desaprobaba la correspondencia entre el obispo y el rebelde. Como insistentemente manifestarían otros partidarios de la mano dura en los siguientes años, Mata Linares sostenía que el líder insurgente no merecía ninguna deferencia y que las negociaciones con los rebeldes y el potencial reconocimiento de ciertos derechos les concedería un poder y distinción indebidos. Mata Linares consideraba esto ingenuo y peligroso. Enfatizaba no solo que era un mal precedente, sino que Diego Cristóbal no tenía control sobre sus seguidores ni capacidad para guiarlos hacia la conciliación. Lamentaba la «tyranía» y «genio sanguinario» de los líderes rebeldes.³³ Mata Linares y Areche habían comenzado su campaña de sabotaje al alto al fuego.

El obispo Moscoso y Peralta respondió a las preocupaciones de Diego Cristóbal acerca de las tropas realistas, indicando que había brotes de violencia y desobediencia rebeldes tanto en el área del lago Titicaca como en la base original de Tupac Amaru, en las alturas de Tinta. Insistía en que los realistas tenían razones para tener cuidado. Además, llegaban informes acerca de acciones rebeldes en Paucartambo, la zona productora de coca entre el Cuzco y la selva. El obispo daba a entender que los realistas solo se desarmarían cuando los rebeldes lo hicieran. Sin embargo, Moscoso y Peralta le aseguraba al líder rebelde que haría todo lo posible por proteger la vida de los indios y la dinastía de Tupac Amaru.³⁴ El siguiente paso en la amnistía fue un encuentro entre los líderes realistas y rebeldes. Ambos lados estaban preocupados de que el otro rompiera la tregua y usara el encuentro como la ocasión para masacrar al enemigo y capturar sus armas.

Diego Cristóbal tenía varias razones para preocuparse. La ejecución de Tupac Katari el 15 de noviembre lo angustió, así como los informes de la brutal represión realista. Las noticias de Charcas fortalecieron el argumento de aquellos de sus seguidores que no confiaban en los españoles y deseaban rechazar la amnistía. Diego Cristóbal también estaba inquieto por la gran fuerza realista con base en Arequipa dirigida por Ramón Arias, que al alcanzar Lampa ya sumaba 6000 soldados y contaba con el apoyo de varios corregidores del área del lago

Titicaca, que habían demostrado ser obstinados oponentes de los rebeldes. La fuerza realista hacia a Diego Cristóbal reacio al encuentro, dado que si se trataba de una trampa, sabía que su gente no resistiría.³⁵ A pesar de estas preocupaciones, los dos bandos acordaron una reunión inicial entre Diego Cristóbal y Ramón Arias el 9 de diciembre. Los soldados de Arias continuaban nerviosos. A medianoche del 8, saltaron de sus tiendas de campaña y tomaron las armas cuando creyeron escuchar a las tropas enemigas. Era una falsa alarma —solo algunos de sus propios hombres moviéndose. De hecho, Diego Cristóbal no acudió al encuentro y solicitó unos días más.

Finalmente, el rebelde envió a un franciscano con el fin de organizar el encuentro para el 12. Ese día, las nerviosas tropas españolas se alarmaron de nuevo cuando los rebeldes rodearon los cerros arriba del lugar donde se había pactado la reunión. Ambos bandos enviaron representantes (todos curas) para determinar el sitio de encuentro exacto. Arias finalmente se reunió con Diego Cristóbal, que iba con «vestido negro de terciopelo, chupa de tisu de oro, espadín de oro, ebillas de lo mismo y bastón con puño de oro», y le solicitó entregar las armas de sus seguidores. El líder rebelde respondió que solo lo haría en presencia del mariscal Del Valle y el obispo Moscoso y Peralta. Por otro lado, Diego Cristóbal prometió cumplir los términos de la amnistía, pero hizo varias demandas: que no se permitiera regresar a los mismos corregidores, que las fuerzas de Arias dejaran la zona para proteger el poco ganado que quedaba, y que entregaran a los prisioneros indios. El encuentro finalizó con apretones de manos, banderas ondeando y ambos ejércitos gritando «viva el Rey» y disparando sus rústicos cañones.³⁶

Diego Cristóbal y Arias volvieron a reunirse al día siguiente, 13 de diciembre, para intercambiar prisioneros. Un comandante realista abrió una botella de alcohol y tomó el primer sorbo para demostrar que no estaba envenenada. Diego Cristóbal también bebió un poco. Arias lo invitó entonces a compartir una comida el siguiente día, pero el líder rebelde se negó. Andrés Mendigure desconfiaba, pues creía que todo esto «era traición, como la que había practicado el Comandante de La Paz [con Tupac Katari]».³⁷ Por precaución, los realistas dejaron a unos oficiales desarmados con los rebeldes, y ambos bandos se reunieron de nuevo para discutir la «pacificación». Diego Cristóbal insistió en que él solo firmaría un tratado con oficiales criollos, no con españoles. Arias contraargumentó que muchos españoles eran hombres buenos, pero le concedió el deseo. El encuentro se volvió tirante cuando Diego Choquehuanca, el kuraka de Azángaro, se aproximó. Meses atrás, los rebeldes habían matado a dos de sus hijos y forzado al resto de su familia a huir a Arequipa; ahora usaban como base la casa de Choquehuanca en Azángaro. Diego Cristóbal pidió que Choquehuanca lo dejase de mirar fijamente y negó cualquier culpa por las desgracias de sus familiares. El hermano de Choquehuanca, un cura, exigía que ambos bandos guardaran la calma. Lograron finalmente firmar

un documento en el cual cada facción prometía no dañar a indios ni a españoles y permitir la libre circulación de todos. Una vez firmado el papel, Diego Cristóbal se comprometió a traer a los realistas algo de carne si ellos aceptaban no sacrificar las pocas vacas lecheras que quedaban. El líder rebelde demostró gran preocupación por el estado del ganado en la región, comprendiendo que la población local moriría de hambre sin vacas, ovejas y llamas. Después de los acostumbrados «larga vida al rey» y disparos que señalaron el fin del encuentro, Diego Cristóbal entregó unos cuantos prisioneros.³⁸

Para ese entonces, tanto el virrey Jáuregui como Del Valle y Moscoso y Peralta temían que la sangrienta ejecución de Tupac Katari rompiera la ya débil adhesión de los rebeldes. Los tres insistieron entonces en que Arias respetase e incluso fuera deferente con Diego Cristóbal. Por ejemplo, Arias aceptó la demanda del líder rebelde de que el corregidor de Lampa, Vicente Oré, fuese apartado del cargo. Oré, a su vez, había oído de las autoridades del área del Titicaca que la sumisión de los rebeldes era una farsa y que pronto masacrarían a los realistas. Para el corregidor, así como para Areche y los partidarios de la mano dura, su cese era un desaire a un veterano comandante, una señal de que el virrey y sus aliados no comprendían la situación y estaban a merced de los rebeldes. Oré ridiculizaba el acuerdo con Diego Cristóbal, exclamando: «pero no podemos llevar con paciencia ser esclavos de los indios y hemos perdido la esperanza de poder volver a habitar nuestras casas».³⁹ Estaba resentido y ansiaba unir a los que se oponían a una paz negociada. Si bien su pesimismo sobre la situación era exagerado, entendió que las relaciones entre indios y españoles habían cambiado radicalmente. Volver a su casa, en sentido tanto literal como metafórico, sería difícil, si no imposible.⁴⁰

Las divisiones entre españoles aumentaron hacia fines de 1781: un importante grupo de oficiales protestó vehementemente contra las negociaciones. Creían que los rebeldes romperían el armisticio y los masacrarían. Un realista, por ejemplo, escribió en enero de 1782 que «sigue la rebelión con mayor tenacidad, particularmente en la provincia de Chucuito, y en la de Chulamaní». Criticaba a Arias porque

[...] se engaña este oficial como igualmente se han engañado cuantos Comandantes han venido a la Sierra [ofreciendo el perdón] y en ella no han hecho otra cosa que dar mayor fomento a la revelión, por que los indios, lo que es clemencia en nosotros contribuyen a nuestra flaqueza o a cobardía española, y asi mientras aquel ejército está dormido en Lampa, los rebeldes están dando fin con los pocos españoles que han quedado en la provincia de Chucuito.⁴¹

Diego Cristóbal tenía seguidores que le decían lo mismo de los españoles. Estos escépticos le suplicaban continuar la lucha. Se le pedía a realistas e insurgentes perdonar a aquellos que los habían atacado tan solo unas semanas atrás. Se quería que los indios confiaran en los realistas y que la población mestiza, criolla y española de las ciudades hiciera lo mismo. Cada lado tenía grandes y poderosas facciones que se oponían a la amnistía. Los realistas informaron de nuevos brotes de violencia, exagerando o inventando a veces, y muchos creían que Diego Cristóbal rompería el trato o fracasaría en controlar a sus más violentos aliados. Por otro lado, numerosos rebeldes pensaban que el acuerdo era, o bien una trampa, o bien simplemente un terrible error. No podían comprender la entrega de sus armas cuando dominaban el sur andino y se entristecieron por la ejecución de Tupac Katari, esperando que no fuera una señal de su destino. A pesar de todo, las negociaciones continuaron, y los dos bandos estuvieron de acuerdo con reunirse en Sicuani, volviendo al área base de José Gabriel Tupac Amaru el 20 de enero de 1782, el día de san Sebastián, un santo soldado venerado tanto en España como en los Andes.

Ambos lados negociaron el encuentro de 1782 con elevadas demandas y gran cautela, si no franco pesimismo, una combinación desafiante para cualquier acto de diplomacia. Los realistas exigían que los rebeldes demostraran su sumisión a la Corona y confirmaran su desautorización de la violencia. Los rebeldes esperaban que las autoridades mostraran su respeto por la dinastía Tupac Amaru y reformaran o reemplazaran el sistema de corregidores. La situación no podía ser más tensa: decenas de miles de muertos, una economía devastada y grandes facciones, quizás la mayoría, en ambos lados, que creían que continuar luchando era inevitable e, incluso, preferible. No era solo una cuestión de limar asperezas, ofreciendo garantías, deponiendo las armas y convenciendo a los escépticos. En el Perú del siglo XVIII, la política estaba muy ritualizada. El protocolo necesitaba seguirse en temas como el lugar de encuentro, aquello que se firmase y la forma de celebrarlo o de reconocerlo. Por ejemplo, si los rebeldes comerían en la misma mesa que los realistas resultó ser un asunto importante. Cualquier imprudencia podía llevar a un desacuerdo que anulase el cese al fuego. Ambos lados actuaban, por lo tanto, con cautela.

El obispo Moscoso y Peralta y el mariscal Del Valle, acompañados por más de 1500 soldados, alcanzaron Sicuani, en la cuenca alta del río Vilcanota, el 17 de enero de 1782. En la ruta, liberaron a la hermana de Diego Cristóbal, Cecilia Tupac Amaru, de la prisión de San Jerónimo. Le trajeron ropa fina, pero ella rehusó ponérsela, argumentando que aún estaba de luto, ocho meses después de las masivas ejecuciones en el Cuzco. Esta fue una de las muchas señales de que la violencia de los 12 meses previos no sería rápidamente olvidada o perdonada y de que la paz no se alcanzaría fácilmente.⁴² El viaje del obispo, Del Valle y sus

soldados comenzó en las afueras del Cuzco, en los pueblos que habían apoyado a los realistas en el sitio de la ciudad, y continuó hacia el valle del Vilcanota, a las poblaciones que habían constituido la base de Tupac Amaru y el centro de la lucha en la primera fase de la rebelión. El corregidor de Tinta, Francisco Suárez Salcedo, les dio el encuentro en la fortaleza Carlos III, recientemente edificada. Esta imponente construcción se elevaba sobre el valle del Vilcanota, en un intimidante lugar donde ningún militar de rango había llegado hasta que la rebelión comenzó, hacía menos de 18 meses. La comitiva tuvo que esperar, nerviosa, al líder rebelde y sus aliados, que recién llegaron el 26 de enero.

Diego Cristóbal justificó la tardanza, explicando que se había visto forzado a retrasar su partida de Azángaro porque sus seguidores le habían rogado no marcharse, preocupados de que cayera en una emboscada y los dejara indefensos. En la ruta de Azángaro a Sicuani — a través de La Raya —, los indios le habían expresado su oposición al acuerdo «por desconfiar de los españoles». ⁴³ En Santa Rosa, donde habían sido castigados brutalmente por los realistas por su apoyo a Tupac Amaru, habían llorado y le habían suplicado no continuar el viaje. Otros en Calca y Lares, así como en Larecaja y Pacages, le ofrecieron 5000 soldados y abundante comida y suministros si tomaba las armas nuevamente. ⁴⁴ Después de atravesar La Raya, Diego Cristóbal envió representantes al bando realista con cartas que pedían probar que esta no era una trampa y que los españoles estaban actuando de buena fe. El corregidor Salcedo, en buenos términos con el líder rebelde, lo tranquilizó, asegurándole que la ruta era segura y el acuerdo sincero. Llegó a ordenar a sus soldados que descargasen sus armas.

Diego Cristóbal se encontró con Moscoso y Peralta en su campamento en las afueras de Sicuani, el 26 de enero de 1782. Se abrazaron. El obispo lo acompañó a buscar a Del Valle. Diego Cristóbal entregó al mariscal una nota en la que prometía rendirse, siempre y cuando él y el obispo respetaran los favorables términos del armisticio para los rebeldes. ⁴⁵ Los soldados de ambos bandos observaban tensos el encuentro, siguiendo la instrucción de no usar sus armas bajo ninguna circunstancia. Se quería evitar que cualquier acción de un soldado en pánico desencadenase un enfrentamiento y rompiera la tregua. Los líderes sellaron el pacto con comidas festivas y numerosas misas, con Diego Cristóbal reiterando su respeto por la Corona y la aceptación del armisticio, y las autoridades españolas garantizando su seguridad y la de sus aliados. Moscoso y Peralta levantó la excomuniación que tan duramente pesaba sobre Diego Cristóbal y los demás líderes. Cuando un soldado realista, el mestizo Matías Pérez, llamó a algunos de ellos «alzados» y los insultó, Del Valle rápidamente lo castigó. Moscoso y Peralta y el propio Diego Cristóbal intervinieron para prevenir su ejecución. ⁴⁶

Mientras tanto, los realistas se quejaban de lo bien que el obispo, Del Valle y otros defensores de la amnistía trataban a los rebeldes. El 29 de enero de 1782, Moscoso y Peralta confirmó el matrimonio de Diego Cristóbal con Manuela Tito Condori. La pareja se había ya casado en Azángaro, pero para los españoles ese acto no era válido debido a la excomunión y el contexto. Del Valle fue el padrino de la boda y el corregidor Salcedo se encargó de costear la elaborada ceremonia. Manuela había nacido en Pitumarca, cerca del centro de operaciones rebelde, y ella y muchos miembros de su extensa familia habían apoyado a los insurgentes desde el comienzo. Siguieron a Diego Cristóbal y a los demás líderes de la segunda fase al sur, en 1782, y ahí fue donde Manuela y Diego Cristóbal se enamoraron. A diferencia de Micaela, Manuela no parece haber dirigido tropas ni supervisado la logística.⁴⁷

Algunos consideraron la boda y toda la atención puesta en la pareja excesivas, una ofensa para los realistas.⁴⁸ Un anónimo pero extenso informe de septiembre de 1782 también se quejó de que el obispo hubiera permitido a Diego Cristóbal permanecer en una habitación contigua a la suya y de que lo tratase con tanto afecto. Esta persona se lamentaba, además, de que Del Valle, el alcalde Joaquín Valcárcel, el corregidor Salcedo y otras autoridades hubieran bailado una danza tradicional, la *cachua*, con los novios en las calles de Sicuani, y que el obispo hubiese sentado a la hermana de Tupac Amaru, Cecilia, en la misma mesa que españoles y autoridades eclesiásticas. Estos y otros «insultos» o incumplimientos de la etiqueta fueron considerados una «indecorosa contemplación hacia los rebeldes», con la conclusión de que «la excesiva humanidad con que han sido y son tratados del Gobierno y de nuestras tropas es la causa de que haya durado tanto la pacificación de estas Provincias».⁴⁹ El acuerdo y los consiguientes rituales en Sicuani enfurecieron a muchos realistas.

En los siguientes días y semanas, decenas de miles de indios llegaron a Sicuani para confirmar su aceptación de la amnistía: 30.000, de acuerdo con Moscoso y Peralta.⁵⁰ El 20 de febrero de 1782, el virrey Jáuregui pidió misas celebratorias, linternas y repique de campanas en Lima para celebrar la paz.⁵¹ Andrés Mendigure llegó a Sicuani varias semanas después con el mismo objetivo que el resto de los rebeldes. Del Valle, Moscoso y Peralta, y Jáuregui estaban eufóricos: habían logrado desarmar a los rebeldes e implementar una tregua con aparente rapidez y facilidad, cuando tan solo meses antes habían estado al borde de la derrota.

Pero los problemas acechaban. Convencer a todos los rebeldes de abandonar la causa no sería fácil. Mucha de la población indígena de la región creía que había tenido la ventaja en esta guerra y que no se podía confiar en los españoles. Por su lado, algunos hacendados y autoridades, como los corregidores, eran reacios a regresar al área. Temían que cualquier chispa desencadenase un

nuevo levantamiento y comprendían que el viejo sistema económico y político, incluso con esta tregua aparentemente favorable, había desaparecido. Por último, el visitador Areche seguía furioso por el hecho de que no se le hubiera incluido en la negociación de los meses previos, y redobló su campaña de presión. Colaboró con algunas autoridades escépticas, tal como los corregidores del área del lago Titicaca, y con otras personas que se oponían a la amnistía, y recolectó toda la información que pudo sobre una posible traición rebelde y nuevos brotes de violencia. Atiborró a su amigo José Gálvez y a la corte de Madrid de cartas de denuncia acerca de la deferencia y los alarmantes privilegios concedidos a los rebeldes, así como sobre signos preocupantes de violencia en el horizonte. La lucha no había terminado.

CAPÍTULO 11

La rebelión en el limbo

La gente recibió conmocionada las noticias del cese al fuego, llena de júbilo, consternada e incrédula. Muchos se regocijaron con el fin o, al menos, la suspensión de la matanza y la posibilidad de que todo retornase a la normalidad. La solicitud del virrey, de repique de campanas, misas y ceremonias en Lima, no fue desatendida: la gente celebró.¹ Una guerra que parecía no tener fin, de repente terminaba. Sin embargo, importantes facciones en ambos lados se opusieron implacablemente al acuerdo, creyendo que la paz no se sostendría o que no debía hacerlo. Los realistas que defendían la mano dura pensaban que los rebeldes debían ser derrotados militarmente, y que negociaciones y conferencias como las de Sicuani los reconocían necia e ingenuamente como iguales. Consideraban que el proceso entero había sido humillante y fútil, porque creían que los insurrectos romperían el acuerdo. Sus principales figuras en el Cuzco y Lima buscaron sabotear el convenio desde el día en que se firmó. Por otro lado, muchos indios juzgaban que Diego Cristóbal había cometido un grave error. Los rebeldes no confiaban en los españoles y sentían que tenían la ventaja militar cuando Diego Cristóbal aceptó la oferta. Muchos lo presionaron para volver a las armas; otros simplemente no respetaron el acuerdo y mantuvieron la lucha.

La situación era inaudita. La primera fase de la rebelión y la lucha en sí tenían antecedentes, pero en una escala mucho menor. La población andina se había rebelado antes, atacando aduanas, expulsando a autoridades y experimentando con arreglos políticos alternativos. La mayoría de los indios en las áreas del Cuzco y el Titicaca había presenciado alguna forma de insubordinación o participado en ella. Pero nadie tenía la experiencia de un perdón masivo, con los líderes rebeldes y sus seguidores abandonando la lucha y las fuerzas españolas desarmándose. Nadie tenía un guión.

Diego Cristóbal regresó a su hogar en Pampamarca, pero ¿cómo héroe, como villano o como un hombre prudente? ¿Planeaba continuar luchando o pensaba retomar su labor de arriero en el valle del Vilcanota? Él y otros cabezallas rebeldes tuvieron que negociar cuestiones básicas tales como sus ingresos. ¿Les concedería el Estado colonial una pensión y les devolvería las tierras

confiscadas? El trato que Diego Cristóbal recibió de los indios solo profundizó la incertidumbre: muchos lo veneraban, otros lo despreciaban. En el otro bando, numerosos españoles se regocijaron con el acuerdo, con la esperanza de que la violencia cesara, la economía se recuperara y las cosas volvieran a ser, en lo posible, como antes. Los partidarios de la mano dura, sin embargo, despreciaron el alto al fuego y buscaron sabotearlo. No solo deseaban anular el acuerdo, sino encarcelar a los líderes de la insurgencia y librar el área de ellos. En informes y memorandos que iban y venían entre la zona rebelde de las provincias altas, el Cuzco, Lima y Madrid, estos oponentes fustigaban el cese de las hostilidades, enfatizando la hipocresía de los líderes rebeldes, la insolencia de sus seguidores, los peligros del acuerdo y el tenso contexto que planteaba al gobierno colonial. Al hacerlo, reelaboraron nociones acerca del pretendido atraso de los indios, el corazón ideológico del colonialismo español. Los realistas enemigos de la amnistía subrayaron la voluntad ciega de los indios de seguir a líderes sediciosos y la concomitante necesidad de que el Estado colonial impusiera la fuerza, ideas que harían más tirante y que configurarían las relaciones entre indios y Estado en las siguientes décadas. Importantes facciones de ambos lados conspiraron contra el cese al fuego, traicionando a sus antiguos aliados, incluso antes de que este fuera suscrito. El acuerdo no significó tranquilidad; apenas representó una tensa paz.

El retorno

Andrés Mendigure y Mariano Tupac Amaru no asistieron a la firma de Sicuani, pero poco después se dirigieron hacia el Cuzco. Andrés llegó a Sicuani el primero de marzo para presentarse él mismo a Del Valle y aceptar el cese al fuego. Una vez tomado el juramento de fidelidad, el padre José Gallegos lo absolvió de la excomunión. Andrés prometió entregar los cañones y otras armas del movimiento. Diferentes asuntos angustiaban a cada una de las partes: mientras que los líderes rebeldes estaban preocupados por su exclusión de la Iglesia católica, los realistas querían asegurarse de que los insurrectos renunciaran a su potencia de fuego. En cuanto a Mariano, se presentó a los oficiales realistas en La Paz y después retornó a Sicuani.²

Las autoridades liberaron a Juan Bautista Tupac Amaru, el medio hermano de 35 años de José Gabriel, de una prisión en el Cuzco. Encarcelado días después que el principal líder, Juan Bautista sufrió mucho en cautiverio. Los prisioneros comunes se burlaban de él, mientras que las autoridades recortaban sus alimentos, robaban sus bienes, se guardaban el dinero que se le enviaba para comer, mantenían su celda inmunda y, en una ocasión, lo golpearon. Se quejaba de que un golpe le había dejado una cicatriz imborrable. Recordaba también que, paseando alrededor del Cuzco sobre una mula poco después de la ejecución de su medio

hermano, unos soldados lo azotaron. Juan Bautista afirmó que «lo más notable para mí era que estos hombres sentían un género de placer en mis embarazos y tormentos y a veces los tomaban por humor, a manera de los conquistadores que cazaban a los indios con perros por divertirse». ³ Comentó amargamente que, estando en prisión, incluso los indios lo amenazaban con un «desdén insoportable», diciendo que aquellos que se creían cercanos a los españoles por su color de piel o condición económica eran particularmente despiadados. ⁴

Sentenciado a diez años de exilio y trabajo forzado en un presidio, su libertad lo cogió por sorpresa. Afirmó entonces que mientras que el visitador Areche lo deseaba muerto, el comandante Gabriel Avilés (que en 1782 reemplazaría a José del Valle como inspector general) lo había defendido: el último ganó, al menos temporalmente. Sin embargo, las dificultades de Juan Bautista estaban lejos de acabar. La prisión lo había dejado en tan mal estado físico que le tomó seis días caminar los 75 kilómetros a casa, un tiempo mucho mayor que lo usual en esa época. En la ruta, él y su esposa tuvieron que soportar las burlas de los realistas. Con su familia diezmada y su tierra y otros bienes saqueados, apenas tenían para comer o vestirse. A diferencia de los líderes rebeldes, Juan Bautista no recibió una pensión y se quejó de que sus amigos lo abandonaran. Su odisea, como veremos, continuaría, llevándolo a España, África, y de vuelta a América. ⁵ Sin embargo, pasó la mayor parte del año 1782 en Pampamarca, luchando para adaptarse y sobrevivir.

Acompañados por el corregidor de Tinta, Francisco Salcedo, el padre Antonio Valdés y 12 soldados de la caballería ligera, Diego Cristóbal Tupac Amaru y un pequeño grupo de allegados retornaron a su pueblo natal, Tungasuca, a fines de febrero de 1782. Las autoridades esperaban que Diego Cristóbal resolviera sus asuntos y se marchara a Lima, donde quedaría separado de la base rebelde y se le podría seguir con mayor facilidad. Sin embargo, se resistió a esta idea. En Tungasuca, sus familiares y conocidos lo abrazaron, aún conmocionados por el giro de los acontecimientos. Esperaban verlo o bien muerto en batalla o bien retornando como un héroe victorioso, pero no acompañado por autoridades españolas que proclamaban una tregua. Su esposa, Manuela Tito Condori, desconfiaba de los realistas e imploró al obispo Moscoso y Peralta proteger a su familia, describiendo su situación como en medio de «tinieblas, confusiones y congojas». Marcela Castro Puiucagua, madre de Diego Cristóbal, escribió que la familia no iría a Lima, como muchas autoridades la animaban a hacer, sino a la «mansión» del obispo, en quien ponía su confianza. ⁶

Salcedo convenció a Diego Cristóbal de visitar algunos de los más recalcitrantes pueblos de las provincias altas. El 29 de marzo, poco más de un mes después de la firma de Sicuani, Diego Cristóbal se aventuró a la base más fiable de José Gabriel Tupac Amaru, una región quechua casi totalmente monolingüe,

de imponentes cumbres nevadas, donde muchos no habían aceptado el cese al fuego. Para Salcedo y Valdés, esta expedición demostró que la paz podía consolidarse; ambos enviaron entusiastas informes sobre los esfuerzos de Diego Cristóbal y la disposición de los indios a abandonar la lucha. Los críticos del cese al fuego, en contraste, consideraron que estos eventos demostraban que los rebeldes idolatraban aun peligrosamente a Diego Cristóbal y que solo estaban esperando una señal suya para retomar las armas.

En Combapata, Diego Cristóbal persuadió a los indígenas de descender de las punas, donde se habían refugiado durante la rebelión. Esto era significativo: los indios «tomando las punas» era sinónimo, para los españoles, de insurgencia, de la táctica de guerrilla que los había atormentado durante los últimos 18 meses, y de indios distanciándose de las estructuras coloniales. «Bajar de las punas» constituía, entonces, una metáfora para la sumisión o, al menos, para la aceptación del cese al fuego. Con gran alivio, Salcedo describió cómo, cuando ellos entraban a un pueblo, los indios esperaban en masa, se inclinaban delante de la bandera española, elegían nuevas autoridades y se comprometían a apoyar al rey.⁷ De hecho, los gritos de «viva el rey» llenaron el aire. Diego Cristóbal trató de convencer a los de Combapata de devolver todo lo que se habían llevado durante el levantamiento, particularmente el ganado, y de asistir a misa. El encuentro entre los obstinados quechuas y Diego Cristóbal y su séquito podría haber tenido lugar en el siglo XVI, durante la Conquista. Sin embargo, varios militares realistas en el Cuzco permanecieron escépticos, ya que circulaban rumores de que estaban surgiendo problemas en las alturas y de que un día antes de que Diego Cristóbal visitara Combapata, un grupo de agitadores había reclutado a gente y cometido actos violentos.⁸

Diego Cristóbal y su comitiva persuadieron también a los indios de Pituamarca, el pueblo natal de su esposa, de retornar a esa localidad, que se hallaba abandonada y cubierta de vegetación. Salcedo y Diego Cristóbal garantizaron a la población local, que había apoyado masivamente el levantamiento, su seguridad. Ofrecieron a los indios de otros pueblos clave, como Lauramarca, Ocongate, Calca y Paucartambo, la misma garantía. Por su lado, los indios solicitaron a Salcedo que los acompañara a sus pueblos, para asegurarse de que los corregidores y otras autoridades cumplieran la promesa de perdón y cese al fuego. En esta tan polarizada área, ambos bandos creían que el otro probablemente estaba buscando venganza. Valdés y Salcedo comprendieron que cualquier pequeño incidente podía encender la chispa de un enfrentamiento, e incluso, de una rebelión a gran escala, como la que acaba de ocurrir.⁹

Salcedo y Diego Cristóbal tuvieron entonces que enfrentar el delicado asunto de nombrar autoridades. Ambos comprendían el peligro que significaba un vacío de poder, pero también sabían que volver a designar al mismo corregidor

o kuraka leal, o encontrar reemplazos más aceptables para la mayoría india, era una cuestión que podía polarizar a la zona, reviviendo las divisiones que habían marcado la violencia en los dos años previos. En estos primeros meses, al parecer decidieron caso por caso. El primero fue quizás el mayor desafío: el cacicazgo de Tupac Amaru, que abarcaba los pueblos de Tungasuca, Pampamarca y Surimana. Salcedo convenció a Diego Cristóbal de no asumir el cargo con el fin de que fuera «independiente de gobierno». El líder rebelde aceptó, aunque con tristeza, según Salcedo, «por haver estado ya acostumbrado a mandar».¹⁰

Otro pueblo, el de Checacupe, presentó un desafío particular. Los indios de esta localidad despreciaban abiertamente a su kuraka, Aronis (sin primer nombre en el registro), por haber permanecido siempre leal a la Corona. Diego Cristóbal y Salcedo no deseaban irritar a la mayoría, pero al mismo tiempo querían reconocer los esfuerzos de esta autoridad. Se les ocurrió entonces una solución diplomática: nombrar a su hijo como el nuevo kuraka.¹¹ En ese momento, finales de marzo, Salcedo propuso continuar a Calca, en el Valle Sagrado, y luego al área del Titicaca para hacer efectivo el perdón. El mariscal e inspector general Del Valle, sin embargo, fue de la idea de regresar al Cuzco, y eso es lo que hicieron.¹² Salcedo y Valdés presentaron su misión como un éxito, un importante paso hacia la pacificación. La interpretación de los partidarios de la mano dura fue, en cambio, muy diferente.

Las tensiones estallaron en las provincias altas después de la partida del grupo. A fines de marzo, los kurakas rivales de los pueblos de Ocongate y Laura-marca, Andrés Quispe y Felipe Espinoza, se fueron a las manos, trayendo cada uno a cientos de indios como respaldo. Quispe y cuatrocientos seguidores mataron a Espinoza y se refugiaron en las cumbres nevadas que se elevan sobre Ocongate. Esta facción decidida a luchar contra los españoles no se rendiría por meses. Un incidente particular intranquilizó a aquellos que creían que la paz había retomado. Un indio del pueblo de Pitura, aliado de Quispe, agredió y robó a una mujer camino al Cuzco. El anónimo bandido se burló: «No creas tú y los Pucacuncas, que por que hemos admitido el Indulto, se han de quedar riendo».¹³ Obviamente, este hombre creía que la insurgencia había terminado. Del Valle buscó entonces la ayuda de Diego Cristóbal para desarmar a Quispe y sus seguidores. Sin embargo, este grupo no se descompuso.

Estos meses iniciales convencieron a Diego Cristóbal y a los demás líderes de que sus peores miedos no tenían fundamento —no habían sido engañados, detenidos o ejecutados luego de entregar sus armas. Las autoridades los animaron a irse a Lima, pero no los obligaron. Para los que apoyaban el cese al fuego, este periodo reforzó su optimismo. Fuera del valle del Vilcanota, sin embargo, ciertos eventos envalentonaron a quienes defendían la mano dura y se oponían a la amnistía. La lucha continuó.



Mapa 8. Las áreas de batalla cercanas al lago Titicaca.

Uno de los comandantes de Diego Cristóbal, Pedro Vilca Apaza, había rechazado el cese al fuego, insistiendo en que era una trampa. Retornó a Azángaro a inicios de 1782 y peleó en el área norte del lago Titicaca, Muñani y Putina. Aunque muchas de sus tropas lo abandonaron para aceptar el indulto, aquellas que permanecieron con él saquearon haciendas y pueblos, y usaron la táctica de atacar y retirarse para combatir a los realistas. Las noticias sobre Vilca Apaza fueron interpretadas por los que ya dudaban del cese al fuego, como que esto era solo una ilusión y no se podía confiar en los rebeldes.¹⁴ Sin embargo, las tropas de Arequipa, dirigidas por Ramón Arias, llegaron al área a fines de marzo y separaron a Vilca Apaza del grueso de sus combatientes. Un español anónimo de Lampa lo capturó el 29 de marzo. Los realistas lo acusaron de robar plata y oro, lo que él negó. El 8 de abril, varios verdugos ataron sus extremidades a cuatro caballos y, al no poder desmembrarlo, doblaron el número de animales. La atroz dislocación de sus piernas y brazos no lo mató, por lo que sus torturadores lo estrangularon

con una cuerda y luego lo apuñalaron. Vilca Apaza se ha convertido en un héroe en el área de Azángaro. Se lo recuerda aún como el «Puma Indomable».

Su muerte mortificó a la población indígena, pero ello no satisfizo a los partidarios de la mano dura. Los realistas más intransigentes creían que lo de Vilca Apaza demostraba que la rebelión no había terminado y que solo una represión podía ponerle fin.¹⁵ Un comandante español, Raimundo Necochea, que se convirtió en el corregidor de Quispicanchi, acusó a Diego Cristóbal de ayudar subrepticamente a Vilca Apaza, intentando impedir que el batallón Arequipa llegase al área del lago Titicaca.¹⁶ En febrero, las autoridades capturaron a Melchor Laura, otro comandante rebelde que no aceptaba el cese al fuego. Su testimonio aumentó la preocupación de los españoles respecto de los seguidores de Tupac Amaru: Laura declaró haber rechazado el perdón «por el amor que profesaba a Tupa-Amaro», y que solo buscaba controlar la provincia de Chucuito por fidelidad a su líder. Lo ejecutaron.¹⁷

Por otra parte, los realistas en La Paz se trasladaron al norte para sofocar algunos remanentes del levantamiento. Su brutal y efectiva campaña alivió las preocupaciones de muchos de sus compañeros de lucha, otorgando una pausa para preguntarse por qué Del Valle no había usado tácticas similares y obtenido el mismo resultado en su expedición del Cuzco a Puno en 1781. Algunos funcionarios coloniales, sin embargo, temieron que esta excesiva fuerza y crueldad fuera contraproducente. Incluso el relato oficial, usualmente una lacónica lista de éxito tras éxito, victoria tras victoria, estuvo impregnado de brutalidad y desenfrenada violencia. El batallón Arequipa, que se había reunido con Diego Cristóbal y luego capturado a Vilca Apaza, se unió a otras tropas en La Paz, y juntos se dirigieron a los cerros aledaños a Juli. Mientras que Sebastián Segurola operaba de La Paz a Caracoto, Del Valle y Orellana se movilizaban en Carabuco y Mocomoco. En su informe, Segurola indicó haber encontrado algo de resistencia en el área, pero haberla superado rápidamente, dejando atrás unos 150 muertos. Los realistas no tomaron prisioneros; asumieron que todos los indios eran peligrosos rebeldes. El 22 de abril, cerca de Collana, mataron de «500 a 600 enemigos de ambos sexos», sin mencionar ninguna pérdida; tal número indica detenciones masivas y pelotones de fusilamiento, más que un enfrentamiento abierto.¹⁸ Aun así, los bolsones de rebeldes que resistían con cualquier tipo de armas enfurecieron a las tropas realistas. Para Segurola, esto justificaba los actos atroces o «excesos», tales como matar a una mujer a punto de dar a luz (arrebándole el feto del útero para que pudiera recibir el bautismo antes de morir) o lanzar a otra embarazada contra una roca para acabar con ella. El genocidio incluía infanticidio. Sin embargo, para sorpresa de Segurola, los rebeldes no se rendían ni huían. Los realistas quemaron el pueblo de Mecapaca, compadeciéndose solo de las haciendas y sus casas de los vecinos prominentes de La Paz.¹⁹

Las lluvias entraron también al pueblo de Cohoni y «se pasaron a cuchillo 8 indios y algunas caturas, y antes de la oración se pegó fuego a las casa dexando libre la iglesia».⁶⁰ Allí liberaron a los prisioneros tomados por los rebeldes en los sitios de Sorata y La Paz. Anas y otros comandantes perdonaron a algunos parientes de los líderes rebeldes, aunque esto parece haber sido una excepción —la campaña fue más brutal conforme se extendía de La Paz a la zona del lago Titicaca y el noroeste. El obispo Moscoso y Peralta escribió al virrey Jáuregui para expresar su preocupación por este derramamiento de sangre, pero aun así las operaciones continuaron. En mayo de 1782, los realistas derrotaron a los rebeldes al norte de La Paz, y castigaron brutalmente a aquellos sospechosos de ayudarlos.⁶¹ Vieron con satisfacción el triángulo entre La Paz, el lago Titicaca y las Yungas del noreste. En cambio, el área central de Tupac Amaru, al sur del Cuzco, los preocupaba.

Bodas, funerales, pensiones y conventos

Una vez finalizada la rebelión, los líderes rebeldes lucharon para hacerse un lugar en el Cuzco. No tenían ningún precedente o modelo, y el patriarca de la familia, José Gabriel, había sido ejecutado. Recibieron alarmados las noticias del Alto Perú, y fueron tratados de una manera confusa en el Cuzco, que oscilaba entre el desdén y la veneración. Mientras que el desprecio de algunos indios y el odio de los realistas causaban resquemor, la veneración podía traerles problemas. Por otra parte, a mediados de 1782, todos se habían visto envueltos en controversias que demostraban no solo que eran humanos sino, también, muy jóvenes. Cada incidente tocó un nervio, así como incrementó la angustia de los realistas por la presencia de Diego Cristóbal, Andrés y Mariano en la región del Cuzco.

Las tensiones escalaron porque los líderes rebeldes esperaban que el Estado y la Iglesia rindieran honores a sus parientes o, al menos, reconocieran su linaje real inca. Rituales tales como las bodas, los bautismos y los funerales sancionaban el honor y prestigio en el Perú colonial. Sus oponentes pensaban que el clan Tupac Amaru estaba conformado por indios comunes o subversivos desacreditados, en lugar de por distinguidos kurakas, y creían firmemente que, después del cese al fuego, los líderes rebeldes no merecían ningún tipo de reconocimiento público o deferencia. Los antiguos insurrectos pensaban de otra manera.

El matrimonio de Diego Cristóbal y Manuela Titu Condori, y el trato que les brindó el corregidor Francisco Salcedo y Del Valle, causaron irritación. Cuando la pareja tuvo un hijo, Salcedo retrasó el bautismo hasta el 4 de noviembre, el día de san Carlos, para darle el nombre en honor del rey Carlos III, así como el suyo propio. De hecho, lo bautizaron como Carlos Francisco Diego Manuel Mariano del

Carmen en la nueva fortaleza real de Sicuani. Salcedo fue el padrino.²² El bebé falleció el 17 de noviembre. Un historiador se ha preguntado si el «principito» puede haber sido envenenado.²³ Los partidarios de la mano dura criticaron a Salcedo y al obispo Moscoso y Peralta por permitir un grandioso funeral en la iglesia de Sicuani. Una guardia de honor, que incluía no solo a los padres y al padrino, sino también a docenas de soldados y curas, acompañó al pequeño ataúd desde la fortaleza hasta el pueblo. Dirigidos por el incansable Areche, algunos vieron esto como una señal más del indebido respeto por los rebeldes.²⁴ Posteriormente, las autoridades acusaron a Salcedo de encargar un retrato del niño, encontrado en posesión del cura de Pampamarca y amigo de José Gabriel Tupac Amaru, Antonio López de Sosa. Culparon a Salcedo de «criminal deferencia»; perdió su cargo de corregidor en 1783.²⁵

La aspiración de Diego Cristóbal y Andrés de que se les rindiese honores a sus parientes muertos también irritó a las autoridades. Diego Cristóbal buscó exhumar los restos de su primo José Gabriel, que se encontraban en la fosa común de la iglesia de San Francisco, para enterrarlo en un lugar más honorable. Las autoridades habían incinerado su torso, esparciendo las cenizas en el río Huatanay, pero su cabeza y extremidades se habían expuesto por todo el Cuzco. Finalmente, terminaron, al parecer, en la iglesia de San Francisco. El 27 de agosto de 1782, con el apoyo del obispo Moscoso y Peralta, Diego Cristóbal celebró un funeral para su primo. Areche condenó esta ceremonia, «como si fueran exequias de alguna personal real», censurando al obispo, al virrey y al propio Diego Cristóbal.²⁶ Por su lado, Andrés buscó trasladar los restos de su padre, Pedro Mendigure, de la sección de la catedral asignada a criminales y delincuentes, a una cripta.²⁷ La Iglesia le concedió su deseo, algo que otras autoridades criticaron, juzgando que este requerimiento era un signo inquietante de mala fe y peligrosas intenciones. No deseaban otorgar ningún tipo de honor a los mártires rebeldes, ni designar un lugar donde su pérdida pudiera ser lamentada.²⁸

En cuanto a Mariano Tupac Amaru, se metió en problemas por enamorarse. Buscó casarse con María Nieves Paita (o Payta), de Sicuani, quien estaba embarazada, es de suponer que de él. Las autoridades, específicamente el corregidor Salcedo, la consideraban una zamba, es decir, alguien con sangre negra, y la tildaban de prostituta por sus dos hijos fuera del matrimonio y su concubinato con otro hombre del Cuzco. Diego Cristóbal también se opuso a la unión, preocupado por el linaje de su familia. Salcedo invocó entonces la Real Pragmática de 1776, que obligaba a cualquiera que tuviera menos de 25 años a tener la aprobación de sus padres para casarse y restringía los matrimonios interraciales. También dio a entender que no deseaba que el clan Tupac Amaru se reprodujera.²⁹ Las autoridades arrestaron a María Nieves y la enviaron al convento de Santa Catalina en el Cuzco.

El 19 de septiembre de 1782, Mariano y ocho cómplices la liberaron, dejando a los testigos del hecho boquiabiertos. Amenazaron con sus sables a las monjas en las puertas del convento, advirtieron que nadie tratara de intervenir y la sacaron por una puerta lateral.³⁰ Sin embargo, las autoridades la detuvieron poco tiempo después y la transfirieron al convento de Santa Clara. Las asombrosas noticias se propagaron rápidamente. Las escapadas románticas de Mariano enfurecieron al obispo Moscoso y Peralta, y convencieron a los que se oponían al cese al fuego que no se podía confiar en los líderes rebeldes. El rastro de María Nieves Paita en la documentación se pierde aquí: no se sabe nada acerca de su destino o de su embarazo.³¹

Como suele ocurrir, las disputas sobre dinero acompañaron a aquellas relacionadas con sexo, amor y matrimonio. Los españoles reprendieron a los rebeldes por ocultar grandes cantidades de plata y quedarse con ganado y propiedades robadas. Se escribieron entre ellos comentando la existencia de un presunto tesoro escondido por el clan Tupac Amaru, y exigieron a Diego Cristóbal devolver la plata supuestamente robada en Sorata.³² También se quejaron de las pensiones otorgadas a los líderes rebeldes. El virrey Jáuregui había asignado mil pesos al año para Diego Cristóbal, 600 para Andrés y otro tanto para Mariano. Justificaba los pagos en los siguientes términos:

[...] porque habiendo elegido la suavidad y dulzura por medios para atraerlo a la debida obediencia de su magestad parece consiguiente se lleva adelante este sistema afin de aue se logre la abosoluta pacificación de las Provincias, hasiendosele ver la humanidad conque sele trata y la Real benignidad.³³

Areche, sin embargo, discrepó con la medida. El visitador consideraba que era una afrenta para todos los realistas y una pérdida de valiosos ingresos. Incluyó estos puntos en sus despectivas cartas y memorandos a Madrid, y finalmente ganó la atención del rey. El obispo Moscoso y Peralta, por su lado, percibió los pagos como una pequeña inversión por la paz.

Pero incluso recoger el dinero resultó problemático. En marzo, Diego Cristóbal rehusó firmar un recibo por su pensión porque se lo hacía a nombre de Diego Cristóbal Condorcanqui —exigía que se incluyera Tupac Amaru. Los realistas deseaban eliminar ese apellido real.³⁴ A lo largo de 1782 e inicios de 1783, acusaron a los líderes rebeldes de organizar a las masas, faltar el respeto a la Corona, ocultar tesoros robados y llevar sórdidas vidas privadas.

Estas noticias, así como las de otros incidentes, se expandieron más allá del Cuzco, e incluso cruzaron el Atlántico. Tanto los que apoyaban el cese al fuego, como los que se oponían, presionaron a las autoridades en el Cuzco, Lima y Madrid. Areche incorporó sus venenosas quejas sobre el perdón en sus incesantes

carlos y españoles a España, que anteriormente se habían centrado en ridiculizar a Del Valle y en tratar de llevarse los créditos por la captura de José Gabriel. En octubre de 1781, antes incluso de que Diego Cristóbal aceptara el cese al fuego, Areche calificó el perdón de «exorbitante».³⁵ Su oposición se reforzó conforme los meses pasaron. En una carta del 29 de mayo de 1782 a José Gálvez, su aliado y amigo por correspondencia, llamó a Diego Cristóbal «insolente» y sostuvo que la amnistía había fortalecido la creencia de los líderes rebeldes de «que son de la sangre de sus emperadores o Ingas». El visitador ridiculizó las armas y estrategias de los rebeldes, y aseguró que los insurgentes solo respondían a amenazas; la conciliación no funcionaría. Luego volvió a su obsesión de siempre: la de que Del Valle había recibido el crédito por la captura de José Gabriel, cuando, en realidad, había sido el quien dirigió la campaña.³⁶

Jaregui proveyó a Madrid un resumen mucho más positivo de los eventos de inicios de 1782 y de las perspectivas de paz, halagando el trabajo de Diego Cristóbal en las provincias altas. Explicaba la pensión otorgada a los líderes rebeldes como un razonable desembolso para mantenerlos fuera de problemas. La corte devolvió la carta con una reveladora nota al margen, fechada el 10 de febrero de 1783:

No ha podido el Rey oír esta carta sin la mayor admiración por el hecho que contiene de haver concedido las pensiones a los infames y sacrilegos Gefes de los Reveldes sin instancia, necesidad, ni motivo que disculpe un exceso de tan mal exemplo; y para que no quede autorizado ni consentido quiere SM que en orns. de muy reservadas se prevenga así vivamente a este Virrey y a Escobedo advirtiéndoles que acuerden el modo y medios con que sin dar al Publico por ahora la Soverana desaprobación por no desacreditar aq[ue]l Gobierno devil y mal aconsejado podrán enmendar semejante yerro con la mayor sagacidad y prudencia, no haciendo novedad de pronto en el asunto, y procurando antes tener asegurados en aquella capital al Diego Christobal y sus dos sobrinos, que devio ser el primer cuidado después que se rindieron.³⁷

Una nota de Madrid, del 27 de febrero de 1783, subraya la consternación del rey por las «distinciones» otorgadas a los líderes rebeldes. El anónimo escribano del monarca explicaba en ella que si los indios, en general, se volvían demasiado orgullosos, «van a ser los Indios para nosotros lo que fuimos para ellos en los tiempos de la conquista». En nombre del rey, el autor se quejaba por las celebraciones del cese al fuego, la publicación del decreto, los fuegos artificiales y la solemne misa, sosteniendo que los rebeldes no merecían tales honores y que estos eventos rompían el protocolo.³⁸ Aunque pronto sería reemplazado en el virreinato del Perú, el visitador Areche se había ganado la atención de la corte de Madrid en la larga guerra de papel que se extendió de 1781 a 1782. Su ira en ese momento se centraba en el acuerdo alcanzado con Diego Cristóbal y sus compañeros.

Mientras haya Tupac Amarus en el Perú...

A mediados de 1782, tanto los defensores como los opositores de la amnistía en el bando realista estaban de acuerdo con que Diego Cristóbal, Mariano y Andrés representaban un peligro si permanecían en el Cuzco. Sin embargo, las dos facciones, los moderados y los defensores de la mano dura, discrepaban ferozmente respecto de la solución para el problema. Algunos moderados, como el obispo Moscoso y Peralta y el virrey Jáuregui, sostenían que los jóvenes rebeldes debían vivir en Lima para separarlos de las masas indias, a las que consideraban, en el peor de los casos, como aún peligrosamente subversivas y, en el mejor, como fácilmente influenciables. Estas autoridades admitían que sería más fácil vigilarlos en la capital. Los partidarios de la mano dura, por otro lado, deseaban exterminar el linaje de Tupac Amaru. Creían que los líderes rebeldes estaban haciendo tiempo para organizar otro levantamiento, y que, mientras estuvieran vivos, representarían un gran peligro. Dirigidos por Areche, no buscaban deportarlos a España o enviarlos a presidios —deseaban matarlos, liberar al mundo del linaje de Tupac Amaru. La guerra de papel sobre la amnistía se intensificó conforme ambas facciones presionaban en Lima y Madrid.

¿Por qué los moderados habían perdido confianza en la posibilidad de que los líderes rebeldes permanecieran en el Cuzco? ¿Por qué temían ahora que se quedaran ahí? La muerte de un importante aliado, el mariscal Del Valle, el 26 de agosto de 1782, los había debilitado. Del Valle falleció en una expedición a las imponentes montañas sobre Calca. Mientras que para sus críticos encarnaba el fracaso de una supuestamente débil campaña de contrainsurgencia y era el culpable clave del resurgimiento de la rebelión, tanto para los moderados como para los rebeldes se había convertido en un hombre de confianza que creía que las negociaciones, y no la guerra, traerían la paz. Gabriel Valdés lo reemplazó. Pero lo que sopesaba Moscoso y Peralta era su opinión de que cualquier malentendido o acto inoportuno de parte de un rebelde, líder o no, podría desencadenar la ruptura del cese al fuego y reanudar la lucha. Aunque furioso por la aventura del convento de Santa Clara, no creía que los cabecillas insurgentes planeaban reconstituir el movimiento. Tampoco pensaba que bautizar al hijo de Diego Cristóbal, pagar una pensión a los líderes o mostrar respeto por Andrés o Mariano constituía una inaceptable deferencia que pudiera encender la chispa de nuevas tensiones. Lo que le preocupaba era la posibilidad de que los partidarios de la mano dura pudieran convertir esto o cualquier otro incidente en una confrontación que saboteara la amnistía.

Una década más tarde, luchando contra las acusaciones de que había ayudado a los rebeldes, Moscoso y Peralta escribió que había comprendido que la partida de Diego Cristóbal y sus dos primos dejaba «aquellas Provincias sin unos

Caudillos y Patrones, a cuya vista podían inflamarse los ánimos siempre ardientes de aquellos Naturales»⁴⁰ En esta defensa, el obispo enfatizó que había sido el virrey Jáuregui el autor del perdón, y que él había supervisado su implementación por «prudencia» más que por «compasión»⁴¹ Aunque restó importancia a su rol en el indulto en ese momento, 1780, es indiscutible que en 1782 deseaba alejar a Diego Cristóbal y sus compañeros del Cuzco para prevenir cualquier incidente que pudiera romper el cese al fuego. En julio de 1782, Moscoso y Peralta había escrito al virrey Jáuregui, diciéndole que conseguir sacar a los líderes rebeldes del área «es el asunto del día». No obstante, aplaudía el éxito de la amnistía.⁴² El corregidor Salcedo calificó de «prioridad» el lograr que los líderes se trasladasen a Lima.⁴³

Los partidarios de la mano dura, en cambio, no vacilaron en la posibilidad de utilizar la violencia para separar a los líderes rebeldes del Cuzco. Comandantes tales como Orellana, Flores, Segurola y Necochea veían amenazas de nuevos brotes en todas partes, y se quejaban de que los cabecillas insurgentes todavía tenían una masa que los seguía y de que la población indígena no había mostrado arrepentimiento. Además, para cuando Jorge Escobedo y Alarcón reemplazó a Areche como visitador general, en junio de 1782, su número había aumentado.⁴⁴ Según los que defendían la mano dura, a la primera oportunidad, este grupo haría saber su oposición a la amnistía.

En mayo de 1782, el comandante Avilés escribió al virrey para alertarlo de disturbios en el área de Azángaro e incluso más cerca del Cuzco. Afirmaba que era absolutamente necesario «sacar a los Tupa Maros de estas Provincias, por el increíble afecto y pasión que les tienen los Indios».⁴⁵ Matias Baulen, el corregidor del Cuzco y teniente coronel de las milicias, explicaba que Tungasuca era un hogar particularmente peligroso para Diego Cristóbal, porque era un pueblo aislado y era difícil vigilarlo. Aseveraba que los indios continuaban aclamando al líder rebelde y le ofrecían «obsequios y adoraciones», hasta el punto de poder desatar «aquella tempestad que nos estermine». Baulen exigía, para los líderes rebeldes, «arrancarlos sin estrepito de su amado nido».⁴⁶ Por esos días, escribió también una carta al virrey, que proveía numerosas razones por las que creía que los miembros de la familia Tupac Amaru no permanecerían «quietos» en Tungasuca: el pueblo traería recuerdos de su pérfido pasado; su aislamiento les permitiría meditar; estaba lejos de Sicuani, por lo que el corregidor no podía vigilarlos; era un área despoblada; y sus vecinos habían dejado de ser leales al rey.⁴⁶

El obispo de La Paz, Gregorio Francisco de Campos, escribió en junio con extremado pesimismo que «mientras hubiese Tupa Amaro en este Perú no ha de haber sosiego». Campos argüía que la familia entera debía ser enviada a España. El obispo afirmaba que Diego Cristóbal había actuado con «iniquidad, traición y mala fe», y llamaba a Andrés un «monstruo de crueldad» por su rol en la muerte

de españoles en Sorata. Aseguraba que este último había llegado a matar a mujeres y niños que le suplicaban por piedad con los ojos llenos de lágrimas, debido al «odio implacable de este Attila, y el deseo de acabar con todos para hacer dueño de este Reyno, y que vuelva el diablo a tomar posesión de sus dominios».⁴⁷

Todas estas personas basaron sus puntos de vista en su experiencia en las brutales batallas de fines de 1781, su consiguiente odio por el clan Tupac Amaru, y su creencia de que la furia insurgente pronto volvería a encenderse en Tungasuca y en el área de Sicuani. No confiaban en los rebeldes. Otros defensores de la mano dura subrayaron los disturbios de 1782 —cuando el cese al fuego ya se había firmado— para apoyar su argumento de que el clan Tupac Amaru debía ser exterminado. Creían que una peligrosa conspiración se estaba gestando en la zona alta de la provincia de Quispicanchi, particularmente alrededor de Marcapata y Ocongate, y que esto podría provocar una nueva fase de insurgencia. También identificaron otras señales de desobediencia y potencial subversión indígena. Estos eventos, reales o inventados, cambiaron el curso de la historia peruana.

Como un fuego rodeado de «bárbaras pajas»

Los comentarios sobre disturbios provienen principalmente de los realistas y deben analizarse con sentido crítico. Los partidarios de la mano dura buscaban ansiosamente un pretexto para sabotear el cese al fuego. Areche y otros leían con cierta alegría informes sobre reclutamientos de indios y mensajeros furtivos que iban y venían de Pampamarca y Tungasuca —descubrir una conspiración podía anular el cese al fuego y forzar al virrey y al obispo Moscoso y Peralta a cambiar de lado. Por otra parte, después de dos años de brutal lucha, el temor había aumentado y muchos españoles veían cualquier signo de resistencia indígena (un asomo de desafío o, incluso, rehusarse a mostrar deferencia) como el presagio de una inminente revuelta. Veían una agresividad india en todos lados.

Sin embargo, los informes no suenan como invenciones o ridículas exageraciones. El levantamiento había finalizado abruptamente, demasiado pronto para la masa indígena que creía que la victoria sucedería prontamente, que los españoles estaban acorralados, que el cambio radical estaba al alcance de su mano. Muchos rebeldes reprocharon a Diego Cristóbal el haber firmado la amnistía. Además, numerosos indígenas, incluso si no buscaban continuar la lucha, se rehusaban a volver a las viejas formas de dominación española, tales como la sumisión india o el abuso por parte de foráneos. Creían que la sublevación, sin importar la forma en que hubiese concluido, les había hecho ganar algunos derechos. La gente concebía el tratado de paz de diversas maneras, y, después de su firma, las luchas locales estallaron o se reavivaron —por el nombramiento de autoridades, las tierras, los impuestos, el rol de la Iglesia y las demás quejas que habían provocado

el levantamiento de Tupac Amaru y de otros. En un área desgarrada por una brutal guerra de guerrillas por más de un año, que había culminado en términos no aceptados por todos, quedaban múltiples tensiones y malentendidos que podían derivar en un enfrentamiento. El cese al fuego y la amnistía, rechazados por varios, siguieron siendo frágiles.

Otro rasgo sugiere que estas conspiraciones no fueron solo invenciones o ilusiones. Ellas tenían una naturaleza extraña, quijotesca, que reproduce una de las características de los levantamientos de finales del siglo XVIII en los Andes: la búsqueda creativa de un modelo o plataforma. Los instigadores afirmaban luchar en nombre de Diego Cristóbal y lo consideraban su líder. Sus críticos aseguraban que Diego Cristóbal era el cerebro; sus defensores decían que él no participaba de las conspiraciones y que, de hecho, no sabía nada de ellas. Los instigadores expresaban una amplia veneración por «el Inca» e incorporaban elementos materiales del levantamiento, como banderas y fajas de terciopelo. La conspiración descrita por los funcionarios locales en las provincias altas, y retransmitida por ansiosas pero felices autoridades a Lima y Madrid, era lo suficientemente especial y verosímil como para ser cierta.

A lo largo de 1782 e inicios de 1783, las autoridades reportaron numerosos indicios de que los líderes rebeldes y sus seguidores no habían aceptado el cese al fuego y estaban planeando continuar la rebelión. Señalaban la veneración de los indios por Diego Cristóbal, prueba no solo de que permanecían ilusionados con la idea de renovar la lucha, sino también de que los líderes apellidados Tupac Amaru, aceptando o incluso alimentando esta devoción, habían actuado de mala fe y, finalmente, proyectado atacar de nuevo. En septiembre de 1782, un juez local en Pomacanchi, el pueblo justo al norte de Pampamarca con un obraje que José Gabriel había saqueado en los primeros días del levantamiento, se quejó de que «aves, borregos, y huevos» no podían encontrarse en el mercado porque las personas los estaban almacenando para dárselos a Diego Cristóbal y su madre, «que poco faltan para decir que idolatran». Esta autoridad advertía que «Señor si no se quita el idolo de a vista de estos brutos no seserá la idolotría estando el fuego en su fogno se mantendrá y tal vez se encenderá por que las bárbaras pajas le rodean».⁴⁸

En los siguientes meses y años, los realistas desarrollarían esta metáfora de humeantes cenizas en una situación peligrosamente inflamable, explicando el riesgo como debido a la rusticidad de los indios y a su veneración por el pasado inca, así como a la traición y arrogancia de los líderes. En septiembre de 1782, el comandante Avilés comentó sombríamente que en las provincias altas, a pesar de la aparente sumisión de los líderes, ellos «son aun venerados entre los Indios».⁴⁹ Ese mismo mes, un comandante realista observó con desaprobación a un indio que, al ver a Andrés Mendigure, se arrodilló.⁵⁰ El locuaz corregidor Baulen denunció que, entre los indios, Diego Cristóbal «es mirado por ellos como

un hombre superior a los demás y por eso le tributan unos homenajes que solo se podrían rendir a la deidad». Baulen sostenía que este respeto había llenado al joven líder rebelde de vanidad y orgullo, y había aumentado su hipocresía.⁵¹ Para los realistas, estos signos de reverencia confirmaban que el peligro de la rebelión no había pasado.

También creyeron encontrar evidencia de que los indios de las provincias altas colaboraban con Diego Cristóbal en un plan para reorganizar la lucha. En junio de 1782, el corregidor Necochea acusó a Andrés Mendigure de haber construido una casa con una capilla —un refugio— en un «lugar secreto» llamado Coñamuro, en las alturas de Ocongate. Necochea creía que Andrés y sus seguidores estaban esperando la oportunidad para atacar de nuevo.⁵² Un indio, Alejo Quispe, le había dicho a uno de los amigos de confianza del corregidor que Andrés había dado instrucciones a la gente del área de Pampamarca y Lauramarca de desobedecer las órdenes de Necochea, y les había pedido construirle la casa. Alguien incluso le dijo a Necochea que una insolente india, llamada Buenaventura Antequera, había gritado que los *puka kunkas* que venían del pueblo de Urcos a vender sus bienes necesitaban ser notificados de que la tierra no era suya, sino de los indios, por el hecho de «haberlas ganado en guerra». La mujer también había dado instrucciones a los indios de no entregar sus armas a ninguna autoridad, porque ellos habían luchado duro para ganarlas.⁵³ Necochea explicó que estos rumores preocupaban, porque la familia Tupac Amaru frecuentaba el área y porque peligrosos exrebeldes seguían activos.

Alejo Quispe testificó por intermedio de un traductor que, estando en Ocongate y Lauramarca para comprar ovejas, había escuchado a un regidor indio del cabildo, contarle al alcalde de Coñamuro que Andrés Mendigure y Diego Cristóbal Tupac Amaru, «nuestro padre chiquito», habían ordenado a los indios del lugar no reconocer a Necochea como corregidor de Quispicanchi y desobedecer a sus representantes. Los líderes rebeldes habrían explicado que estaban manteniendo un perfil bajo solo hasta que los españoles bajasen su guardia, y que necesitaban la casa en un lugar seguro como Coñamuro para «las traiciones que después podían acometer». Quispe continuó diciendo que los indios del área tenían fe en su «Inca» o «Rey» Diego Cristóbal, que este los ayudaría, y a cambio, les había dado instrucciones de no obedecer a curas ni corregidores. Los indios habrían declarado que, con «nuestro Rey» (Diego Cristóbal), los *puka kunkas* nunca los derrotarían. Quispe, un iletrado de 46 años, aseguró por último haber reportado todo esto tan pronto llegó a Ocongate.

Por su parte, el alcalde indio de Ocongate, Manuel Caguana, testificó el 23 de julio que Andrés Mendigure había estado en su pueblo diez días antes con el fin de conseguir madera para la construcción. Confirmó que el regidor Esteban Mamani le había hablado sobre el «Inga Chiquito Andres Mendiguri y Tupa

Amaro» y sobre que Andrés había ordenado no obedecer a Necochea. Mamani afirmó que Andrés había reunido a doscientos indios en la casa del kuraka de Lauramarca y ofrecido un discurso ordenándoles no someterse al corregidor. El líder rebelde había solicitado en esa ocasión su paciencia hasta que el inspector Del Valle volviera a Lima «y despues todos los Pucacunas y mestizos nos pagará con sus vidas, que nosotros hemos de poseer de todo, como de tantas riquezas que ay en todos los lugares». Mamani aseguraba que Andrés hacía esto en nombre de Diego Cristóbal, quien había resuelto que Coñamuro era el mejor lugar para la casa y su capilla. Andrés había dicho a los indios reunidos que Diego Cristóbal enviaría instrucciones escritas, que incluían órdenes para que los curas no cobraran de más por los entierros. Los indios, «todos botando al Ayre sus monteras expresando viva nuestro Inga, viva nuestro Rey», prometieron defenderlo con la vida. Mamani terminó afirmando que los seguidores rebeldes tenían ocultos fusiles, rejonos, sables y otras armas en los valles cercanos «con la determinación que tienen de volverse a sublebar despues de la ida del Sr. Inspector a Lima».⁵⁴ Necochea dirigió un grupo a Coñamuro a inicios de septiembre y destruyó la construcción que los indios habían comenzado.⁵⁵

Las acusaciones necesitan leerse con cuidado. Un rasgo hace dudoso el testimonio de Quispe: repite casi línea por línea el resumen que Necochea ofreció de la conspiración. Es como si el iletrado Quispe hablara para confirmar lo reportado por el corregidor y no expusiera su propia versión. En los juicios, los testimonios casi siempre suelen diferir en detalles y foco de atención; en este caso, ambos son prácticamente idénticos. Por eso, es probable que Necochea le pidiese a Quispe recitar lo que él ya había escrito el día anterior, y que, como era de esperar, el humilde hombre obedeció.

Sin embargo, las acusaciones pueden ser verdaderas. Los indios de Ocongate y Lauramarca habían apoyado activamente a los rebeldes, y bien pueden haberse regocijado con la presencia de Andrés Mendigure. El líder rebelde, a su vez, pudo haber apreciado esta veneración y avivado entre los indios los sueños insurgentes con su mera presencia. Por otro lado, quizás Andrés solo tuvo la intención de construirse una segunda casa y fue falsamente acusado debido a los engañosos rumores o a las invenciones del corregidor, que buscaba fortalecer su control sobre la provincia rebelde de Quispicanchi. Los que defendían la mano dura en el Cuzco y Lima buscaban ansiosamente este tipo de noticias para reforzar su argumento de que Diego Cristóbal y los demás líderes debían ser arrestados para prevenir un nuevo levantamiento.

Los funcionarios acusaron después a Diego Cristóbal de instigar los problemas en las provincias altas durante su visita de pacificación en marzo de 1782. Fernando Iguilus, un español iletrado de Ocongate, afirmó que los indios de «Ocongate a Marcapata no han aseptado el perdon de buena fe». Sostuvo que,

Diego Cristóbal había dicho subrepticiamente a los indios que se preparasen para una nueva lucha. Quizás simplemente reconoció su error y su frustración con el cese al fuego. Los indios pueden haber considerado esto como una insinuación de que el levantamiento no había terminado, o los españoles que testificaron pueden haber interpretado la inquietud de los indígenas y...

Diego Cristóbal había informado a los indios tener sus armas listas para defenderse, retribuirse y que había hecho por ellos y prometiendo abolir el cargo de correaje y reducir la tierra. Felipe Mendoza, un español de Ococongale, aseguró que Diego Cristóbal le había dicho a un nutrido grupo de indios que no trabajarán en las haciendas porque los españoles podían conseguir «negros u otra casta de gente» para esa tierra. Esteban Grados, otro español de Ococongale, declaró que este mismo líder había exigido a los indios no hacer ningún trabajo gratuito más allá — el *mita* —, ni siquiera para los sacerdotes.⁶⁰

En consecuencia, el inspector general Avilés informó en una carta al virrey que el líder Tupa Amari tenía seguidores activos en las provincias altas, y que si bien los indios habían aceptado el perdón, los indios aun los veneraban. Respondía a la pregunta de cómo Diego Cristóbal había hecho proselitismo y excitado a la rebelión en su supuesta campaña de pacificación de marzo, estando en compañía de Salcedo y, durante un tiempo, de Del Valle. Al respecto, Avilés afirmó que el líder rebelde se había aprovechado de que Salcedo no dominaba el quechua para exhortar a sus seguidores indios en ese idioma frente del *corregidor*. Avilés insistía en que era necesario que Mariano, Andrés y Diego Cristóbal salieran del Cuzco, pero que las opciones eran limitadas. Los tres rechazaban la alternativa planteada por el obispo Moscoso y Peralta, y también por Salcedo, de irse a Lima. Insistían en permanecer en el valle del Vilcanota, donde tenían familiares y un ingreso. Por otro lado, si se los forzaba a partir, los indios se resentirían el levantamiento en el sur o en cualquier otro lugar.⁶⁰

No queda claro si Diego Cristóbal indicó a sus seguidores en las provincias altas que se preparasen para una nueva lucha. Quizás simplemente reconoció su error y su frustración con el cese al fuego. Los indios pueden haber considerado esto como una insinuación de que el levantamiento no había terminado, o los españoles que testificaron pueden haber interpretado la inquietud de los indígenas y...

la renovada tensión como una señal de que Diego Cristóbal los estaba alentando. Esto último reflejaba la extendida creencia entre los españoles de que los indios no podían luchar, y mucho menos organizar, algo por su cuenta, pero que si querían lealmente a un caudillo. Los testimonios son de segunda o tercera mano, y las personas que testificaron sobre las supuestas invocaciones de Diego Cristóbal o que oyeron a los indios hablar de ello pueden haberlo malentendido, exagerado o incluso inventado. Lo que es verdad, sin lugar a dudas, es que los indios de las alturas de la zona de Ocongate y Lauramarca permanecieron movilizados a lo largo de 1782. La rebelión no había terminado para ellos o, al menos, no en el sentido de que las relaciones hispano-indígenas retornaran al statu quo.

Uno de los españoles que aludió a la supuesta excitación de ánimos entre «la indiada» alentada por Diego Cristóbal, explicó que a mediados de 1782,

[...] los indios de aquel partido están hoy tan soberbios y peligrosos como el tiempo de la Revolución pues no permiten que transiten por allí Español alguno y que no conoce el declarante más diferencia del perdón que la de que no matan ni salen a matar aunque sus ánimos están dispuestos a continuar sus excesos.

También aseguró que los indios estaban aún armados.⁶¹ Las autoridades no inventaron a estos rebeldes en las provincias altas —es cierto que estaban allí, esperando por su Inca. Un informe describe al kuraka Andrés Quispe liderando a indios de Ocongate, Cañamuro y Andamayo, insistiendo en que no se dejaran engañar por los *puka kunkas* y que conservaran sus armas.⁶² En las montañas que se asoman sobre Calca, los seguidores de Quispe detuvieron a un regidor indio del ayllu de Muñacpata, diciéndole que solo Tupac Amaru, a quien ellos reconocían como su «verdadero Inca», podía dar órdenes y nombrar autoridades. También mencionaron que Mariano Tupac Amaru estaba en Marcapata y que ellos esperaban órdenes de Diego Cristóbal. Estos rebeldes preocupaban a las autoridades, a pesar de que controlar las provincias altas —un área indígena que no era de mayor importancia para la economía regional— no era su prioridad. Lo que buscaban eran pruebas de vínculos con el liderazgo de Tupac Amaru.⁶³

Los rebeldes en la Ciudad de los Reyes

A finales de 1782, las autoridades coloniales estuvieron de acuerdo con que sería más fácil vigilar a los líderes rebeldes y prevenir vínculos con los indios si se los persuadía de trasladarse a Lima.⁶⁴ El virrey Jáuregui les envió unos salvoconductos en junio y pasó los meses finales de 1782 intentando convencerlos de viajar a la capital. Creía que obligarlos podría encender el fuego de un nuevo

levantamiento; sus inflexibles oponentes consideraban, en cambio, que esta era solo una muestra más de su debilidad. Hallándose ellos mismos a la deriva en el Cuzco, los jóvenes Mariano y Andrés decidieron finalmente viajar a la capital del virreinato en diciembre. Diego Cristóbal retrasó su decisión.

El inspector general Avilés escribió que ambos solicitaron quinientos pesos para cada uno con el fin de solventar los gastos del viaje, y otro tanto para costear unas mulas. Se quejaba de lo mucho que les gustaba gastar dinero y, en una nota más inquietante, describía la llegada de un «increíble concurso de gente» para despedirlos. Avilés explicaba que esto «quita duda del dominio que tienen esta familia aun en esta ciudad [el Cuzco] y que debe creerse mucho mayor el que gozan en las Provincias». Estaba convencido de que «no pueden mantenerse en el Reyno a estos individuos». ⁶⁵

Los indios expresaron su adoración por los dos jóvenes rebeldes a lo largo de su prolongado viaje a Lima, vigilados cercanamente por las autoridades. La noche anterior a su partida, una multitud se reunió en el Cuzco para deseárselos todo lo mejor; en el pueblo de Caicai, los indios mostraron su respeto quitándose el sombrero y arrodillándose, a pesar de la presencia de Avilés; los admiradores presionaban para encontrarse con ellos en cada pueblo y ciudad. Para las temerosas autoridades, estas eran señales de que los rebeldes continuaban conspirando, y los indios, alzados. También demostraban que el peligro se había propagado más allá del Cuzco, de la antigua capital inca a la capital virreinal. ⁶⁶

Mariano y Andrés se encontraron con el virrey Jáuregui en Lima el 4 de enero de 1783. Aunque pidió que ambos fueran cuidadosamente vigilados, el virrey estaba convencido de que su llegada confirmaba la paz. En contraste, los representantes de la mano dura, como Avilés y Mata Linares, estaban preocupados por que el virrey y otros trataran tan bien a los jóvenes rebeldes. Pensaban que estos miramientos no solo aumentaban su confianza, sino también su estatus frente a los demás, y que las conspiraciones podrían pronto multiplicarse. También temían que, en Lima, los rebeldes se encontraran con otros revoltosos.

Los testimonios sobre la temporada que Mariano y Andrés pasaron en Lima proveen un retrato de hombres jóvenes divirtiéndose, conociendo a una variedad de personas y tratando de hacerse un lugar en esta ciudad de 50.000 habitantes. Esta sería una experiencia normal para cualquier joven provinciano en una ciudad nueva, pero en este caso, cada encuentro adquiriría una gran importancia o múltiples significados a causa del contexto: las autoridades vigilaban cada movimiento de los exlíderes rebeldes. El propio virrey Jáuregui comentaba los peligros, «se halla esta ciudad con multitud de indios dentro de sus muros, y en las provincias inmediatas», preocupado porque ellos pudieran incubar una nueva conspiración. ⁶⁷ Los jóvenes se quedaron en el Colegio del Príncipe, una escuela para hijos de kurakas localizada en el barrio indio de El Cercado, al este de la ciudad. Un testigo

los describe subiendo a la azotea de este local para matar el tiempo, y tomando una tradicional horchata y otros refrescos en pleno verano limeño. Pero las autoridades informaron de encuentros más sospechosos, como el que sostuvieron con un fabricante de espejos, Felipe Tupa Inga, quien les dijo que habían cometido un error viniendo a Lima y que se veían nuevos levantamientos en el horizonte. Otro visitante les dijo que «eran unos sonsos que no había sabido defender a Josef Gabriel Tupamaro». El hijo de una prestigiosa familia indígena del cercano Yauyos, don Vicente Ninavilca, que entró a la habitación de Mariano y Andrés para recoger una guitarra, les aseguró que defendería a los indios con su vida si surgían nuevos abusos. Las autoridades acusaron a los jóvenes de recibir y enviar documentos y cartas que describían una atmósfera clandestina. El propio Ninavilca negó haber escrito «cosa importante», cuando unos testigos lo vieron, y afirmó que solo estaba anotando algunos verbos.⁶⁸

Los tribunales escudriñaron las actividades de ambos en Lima. Sus vidas en la Ciudad de los Reyes parecen seguir el mismo patrón que en el Cuzco: algunos los veneraban, mientras que otros los reprendían por haber abandonado la batalla. Al tiempo que luchaban por encontrar un lugar en la sociedad posrebelión, también disfrutaban un poco. En algún momento, Andrés le pidió a Vicente Ninavilca escribir una carta para su madre, aprovechando que el correo al Cuzco estaba a punto de salir. Le solicitó escribir lo siguiente: que «no se descololace, que el sr. virrey lo havia recibido muy bien, y le ofrecía dar acomodo, para poder pasar su vida, y que era presiso viniese Diego Tupac Amaru para acabar de matar los asuntos». Andrés pronto sabría que su optimismo no venía a cuento.⁶⁹

En febrero de 1783, mientras Andrés y Mariano seguían adaptándose a Lima, el corregidor Necochea descubrió otra revuelta en los alrededores de Marcapata, en la zona alta de la provincia de Quispicanchi. Había arrestado a Santos Guaygua, un kuraka rebelde que nunca había reconocido el cese al fuego, y se había enterado de que los rebeldes de Azángaro estaban acercándose al área. Necochea decapitó a Guaygua y exhibió su cabeza por toda la zona.⁷⁰ De acuerdo con numerosos y confusos informes, los rebeldes de Azángaro, dirigidos por Andrés Condorpuse y Guaygua, alcanzaron Marcapata a finales de enero de 1783. Condorpuse y su hijo, que habían adoptado los nombres de Simón y Lorenzo Condori, vestían una banda de terciopelo negro con bordados de plata y una cruz al medio, y decían que esta prenda se las había dado el «Inga Tupac Amaru», refiriéndose probablemente a Diego Cristóbal. Aunque sostuvieron que sus fuerzas habían marchado de Azángaro al sur, Simón Condori se identificó en el juicio como un sastre de Chilca, Pitumarca, la base de operaciones de Tupac Amaru. En Marcapata, los Condori anunciaron a los indios reunidos que más tropas estaban esperando en el glaciario Ausangate, un lugar sagrado o *huaca* para la población andina, y que Mariano también llegaría de Lima. El cura del pueblo

trato de intervenir para que la gente rechazase a los rebeldes, pero la multitud se lo impidió. Los funcionarios informaron que los «indios» habían amenazado a las mujeres del mercado y robado ganado.⁷¹ Según se dice, uno de los Condori comunicó también a los habitantes de Marcapata que otras tropas estaban esperando en los pueblos arriba de Paucartambo, y que Diego Cristóbal se uniría a ellas en tiempo de Carnaval. Ambos fueron arrestados días después de su vehemente discurso en Marcapata.

Los españoles encontraron cartas y documentos de Diego Cristóbal y Mariano que reconocían a Simón Condori como su representante y le otorgaban poder. Para los españoles, esto era la prueba de una alarmante conspiración. Los líderes rebeldes, sin embargo, negaron haberlos escrito, sugiriendo que se los habían sembrado.⁷² En su juicio, Simón Condori declaró haber recibido la faja de un sirviente de Mariano Tupac Amaru, Diego Quero, quien a su vez afirmó haber obtenido los papeles y otros materiales que había entregado a Condori de alguien llamado Juan Laya. Estos informes frustraron los esfuerzos de quienes intentaban descubrir un vínculo directo con el liderazgo Tupac Amaru. Lorenzo Condori, sin embargo, aseguró que su padre se había reunido con Mariano Tupac Amaru, quien le había dicho al anciano: «Yo me voy a Lima con Andresito ruega a Dios día y noche que volbamos con felicidad, si muriese yo, volberá Andresito, y si fallecise este regresará yo». Afirmó también que Mariano había dado instrucciones a su padre para que se convirtiera en el comandante del nuevo levantamiento.⁷³ Mariano negó conocer a Lorenzo, pero recordó a Simón Condori por su rol en la primera fase del levantamiento, en Azángaro.⁷⁴

El estallido en Marcapata parece creíble. El lago Titicaca, y Ocongate y Marcapata, al este del Cuzco, eran los últimos focos rebeldes. Los insurgentes del sur bien pudieron haber encontrado aliados en las cumbres que rodean el valle del Vilcanota. En cambio, si los Condori tuvieron el apoyo de Diego Cristóbal, Andrés y Mariano, no es algo que queda claro. La evidencia parece débil, pero en ese entonces eso no importó. Los partidarios de la mano dura consideraron tener suficientes pruebas para demostrar que los problemas se estaban gestando a lo largo de todo el Perú: ahí estaban los primos conspiradores en Lima, el desafiante Diego Cristóbal aún en el Cuzco, los rebeldes armados en las alturas al este de esta ciudad, y sus seguidores en todo el virreinato. Las autoridades actuaron con rapidez.

«Justicia que manda hacer el Rey Católico»

A inicios de 1783, las autoridades españolas intercambiaron misivas con mayor frecuencia y urgencia en torno a los rebeldes. Habían tenido éxito en atraer a dos de los tres líderes a Lima, y ahora vigilaban cuidadosamente sus actividades, así como cualquier posible indicio de subversión en el sur peruano. El virrey Jáuregui solicitó entonces más información del visitador Escobedo, quien había llegado del Callao a Lima con documentación sobre las intenciones ocultas de los insurrectos y el peligro inminente de más levantamientos. Los que defendían la mano dura habían tomado el mando.

Los documentos de Escobedo tipificaban el característico doble lenguaje de las pruebas inventadas o un dudoso relato oficial: la certeza se teñía así de dudas en un claro intento por prevenir acusaciones ante el uso de procedimientos administrativos inapropiados. Escobedo insistió en la necesidad de encarcelar a los rebeldes, brindando una lista de acusaciones y señalando los beneficios de tenerlos en prisión. También resaltó la urgencia de organizar un juicio, para así justificar los arrestos y negar las acusaciones de que los realistas habían quebrado un acuerdo previo. Escobedo solicitó detener a los tres líderes y a muchos otros; claramente, la atención se centraba en el liderazgo.

El 25 de febrero de 1783, el virrey Jáuregui pidió al inspector general Gabriel de Avilés, traer a Diego Cristóbal al Cuzco para interrogarlo y, a menos que ocurriese algo imprevisto, arrestarlo. Escribiendo desde Lima, el virrey explicó que «para desvanecer de pronto la sospecha que pudiera inducir de que faltábamos a la fe prometida en el Indulto General, será muy conveniente el formar a los reos una nueva causa o proceso».² Los partidarios de la mano dura, e incluso el vacilante Jáuregui, deseaban arrestar y ejecutar a los líderes, pero comprendían que un juicio, sin importar cuán truculento pareciese, era necesario para atenuar las críticas en el Perú y España. Pero al día siguiente llegó una carta del corregidor Necochea, brindando detalles sobre el levantamiento de Marcapata. En esta correspondencia, Necochea transmitía la información sobre el inminente alzamiento en las provincias altas, que le había brindado —bajo presión o tortura— Santos Guaygua antes de ser descuartizado, así como Andrés Condorpuse

(Simón Condori), capturado por él, mas no ejecutado. Mala Linares considero que estas noticias habian sido enviadas por la «Divina Providencia», y el virrey se apresuró en ordenar el arresto de Andrés y Mariano en Lima, y el de Diego Cristóbal en el Cuzco.⁴

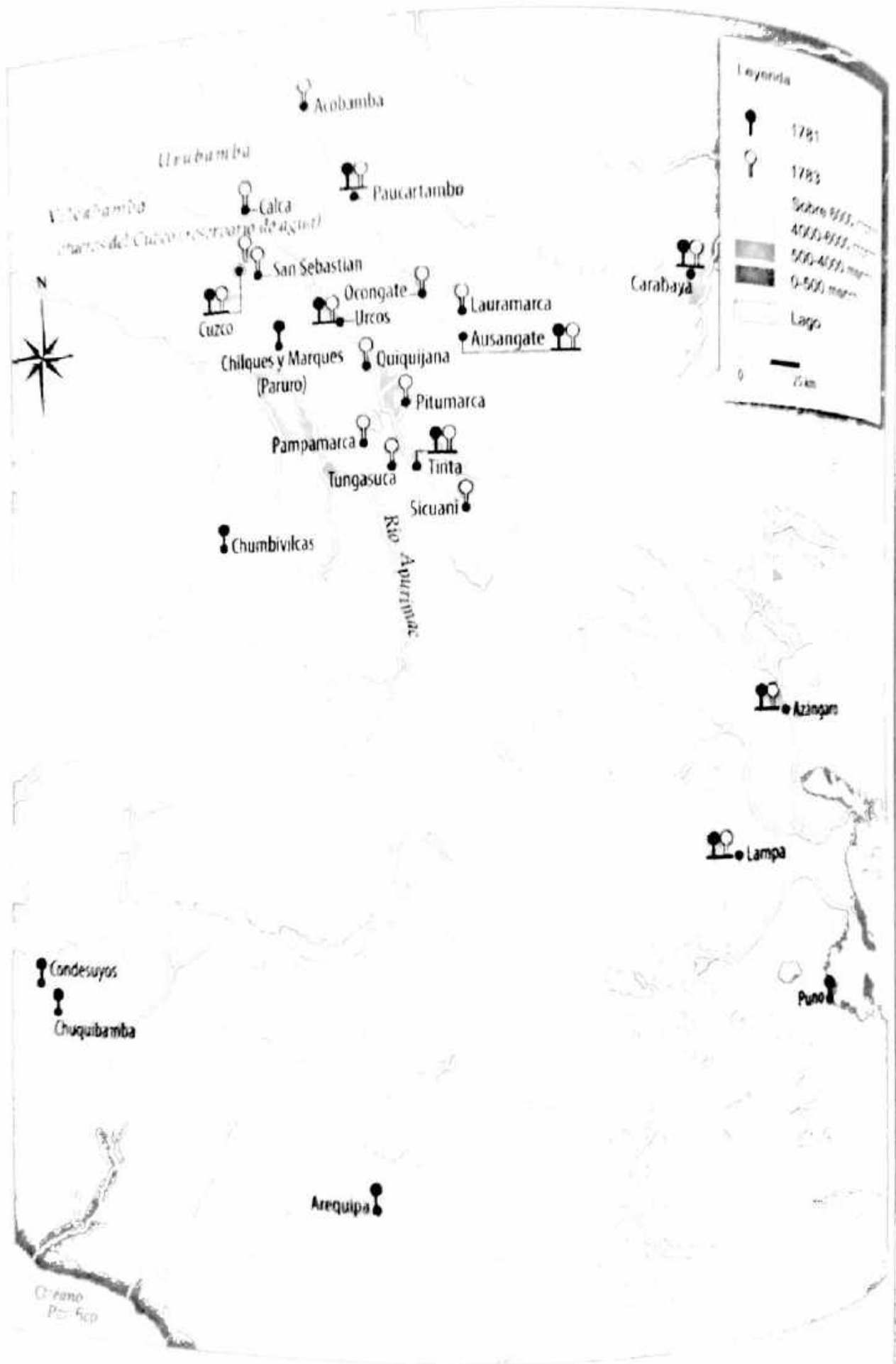
Las autoridades detuvieron a Andrés y Mariano en la capital, la noche del 26 de febrero. Horas después, un mensajero dejó Lima en dirección al Cuzco con instrucciones de hacer el recorrido de más de mil kilómetros, cruzando cumbres de aproximadamente 4000 metros de altitud, en seis días. Aun con caballos y empleando a varios mensajeros (usando el antiguo sistema chasqui de los incas), se trataba de una jornada extenuante.⁵ En el Cuzco, preocupadas de que Diego Cristóbal pudiera ofrecer resistencia o escapar, las autoridades concibieron una treta. Presentaron el contingente militar que se había desplazado desde el Cuzco hasta Sicuani como una guardia de honor que acompañaría al recientemente nombrado obispo de Arequipa, fray Miguel de Pamplona, quien estaba por llegar proveniente de Tucumán, en el Río de la Plata. En Tungasuca, Necochea arrestó sin incidente alguno a Diego Cristóbal, a su esposa Manuela Tito Condori y a su madre, el 14 de marzo. Horas después, las autoridades detuvieron a Cecilia Tupac Amaru, la hermana de Diego y madre de Andrés, en Sicuani. El 16 de marzo de 1783, tropas fuertemente armadas condujeron a los prisioneros encadenados al Cuzco, en un sombrío cortejo que debe haber recordado a la población local la llegada de José Gabriel y sus aliados en abril de 1781. Parte de la población celebró; otros se lamentaron en silencio y se preguntaron qué había ocurrido y cómo los eventos habían podido dar un giro tan adverso.⁶

El corregidor Salcedo, quizás tratando de borrar su imagen de defensor de los rebeldes, arrestó a 75 presuntos cómplices. La lista podía leerse como un enrevesado árbol genealógico: hijos, hijas, nietos, hermanas, hermanos, tías, tíos, primos, nueras, etc. Salcedo también capturó a Diego Ortigoza, acusado de ser confidente de Diego Cristóbal, así como a otros que no guardaban parentesco con él, pero que se creía habían ocupado cargos militares en el levantamiento.⁸ Los corregidores continuaron deteniendo a gente en las siguientes semanas, incluido cualquier miembro del clan Tupac Amaru que pudiesen encontrar. Los arrestados llenaban las cárceles del Cuzco, por lo que las autoridades decidieron llevar a cabo el juicio en esta ciudad y no en Lima, preocupadas con tener que movilizar a cientos de prisioneros a la costa. Escobedo consideró que el arresto de los líderes era «el triunfo más interesante de cuantos se han conseguido hasta ahora».⁷ Los realistas estaban convencidos de que habían acallado la rebelión, y estaban en lo correcto. También pensaron que podían implementar políticas de gran alcance, orientadas a prevenir futuras rebeliones y a convertir a los indígenas en hablantes de la lengua española y súbditos leales a la Corona, cortando así sus vínculos con el pasado inca y el presente insurgente. Esto último demostró ser más difícil.

Mata Linares y el juicio

El virrey Enriquez puso a Mata Linares a cargo del juicio. A diferencia del proceso de 1781 contra los Caballeros y su círculo cercano, esta vez los acusados eran cientos. Mata Linares con pericia reconoció que no había podido cumplir el plazo que se le había asignado para finalizar los juicios, «pues aun en la formación de la causa principal de Diego y de su familia, no puedo fijar pie en cosa alguna realista a lo largo de 1783» acoger a virulentos sospechosos y recibir tratamiento de Inca, haber tratado de construir un refugio en Matecapata y de reclutar al levantamiento, haber ofrecido honores a sus familiares presos y ejecutados, haber tenido sordidas vidas privadas, no haber devuelto los bienes robados y tener oro, plata y armas escondidos en algún lugar, y haber apoyado a Condoquiso y a otros rebeldes en la zona alta de la provincia de Qubapicanchi.¹⁰ El juicio repitió estas acusaciones hasta el cansancio, enfatizando que Diego Cristóbal no había respetado el perdón y había actuado de mala fe. Se llamó a los testigos y se hizo que los acusados testificaran unos contra otros. No se permitieron los testimonios extensos o las réplicas. Con el juicio, los fiscales buscaban confirmar y difundir los informes o rumores sobre las felonías cometidas por los líderes rebeldes y el espíritu revoltoso que aun flotaba en la región, así como restar importancia a cualquier acusación que apareciese contra las autoridades por haber roto los términos del perdón. Pese a que Mata Linares y su grupo siguieron el protocolo básico, las sentencias eran más que predecibles, y los juicios, llevados a cabo con extrema celeridad, una farsa.¹¹

El 31 de mayo de 1783, los fiscales sentenciaron a muerte a Diego Cristóbal, a su madre, Marcela Castro, su esposa, Manuela Tito Condori, y a Lorenzo y Simón Condori, aunque al final decidieron no ejecutar a Manuela. El obispo Morcoso y Peralta y el corregidor Salcedo buscaron atenuar sin éxito las sentencias.¹² Mata Linares y el resto del equipo acusador trataron de que la muerte de Diego Cristóbal fuese incluso más horrible que la de su primo José Gabriel. Alrededor de las diez de la mañana del 19 de julio de 1783, Diego Cristóbal, su madre y los Condori fueron arrastrados por bestias de carga, con sus manos y pies amarrados, desde la cárcel hasta la plaza Regocijo, mientras que un pregonero voceaba sus crímenes. La muchedumbre los abucheó, y el empedrado arrancó parte de su piel. Los soldados se alinearon en la plaza para contener cualquier disturbio y observar la muerte del líder rebelde. Toda la fuerza militar acuartelada en el Cuzco estaba presente: la infantería, la caballería y los regimientos de caballería ligera compuestos principalmente por miembros de la milicia, así como el regimiento del Callao. Sus comandantes y las autoridades locales también observaban.¹³ Los verdugos, Felipe Quinco y Pascual Orcoguaranca, colgaron primero a Lucas



Mapa 9 Lugares donde se exhibieron partes del cuerpo de Tupac Amaru

Jacinto y Ramón Jacinto, juzgados por separado por su participación en los eventos de Marcapata.¹³ Pusieron entonces a los Condori en la horca.

Quinco y Orcoguaranca cortaron la lengua de Marcela Castro antes de colgarla. Diego Cristóbal fue obligado a mirar el sangriento espectáculo de la muerte de su madre. Justo antes de ser arrastrado a la horca, el pregonero, un tal Lorenzo Quispé, gritó a voz en cuello: «Esta es la justicia que manda hacer el Rey Católico (que Dios guarde)», y procedió a repetir los cargos. Los verdugos habían construido un fogón junto a la horca y usaron tenazas al rojo vivo para desgarrar la piel del pecho de Diego Cristóbal. El atenaceado era una de las torturas preferidas por la Inquisición. Los verdugos arrastraron luego a Diego Cristóbal, quien se hallaba sangrando y en completa agonía, a la horca, y lo colgaron. Uno de ellos retó a quien se atreviese a retirar los cuerpos de los rebeldes. Nadie respondió al desafío.

Hacia las cuatro de la tarde, descuartizaron los cuerpos. La sentencia de Diego Cristóbal ordenaba que

[...] después [de] descuartizado su cuerpo, llevada la cabeza al pueblo de Tungasuca, un brazo a Lauramara, el otro al pueblo de Carabaya, una pierna a Paucartambo, otra a Calca, y el resto del cuerpo puesto en una pica en el camino de la Caja del Agua [...] quedando confiscados todos sus bienes [...] y sus casas serán arrasadas y saladas.¹⁴

Las autoridades enviaron las cabezas y extremidades de los Condori a Marcapata, el distante Azángaro, el nevado Ausangate y a otros pueblos. Ausangate había sido un refugio para los rebeldes y un lugar simbólico para la población andina, que solía peregrinar a dicho nevado.¹⁵ La cabeza de Marcela Castro fue exhibida en una lanza en San Sebastián, en las afueras del Cuzco, en dirección al valle del Vilcanota, mientras que las otras partes de su cuerpo fueron repartidas entre Sicuani, el puente de Urcos, Pampamarca y Ocongate. Los verdugos incineraron su torso en una fogata en la plaza central «y arroja[ron] al aire sus cenizas».¹⁶ Tal como lo explicaron Avilés y Mata Linares: «Hemos atendido también a que en los lugares donde han manifestado Diego y demás secuaces su corazón sanguinario, quede por algún tiempo un monumento de sus excesos, repartiendo fragmentos de sus cadáveres en ellos».¹⁷ Una semana después de la ejecución, cuando las noticias ya debieron llegar a Lima pero aún no a Madrid, el rey firmó un decreto real donde se pedía que Diego Cristóbal y sus primos fuesen enviados con vida a España. Para satisfacción de Avilés y Mata Linares, era demasiado tarde.¹⁸

En cuanto a Mariano y Andrés, las autoridades decidieron procesarlos en Lima, quizás temiendo que fuesen enviados de regreso al Cuzco. En los testimonios de marzo de 1783, Mariano y Andrés reconocieron que Felipe Velasco Tupac Inca Yupanqui (en ocasiones conocido como Felipe Tupa Inca) los había

... y en la zona habitada cerca Lima y que había manifestado su decepción por haber
 no... También las había amonestado por aceptar la oferta de los
 «ahora nos tenemos que alzar porque la provincia de
 Huarochiri, las provincias y la de Caxamarca las tenemos prontas».¹⁹ Los fiscales
 informaron el arresto de Tupa Inca, pero logró escapar a Huarochiri, al este de la
 capital. En ese lugar, Tupa Inca pidió a los pobladores rebelarse contra los es-
 pañoles. Sostenía estar siguiendo a «su primo» José Gabriel Tupac Amaru, que
 según él seguía vivo, posiblemente en la selva o encarnado en Diego Cristóbal.
 Un comandante español al mando de otros tres españoles y un esclavo llegó a
 Huarochiri y apresó a Tupa Inca el 2 de junio. A su regreso, se toparon con 1500
 rebeldes y a duras penas lograron escapar. Siguieron su marcha hacia Lima, y un
 grupo más grande dejó la capital para enfrentar a los rebeldes. Lograron arrestar
 a Cimaco Flores, comandante de Inca Tupa, y a ocho cómplices.

La rápida investigación confirmó que Inca Tupa, un fabricante de espejos sin
 vínculos de sangre con la familia Tupac Amaru, se había reunido con Mariano y
 Andrés, y jactado de tener grandes planes de retomar el alzamiento. Tupa Inca
 personificaba el amplio descontento por la ruptura del perdón, y la rabia hacia los
 realistas por su traición y hacia la segunda ola de líderes rebeldes por haberse
 dejado engañar. En sus testimonios, Tupa Inca y Flores mencionaron estar con-
 vencidos de que Tupac Amaru seguía vivo y de que su ejecución había sido un
 montaje de los españoles. Sus seguidores confiaban en que José Gabriel y pro-
 bablemente también Diego Cristóbal continuaban con la lucha en el «Gran Paititi»,
 un lugar mítico ubicado en la selva del Amazonas.²⁰ El 7 de julio, los verdugos
 colgaron a Tupac Inca y Flores en la plaza de Armas de Lima y enviaron sus
 cabezas y extremidades a las puertas de la ciudad amurallada. Sus subordinados
 fueron obligados a presenciar la ejecución, y muchos de ellos fueron azotados y
 enviados a purgar condena en presidios en África, Valdivia (Chile) y el Callao. La
 «concubina» de Tupa Inca y otra mujer más fueron sentenciadas a diez años de
 reclusión en un convento y prohibidas de permanecer en Lima.²¹

Los eventos de Huarochiri confirmaron a quienes promovían la mano dura,
 los peligros de un escenario de violencia inspirada en Tupac Amaru, así como la
 necesidad de tomar medidas drásticas. Incluso en pueblos ubicados a cientos de
 kilómetros del Cuzco, la población supo que las autoridades habían roto el cese
 al fuego, una acción que percibió como una traición. En marzo de 1783, Mata
 Linares y Avilés escribieron a Jáuregui y a Gálvez para explicar cómo lo ocurrido
 en Huarochiri había obligado a emitir una dura y rápida sentencia contra Diego
 Cristóbal:

[...] en la provincia de Huarochiri, donde hicieron creer a aquellos naturales estar coro-
 nado el difunto Josef Gabriel en el Gran Paititi. De este modo tienen prueba irrefutable

de la justicia con que se le ha separado del número de los vivientes a este perverso vasallo [Diego Cristóbal] y acabarán de desengañarse de esta loca esperanza que concebían en esta familia, teniéndola por su libertadora.²²

Mata Linares y Avilés insistieron en divulgar la muerte de Diego Cristóbal por todo el virreinato, e incluso fuera de él.

A Lima y más allá

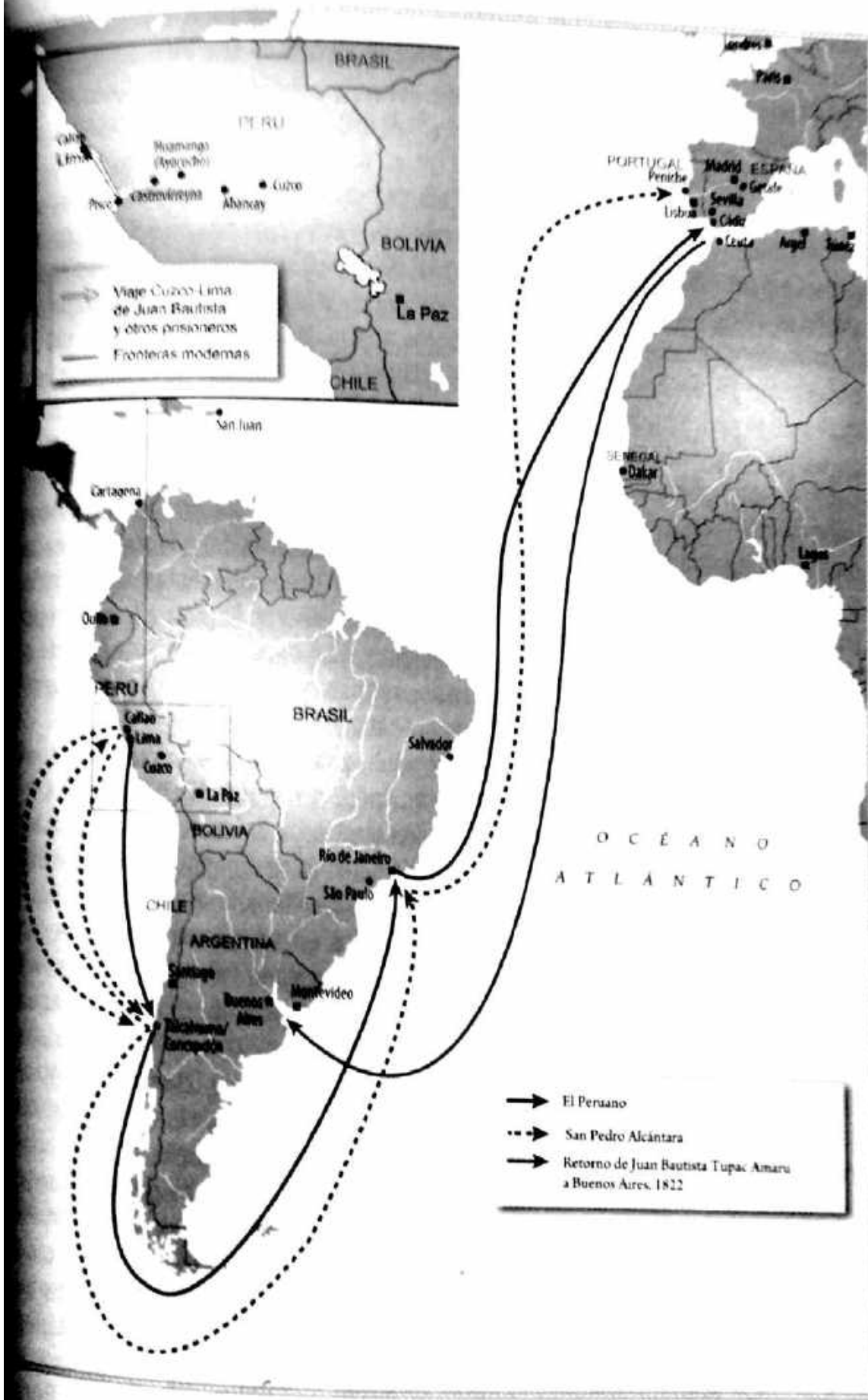
A diferencia de 1781, en 1783 las autoridades del Cuzco procesaron a docenas de seguidores y familiares de los rebeldes —fueron más allá de los ejecutados el 19 de julio. En estos juicios, Mata Linares puso a un lado su acostumbrada e intransigente retórica sobre la peligrosa laxitud del Perú y sobre sus indesmayables esfuerzos para erradicar la subversión, y admitió no poder hacer un seguimiento de los prisioneros que llegaban al Cuzco. El 12 de mayo, escribió a Necochea y Salcedo para solicitar un mejor sistema contable que evitara que «nos ve[a]mos en una confusión, sin poder imponer el castigo condigno y confundiéndose los reos con los inocentes».²³ Mencionó un total de 133 prisioneros y los dividió en dos grupos: 57 «indígenas, españoles y mestizos», sobre quienes había escasa documentación acerca de su rol en el levantamiento y que él creía eran mayormente inocentes, y 73 miembros pertenecientes a la familia extendida de Tupac Amaru (la discrepancia en las cifras, 133 o 130, puede haber sido causada por las muertes, fugas o la inclusión de Condori padre y Condori hijo por separado, como culpables pero no como familiares). Para demostrar «las piedades del Rey», Mata Linares solicitó clemencia para quienes consideraba inocentes (o al menos para aquellos cuya culpabilidad no se podía probar), y recomendó que los miembros de la familia Tupac Amaru que no hubiesen sido ejecutados en julio fuesen llevados a Lima, para librar a la región de su peligrosa presencia. Sugirió, además, que podían ser escoltados a la capital sin mucho costo, trayendo así la paz al Cuzco y reactivando su economía, y desde ahí ser enviados a España, una vez que la guerra con Inglaterra terminara y los mares fueran más seguros.²⁴ En ese momento, mediados de 1783, las autoridades españolas creían acertadamente que el conflicto con Inglaterra, que se hallaba enfrentando a las colonias norteamericanas, terminaría pronto.

Mata Linares liberó a docenas de prisioneros a los que consideraba inocentes, incluido un par de españoles que exclamaron «Viva el Rey» una vez que fueron puestos en libertad.²⁵ En septiembre, Escobedo brindó una lista de sentencias: 7 serían ejecutados, 12 serían deportados de inmediato o exiliados del Perú (entre ellos la esposa de Diego, quien obtuvo una conmutación de la pena de muerte a último momento), y 61 familiares serían enviados a Lima.²⁶

El 6 de octubre, 68 prisioneros —16 de ellos sin vínculos familiares con el clan— abandonaron el Cuzco escoltados por cien soldados. En el grupo también había 17 niños (que iban desde los cuatro meses de nacidos hasta los nueve años); 35 mujeres, muchas de ellas de avanzada edad; y 26 varones adultos, entre ellos un hombre de ochenta años y, de acuerdo con Juan Bautista Tupac Amaru, su tío, de 125 años de edad. El viaje a Lima era siempre extenuante, pero para quienes se encontraban debilitados por meses de encarcelamiento y maltrato, encadenados, y sin suficiente comida, agua y abrigo, fue como una marcha hacia la muerte.²⁷ Juan Bautista, el medio hermano de José Gabriel, brindó un detallado informe de los horrores de la travesía. El corregidor de Urcos lo había engañado invitándolo a comer en algún momento de marzo, solo para apresarlo y llevarlo al Cuzco, en lo que sería su segundo periodo en la cárcel. Sorprendido de no encontrarse entre quienes fueron ejecutados el 19 de julio de 1783, Juan Bautista pasó siete meses en prisión, hambriento y sucio. Antes de partir, los guardias pusieron cadenas en las manos y pies de los prisioneros, y los hicieron destilar alrededor de la plaza bajo los gritos de «pícaros, traidores, que la paguen».²⁸ En medio de una multitud que Juan Bautista calculó en alrededor de 6000 personas, un individuo tuvo un gesto particularmente amable. Este hombre, cuya identidad permaneció en el anonimato, le dio a Juan Bautista un caballo para aliviar la dura jornada que le esperaba. Los demás prisioneros fueron transportados en mulas en mal estado. Cada vez que uno de ellos se caía, las cadenas rasgaban su piel y las bayonetas de los guardias lo obligaban a levantarse de nuevo.

Juan Bautista describió un trayecto de permanente hambre, sed y crueldad. Su madre, Ventura Monjarras, murió de deshidratación, pese a los ruegos por agua, ignorados por los guardias. Llegaron a Lima luego de cuarenta días, pero su suerte no mejoró. Los guardias los pusieron en un calabozo en la fortaleza del Callao, la «habitación más melancólica que se podía construir para los hombres», y los mantuvieron atados a una cadena que atravesaba la celda. Continuaron atormentando a los prisioneros de diversas maneras. Su vía crucis, especialmente el de Juan Bautista, estaba lejos de terminar.²⁹

La documentación oficial narra un viaje miserable, causado no solo por la crueldad de los españoles, sino por los desafíos propios del trayecto entre el Cuzco y Lima, y la falta de cooperación entre autoridades y prisioneros. El convoy tomó la ruta Cuzco-Abancay-Huamanga-Ica, y la mala fortuna y desesperación se hicieron presentes en la segunda parte del viaje, luego de que pasaran Huamanga. El 3 de noviembre, el comandante Jacinto Iriarte envió un mensaje urgente a su oficial superior: «[nos encontramos] en el camino real [...] con la tropa y presos, sin saber positivamente donde estamos, con todas las cargas perdidas, con los presos enfermos, sin agua, sin tener que comer, ni mulas».³⁰ El grupo había estado atrapado por cuatro días cerca de Castrovirreyna, en los impresionantes



Mapa 10. Prisión y viaje de Juan Bautista y sus compañeros.

condiciones que hoy entre las montañas que se abren entre el desierto costero y huancaesca. Varios de los indios habían muerto (o que en una zona de las duras condiciones de la ruta), y las exigencias que los mantuvieron internados junto a sus casacas, el agua se agotó y tuvieron que avanzar al alto campamento por ausencia de camuflaje y falta de agua.

Un cura del convento jesuita de Tambullo asumió con Pedro Villalobos un conocimiento de las vías terrestres y marítimas existiendo desde un lugar llamado San Martín Villalobos a los cerros con sus mulas. El cura puso énfasis en la necesidad de ser del grupo, haciendo notar que las tropas provenientes de la costa simplemente no existían debido a las duras condiciones que se vivían por encima de los 3000 metros de altura: "Bando católico y castro, a Dios arregle para que el grupo pudiese regresar en Tambullo. Dos prisioneros fallecieron en medio del frío y una, Bernarda Castro, legó escarada, lo que provocó retrasos y duros castigos para varios de los guardias. El comandante Inarte se emborrachó pues de que Castro estaba casado, tenía hijos en Tarma y las extrañaba profundamente. Inarte atribuyó el incidente al hecho de que el corregidor de Castrovirreina se hallaba enfermo y de que su reemplazo no había preparado mulas de recambio y provisiones para la ruta. Incluso después del rescate y su llegada a Ica, el grupo tuvo que enfrentar el sol del verano a medida que se desplazaba hacia el norte a través del desierto costero. Luego de varios retrasos y de la muerte de seis prisioneros, llegaron finalmente a Lima alrededor del 22 de noviembre."⁴⁰

El 26 de julio de 1783, el virrey Jauregui confirmó la real orden por la cual los restantes líderes rebeldes debían ser enviados a España. No buscaba ni clemencia ni más ejecuciones, y luego del pánico provocado en Huarochiri se puso del lado de los «duros» sobre la necesidad de cambiar de lugar a la familia entera. En marzo de 1784, la Audiencia de Lima sentenció a Mariano, Andrés, Juan Bautista y Fernando a diez años de trabajos forzados en un presidio español a ser determinado por el rey. El virrey insistió en que no fuesen enviados a África ni a ningún otro presidio fuera de España, por temor a que escapasen y difundiesen su propaganda subversiva.⁴¹ La guerra con Inglaterra redujo el número de barcos disponibles que viajaban del Callao a España, lo que ocasionó una gran acumulación de cargamento, especialmente de metales preciosos. Dada la desesperación por fuentes de ingresos, las autoridades metropolitanas solicitaron que sus contrapartes enviaran la mayor cantidad de oro y plata apenas fuese posible. Luego de varias postergaciones, dos buques de guerra, El Peruano y San Pedro de Alcántara, zarparon del Callao el 13 de abril de 1784. Los estibadores cargaron todo lo que pudieron en ellos. El San Pedro de Alcántara llevaba el doble de su carga habitual, incluidas 600 toneladas de cobre, 153 toneladas de plata y 4 toneladas de oro.⁴² Manuela Tito Condori, la viuda de Diego Cristóbal, no pudo abordar el barco debido a una enfermedad, posiblemente tuberculosis, y murió en el Perú

en marzo de 1785.³⁵ Juan Bautista, Mariano y otros 27 prisioneros, al igual que el famoso botánico francés Joseph Dombey, abordaron El Peruano.³⁶

Juan Bautista brindó una descripción bastante gráfica del terrible viaje. Los prisioneros fueron encadenados en grupo en la cubierta, sin nada más que un «poncho viejo» y un cuero de oveja para protegerse del sol, la lluvia y el frío. Pasaban tanta hambre que se atropellaban para recoger los huesos que los demás pasajeros arrojaban a sus pies. Las enfermedades comenzaron a aparecer y propagarse, principalmente el escorbuto, debido a la desnutrición y la falta de vitamina C, y una noche los dos hombres que se encontraban atados a Juan Bautista murieron. Cuando los prisioneros se quejaron ante el comandante, este amenazó con atarlos a los cañones. En medio de esas duras condiciones, los prisioneros obtuvieron cierto alivio temporal cuando dos reos franceses, reclutados para reparar el timón averiado, pidieron que las cadenas de todos los prisioneros fuesen retiradas; pero fueron nuevamente puestos en grilletes una vez que las reparaciones terminaron. Juan Bautista mencionó que cuando «un sobrinito mio» murió en medio de los dolores provocados por un cólico, los españoles optaron por reírse o permanecer indiferentes.³⁷ Juan Bautista no exageraba. Para cuando el buque llegó a Río de Janeiro, Mariano Tupac Amaru había fallecido, junto con otros 15, entre ellos 4 menores de edad. La tripulación presuntamente arrojó al Atlántico a Mariano —el hijo de José Gabriel y Micaela—, así como a uno de los líderes de la segunda fase de la rebelión. Otros dos fallecieron en Brasil, antes de que la embarcación zarpase de nuevo con destino a España.³⁸

Durante los cuatro meses que el barco estuvo en Río, la tripulación mantuvo atados a los prisioneros al palo mayor de la nave durante el día, y los dejó encadenados al trinquete ubicado en la proa en la noche. Este procedimiento continuó durante todo el viaje por el Atlántico. El comandante estaba preocupado de que algún navío inglés pudiese abordarlos y liberarlos, lo cual hizo que la tripulación se mostrase aún más ruda y abusiva. Un guardia ofreció al hambriento Juan Bautista algunas galletas, y cuando regresó con su pequeño tesoro escondido en su arrugado sombrero, cayó en el lugar donde el guardia había puesto una trampa y se rompió dos costillas. El pecho le dolería por el resto de su vida. Juan Bautista también hizo notar la hipocresía de los españoles sobre la religión. La tripulación prohibió a los prisioneros que rezaran, lo cual fue interpretado por Juan Bautista como una forma de reforzar la noción de que ellos eran inferiores y no verdaderos católicos. Llegaron finalmente a Cádiz el 1 de marzo de 1785. De los 29 prisioneros que dejaron Lima en 1784 a bordo de El Peruano, solo cuatro seguían con vida en 1788.³⁹ Juan Bautista se hallaba tan débil que los soldados tuvieron que cargarlo a su celda en el castillo de San Sebastián. Sin embargo, sus problemas aún no habían terminado.⁴⁰

Sorprendentemente, el viaje del San Pedro de Alcántara fue mucho peor. Oficiales chilenos no permitieron que el buque de guerra desembarcara en el puerto de Talcahuano debido a la preocupación de que Fernando Tupac Amaru (el hijo más joven de José Gabriel y Micaela) pudiese sublevar a los indígenas y mestizos de la zona. El comandante Manuel Fernando de Montoya decidió entonces retornar al Callao. Mientras se encontraban en las aguas del Pacífico, 16 de los 41 prisioneros fallecieron debido a las duras condiciones del viaje. Zarpando por segunda vez el 16 de diciembre de 1784, el sobrecargado buque emprendió su trayecto a través del Atlántico, luego de hacer algunas paradas en Concepción, Chile y Rio de Janeiro. La nave sufrió numerosas inundaciones y la tripulación tuvo que usar bombas para desaguarla. El desastre finalmente llegó el 2 de febrero de 1786. El buque de guerra encalló cerca de Peniche, Portugal, al norte de Lisboa. Andrés Mendigure y otros 17 prisioneros murieron, mientras que aproximadamente 6 lograron sobrevivir, entre ellos Fernando. Los españoles señalaron haber perdido más de 7,5 millones de pesos en oro y plata. Cuarenta buceadores pagados por el gobierno español trabajaron a marcha forzada por cuatro años luego del naufragio para recuperar el oro, la plata y el cobre, la empresa más ambiciosa de buceo llevada a cabo hasta ese momento en la historia europea.⁴¹ Los documentos sobre los prisioneros se perdieron en el naufragio, y las autoridades en Cádiz tuvieron dificultades para distinguir entre los reos que venían del Perú y los que llegaban de Portugal.⁴² En las últimas décadas, los arqueólogos han descubierto las tumbas de quienes fueron varados en la costa o cuyos cuerpos fueron recuperados del barco. Los españoles fueron enterrados en tumbas individuales, mientras que los prisioneros políticos fueron amontonados unos junto a otros, muchos de ellos aún con su cadena.⁴³

Las autoridades enviaron a los prisioneros que sobrevivieron a cárceles y presidios de España. Fernando, que a los diez años había presenciado la brutal ejecución de sus padres Micaela y José Gabriel, logró alcanzar la costa luego del naufragio y vagó por tres días antes de entregarse. Pasó tres años en una miserable y húmeda celda en Cádiz. En 1787, a la edad de 16, envió una solicitud de libertad al rey. Él o quizás su abogado hicieron notar que su único delito fue ser hijo de su padre y que, como niño, no estaba enterado «de lo que pasa en el Mundo, que el [era] de correr tras las mariposas, embebido en estos y otros entretenimientos de la infancia».⁴⁴ Al año siguiente fue enviado a una escuela en Getafe, y fue enfático al expresar que no tenía deseo alguno de convertirse en cura. No debe sorprender que luego de varios años de sufrir prisión, del terrible viaje a España y de los traumas que llevaba consigo, sufriese varias enfermedades y falleciese en Madrid el 19 de agosto de 1798. Aún los documentos más anodinos sobre su educación y posible futuro laboral le recuerdan al lector que «este Sugeto es hijo del Principal autor de las pasadas revoluciones del Perú Josef Gabriel Tupacamaro».

Se le mandó trasladar a España para apartar de aquel Reyno la memoria de aquellos sucesos y el unico heredero de los pretendidos derechos de su Padre». ⁴⁵

Los infortunios de Juan Bautista Tupac Amaru continuarían, pero tuvo la satisfacción de frustrar el plan de los realistas de desaparecer de América a todos los miembros de su familia. Sus memorias, escritas en la década de 1820 en Argentina poco después de la Independencia, presentan a los españoles como seres despiadadamente crueles. Durante los 39 meses que pasó encerrado en un castillo de San Sebastián, «no recuerdo un solo rasgo humano de los españoles». ⁴⁶ Fue entonces enviado a Ceuta, un remoto puesto fronterizo español ubicado en el norte de África, atravesando desde España el estrecho de Gibraltar. Vivió ahí en un presidio, con una pequeña pensión y en compañía de un platero abusivo y explotador. Sus memorias apenas dan cuenta de estos años, especialmente de sus esfuerzos por educarse a sí mismo y de los abusos recibidos por españoles e incluso por un indígena. En un pasaje de su narración, menciona su dificultad con el castellano. ⁴⁷ En 1813 conoció a su ángel guardián, Marcos Durán Martel, un cura agustino preso por su participación en la rebelión de Huánuco de 1812.

En 1820, luego de la revolución liberal, las cortes españolas liberaron a muchos prisioneros que provenían del continente americano. Después de una caída que lo dejó con más huesos rotos y motivó numerosos retrasos, el octogenario Juan Bautista embarcó con dirección a Argentina el 3 de junio de 1822, ayudado por Durán Martel y el héroe maltés-argentino Juan Bautista Azopardo. ⁴⁸ El gobierno argentino, que obtuvo su independencia en 1816, le dio una pensión y apoyó sus esfuerzos de escribir sus memorias. Uno de los padres de la patria argentinos, Manuel Belgrano, consideró la posibilidad de nombrarlo Inca, siguiendo su proyecto de 1816 de instalar una monarquía incaica en el país. Para algunos, los incas y los rebeldes tupacamaristas eran atractivos símbolos históricos que se oponían a las visiones coloniales o hispanocéntricas del pasado. En 1821, una obra de cinco actos titulada *Tupac Amaru* (sic) se estrenó en Buenos Aires, la cual representaba al medio hermano de Juan Bautista como una víctima heroica de la brutalidad española. Sin embargo, los opositores ridiculizaron los esfuerzos que buscaban vincular la naciente república argentina con el antiguo pasado incaico y el alzamiento de Tupac Amaru. Los periodistas desestimaron el proyecto de Belgrano, considerándolo como una «monarquía en ojotas» y «un Rey de patas sucias». ⁴⁹ Juan Bautista murió en Argentina el 2 de septiembre de 1827, a la edad de 85 años. Nunca regresaría al Perú. ⁵⁰

Como máquinas

Para cuando los prisioneros estaban siendo embarcados en el Callao, en abril de 1784, el Cuzco tenía nuevas autoridades. Mata Linares permaneció como primer

intendente, en el nuevo sistema inaugurado en 1784, mientras que Escobedo y Alarcón reemplazó a Areche como visitador. Se crearon ocho intendencias, y la de Puno fue transferida al virreinato del Río de la Plata. Se buscaba contar con autoridades más cercanas a la sociedad local que el virrey y su corte, radicados en Lima, así como con personal menos abusivo y corrupto que los corregidores, que fueron reemplazados por subdelegados. Para desalentar pactos y alianzas poco transparentes entre funcionarios y la población local, el proyecto de intendencias asignó salarios adecuados a los intendentes y subdelegados.⁵¹

En una región devastada por dos años de una guerra cruenta y acciones de contrainsurgencia, en la cual los partidarios de la mano dura terminaron derrotando a los moderados en la campaña realista, así como a los rebeldes, los juicios masivos y las ejecuciones parecían ser el *modus operandi* más lógico a seguir a mediados de la década de 1780. Los españoles habían demostrado ser capaces de emplear recursos extraordinarios —legales y extrajudiciales— contra los subversivos, mientras que autoridades como el obispo Moscoso y Peralta, partidarios de métodos más conciliatorios, habían perdido poder. El salvajismo de la guerra y el lenguaje de confrontación de los vencedores parecen sugerir una represión masiva y un baño de sangre contra miles de indígenas. No obstante, las autoridades no montaron juicios masivos contra los indígenas sospechosos de haber apoyado la rebelión, pero tampoco aceptaron ejecuciones llevadas a cabo de manera extrajudicial. La violencia resurgía una y otra vez en el valle del Vilcanota, y los combatientes indígenas retornaban a sus comunidades derrotados, teniendo que enfrentar el escarnio de los realistas y la adversidad de los tribunales, aunque sin ser encarcelados o matados masivamente.

Las explicaciones son diversas. Las autoridades españolas se sentían aliviadas, incluso eufóricas, pero también inquietas, pues sabían que habían logrado ganar a duras penas y que las tensiones se encontraban latentes. Los funcionarios en el Cuzco y Lima podían fanfarronear sobre la victoria y un supuesto retorno al dominio que se ejercía sobre la población indígena, pero también comprendían que las relaciones locales de poder eran aún muy frágiles. Presionar demasiado podía provocar una peligrosa reacción por parte de las desafiantes masas indígenas. Las autoridades usaron cualquier posible vinculación con Tupac Amaru para debilitar la voz de los indios, pero estos últimos también emplearon, de ahí en adelante, veladas amenazas de violencia para apoyar sus demandas. Las autoridades coloniales no tenían todo el poder consigo.⁵² Luego del éxito inicial que había representado el convencer a los líderes rebeldes de aceptar un cese al fuego, y tras capturarlos después de sabotear dicho acuerdo, las autoridades eran conscientes de que un escenario con juicios masivos no era posible ni deseable. Otra posibilidad debe tomarse en cuenta para explicar precisamente esta ausencia de juicios masivos o ejecuciones: el desprecio de los españoles hacia la

población indígena. Mata Linares, cuya prosa rara vez era ambigua o sutil, creía que con el liderazgo de la rebelión muerto o en el exilio, los seguidores rebeldes, fuesen estos reales o potenciales, no se atreverían a actuar. El 31 de mayo de 1783 escribió: «desde la prision de Diego Tupac Amaru y su familia estan más sumisos los indios lo que es mui natural pues el indio no teniendo caveza no es capaz de otros pensamientos y se puede decir sin exageracion es una machina». ⁵³ Pese a un levantamiento masivo que dejó decenas de miles de muertos, Mata Linares no mostraba preocupación alguna por una posible rebelión indígena en el futuro cercano. De acuerdo con él, la población indígena no constituía una amenaza. Es muy probable que Mata Linares pensara que los indígenas merecían un castigo brutal por su insubordinación, pero que no se trataba más que de una medida preventiva. ⁵⁴ Mata Linares creía, sin embargo, que la administración española y el control sobre el territorio peruano se habían debilitado en gran medida, y culpables no le faltaban. En primer lugar, las autoridades con su actitud relajada, luego los curas de conducta errática y los criollos conspiradores. En su mente, ellos habían administrado de manera tan ineficiente el Perú que en ese momento el dominio español se hallaba en peligro. Además, los ingresos provenientes de los impuestos seguían cayendo, preocupando seriamente a Madrid, en un momento de conflicto internacional en Europa. Para Mata Linares y sus aliados, este mal manejo promovió la autonomía de la población indígena y un mínimo de asimilación, lo cual se encontraba en el centro mismo de su desobediencia. Mata Linares tenía planes de castigar a los criollos y forzar a los indígenas a asimilarse. Ello traería profundas alteraciones en el Perú y América, pero no de la forma en la que él esperaba.

Los españoles implementaron una agresiva campaña contra la cultura andina, la memoria de los incas y el alzamiento en sí. En la sentencia del 15 de mayo de 1781 contra José Gabriel, Micaela y los demás miembros de su círculo cercano, Areche no solo planificó la brutal ejecución en la plaza central del Cuzco, sino que, en palabras de Clements Markham, ordenó que:

Se demolerían todas sus haciendas, se le confiscarían los bienes y toda su parentela se declaraba infame, los documentos y papeles referentes a su descendencia se habrían de quemar por el verdugo; se prohibió el uso del vestido de los Incas; se ordenó que sus retratos fuesen destruidos y quemados, que se destruyesen todos los instrumentos musicales de los indios y que todos los peruanos debían adoptar el traje español; prohibióse también el uso del idioma quechua y la lectura de la historia de los Incas por Garcilasso [sic] de la Vega. ⁵⁵

Los sentimientos expresados en estas medidas tan duras, así como el odio y el deseo de exterminar al clan familiar de Tupac Amaru, se profundizarían en

los meses siguientes, a medida que las campañas contrainsurgentes en el sur se estancaron o fracasaron. Una real cédula del 27 de abril de 1782 confirmó las medidas emitidas contra la música y cultura incaicas y estipuló además que la posición de kuraka ya no fuese hereditaria.⁵⁶ Areche inició una campaña orientada a erradicar la cultura andina y el pacto entre la población indígena y el Estado colonial que se remontaba al tardío siglo XVI. Mata Linares buscó llevarla a cabo.

Estas políticas pretendían eliminar cualquier vestigio de los incas en la región cuzqueña y asimilar a la población quechuahablante de manera coercitiva al lenguaje y las costumbres españolas. Para explicarlo de manera sencilla, las autoridades buscaban implementar un genocidio cultural, y fracasaron. Los españoles carecían de los recursos para obligar a la población indígena a cambiar de idioma y abandonar el quechua. Areche y su séquito podían reprender a los curas por permitir el quechua en las misas y otros rituales, y podían concebir planes para sancionar a los no indígenas que no impusieran el español entre las poblaciones indígenas, pero no podían obligar a la mayoría del Cuzco a dejar su lengua materna y volcarse al monolingüismo en español.⁵⁷ En realidad, Areche y su grupo cercano no presentaron plan alguno de adoctrinamiento o asimilación distinto al de abolir el quechua, las costumbres incaicas, las obras de Garcilaso de la Vega, etc. El hecho de que Areche fuese llamado de regreso a España en 1782 (dejando el virreinato en 1783) y finalmente procesado por sus drásticas medidas, que según algunos en Madrid habían fomentado el levantamiento, debilitó decisivamente la cruzada antiindígena.⁵⁸ No obstante, Mata Linares permaneció en el Cuzco hasta 1787 y compartió la pasión de Areche por extirpar todo rastro de lo inca en los Andes.

Mata Linares no pudo implementar la visión draconiana de Areche. La explicación puede ser encontrada, no en los cambios administrativos (el reemplazo de una autoridad en particular), sino en la falta de recursos destinados por los españoles a una transformación tan radical, así como a la resistencia de la población indígena. La extirpación de los elementos incaicos, incluido el quechua, habría requerido de grandes cantidades de recursos y de una reestructuración de la sociedad andina. El proyecto estuvo probablemente condenado a fracasar desde el inicio —la eliminación de un grupo lingüístico, una cultura entera con profundas raíces que precedían al grandioso Imperio incaico, hubiese intimidado incluso al más ambicioso imperialista—, especialmente si la metrópoli mostraba poco interés en él. Pese a los informes alarmistas de cómo la autonomía indígena estuvo a punto de costarle a España sus posesiones en América, Madrid no mostró sino un tibio apoyo al proyecto.

Dos décadas más tarde, en 1805, una autoridad cuzqueña intentó entender un reciente levantamiento ocurrido en el Cuzco, el de Aguilar y Ubalde. Citó a Mata Linares, quien se encontraba de regreso en España desde 1803, y repitió lo

que para él eran las cuatro principales razones de la subordinación en los Andes: «la supersticiosa obediencia, y ciego amor» que los indígenas albergaban por cualquiera que reclamase descender de los incas; las tensiones entre criollos y españoles; «el gran ascendiente que la religión da sobre aquellos incautos»; y los abusos que cometían los curas y corregidores. La autoridad en mención pedía una serie de reformas que se parecían a las de Areche y Mata Linares.⁵⁹ La carta evidenciaba que las reformas culturales de corte radical propuestas por Areche y Mata Linares a inicios de los años 1780 difícilmente se sostenían y no estaban vigentes en 1805.

La represión de los kataristas en el Alto Perú —que permanecían armados y desafiantes— entre fines de 1782 e inicios de 1783, fue brutal y dejó un saldo de miles de muertos. Pero los comandantes en el Cuzco no habían llevado a cabo ninguna matanza masiva, en parte porque la lucha en esa región ya se había detenido. Para sabotear la amnistía, decidieron destacar una serie de presuntas conspiraciones en marcha antes que levantamientos reales. Durante los juicios, las autoridades del Cuzco apuntaron hacia la familia Tupac Amaru y ejecutaron a sus miembros o los enviaron al destierro. También desataron una implacable campaña contra el idioma quechua y la memoria de los incas. Las autoridades perdieron en ese frente de la batalla, pero un grupo permaneció al lado del liderazgo rebelde y la masa simpatizante: el grupo intermedio conformado por criollos, mestizos y españoles que apoyaron decididamente la rebelión. Las autoridades los procesaron con pasión y paciencia. Algunos de los juicios se extenderían por más de una década.

Simpatizantes

La pregunta de cómo Tupac Amaru, el kuraka de un pequeño pueblo, y su esposa, concibieron y ejecutaron un levantamiento que se extendió en todo el virreinato del Perú atormentaba a los españoles. La posibilidad de que hubiese traidores entre ellos los preocupaba de manera particular. Luego de la ola inicial de apresuradas persecuciones en 1783 que llevarían a las horripilantes ejecuciones en el Cuzco y las deportaciones en masa hacia España, Mata Linares escudriñó entre presuntos simpatizantes criollos de la rebelión. Por un lado, ello reflejaba la visión de los españoles de que los indígenas por sí mismos no podían haber organizado un movimiento tan vasto. Autoridades como Mata Linares no podían concebir que los indígenas, incluidos Tupac Amaru y su esposa, pudiesen planear, reclutar y unificar, por lo que asumían que otras personas debían ser las mentes maestras detrás del movimiento. Por otro lado, los juicios contra los criollos fueron llevándose a cabo desde las tensiones de 1782, cuando los partidarios de la mano dura y los moderados se enfrentaron por establecer la responsabilidad por la expansión

del movimiento. Ahora ya consolidado en el poder, el grupo que defendía la mano dura buscaba venganza persiguiendo a quienes habían pedido tácticas más conciliadoras, lo que había percibido como un signo de simpatía hacia los rebeldes.

Mata Linares era un obstinado reformista que creía que América necesitaba una urgente reorganización. El periodo que siguió a la rebelión ofrecía una oportunidad ideal. En 1781, luego de la captura de José Gabriel, escribió que eran varios los factores que contribuyeron a la deslealtad de los súbditos en América, pero que los principales eran «las extorsiones de correidores y curas; la división entre criollos y españoles, falta de educación en la juventud, y el ser esta América tan eclesiástica».⁶⁰ Él era un regalista convencido de que la Iglesia debía estar bajo el control de la Corona. En su detallada carta a José de Gálvez, Mata Linares describió cómo los correidores y curas se unían para explotar a los indígenas, con poca o nula supervisión de otras autoridades. Pese a ser crítico de los correidores —un cargo próximo a ser abolido—, lo era aún más de los sacerdotes: «el corregidor podrá iniciar la destrucción del Indio pero el cura lo aniquila».⁶¹ Luego de narrar cómo los correidores y otros personajes explotaban a los indígenas, Mata Linares culpaba a los curas por el levantamiento, señalando que si todos ellos hubiesen sido buenos súbditos, este nunca hubiese ocurrido. Además, afirmaba que los sacerdotes eran también culpables de la adhesión de los indígenas a las religiones andinas y prehispánicas y de su débil entendimiento del catolicismo. Para Mata Linares y otros reformistas partidarios de la mano dura, esta falta de aculturación, una tarea encargada a los sacerdotes en el siglo XVI, explicaba la ignorancia de los indígenas y su desconfianza respecto de las costumbres españolas. Mientras él y otros reformistas borbónicos buscaban remediar estos problemas de carácter estructural mediante una serie de cambios administrativos, en los juicios que él supervisó de 1781 a 1787 se concentró en exponer y castigar a personajes importantes que consideraba habían apoyado a Tupac Amaru. Ellos eran, en gran medida, criollos y sacerdotes.

Con la ayuda del comandante Avilés, el nuevo visitador general Jorge Escobedo y, por el lado eclesiástico, el archidiácono Simón Ximénez Villalva, Mata Linares investigó y procesó al notario José de Palacios, al abogado Julián Capetillo, al obispo Moscoso y Peralta, y a los tres hermanos Ugarte: Antonio, Gabriel y Gaspar. Como hemos visto anteriormente, también supervisó la acusación contra los padres Puente, López de Sosa y Maruri. Nadie podría culpar a Mata Linares de ser poco diligente en sus esfuerzos acusatorios. Por ejemplo, sometió a análisis la caligrafía de las cartas enviadas a Tupac Amaru y escritas por él durante el cerco del Cuzco, para averiguar si coincidía con la de algún conocido notario del Cuzco, sea Palacios o cualquier otro.⁶² Los fiscales acusaron a Capetillo y Palacios, quien era primo de Micaela Bastidas, de intercambiar correspondencia con el rebelde en medio de la revuelta. El juicio puso en evidencia las preocupaciones de los

realistas sobre los enemigos pertenecientes a los estratos altos de la ciudad del Cuzco, así como su convencimiento de que los indígenas dirigidos por la familia de un kuraka no podían haber llevado a cabo una empresa tan audaz y exitosa. Si bien se llegó a confirmar que Palacios y Tupac Amaru eran amigos desde hace mucho tiempo, el juicio no pudo demostrar que Palacios y Capetillo apoyaron la rebelión, y se resolvió absolverlos.⁶³

El proceso contra los Ugarte duró varios años, acentuando la división entre los reformistas intransigentes y los criollos cuzqueños importantes. Ricos hacendados y poseedores del prestigioso alferazgo real —que simbolizaba una posición de liderazgo y poder—, el clan Ugarte estableció alianzas matrimoniales con otras importantes familias y tenía lazos de sangre con la nobleza incaica que se remontaban al siglo XVI. Sus miembros se encontraban en la cima de la sociedad cuzqueña. Las acusaciones se concentraron en un inicio en una carta que Tupac Amaru enviara a Antonio Ugarte poco después de comenzar el levantamiento, con fecha de 22 de noviembre de 1780. En la misiva, Tupac Amaru se refería a los hermanos Ugarte como «primos» y a los principales de la ciudad en un tono que era a la vez cordial pero amenazante. Los lazos de sangre de los Ugarte con la nobleza inca sin duda reforzaban el que José Gabriel los considerara como parte de su familia. La hija mayor de Gabriel Ugarte era conocida como la «Coya» o «Reina Inca», y un pasquín que circuló poco antes de la rebelión decía: «Prepárate Ugarte, porque vamos a coronarte».⁶⁴ La carta de Tupac Amaru nunca llegó a los Ugarte; no obstante, les causó cerca de una década de problemas legales.⁶⁵ En una declaración obtenida bajo coacción, Tupac Amaru dijo no recordar la correspondencia, y sugirió que quizás sus secretarios la hubiesen escrito sin haberse lo hecho saber. El texto perturbó a las autoridades durante la rebelión y en los años siguientes. Su contenido sugería que los insurgentes podían ser hallados no solo en los cerros y alturas —en ayllus y comunidades—, sino en las residencias más lujosas de la ciudad del Cuzco.

Las rivalidades también desempeñaron un rol en esta situación. El corregidor del Cuzco, Matías Baulen, autor de los informes más alarmistas sobre Diego Cristóbal y la supuesta violación del indulto, trató de conseguir la posición de alférez real para su hermano Antonio. Gaspar Ugarte la ostentaba desde 1780.⁶⁶ Además, María de la Concepción Rivadeneyra, cuñada de Ugarte y abadesa del convento de Santa Catalina, fue acusada de mantener un amorio con el superior de Santo Domingo. El obispo Moscoso y Peralta intervino, solo para ser acusado de tener un romance con la religiosa.⁶⁷ El juicio en la Audiencia de Lima se desarrolló entre 1783 y 1786, y los hermanos Ugarte fueron objeto de duros insultos anticriollos. La evidencia era mínima, basada en una carta que nunca recibieron, y la fiscalía parecía perseguirlos por el simple hecho de ser criollos que gozaban de mucho prestigio en un amplio sector de la sociedad cuzqueña, que tenían vínculos

con los rebeldes (admitieron conocer a Tupac Amaru desde antes de la rebelión), y que rechazaban algunas de las reformas impuestas por Areche, Escobedo y su grupo. Pese a no haber sido hallados culpables, la corte decidió desterrarlos a España. El costo del juicio y la partida de los tres hermanos llevaron a la ruina económica a la familia.⁶⁸

El obispo Moscoso y Peralta ya tenía enemigos al momento de llegar al Cuzco en 1779 para asumir el obispado. A los españoles más importantes no les gustaba la idea de nombrar a un criollo y no a un español para asumir un cargo tan prestigioso como el de obispo. Su conflicto con el corregidor Arriaga a inicios de 1780, pocos meses antes de que su ejecución marcara el inicio de la rebelión, le ganó más adversarios. El sobrino de Arriaga, Eusebio Balza y Verganza, presentó una extensa acusación contra Moscoso y Peralta en 1782 titulada *La verdad desnuda*, donde sostenía que el obispo había apoyado a los rebeldes y mantenía un estilo de vida licencioso, con una preferencia particular por mujeres jóvenes y monjas. Como este libro ha buscado demostrar, Moscoso y Peralta fue un implacable y efectivo opositor de los rebeldes. Estos no pudieron derrotar su estrategia de mantener curas en las áreas controladas por ellos y de excomulgar a sus líderes, medio por el cual neutralizó el reclamo de los rebeldes de estar operando dentro del sistema, así como sus expectativas de obtener ayuda de Madrid y del propio Dios. Sin embargo, el apoyo del obispo al perdón de los procesados y su proximidad con Diego Cristóbal atrajeron la ira de Areche y, más importante aún, de Mata Linares.⁶⁹ En 1783, haciendo eco de las acusaciones vertidas en *La verdad desnuda*, Mata Linares inició un juicio en la Real Audiencia de Lima para determinar si el obispo había tenido «algún influjo» en «las conmociones acaecidas en este país».⁷⁰

Moscoso y Peralta enfrentó los cargos por cerca de una década. En 1784, dejó el Cuzco para proseguir su defensa en Lima, y dos años después partió a España para hacer presión a su favor en Madrid. El arequipeño no retomaría al Perú. Su caso tuvo un giro favorable con la muerte de Carlos III el 4 de diciembre de 1788 y el ascenso de Carlos IV, quien trató de acabar con los interminables procesos legales que atiborraban el sistema legal y político de España. El retiro de José Gálvez del Consejo de Indias pudo haber jugado a su favor.⁷¹ En marzo de 1789, Moscoso y Peralta presentó una defensa de 248 páginas, centrada en las 22 acusaciones contra él, específicamente en su participación en las conspiraciones previas a la rebelión tupacamarista y en la muerte del corregidor Arriaga (nueve acusaciones), en su rol en el levantamiento de Tupac Amaru (once acusaciones) y en sus posibles «amistades ilegítimas» con miembros del convento de Santa Catalina (dos acusaciones). La documentación generada es impresionante. Una colección de documentos encontrados principalmente en el Archivo General

de Indias de Sevilla y publicados en 1980, que reprodujo parte del proceso judicial contra el arzobispo las 736 páginas.⁷²

Durante su defensa, Moscoso y Peralta rebatió cada una de las acusaciones, insistió en que ninguna tenía base y que se sostenían más en insinuaciones y rumores que en pruebas sólidas. Destacó su propia participación en la represión durante la primera etapa, añadiendo el testimonio de personas importantes que lo apoyaban, buscando justificar así su petición de perdón. Moscoso y Peralta puso énfasis en la dramática situación del virreinato a fines de 1781 y en el peligro de que los rebeldes exterminasen a todos los españoles y capturasen las iglesias, y citó un axioma: «perdonar la multitud, por no arruinar una nación». Meses después de abocarse a su prolongada defensa, recibió la prestigiosa posición de arzobispo de Granada y se le otorgó la Gran Cruz de Carlos III por su labor como defensor de la Corona en la rebelión de Tupac Amaru. Permaneció en Granada hasta su muerte en 1811, participando en controversias sobre la decencia femenina, apoyando a los franceses por encima de los ingleses en las interminables guerras españolas, y construyendo una propiedad en el pueblo de Viznar y adornándola con representaciones artísticas alusivas a Cervantes y los Andes.⁷³

Los juicios de los hermanos Ugarte y del obispo Moscoso y Peralta dañaron severamente sus reputaciones, llevándolos al borde de la bancarrota y obligándolos a abandonar el Perú y dirigirse a España. Aun si llegaron a imponerse a sus acusadores, el precio fue enorme. Hay muchas ironías en estas largas y amargas disputas. En estos juicios, al igual que en los seguidos contra Diego Cristóbal y su grupo, Mata Linares, habiéndose encargado ya de los líderes rebeldes, se abalanzó sobre los dos grupos a los que él consideraba responsables de los males del Perú: los criollos y los sacerdotes. Él creía que ambos sectores habían apoyado la rebelión y permitido que se expandiese. Este libro ha demostrado precisamente lo opuesto: los criollos no aceptaron la invitación de José Gabriel y Micaela para unirse a un levantamiento protonacional, y esta pequeña aristocracia del Cuzco —temerosa de las consecuencias extremas que una victoria de los rebeldes podría tener y consciente de que la represión realista sería brutal— combatió a los rebeldes en el cerco de inicios de 1781. Asimismo, la Iglesia dirigió la oposición contra los insurrectos, y las tácticas desplegadas por Moscoso y Peralta —confiar en los sacerdotes como informantes y quintacolumnistas, así como socavar la legitimidad de los rebeldes a través de la excomunión— funcionaron a la perfección. En su defensa, el obispo Moscoso y Peralta enfatizó que la gente lo llamaba «reconquistador del Perú», y no exageraba.⁷⁴ Mientras que los Ugarte no tenían credenciales tan imponentes que exhibir, su juicio los presentó como símbolos o representantes de la élite criolla cuzqueña. Pese a la retórica de Arache y Mata Linares, ambos grupos permanecieron leales a la Corona, salvo aisladas excepciones.

Las ironías no terminan aquí. Los acusados hicieron increíbles esfuerzos para defender su reputación y desafiar las ideas que comenzaban a aparecer a partir de los prolongados juicios de que habían apoyado a los insurgentes y saboteado la represión. Este tipo de información solía diseminarse en las ciudades siempre hambrientas de rumores, como Lima y el Cuzco. Finalmente, los acusados ganaron (o, al menos, no se pudo probar su culpabilidad), aunque a un costo muy alto. Las acusaciones que tuvieron que enfrentar en la década de 1780 fueron tan desagradables y dañinas, que se transformaron, décadas y siglos más tarde, en medallas de honor. Mientras que en los años de 1780 los miembros de la familia Ugarte se lamentaban de la obstinación de Mata Linares y detestaban los juicios, sus descendientes pudieron ver a sus ancestros como héroes tempranos de la Independencia peruana.

Quienes lean las voluminosas transcripciones de los juicios —la fuente más importante con que los historiadores cuentan para estudiar la rebelión—, podrán tener la impresión de que los criollos más destacados y los miembros de la jerarquía eclesiástica apoyaron la rebelión o que pudieron haberlo hecho de haber sido esto posible. La interpretación paranoica de la rebelión de Mata Linares y Areche, sostenida en su profunda desconfianza hacia criollos y sacerdotes, se filtra en los documentos. Las invocaciones de José Gabriel a crear una coalición multiétnica apoyan esta visión: él buscaba activamente contar con aliados respetables. De ahí que Moscoso y Peralta, y, en menor medida, los Ugarte, pudiesen convertirse en héroes en el Perú poscolonial. Debido a que un pequeño número de sacerdotes apoyó a Tupac Amaru y que *La verdad desnuda* y el extenso juicio presentaron a Moscoso y Peralta como alguien con simpatía hacia los rebeldes, muchas interpretaciones suelen considerar la participación de la Iglesia de una forma ambigua o poco clara y destacar a héroes patrióticos como el padre López de Sosa. Los juicios, que se extienden más allá del millar de páginas —una impresionante masa documental—, parecen confirmar que el rol de los criollos y de la Iglesia en el levantamiento permanecen como preguntas abiertas, sujetas a debate, las cuales reaparecen periódicamente en discusiones académicas y continúan en el centro mismo de la historiografía sobre Tupac Amaru. Al arruinar la reputación de Moscoso y Peralta, de la familia Ugarte y de otros más en los sombríos años que siguieron a la rebelión, Mata Linares proporcionó la materia prima para su transformación en héroes de la patria luego de la Independencia peruana, en la década de 1820.

CONCLUSIÓN

El legado de Tupac Amaru

Junto con los levantamientos kataristas, la rebelión de Tupac Amaru se extendió desde el Cuzco hasta Potosí, con réplicas en distintas partes de la América española. Como sucede en otras revoluciones, esta arrastró a las personas a un torbellino, como insurgentes o soldados realistas, como víctimas de la represión o refugiados. Luego de los primeros meses de la rebelión, fue prácticamente imposible permanecer neutral. Las poblaciones del sur andino tuvieron que escoger un bando o huir, y decenas de miles, incluidos aquellos que no simpatizaban ni con los rebeldes ni con los realistas, perdieron la vida.

Tupac Amaru pidió que sus seguidores limitaran sus ataques a los españoles explotadores, los corregidores, y a quienes los defendían. Los realistas, a su vez, persiguieron a quienes consideraban potenciales rebeldes y combatientes indígenas. Ambos bandos, no obstante, dejaron de lado dichas consideraciones a lo largo del conflicto, ampliando la definición de enemigo y, por ende, el grupo de quienes debían ser eliminados. Los rebeldes atacaron a cualquiera que fuese parte del mundo colonial hispano —incluidos a quienes solo hablaban español o vestían ropas occidentales—, mientras que los realistas apuntaron hacia toda la población indígena. No solo la violencia se intensificó, sino que la brutalidad se incrementó de manera horrenda en la forma de decapitaciones, asesinatos rituales, violaciones y ejecuciones públicas.

La rebelión de Tupac Amaru cambió al Perú para siempre y tuvo importantes repercusiones en la América hispana y al otro lado del Atlántico. Una vez derrotada, las autoridades impusieron severas medidas que se proponían castigar y buscar la asimilación de la población indígena, así como borrar el pasado incaico. Estas medidas también intentaban silenciar cualquier discusión sobre la rebelión para ocultar lo ocurrido e impedir la creación de una memoria colectiva en torno a ella. En un inicio, las reformas administrativo-culturales y el silenciamiento de los eventos de 1780-1783 fueron exitosos. Los impulsores de las reformas destruyeron el sistema colonial, tal como venía operando desde la década de 1570.

creyendo que eso permitiría restaurar el control en los Andes. También buscaron prevenir discusiones y la conmemoración del levantamiento. Este éxito, sin embargo, demostró ser fugaz. Las reformas administrativas de corte radical cayeron por su propio peso, y su objetivo central —el rol de la población indígena en el Perú— ha permanecido como un objeto de disputa hasta el día de hoy. Dichas reformas no solucionaron este «problema» ni en el corto, ni en el largo plazo. Tampoco fueron más exitosas en tratar de silenciar las discusiones sobre el levantamiento o de impedir la creación de una memoria referida a él. Las personas comenzaron a recordar la rebelión de muchas formas diferentes, y José Gabriel y Micaela reaparecieron en lugares y momentos inesperados, en el Perú y fuera de él, como mártires, héroes y paradigmas. Las luchas en torno al olvido y a la memoria de la rebelión —la fase última de toda guerra, las batallas por la memoria— continúan hasta hoy.

Rescaldos de los pasados fuegos

Los realistas que quedaron a cargo del Cuzco luego de la rebelión decidieron no procesar a los miles de indígenas sospechosos de guardar simpatía por los rebeldes, pero sí iniciaron una intensa campaña contra la cultura andina y la memoria colectiva de los incas. Comprendieron que de llevar a cabo juicios masivos, estos podrían ser difíciles de ejecutar, costosos y, muy probablemente, contraproducentes. También consideraron que los indígenas eran «máquinas», en palabras de Mata Linares, simples seguidores sin iniciativa propia. Por ello, en vez de echar a andar una maquinaria judicial, las autoridades optaron por extirpar el recuerdo de los incas y forzar a la población indígena a abandonar el quechua, elemento fundamental de su cultura.

La campaña se basó en los nuevos vientos reformistas que llegaban desde España, centrados de manera especial en los esfuerzos por controlar a la Iglesia católica y homogeneizar las prácticas religiosas. También reflejaban la impresión que habían causado en las autoridades las duras críticas sobre el lamentable estado de los Andes. En la búsqueda del origen del levantamiento, Areche, Mata Linares e incluso el obispo Moscoso y Peralta culpaban a los indígenas por no ser suficientemente occidentales (o por ser demasiado indios), pero al final responsabilizaron a las autoridades por su obstinación, especialmente a los criollos y sacerdotes, por permitir que la población indígena mantuviera su autonomía.

Aun cuando el visitador y el juez, por un lado, y el obispo, por el otro, se enfrentaron durante el levantamiento, y Moscoso y Peralta afrontó una década de juicios y procesos sobre su supuesto apoyo a los rebeldes, todos ellos estaban de acuerdo con que los indígenas estaban muy apegados a los incas y muy alejados



Representaciones de Tupac Amaru en anverso de billetes, años 1974 y 1985; y moneda, 1972 (Banco Central de Reserva del Perú)



TUPAC AMARU LO PROMETIO



VELASCO

LO CUMPLIO

Juan Velasco Alvarado y Tupac Amaru, c. 1970
(Internacional Institute of Social History, Amsterdam).

de los españoles. Lamentaban la permanencia de la vestimenta indígena, de las canciones y representaciones artísticas andinas, así como la presencia extendida del quechua, amonestando a los sacerdotes por su poco éxito en convertir y asimilar a los indios. En su correspondencia, así como en sus informes enviados a Lima y Madrid, dichas autoridades enfatizaron la lamentable situación que se vivía en los Andes. Moscoso y Peralta llamó al Cuzco «una Babilonia». ¹ Mata Linares despotricó sin cesar contra esta ciudad y sus habitantes. Consideraba a los Andes una «Sierra aspera y desagradable», y señalaba que quienes vivían en el Cuzco eran «traydores y cobardes». ² Estas quejas sobre el terco apego de los indígenas a su pasado y su rechazo a aprender el español derivarían en una política de mayor alcance. La guerra de papeles entre los «duros» y los «moderados» no solo determinó las tácticas realistas durante la rebelión, sino que también moldeó los programas y las políticas luego de ella.

La campaña de asimilación posterior a la rebelión, o el genocidio cultural, falló. Las reformas no pudieron erradicar el quechua o la cultura andina, como tampoco asimilaron a las masas indígenas al mundo católico hispano. No obstante, las disposiciones de Areche cambiaron las relaciones entre España y los Andes. Las medidas draconianas pusieron fin al sistema de las dos repúblicas impuesto por el virrey Toledo en los años 1570. Este sistema le brindaba a los indios autonomía cultural, política y económica a cambio de ser considerados súbditos inferiores y distintos de los españoles, pero cargados con la obligación de un tributo y trabajo obligatorio para la Corona. Bajo el sistema toledano, a los indígenas se les permitía hablar quechua, recordar a los incas, mantener a los kurakas como jefes étnicos, administrar las tierras comunales y disfrutar de otros derechos, en la medida en que cumplieran con enviar el impuesto, trabajar en las minas bajo la modalidad de la oprobiosa mita y jurar obediencia al rey y a la Iglesia. Desde mediados del siglo XVIII, las reformas borbónicas habían socavado este «pacto colonial», reemplazando a las autoridades indígenas por españoles e incrementando los impuestos y las demandas laborales. Estos cambios motivaron la ira de la población andina, mestizos, españoles y castas, lo que llevó a disturbios, revueltas y pequeños levantamientos que precedieron al de Tupac Amaru. Sin embargo, las reformas administrativas previas a 1780 solo desestabilizaron las estructuras de la relación entre la población indígena y el Estado colonial. La rebelión y su secuela las demolieron por completo.

Incluso cuando el antiguo sistema de las dos repúblicas se desintegró bajo la presión de la represión posrebelión y los cambios en las políticas, no emergió un sistema alternativo que lo reemplazara. Por decirlo de otra manera, las reformas destruyeron más de lo que construyeron; desmantelaron el sistema implementado por Toledo en el tardío siglo XVI, pero no crearon uno coherente que lo sucediera. La furia posterior a la rebelión y las ideas antiindígenas condenaron

de idiomas, en lugar de contribuir a delinear los cambios que debían realizarse. En un lenguaje hablado por millones de personas y asimilado a la población indígena probablemente de la noche a la mañana era una fantasía imposible de alcanzar, especialmente si Madrid no tenía intención alguna de invertir en el Perú y si la Iglesia católica carecía de curas bilingües. Este fracaso significó que muchas preguntas sobre el lugar de la población indígena en los Andes coloniales continuaran sin respuesta, la incertidumbre y los desacuerdos se impusieron en el territorio. Desde 1763 y hasta la Independencia y años posteriores, la población andina —autoridades, indígenas y quienes se encontraban en el medio— debatió y se enfrentaron en torno a la legitimidad de los nobles indígenas, el rol y la sucesión de los kurakas, la continuación de la mita y el peso de los impuestos que lastimaba a la población indígena. La difícil o casi imposible aplicación de las reformas posteriores a Tupac Amaru, junto con los vientos de cambio que comenzaban a llegar desde Francia, la Península Ibérica y, hacia 1800, de otras partes de la América española, convirtieron estas disputas locales en crecientes pugnas sobre el dominio español.³

El fracaso del proyecto cultural posterior a la rebelión, que de haber triunfado hubiese supuesto una revolución cultural, no debe ser sobredimensionado. Las diatribas y planes anti-quechuas siguieron surgiendo. Por ejemplo, en 1796 el padre José Fernando Baeza buscó «extinguir» el quechua y evitar que los indígenas se volvieran, además, letrados en español. Como lo explicó,

[...] nadie que haya observado con algún cuidado y atención el carácter y genio del Indio, habrá dejado de conocer que la ilustración lo hace orgulloso. Le basta saber leer y escribir para inquietar al sociado y arrostrar a todo. José Gabriel Condorcanqui, alias, Tupac Amaru vivía hoy tal vez tranquilo en su cavaña, y no hubiera ocasionado los males casi irreparables que se experimentan, sino hubiese habido en esta ciudad un colegio de Indios que se llaman nobles donde se educase, y a su consecuencia no hubiese bebido en Garcilaso el veneno que lo atórgó.⁴

El padre Baeza propuso, asimismo, forzar a los mestizos que hablaran quechua a pagar el tributo indígena. El rencor y los sentimientos contra los indígenas persistieron. Puede que las duras reformas de Areche colapsaran rápidamente, mas no así las actitudes antiindígenas.

Mata Linares y otros tuvieron un mayor éxito en la prohibición de las representaciones de los incas y de Tupac Amaru y Micaela Bastidas, así como en la limitación de otras formas de recuerdo y celebración del Imperio incaico. Las batallas contra las pinturas son particularmente reveladoras. En abril de 1781, el arzobispo Moscoso y Peralta supervisó personalmente el retiro de *Los Incas del Perú* del colegio San Francisco de Borja para los hijos de la nobleza indígena.

donde Tupac Amaru había estudiado, y de la iglesia de Curahuasi en Abancay. La consideró una medida «quanto prudente», debido a la persistencia de «el recuerdo de unos gentiles que tanta impresión han hecho en estos naturales, siempre propenso a aquella memoria».⁵ Las autoridades destruyeron los retratos de Tupac Amaru junto a muchas otras pinturas, aunque algunas lograron sobrevivir, especialmente aquellas ubicadas en casas y haciendas que escaparon a la vigilancia del Estado.⁶ No siempre las autoridades destruyeron los lienzos, a veces permitieron a los artistas pintar encima de ellos. Los especialistas han descubierto muchas pinturas coloniales sobre la nobleza indígena, los incas o incluso el propio Tupac Amaru, que en las décadas posteriores al levantamiento fueron cubiertas con temas religiosos. Aunque las autoridades no tuvieron éxito en eliminar todas las referencias iconográficas de los incas y sus descendientes, sí lograron des-

Las medidas fueron más efectivas en convertir en un tema tabú cualquier referencia a Tupac Amaru, Micaela Bastidas y el levantamiento en el Cuzco por muchas décadas. Las ejecuciones públicas, el prolongado juicio contra el obispo Moscoso y Peralta, y otros, y la arrogancia antisubversiva de Mata Linares tuvieron como consecuencia que, por los siguientes años, indígenas, mestizos y criollos se preocuparan de no ser acusados de albergar simpatías por los rebeldes. En el sistema legal, insinuaciones de esta naturaleza —sin prueba de por medio para respaldarlas— podían afectar un proceso; en consecuencia, la población escondió su apoyo a la rebelión.⁸

No era únicamente el miedo, por supuesto, lo que desalentaba a las personas a hablar del levantamiento. Ningún grupo que mirara hacia atrás lo recordaba con orgullo y satisfacción. Para los españoles supuso una conmoción terrible, que tuvo un enorme costo en vidas humanas, recursos financieros, cohesión y legitimidad. Sabían que habían resistido casi milagrosamente y que no tenían nada de qué regodearse. Para los indígenas, las brutales ejecuciones representaban una derrota por demás dolorosa. En los emocionantes días de fines de 1780, cuando Tupac Amaru y Micaela Bastidas dirigían decenas de miles de tropas en el cerco del Cuzco, o a fines de 1781, cuando Diego Cristóbal, Andrés y Mariano parecían imparables en el Altiplano, los indígenas pensaban que los rebeldes estaban cercanos a alcanzar la victoria (aunque algunos percibieron esto con temor o desilusión; no debemos olvidar que no todos apoyaron el levantamiento). Ambos episodios terminaron con las partes cortadas de los cuerpos de los líderes coronando picas o colgadas de árboles, a modo de macabra alerta; y los hacendados y propietarios de obrajes, al igual que las autoridades poco populares, retornaron pronto. En el mejor de los casos, los indígenas que apoyaron el levantamiento, lo percibieron como una trágica oportunidad perdida. Los mestizos y otras personas atrapadas en el conflicto recordaban la amenaza de violencia.

tanto por parte de los rebeldes como de las tropas realistas, así como las pérdidas que ella significó en la economía regional y la vida cotidiana.

Los funcionarios solían quejarse de la posibilidad de más violencia o, incluso, del retorno de algún miembro de la familia de Tupac Amaru. Por ejemplo, en julio de 1783, el corregidor del Cuzco, Matías Baulen, escribió: «Aun hoy rescoldos de los pasados fuegos y no es increíble vuelvan a acolorar a los que hoy ostentan el mejor temperamento. Esta chusma se mueve y obra de primeras impresiones». Para algunos, como Baulen, la permanente sensación de que otro levantamiento podía ocurrir, y de que este se encontraba a la vuelta de la esquina, sugiere que la represión no había sido lo suficientemente efectiva; para otros, los promotores de la «línea dura» se habían excedido en sus funciones, poniendo en peligro el control español en los Andes. Se trataba, sin embargo, de rumores o de reflexiones privadas. La represión buscó silenciar cualquier discusión pública y expresiones de nostalgia o veneración hacia Tupac Amaru por décadas. Pero ello cambiaría. Pese al esfuerzo para construir un «silencio oficial», las voces de quienes apoyaban a Tupac Amaru se alzaron para venerarlo y construir así un camino alternativo desde su memoria.¹⁰

¿Qué significó Tupac Amaru para las trayectorias políticas en el Perú? En una publicación que rompió con la burbuja celebratoria por el sesquicentenario de la Independencia peruana (la Independencia se declaró en 1821, pero los españoles solo fueron derrotados en 1824), Heraclio Bonilla y Karen Spalding enfatizaron que Tupac Amaru había intimidado a los criollos, así como a otros no indígenas, desalentándolos de apoyar levantamientos con base en los Andes. Ambos historiadores sugerían que los eventos de la década de 1780 ampliaron la brecha entre la costa y los Andes, y brindaron a los criollos de Lima, quienes de por sí eran mucho más conservadores que sus contrapartes en «áreas periféricas» como Buenos Aires o Caracas, más motivos para vacilar frente a las luchas contra los españoles que emergieron a inicios del siglo XIX.¹¹ La ironía era más que evidente: Bonilla y Spalding sostenían que un levantamiento masivo que por ese entonces, la década de 1970, era celebrado como el precursor de la Independencia peruana, en realidad había debilitado o retrasado la ruptura con España. Décadas de investigación posterior sobre las clases populares y la política durante el periodo de la Independencia afinaron esta afirmación, y resaltaron el rol que estas clases tuvieron en los movimientos regionales, enfatizando diversas formas de política popular. No obstante, la brecha entre los movimientos independentistas en la costa y la población andina fue inmensa, consolidada por el temor de la élite costeña a guerrillas indígenas que se dedicaran a saquear.¹²

La rebelión demostró a los criollos y mestizos el alto costo de un alzamiento: la insubordinación y violencia de los sectores bajos, por un lado, y la brutal represión de las autoridades, por el otro. Asimismo, la rebelión envió una señal

de alarma a los grupos no indígenas e incrementó el ya existente distanciamiento entre la costa y los Andes. El levantamiento terminó en la aniquilación del clan Tupac Amaru, de otros kurakas y de decenas de miles de indígenas. La represión exterminó, o al menos intimidó, a futuros líderes rebeldes y potenciales seguidores, y disminuyó posibles escenarios de levantamientos que tuviesen como base el Cuzco.¹³ No obstante, la violencia también quebró el pacto histórico entre indígenas y el Estado colonial, y demostró a miles de sobrevivientes que los españoles no debían ser tolerados. El incaísmo no desapareció, y durante las guerras de Independencia y en décadas posteriores, intelectuales y otros actores expresaron su admiración por el Imperio inca y lo propusieron tímidamente como un posible símbolo nacional.¹⁴ La rebelión de Tupac Amaru postergó y apresuró al mismo tiempo la Independencia: amplió la brecha entre los Andes y la costa, y subrayó a las clases altas y a otros grupos el alto costo de un alzamiento, pero también rompió el sistema toledano, base del gobierno colonial por doscientos años.

Tupac Amaru y su movimiento no se convirtieron en héroes, modelos, íconos o puntos de referencia para los líderes de las guerras de Independencia entre 1808 y 1824 en el Perú. El nombre de Tupac Amaru reapareció cada cierto tiempo, como héroe o como villano, pero no fue sino hasta muchos años después que volvió a ser mencionado como un constante estribillo. En 1814, el intelectual criollo José Baquijano y Carrillo escribió:

El Yndio es tenasisimo en conservar el resentimiento [...] lamentan el atroz suplicio de Diego Tupac-Amaru en 1780 [sic], después de haber rendido las armas y concediosele el perdón, jurándolo dentro de la Yglesia por el Prelado del Cuzco y demás autoridades al tiempo de celebrar el más augusto de los sacrificios.¹⁵

Pero quienes protagonizaron la rebelión de 1814 en el Perú, que partió del Cuzco y fue dirigida, entre otros, por Mateo Pumacahua, el enemigo de Tupac Amaru, no pelearon invocando el nombre de José Gabriel o de Micaela.¹⁶ Tupac Amaru se convirtió en un símbolo nacional, pero solo décadas o incluso siglos después. Podemos suponer que él y Micaela permanecieron como personajes míticos para un amplio número de indígenas en el Cuzco y otras áreas, pero es probable que nunca lo sepamos con certeza. Si las voces indias de por sí son ya extrañas en los documentos escritos, en las sombrías décadas que siguieron al levantamiento, retrocedieron a un impenetrable silencio en los archivos existentes.¹⁷

En 1783, una junta compuesta por tres distinguidas autoridades reunidas en Madrid revisó los procesos de 1781 contra Tupac Amaru y otros seguidores para evaluar si los procedimientos, sentencias y castigos habían sido los más idóneos. Sin mencionar los nombres de Mata Linares o Areche, la junta amonestó a los jueces por ordenar que a José Gabriel se le cortase la lengua estando vivo: ello no

estaba permitido por las leyes de Castilla o las de Indias. También cuestionaron el que los cuerpos hubiesen sido quemados y sus cenizas esparcidas, así como algunas de las acciones tomadas contra los más jóvenes. Los tres jueces pidieron «prudencia» respecto de la prohibición de la vestimenta de kurakas e incas, así como de las representaciones teatrales, haciendo notar que era mejor ir «desterrando poco a poco, todo lo que recuerde la antigüedad y gentilismo de los indios, pero con cuidadosa política y de forma que fácilmente no advierten las intenciones y fines con que se ejecuta».¹⁸ Los tres comprendieron que la guerra se venía desarrollando en el campo de la memoria, en cómo Tupac Amaru era recordado y la forma en que podían silenciar a sus seguidores indígenas de manera efectiva. En una nota marginal realizada en una copia de los hallazgos de la junta, donde se cuestionaba algunas de las tácticas y procedimientos, pero se apoyaban las sentencias emitidas, así como la represión cultural, alguien de la corte de Madrid anotó: «Con atención a la enormidad de estos delitos y demás circunstancias que intervinieron en este caso, aprueba el Rey lo que se hizo con los cadáveres, para terror y escarmiento público».¹⁹

En lo que podría ser el primer informe histórico del levantamiento, el sacerdote argentino Gregorio Funes escribió en 1816, en su *Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos-Ayres y Tucumán*:

A fuerza de terrores se había logrado en el antiguo régimen, que los escritos, y aun los discursos sobre este punto, fuesen tratados como conspiraciones contra el Estado. Se quería que estos hechos fuesen borrados de la memoria de los oprimidos, y que a más no poder existiesen en la conciencia de los opresores.²⁰

Pasarían algunas décadas antes de que ciertas personas vencieran el silencio oficial y comenzaran a criticar a los españoles por su brutalidad y a observar a Tupac Amaru bajo una nueva luz.²¹ Presentando la rebelión como una conspiración aislada, los españoles habían hecho un extraordinario trabajo al silenciar las discusiones sobre ella.

Tupac Amaru reapareció en formas y lugares inesperados. En 1802, en las etapas finales de la Revolución de Haití, Jean-Jacques Dessalines, el comandante general del Ejército Revolucionario de Haití y, en ese momento, gobernador general, llamó a sus tropas «el Ejército de los Incas» y «los Hijos del Sol». La invocación a Tupac Amaru y el Perú tiene sentido. Solo dos décadas antes, el arrollador ejército indígena había estado cerca de desplazar a España de su base de poder en América, creando así un nuevo escenario revolucionario. Los eventos que ocurrían en el Caribe eran igual de impactantes y trascendentales. Los esclavos haitianos estaban en pleno proceso de demolición del colonialismo francés y la esclavitud atlántica, en una isla que era el centro de la economía azucarera.²²

Hacia 1810, los rebeldes gauchos que peleaban contra los españoles al norte de Buenos Aires —lo que hoy en día es Uruguay— adoptaron el nombre de tupamaros.²³ La posibilidad de que un Tupac Amaru liderara otro levantamiento fuera del Perú fue motivo de preocupación para las autoridades por varias décadas. En 1790, un funcionario de la corte de Madrid solicitó que los gobernadores de Guayana y Venezuela investigaran si dos sobrinos de Tupac Amaru se habían infiltrado en el territorio holandés de Surinam. El funcionario pidió a los gobernadores que averiguaran si estos sospechosos se escondían entre la población fugitiva, «si tienen trato con los Indios, y si estos los miran con alguna consideración». Nunca fueron encontrados.²⁴ Por décadas, quizás incluso siglos, las autoridades del Cuzco, Lima y otras áreas se preocuparon por la reaparición de Tupac Amaru o de sus seguidores.

Memoria y legado

En 1964, el poeta peruano Antonio Cisneros escribió en «Tupac Amaru relegado»:

Hay libertadores
de grandes patillas sobre el rostro,
que vieron regresar muertos y heridos
después de los combates. Pronto su nombre
fue histórico, y las patillas
creciendo entre sus viejos uniformes
los anunciaban como padres de la patria.
Otros sin tanta fortuna, han ocupado
dos páginas de texto
con los cuatro caballos y su muerte.²⁵

Escrito hace cincuenta años, el poema establece un contraste entre los bien conocidos héroes de la guerra de Independencia, todos de ascendencia europea, venerados y representados en museos y textos escolares, y el ignorado (o «sin tanta fortuna») mártir de Pampamarca.

Tupac Amaru, sin embargo, no es más la figura olvidada que alguna vez fue. Los jóvenes peruanos lo identifican tan bien (o tan mal) como a los personajes principales de las guerras de Independencia (1808-1824), los «libertadores de grandes patillas» a los que hace referencia Cisneros en su poema, o a los mártires de la Guerra del Pacífico (1879-1884). Los historiadores han volcado su atención en los eventos de 1780-1783, y Tupac Amaru se ha convertido en un símbolo internacional de resistencia e, incluso, en un ícono de piel cobriza y cola de caballo.

D-2026 4/10/18

Dos grupos subversivos adoptaron su nombre: los tupamaros en Uruguay (1960-1974) y el Movimiento Revolucionario Tupac Amaru en el Perú (1980-1997).²⁵ Mis estudiantes se sorprenden cuando se enteran de que el rapero Tupac Amaru Shakur fue llamado así por el rebelde cuzqueño. En 1972, Afeni Shakur (antes Alice Faye Williams), miembro de las Panteras Negras en los Estados Unidos, fue procesada por conspiración (por integrar lo que hoy se conoce como Pantera 21). Ella cambió el nombre de su hijo de Lesane Parish Crooks a Tupac Amaru Shakur. Él tenía menos de un año; había nacido el 16 de junio de 1971. El apellido buscaba honrar a su esposo y padrastro de Tupac, Mutulu Shakur, un importante nacionalista afroamericano. Y era «Tupac Amaru» en alusión al revolucionario peruano.²⁷ Tupac llevó el nombre con orgullo, adornándolo con un «2-Pac» en su pecho, en uno de sus varios tatuajes. Apuesto, talentoso y asesinado por un arma de fuego en la cumbre de su carrera, Tupac Shakur se convirtió en un símbolo de resistencia, «un barómetro global de malestar juvenil».²⁸ Ambos Tupac, José Gabriel y Shakur, murieron como mártires, con una popularidad y grupos de seguidores que aumentaron luego de su muerte.

La creciente importancia de Tupac Amaru, su transformación de un rebelde cualquiera en un símbolo internacional, puede ser rastreada en un momento peculiar e importante de la historia peruana moderna: el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas del general Juan Velasco Alvarado (1968-1975), de inclinación izquierdista. Velasco convirtió al insurgente indígena en su emblema por excelencia, imprimiendo su imagen en carteles, monedas, billetes y publicaciones. Tupac Amaru se volvió el símbolo de una amplia reforma agraria llevada a cabo por su régimen. Una supuesta frase del rebelde, «Campesino, el patrón ya no comerá de tu pobreza», se convirtió en el eslogan principal del Gobierno durante la reforma de la tierra. El asistente de Velasco, encargado de escribirle los discursos, fue en realidad quien la inventó.²⁹

Tupac Amaru encajaba bastante bien con la forma en que el gobierno militar buscaba presentarse a sí mismo: un defensor de los campesinos indígenas (los beneficiarios de la reforma agraria) y un nacionalista que se enfrentaba a los poderes imperiales (las compañías de petróleo «gringas», en este caso). El gobierno de Velasco publicó varios volúmenes con colecciones de documentos sobre el levantamiento de Tupac Amaru y patrocinó obras de poesía, así como concursos de música y arte. Tomando como base la producción académica nacionalista, los ideólogos de Velasco proyectaron a Tupac Amaru como el precursor de las guerras de Independencia.³⁰ Como lo subraya el poema de Cisneros, antes de que Tupac Amaru recibiese dicho reconocimiento, los héroes nacionales peruanos eran libertadores extranjeros (el argentino José de San Martín y el venezolano Simón Bolívar), personajes de la costa o de ascendencia europea.

Conclusión

La iconografía y los diversos usos políticos de Tupac Amaru tienen una larga trayectoria. Un informe de dicha trayectoria tendría que abarcar desde la creación de Argentina —donde se debatió seriamente sobre la posibilidad de coronar a un inca rey en 1816, se presentó una obra de cinco actos titulada *Tupac Amaru* en 1821 y se recibió a Juan Bautista Tupac Amaru en 1822—, hasta varios movimientos políticos e ideológicos y escuelas de pensamiento en el Perú en los últimos dos siglos. Diversos grupos políticos —no solo las guerrillas— lo han reclamado para sí, y el Cuzco celebra a Tupac Amaru como un hijo heroico nativo de la ciudad. En 1950, su municipio, la Universidad Nacional de San Antonio Abad y el Rotary Club instalaron una placa en la plaza de Armas en honor de Tupac Amaru, no muy lejos de donde él y su grupo más cercano fueron ejecutados. Muchas otras placas y pequeños monumentos en la ciudad conmemoran a Tupac Amaru y el levantamiento, mientras que, tras décadas de debate, un grupo de trabajadores instaló, en 1980, una estatua de gran tamaño de Tupac Amaru a caballo en una amplia y desierta plaza a kilómetro y medio del centro.³¹ En el Cuzco y fuera de él, Tupac Amaru ha inspirado a pintores, escultores, dramaturgos, poetas y novelistas, con resultados diversos.³²

Pese a la apropiación de su imagen y al creciente número de estudios, Tupac Amaru, Micaela Bastidas y el movimiento que lideraron no han conseguido entrar en el panteón de las revoluciones del Atlántico norte. Los académicos y los textos escolares han privilegiado la creación de los Estados Unidos y la Revolución francesa, y han incorporado recientemente la Revolución de Haití (1791-1804) en la gran narrativa de la Era de las Revoluciones. Hay razones para considerar que la insurgencia andina se alinea con las revoluciones más conocidas. La extensión territorial de las rebeliones de Tupac Amaru y Tupac Katari sobrepasó a la de las guerras de Independencia norteamericana, mientras que el número de víctimas (100.000) se aproxima a las 150.000 de Haití. Los rebeldes repensaron e intentaron reinventar el mundo colonial andino, poniendo el control de los españoles en peligro. Lograron unir diversas ideologías, especialmente el revivalismo incaico, el igualitarismo cristiano y el «buen gobierno» español, aunque excluyeron elementos propios de la Ilustración. Un motivo evidente por el cual los historiadores no consideran la rebelión de Tupac Amaru del mismo modo que las demás revoluciones famosas, es que esta fue derrotada y que Tupac Amaru y sus compañeros no pudieron derribar el poder español. Asimismo, mientras la Revolución de Haití desafió a la esclavitud y la economía azucarera transatlántica, movilizó así una coalición multinacional reaccionaria que combatió contra ella y contra el Haití independiente por décadas, los rebeldes andinos no recibieron tanta atención del resto del mundo.³³ No obstante, los insurrectos tupacamaristas llevaron a cabo un fascinante y complejo movimiento que introdujo novedosas tácticas guerrilleras, y que, pese a haber sido derrotado, cambió por siempre a los Andes y el mundo Atlántico.

El atractivo de la memoria de Tupac Amaru no se restringe únicamente a los académicos y a los izquierdistas cultos. En 1980, un niño quechuahablante de 11 años, cuya familia había sido desplazada por la violencia causada por Sendero Luminoso, le contó a un antropólogo:

Tupac Amaru luchó por nosotros porque a los indios los hacían trabajar mucho. Peleó, luchó, les hizo morir a los españoles. A muchos. Así luchan ahora también los indios. A mí me han contado que no ha muerto. Él vive y nunca es un viejito. Dicen que con su caballo de aquí para allá camina. En el cerro vive. Pero nunca le vemos. Ocultándose camina, como el viento. ¡Uuh!, ¡uuh!, diciendo.³⁴

Para este niño, así como para muchos, muchos otros, Tupac Amaru sigue presente.



Un dibujo popular de 1964 del descuartizamiento de Tupac Amaru (colección del autor).

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, Rolena
1992 «Images of Indian Ladinos». En Kenneth Andrien y Rolena Adorno (eds.), *Transatlantic Encounters: Europeans and Andeans in the Sixteenth Century*. Berkeley: University of California Press.
- AGUIRRE, Carlos
2005 *Breve historia de la esclavitud en el Perú: una herida que no deja de san-
grar*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- ANDRIEN, Kenneth
2011 «The Bourbon Reforms, Independence, and the Spread of Quechua and
Aymara». En Paul Heggarty y Adrian J. Pearce (eds.), *History and Lan-
guage in the Andes*. Nueva York: Palgrave Macmillan, pp. 113-133.
- ANGELIS, Pedro de
1836 *Documentos para la historia de la sublevación de José Gabriel de Tupac
Amaru, cacique de la provincia de Tinta, en el Perú*. Buenos Aires: Impren-
ta del Estado.
- ANGLES VARGAS, Víctor
2004 *José Gabriel Túpac Amaru*. Cuzco: s. e.
- ASSADOURIAN, Carlos
1982 *Sistema de la economía colonial: mercado interno, regiones y espacio
económico*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- ASTESANO, Eduardo
1979 *Juan Bautista de América: el Rey Inca de Manuel Belgrano*. Buenos Aires:
Ediciones Castañeda.
- BACACORZO, Gustavo
1982 *Don Juan Manuel Moscoso y Peralta: ubicación en el proceso de la Inde-
pendencia americana*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

- BAILEY, Gauvin
2010 *The Andean Hybrid Baroque: Convergent Cultures in the Churches of Colonial Peru*. Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- BALLIVIÁN Y ROJAS, Vicente (ed.)
1977 *Colección de documentos relativos a la historia de Bolivia* (2.ª ed.). La Paz: Municipalidad de La Paz.
- BARRETT, Lindon
1999 «Dead Men Printed: Tupac Shakur, Biggie Small, and Hip-Hop Eulogy». *Callaloo*, vol. 22, n.º 2: 306-332.
- BEAL, John, James CORIDEN y Thomas GREEN (eds.)
2000 *New Commentary on the Code of Canon Law*. Nueva York: Paulist Press.
- BELL, David
2008 *The First Total War: Napoleon's Europe and the Birth of Modern Warfare as We Know It*. Boston: Houghton Mifflin Harcourt.
- BONILLA, Heraclio y Karen SPALDING
1981 «La Independencia en el Perú: las palabras y los hechos». En *La Independencia en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- BOWSER, Frederick
1974 *The African Slave in Colonial Peru, 1524-1650*. Palo Alto: Stanford University Press.
- BRADING, David
1991 «Un humanista inca». En *Orbe indiano: de la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
1995 *Iglesia y Estado en el México borbón: la diócesis de Michoacán*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- BUNSTER, Cora y Ana María LORANDI
2006 «El fantasma del criollismo después de la rebelión de Túpac Amaru». *Histórica*, vol. 30, n.º 1: 99-135.
- BURNS, Kathryn
1992 «Amor y rebelión en 1782: el caso de Mariano Tupac Amaru y María Mejía». *Histórica*, n.º 16: 131-176.
1999 *Colonial Habits: Convents and the Spiritual Economy of Cuzco, Peru*. Durham: Duke University Press.
2010 *Into the Archive: Writing and Power in Colonial Peru*. Durham: Duke University Press.

- BUSTO, José Antonio del
1981 *José Gabriel Tupac Amaru antes de su rebelión*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- CAHILL, David
1984 «Crown, Clergy, and Revolution in Bourbon Peru: The Diocese of Cuzco, 1780-1814». Disertación doctoral, Universidad de Liverpool.
- 1988 «Repartos ilícitos y familias principales en el sur andino: 1780-1824». *Revista de Indias*, n.º 182-183: 453-455.
- 1991 «Taxonomy of Colonial Riot: The Arequipa Disturbances of 1780». En John R. Fisher, Allan J. Kuethe y Anthony McFarlane (eds.), *Reform and Insurrection in Bourbon New Granada and Peru*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, pp. 255-291.
- 2004 «Looking for an Inca: The Marquesado de Oropesa Litigation (1741-1780) and the Roots of Rebellion». *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, n.º 41: 137-166.
- 2006a «A Liminal Nobility: The Incas in the Middle Ground of Late Colonial Peru». En David Cahill y Blanca Tovías (eds.), *New World, First Nations*. Brighton: Sussex Academic Press, pp. 169-195.
- 2006b «El visitador general Areche y su campaña iconoclasta contra la cultura andina». En Ramón Mujica Pinilla (ed.), *Visión y símbolos: del virreinato criollo a la república peruana*. Lima: Banco de Crédito del Perú, pp. 85-111.
- 2008 «Genocide from Below: The Great Rebellion of 1780-82 in the Southern Andes». En A. Dirk Moses (ed.), *Empire, Colony, Genocide: Conquest, Occupation, and Subaltern Resistance in World History*. Nueva York: Berghahn Books, pp. 403-423.
- CAMNITZER, Luis
2009 *On Art, Artists, Latin America, and Other Utopias*. Editado por Rachel Weiss. Austin: University of Texas Press.
- CAMPBELL, Leon
1978a «Rebel or Royalist? Bishop Juan Manuel de Moscoso y Peralta and the Tupac Amaru Revolt in Peru, 1780-1784». *Revista de Historia de América*, n.º 86: 139.
- 1978b *The Military and Society in Colonial Peru, 1750-1810*. Filadelfia: American Philosophical Society.

- CANT, Anna
2012 «"Land for Those Who Work It": A Visual Analysis of Agrarian Reform Posters in Velasco's Peru». *Journal of Latin American Studies*, vol. 44, n.º 1: 1-37.
- CARRIÓ DE LA VANDERA, ALONSO (CONCOLORCORVO)
1973 *El lazarillo de ciegos caminantes*. Barcelona: Editorial Labor.
- CLEMENT, Jean
1981 «La opinión de la corona española sobre la rebelión de Túpac Amaru». *Acta Litteraria Academiae Scientiarum Hungaricae*, n.º 23: 325-335.
- CDIP-COLECCIÓN DOCUMENTAL DE LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ
1971-1976 *Colección documental de la independencia del Perú*. 86 vols. Lima: Comisión del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- CDBRETA-COLECCIÓN DOCUMENTAL DEL BICENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN EMANCIPADORA DE TUPAC AMARU
1980-1982 *Colección documental del bicentenario de la revolución emancipadora de Tupac Amaru*. 5 vols. Edición e introducción de Luis Durand Florez. Lima: s. e.
- CISNEROS, Antonio
1996 *Poesía reunida*. Lima: Editora Perú.
- COMITÉ ARQUIDIOCESANO DEL BICENTENARIO TUPAC AMARU
1983 *Tupac Amaru y la Iglesia: antología*. Cuzco: Edubanco.
- CONTRERAS, Remedio
1970 *Catálogo de la Colección Mata Linares*. Madrid: Real Academia de Historia.
- CORIDEN, James
2004 *An Introduction to Canon Law*. Edición revisada. Nueva York: Paulist Press.
- CORNBLIT, Oscar
1995 *Power and Violence in the Colonial City: Oruro from the Mining Renaissance to the Rebellion of Tupac Amaru 1740-1782*. Cambridge: Cambridge University Press.
- CORNEJO BOURONCLE, Jorge
1949a *Sangre andina: diez mujeres cuzqueñas*. Cuzco: H. G. Rozas Sucesores.
1949b *Tupac Amaru, la revolución precursora de la emancipación continental*. Cuzco: Universidad Nacional del Cuzco.

- CUMMINS, Thomas
1996 «A Tale of Two Cities: Cuzco, Lima and the Construction of Colonial Representation». En Diane Fane (ed.), *Converging Cultures: Art and Identity in Spanish America*. Nueva York: Brooklyn Museum y Harry N. Abrams.
- DEL VALLE DE SILES, María Eugenia
1990 *Historia de la rebelión de Tupac Catari, 1781-1782*. La Paz: Don Bosco.
1977 «Diario de los sucesos del cerco de la ciudad de La Paz en 1781, por el Brigadier Don Sebastián de Segurola». En Vicente de Ballivián y Rojas (ed.), *Archivo boliviano: colección de documentos relativos a la historia de Bolivia* (2.^ª ed.). La Paz: Caja Municipal de la Cultura Franz Tamayo, pp. 1-183.
- DÍAZ, Jesús
2008 «Incanismo as the First Guiding Fiction in the Emergence of the Creole Nation in the United Provinces of Rio de la Plata». *Journal of Latin American Cultural Studies*, vol. 17, n.º 1: 1-22.
- DÍEZ DE MEDINA, Francisco
1981 *Diario del alzamiento de los indios conjurados contra la ciudad de Nuestra Señora de La Paz 1781*. Editado por María Eugenia del Valle de Siles. La Paz: Don Bosco.
- DUBOIS, Laurent
2004 *Avengers of the New World: The Story of the Haitian Revolution*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press.
2009 «Avenging America: The Politics of Violence in the Haitian Revolution». En David Geggus y Norman Fiering (eds.), *The World of the Haitian Revolution*. Bloomington: University of Indiana Press.
- DUCEY, Michael
2004 *A Nation of Villages: Riots and Rebellions in the Mexican Huasteca, 1750-1850*. Tucson: The University of Arizona Press.
- DUEÑAS, Alcira
2010 *Indians and Mestizos in the «Lettered City»: Reshaping Justice, Social Hierarchy, and Political Culture in Colonial Peru*. Boulder: University Press of Colorado.
- DURAND, José
1971 «El influjo de Garcilaso Inca en Tupac Amaru». *Cope* 2, n.º 5: 2-7.

- DURAND, Luis
1982 «El caso Moscoso». *Actas del coloquio internacional Tupac Amaru y su tiempo*. Lima: Colección documental del bicentenario de la revolución emancipadora de Tupac Amaru (CDBRETA), pp. 491-493.
- EARLE, Rebeca
2007 *The Return of the Native: Indians and Myth-Making in Spanish America, 1810-1930*. Durham: Duke University Press.
- EL HUNDIMIENTO DEL NAVIO SAN PEDRO ALCÁNTARA
[1786] «El hundimiento del navío San Pedro Alcántara». *Todo a Babor*. Disponible en: <www.todoababor.es/datos_docum/hundimiento-sanpedro.htm> (última consulta: 01/06/12). s. a.
- ELLIOT, John
2006 *Imperios del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América, 1492-1820*. Madrid: Taurus.
- ESCANDELL-TUR, Neus
1997 *Producción y comercio de tejidos coloniales: los obrajes y chorrillos del Cuzco 1570-1820*. Cuzco: Centro Bartolomé de Las Casas.
- ESQUIVEL Y NAVIA, Diego de
1980 *Noticias cronológicas de la gran ciudad del Cuzco*. 2 vols. Lima: Biblioteca Peruana de Cultura.
- ESTENSSORO, Juan Carlos
1991 «La plástica colonial y sus relaciones con la gran rebelión». *Revista Andina*, vol. 9, n.º 2: 415-439.
- FERNÁNDEZ, Renata
2005 «Micaela Bastidas en la historia, literatura y cultura peruana: análisis de sus reconfiguraciones discursivas». Disertación doctoral. Lexington: Universidad de Kentucky.
- FERRER, Ada
2012 «Haiti, Free Soil, and Antislavery in the Revolutionary Atlantic». *American Historical Review*, vol. 117, n.º 1: 40-66.
- FERRER DEL RÍO, Antonio
1856 *Historia del reinado de Carlos III en España*. 4 vols. Madrid: Imprenta Matute.
- FIEGE, Mark
2012 *The Republic of Nature: An Environmental History of the United States*. Seattle: University of Washington Press.

Bibliografía

Fisher, John
2000*El Perú borbónico, 1750-1824*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.Fisher, Lillian
1966*The Last Inca Revolt, 1780-1783*. Norman: University of Oklahoma Press.Flores, Javier
2001«Justo Sahuaraura Inca y sus Recuerdos de la monarquía peruana». En Don Justo Apu Sahuaraura Inca, *Recuerdos de la monarquía peruana o bosquejo de la historia de los incas*. Lima: Fundación Telefónica del Perú, pp. 13-46.FLORES GALINDO, Alberto
1984*Aristocracia y plebe: Lima 1760-1830*. Lima: Mosca Azul.

1994

Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes (4.ª ed.). Lima: Editorial Horizonte.FOUCHARD, Jean
1984«Pourquoi Haiti? Ou quand et par quif ut choisi de redonner a notre patrie le nom Indien d'Haiti?». *Revue de la Societe Haitienne D'Histoire et de Geographie*, vol. 42, n.º 145: 13-17.FUNES, Gregorio
1856*Ensayo de la historia civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay* (2.ª ed.). Buenos Aires: Calle del Perú 171.GÁLVEZ, Alberto
2009*Desde el país de las sombras: escrito en la prisión*. Lima: Sur, Casa de Estudios del Socialismo.

GARCÍA, Bernardo y María del Rosario PRIETO (eds.)

2002

Estudios sobre historia y ambiente en América. Vol. 2. Ciudad de México: El Colegio de México e Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

GARCILASO DE LA VEGA, Inca

1829a

Primera parte de los comentarios reales. Vol. 1. Madrid: Imprenta de los hijos de doña Catalina Piñuela,

1829b

Segunda parte de los comentarios reales: que tratan del origen de los Incas, reyes que fueron del Perú, de su idolatría, leyes y gobierno, en paz y en guerra, de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fue aquel imperio y su república antes que los españoles pasaran á él. Madrid: Imprenta de los Hijos de Doña Catalina Piñuela.

- GARRETT, David
2009 *Sombras del Imperio: la nobleza indígena del Cuzco, 1750-1825*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Banco Central de Reserva del Perú.
- GARZÓN, Emilio
1996 «1780: clero, élite local y rebelión». En Charles Walker (ed.), *Entre la retórica y la insurgencia: las ideas y los movimientos sociales en los Andes, siglo XVIII*. Cuzco: Centro Bartolomé de Las Casas.
- GATES, Eunice
1928 «Don José Antonio de Areche: His Own Defense». *Hispanic American Historical Review (HAHR)*, vol. 8, n.º 1: 14-42.
- GAUDERMAN, Kimberly
2009 *Women's Lives in Colonial Quito: Gender, Law, and Economy in Spanish America*. Austin: University of Texas Press.
- GEGGUS, David
2002 *Haitian Revolutionary Studies*. Bloomington: Indiana University Press.
- GEGGUS, David y Norman FIERING
2009 *The World of the Haitian Revolution*. Bloomington: Indiana University Press.
- GERLACH, Christian
2010 *Extremely Violent Societies: Mass Violence in the Twentieth-Century World*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GISBERT, Teresa
2001 «Sahuaraura y su monarquía peruana». En Don Justo Apu Sahuaraura Inca, *Recuerdos de la monarquía peruana o bosquejo de la historia de los incas*. Lima: Fundación Telefónica del Perú, pp. 47-58.
- GLAVE, Luis Miguel
1989 *Trajinantes: caminos indígenas en la sociedad colonial, siglos XVI/XVII*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.
- 2000 «Canas 1780: el año de la rebelión». En Luis Millones, Hiroyashu Tomoda y Tatsuhiko Fujii (eds.), *Desde afuera y desde adentro: ensayos de etnografía e historia del Cuzco y Apurímac*. Osaka: Museo Nacional de Etnología, pp. 61-93.
- 2002 *Vida, símbolos y batallas: creación y recreación de la comunidad indígena, Cuzco, siglo XVI-XX*. Lima: Fondo de Cultura Económica.
- 2006 «A Historical and Cultural Perspective on the 1814 Revolution in Cuzco». En David Cahill y Blanca Tovías (eds.), *New Worlds, New Nations: Native*

Peoples of Mesoamerica and the Andes Under Colonial Rule. Brighton: Sussex Academic Press, pp. 196-217.

GLAVIE, Luis y María Isabel Remy
1983

Estructura agraria y vida rural en una región andina. Ollantaytambo entre los siglos XVI y XIX. Cuzco: Centro Bartolomé de Las Casas.

GOOTENBERG, Paul
1995

Población y etnicidad en el Perú republicano (siglo XIX): algunas revisiones. Documento de Trabajo, n.º 71. Serie Historia, 14. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

GRANDA, Juan
1990

Los pequeños zorros: relatos de niños ayacuchanos. Lima: Radda Barnen.

GRAUBART, Karen
2007

With Our Labor and Sweat: Indigenous Women and the Formation of Colonial Society in Peru, 1550-1700. Palo Alto: Stanford University Press.

GUARDIA, Sara Beatriz
2010

«Reconociendo las huellas: Micaela Bastidas y las heroínas de la Independencia del Perú». En *Las mujeres en la Independencia de América Latina*. Lima: Centro de Estudios de la Mujer en la Historia de América Latina (CEMHAL).

GUARDINO, Peter
2008

«La identidad nacional y los afromexicanos en el siglo XIX». En Brian Connaughton (ed.), *Prácticas populares, cultura política y poder en México, siglo XIX*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa y Juan Pablos, pp. 259-301.

GUTIÉRREZ, José Rosendo (ed.)
1879

Documentos para la historia antigua de Bolivia sacados de la biblioteca de J. R. Gutiérrez: sitios de La Paz y el Cuzco 1780-1781. La Paz: Imprenta de la Unión Americana.

Guy, Jasmine
2005

Afeni Skakur: Evolution of a Revolutionary. Nueva York: Atria Books.

HEMING, John
1970

The Conquest of the Incas. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich.

HIDALGO, Jorge
1983

«Amarus y cataris: aspectos mesiánicos de la rebelión indígena de 1781 en Cuzco, Chayanta, La Paz y Arica». *Chungará*, n.º 10: 117-138.

- ROBERTO FERRER
1978 «Los negros de Lima 1800-1830». *Histórica*, n.º 3: 17-51.
- ALAN FRENCH
1978 «De lo personal en la vida de los caudillos indígenas de 1780». *Historia y Crítica*, n.º 1, La Paz: 104-142.
- JACQUES NINA
1981 *Mexicos of Transition: The Peruvian Altiplano, 1780-1930*. Berkeley: University of California Press [hay edición en español: *Ilusiones de la transición: El altiplano peruano, 1780-1930*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Banco Central de Reserva del Perú, 2013].
- JAMES HANCOCK
2012 *The World Until Yesterday: What Can We Learn from Traditional Societies*. Nueva York: Viking.
- JACQUELINE AGUIRRE DE
1982 *Revolución de gobierno, Perú (1780-1784)*. Editado por Remedio Contreras. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- JUAN JOSÉ Y ANTONIO DE ULCOA
1918 [1926] *México secreto de América*. Madrid: s. e.
- KALYAN, Saha
2010 *La Agra de la violencia en la guerra civil*. Madrid: Akal.
- KATZ, Friedrich (ed.)
1988 *Riot, Rebellion, and Revolution: Rural Social Conflict in Mexico*. Princeton: Princeton University Press.
- KERNAN, Ben
2007 *Blood and Soil: A World History of Genocide and Extermination from Sparta to Darfur*. New Haven: Yale University Press.
- KUENZEL, Gabrielle
2013 *Acting Inca: National Belonging in Twentieth-Century Bolivia*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- LA CAUSA DE LA EMANCIPACIÓN DEL PERÚ
1960 *La causa de la emancipación del Perú*. Lima: Instituto Riva-Agüero.
- LAQUEUR, Walter
1975 «The Origins of Guerrilla Doctrine». *Journal of Contemporary History*, n.º 10: 341-382.

LARSON, Brooke
1979

«Caciques Class Structure and the Colonial State in Bolivia». *Nova Americana*, n.º 2: 197-235.

LEE, Wayne
2011

Barbarians & Brothers: Anglo-American Warfare, 1500-1865. Nueva York: Oxford University Press.

LEWIN, Boleslao
1967

La rebelión de Tupac Amaru (3.ª ed.). Buenos Aires: Sociedad Editora Latino-Americana.

LIPSETT-RIVERA, Sonya
2012

Gender and the Negotiation of Daily Life in Mexico, 1750-1850. Lincoln: University of Nebraska Press.

LITUMA, Leopoldo
2011

El verdadero rostro de Túpac Amaru (Perú, 1969-1975). Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

LLOSA, Jorge
1981

«Bicentenario de la rebelión de Túpac Amaru». *Academia Nacional de la Historia*, n.º 64: 303-308.

LOAYZA, Francisco

1945

Mártires y heroínas (documentos inéditos del año de 1780 a 1782). Lima: Imprenta D. Miranda.

1946

Genealogía de Tupac Amaru. Lima: Imprenta D. Miranda.

LOAYZA, Francisco (ed.)

1943

La verdad desnuda o las dos faces de un obispo: escrita en 1780 por un imparcial religioso. Lima: Editorial D. Miranda.

LOBO, Miguel

1875

Historia general de las antiguas colonias hispano-americanas desde su descubrimiento hasta el año mil ochocientos ocho. Madrid: M. Guijarro.

LORANDI, Ana María

2009

«Sospechas de sospechas, de sospechas: memorial de un militar ilustrado a finales del siglo XVIII». *Fronteras de la Historia*, vol. 14, n.º 1: 128-148.

LOSSIO, Jorge

2012

El peruano y su entorno: aclimatándose a las alturas andinas. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

- LUNA, Lizardo
1982 *El Puma Indomable: la sublevación indígena de 1780 en Azángaro*. Puno: Editorial Samuel Frisancho Pineda.
- LYNCH, John
1958 *Spanish Colonial Administration, 1782-1810*. Londres: University of London Press.
- MACERA, Pablo
1977 *Trabajos de Historia*. 4 vols. Lima: Instituto Nacional de Historia.
- MAJLUF, Natalia
2005 «De la rebelión al museo: genealogías y retratos de los incas, 1781-1900». En *Los incas, reyes del Perú*. Lima: Banco de Crédito del Perú, pp. 252-319.
- MALLON, Florencia
1995 *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*. Berkeley: University of California Press.
- MANGAN, Jane
2005 *Trading Roles: Gender, Ethnicity, and the Urban Economy in Colonial Potosí*. Durham: Duke University Press.
- MANNHEIM, Bruce
1991 *The Language of the Inka since the European Invasion*. Austin: University of Texas Press.
- MARKHAM, Clements
1862 *Travels in Peru and India*. Londres: John Murray.
1895 *Historia del Perú*. Versión castellana de Juan de D. Benites. Lima: Imprenta La Equitativa.
- McQUILLAR, Tayannah y Fred JOHNSON III
2010 *Tupac Shakur: The Life and Times of an American Icon*. Cambridge: Da Capo Press.
- MELÉNDEZ, Mariselle
2011 *Deviant and Useful Citizens: The Cultural Production of the Female Body in Eighteenth-Century Peru*. Nashville: Vanderbilt University Press.
- MÉNDEZ, Cecilia
2005 *The Plebeian Republic: The Huanta Rebellion and the Making of the Peruvian State, 1820-1850*. Durham: Duke University Press [hay edición en español: *La república plebeya. Huanta y la formación del Estado peruano 1820-1850*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2014].

- MENDIBURU, Manuel de
1874-1890 *Diccionario histórico-biográfico del Perú*. 8 vols. Lima. (Publicado en tres imprentas diferentes: Imprenta de Torres Aguirre; J. Francisco Solís; Imprenta Bolognesi).
- MENDOZA, Zoila
2000 «Performing Decency: Ethnicity and Race in Andean "Mestizo" Ritual Dance». En Ronald Radano y Philip Bohlman (eds.), *Music and The Racial Imagination*. Chicago: University of Chicago Press, pp. 231-270.
- MILLS, Kenneth, William TAYLOR y Sandra LAUDERDALE
2002 *Colonial Latin America: A Documentary History*. Wilmington: SR Books.
- MÖRNER, Magnus y Efraín TRELLES
1990 «Un intento de calibrar las actitudes hacia la rebelión en el Cusco durante la acción de Túpac Amaru. En Steve Stern (comp.), *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los andes, siglos XVII al XX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp. 97-117.
- MOSCOSO Y PERALTA, Juan
2013 *Inocencia justificada contra los artificios de la calumnia*. Lima: Biblioteca Nacional.
- MUJICA, Ramón
2001 *Rosa limensis: mística, política e iconografía en torno a la patrona de América*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, Fondo de Cultura Económica, Banco Central de Reserva del Perú.
- MUJICA, Ramón (ed.)
2002-2003 *El barroco peruano*. 2 vols. Lima: Banco de Crédito del Perú.
- MULDERINK, Kathryn
2003 «Saturdays and the Immaculate Heart of Mary». La Crosse: Marian Catechist Apostolate. Disponible en: <www.mariacatechist.com/formation/mary/saturdays/index.html>.
- MURRA, John
1975 *Formaciones económicas y políticas en el mundo andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- ODRIOZOLA, Manuel de
1863-1877 *Documentos históricos del Perú en las épocas del coloniaje después de la conquista y la independencia hasta el presente*. 10 vols. Lima: Tipografía de Aurelio Alfaro, Imprenta del Estado.
- OLIVA, Héctor
2007 *Pasajes a América: la vida desmesurada de cinco catalanes*. Barcelona: RBA Libros.

O'PHELAN, Scarlett

- 1988 *Un siglo de rebeliones anticoloniales: Perú y Bolivia, 1700-1783*. Cuzco: Centro Bartolomé de Las Casas.
- 1995 *La gran rebelión de los Andes: de Túpac Amaru a Túpac Catari*. Cuzco: Centro Bartolomé de Las Casas.
- 1997 *Kurakas sin sucesiones: del cacique al alcalde de indios, Perú y Bolivia 1750-1835*. Cuzco: Centro Bartolomé de Las Casas.
- 2002 «"Ascender al estado eclesiástico": la ordenación de indios en Lima a mediados del siglo XVIII». En Jean-Jacques Decoster (ed.), *Incas e indios cristianos: elites indígenas e identidades cristianas en los Andes coloniales*. Cuzco: Centro Bartolomé de Las Casas, Instituto Francés de Estudios Andinos, pp. 311-329.

PAQUETTE, Gabriel

- 2011 [2008] *Enlightenment, Governance, and Reform in Spain and Its Empire 1759-1808*. Nueva York: Palgrave Macmillan.

PAZ Y GUINÍ, Melchor de

- 1952 *Guerra separatista: rebeliones de indios en el Sur América, la sublevación de Tupac Amaru: crónica de Melchor de Paz*. Editada por Luis Antonio Eguiguren. 2 vols. Lima: s. e.

PEARCE, Andrian

- 2011 «Reindigenization and Native Languages». En Paul Heggarty y Adrian J. Pearce (eds.), *History and Language in the Andes*. Nueva York: Palgrave Macmillan, pp. 135-162.

PERALTA RUIZ, Víctor

- 1991 *En pos del tributo: burocracia estatal, élite regional y comunidades indígenas en el Cuzco rural (1826-1854)*. Cuzco: Centro Bartolomé de Las Casas.
- 2009 «From Indiano Bureaucrats to Afrancesado Politicians in the Spanish Bonapartist State: The Cases of Azanza and Mata Linares». En Christophe Bealubre, Jordana Dym y John Savage (eds.), *Napoleon's Atlantic: The Impact of Napoleonic Empire in the Atlantic World*. Leiden: Brill, pp. 177-197.

PHELAN, John

- 1978 *The People and the King: The Comuneros Revolution in Colombia, 1781*. Madison: University of Wisconsin Press.

PINKER, Steven
2012

The Better Angels of Our Nature: Why Violence Has Declined. Nueva York: Penguin Books.

PODERTI, Alicia
1997

Palabra e historia en los Andes: la rebelión del Inca Túpac Amaru y el noroeste argentino. Buenos Aires: Corregidor.

PRESTHOLDT, Jeremy
2007

«The Afterlives of 2Pac: Imagery and Alienation in Sierra Leone and Beyond». *Journal of African Cultural Studies*, vol. 21, n.º 2: 197-218.

PRIESTLEY, Herbert
1916

José de Galvez, Visitor-General of New Spain, 1765-1771. Berkeley: University of California Press.

PRIETO, María del Rosario y Roberto HERRERA
2002

«Clima y economía en el área andina: el Alto Perú y el espacio económico regional a fines del siglo XVIII». En Bernardo García Moreno y María del Rosario Prieto (eds.), *Estudios sobre historia y ambiente en América*, vol. 2. Ciudad de México: El Colegio de México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

RAMOS ZAMBRANO, Augusto
1982

Puno en la rebelión de Túpac Amaru. Puno: Universidad Nacional Técnica del Altiplano.

2009

Tupamarus, vilcapazas, cataris, ingariconas. Arequipa: Instituto de Estudios Pukara.

RELACIÓN DE LOS ACONTECIMIENTOS DE TINTA Y LAMPA, EN EL REINO DEL PERÚ CON MOTIVO DE LAS SUBLEVACIONES DE LOS INDIOS EN EL AÑO DE 1780

1917

Boletín de Historia y Antigüedades, Órgano de la Academia Nacional de Historia, n.º 11: 657-673.

Río, Guillermo del (ed.)

1812

Monumentos literarios del Perú, colectados por Don Guillermo del Río. Lima: Imprenta de los Huérfanos.

ROBINS, Nicolas

2005

«Genocide and the Great Rebellion of 1780-1782 in Peru and Upper Peru». *Journal of Genocide Research*, vol. 7, n.º 3: 251-375.

2007

Priests-Indian Conflicts in Upper Peru: The Generation of Rebellion, 1750-1780. Siracusa: Syracuse University Press.

- RODRÍGUEZ, Horacio
1980 «Tupac Amaru y los comuneros de Socorro». *Correo de los Andes*, vol. 2, n.º 5: 25-32.
- ROEDL, Bohumir
2002 «Causa de Tupac Amaru: el proceso a los tupamaros en Cuzco, abril-julio de 1781». *Revista Andina*, n.º 34: 99-119.
- ROWE, John
1976 «El movimiento nacional inca del siglo XVIII». En Alberto Flores Galindo (ed.), *Tupac Amaru II-1780*. Lima: Retablo de Papel.
1982 «Genealogía y rebelión en el siglo XVIII». *Histórica*, vol. 6, n.º 1: 74-75.
- RUGELEY, Terry
2009 *Rebellion Now and Forever: Mayas, Hispanics, and Caste War Violence in Yucatán, 1800-1880*. Palo Alto: Stanford University Press.
- SAHUARAURA INCA, Don Justo Apu
2001 *Recuerdos de la monarquía peruana o bosquejo de la historia de los incas*. Lima: Fundación Telefónica.
- SAHUARAURA TITU ATAUCHI, José Rafael
1944 *Estado del Perú. Códice escrito en 1780 y que contiene datos importantes sobre la revolución de José Gabriel Túpac Amaru por Raphael José Sahuaraura Titu Atauchi*. Editado por Francisco Loayza. Lima: Editorial D. Miranda.
- SALA I VILA, Núria
1991 «De inca a indígena: cambio en la simbología del sol a principios del siglo XIX». *Allpanchis*, vols. 35-36, n.º 2.
1995 «La rebelión de Huarochiri de 1783». Charles Walker (ed.), *Entre la retórica y la insurgencia*. Cuzco: Centro Bartolomé de Las Casas.
1996 *Y se armó el tole tole: tributo indígena y movimientos sociales en el virreinato del Perú, 1780-1814*. Lima: Instituto de Estudios Regionales José María Arguedas.
- SAN PEDRO DE ALCÁNTARA
1999 *Nordic Underwater Archaeology*. Disponible en: <www.abc.se/~pa/mar/spa.htm> (última consulta: 05/10/11).
- SCOTT, George
1939 *History of Torture through the Ages*. Londres: Luxor Press.

- BELET, Philippe
1995 «Response to Rebellion in Bourbon Spain: Colonial Revolt and Imperial Reactions, 1763-1783». Disertación doctoral, Universidad Tulane.
- BERAYLAN, Alejandro
1981 *Historia general del Ejército peruano*. 3 vols. Lima: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.
- SERULNIKOV, Sergio
2003 *Subverting Colonial Authority: Challenges to Spanish Rule in Eighteenth-Century Southern Andes*. Durham: Duke University Press.
- 2010 *Revolución en los Andes: la era de Túpac Amaru*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- SILVER, Peter
2009 *Our Savage Neighbors: How Indian War Transformed Early America*. Nueva York: W. W. Norton.
- SILVERMAN, Helaine
2012 «The Space of Heroism in the Historic Center of Cuzco». En D. Fairchild Ruggles (ed.), *On Location: Heritage Cities and Sites*. Nueva York: Springer, pp. 89-112.
- SILVEY, David
2011 «Total War». En Gordon Martel (ed.), *Encyclopedia of Warfare*. Londres: Blackwell Publishing.
- SKOCPOL, Theda
1979 *States and Social Revolutions: A Comparative Study of France, Russia, and China*. Cambridge: Cambridge University Press.
- STAVIG, Ward
1999 *The World of Tupac Amaru: Conflict, Community, and Identity in Colonial Peru*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- STAVIG, Ward y Ella SCHMIDT (eds.)
2008 *The Tupac Amaru and Catarista Rebellions: An Anthology of Sources*. Indianápolis: Hackett Publishing.
- STERN, Steve (ed.)
1990 *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los andes, siglos XVII al XX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- SZEMINSKI, Jan
1983 *La utopía tupamarista*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

- 1990 «¿Por qué matar a los españoles? Nuevas perspectivas sobre la ideología andina de la insurrección del siglo XVIII». En Steve Stern (ed.), *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los andes, siglos XVII al XX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp. 164-186.
- TAMAYO HERRERA, José
- 1980 «La historia del monumento de Tupac Amaru». Lima: Comisión Nacional del Bicentenario de la Revolución Emancipadora de Túpac Amaru (CNBRETA).
- TANDETER, Enrique
- 1992 *Coacción y mercado: la minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826*. Cuzco: Centro Bartolomé de Las Casas.
- TANDETER, Enrique y Nathan WACHTEL
- 1989 «Prices and Agricultural Production: Potosí and Charcas in the Eighteenth Century». En Lyman Johnson y Enrique Tandeter (eds.), *Essays on the Price History of Eighteenth-Century Latin America*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- TARDIEU, Jean-Pierre
- 1998 *El negro en el Cuzco: los caminos de la alienación en la segunda mitad del siglo XVII*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- TAYLOR, William
- 1979 *Drinking, Homicide, and Rebellion in Colonial Mexican Villages*. Palo Alto: Stanford University Press.
- THOMSON, Sinclair
- 2002 *We Alone Will Rule: Native Andean Politics in the Age of Insurgency*. Madison: University of Wisconsin Press.
- 2006 *Cuando solo reinasen los indios: la política aymara en la era de la insurgencia*. Traducción por Silvia Rivera Cuisicanqui. La Paz: Muela del Diablo Editores, Aruwiyiri.
- THOMSON, Sinclair y Forrest HYLTON
- 2007 *Revolutionary Horizons: Past and Present in Bolivia Politics*. Nueva York: Verso.
- TURNER, Mark
- 1991 «Guerra andina y política campesina en el sitio de La Paz, 1781». En Henrique Urbano (ed.), *Poder y violencia en los Andes*. Cuzco: Centro Bartolomé de Las Casas, pp. 93-121.

1996 *From Two Republics to One Divided: Contradictions of Postcolonial Nation-Making in Andean Peru*. Durham: Duke University Press.

TUPAC AMARU, Juan Bautista

1945 *Cuarenta años de cautiverio (memorias del inka Juan Bautista Tupac Amaru)*. Editado por Francisco A. Loayza. Lima: Imprenta D. Miranda.

URBICAÍN, Mateo

1947 «Sintético "diario" de la Revolución». En Francisco Loayza (ed.), *Preliminares del incendio: documentos del año de 1776 a 1780, en su mayoría inéditos, anteriores y sobre la Revolución Libertadora que engendró y dió vida José Gabriel Túpac Amaru, en 1780*. Lima: Editorial D. Miranda.

VALCARCEL, Carlos Daniel

1965 [1947] *La rebelión de Túpac Amaru*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

1970 *Túpac Amaru, el revolucionario*. Lima: Moncloa, Campodónico.

1977 *Túpac Amaru*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

1979 *La familia del cacique Túpac Amaru (documentos existentes en la iglesia de Pampamarca) (2.ª ed.)*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

VARELA, Alfredo

1976 *Memorias del hermano de Túpac Amaru escritas en Buenos Aires*. Buenos Aires: Editorial Boeda.

VEGA, Juan José

1969 *José Gabriel Túpac Amaru*. Lima: Editorial Universitaria.

1981a *Historial general del Ejército: el Ejército durante la dominación española del Perú*. Tomo III, 2 vols. Lima: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.

1981b «Tupac Amaru y su tiempo». En su edición *Historia general del Ejército peruano*. Tomo II, vol. I. Lima: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.

1995 *Tupac Amaru y sus compañeros*. 2 vols. Cuzco: Municipalidad del Qosqo.

VEGA CENTENO, Imelda

2004 *Costumbres indígenas, administración de bienes y normas eclesiásticas (s. XVI-XIX)*. Cuzco: Centro Bartolomé de Las Casas.

VISCARDO Y GUZMÁN, Juan Pablo

- 1958 «Propuesta al cónsul inglés en Livorno para que ayude a Túpac Amaru». En Raúl Ferrero, *El liberalismo peruano: contribución a una historia de las ideas*. Lima: Tipografía Peruana, pp. 74-75.

VOEKEL, Pamela

- 2002 *Alone Before God: The Religious Origins of Modernity*. Durham: Duke University Press.

WALKER, Charles

- 1999 *De Tupac Amaru a Gamarra: Cuzco y la formación del Perú republicano, 1780-1840*. Cuzco: Centro Bartolomé de Las Casas.
- 2012a *Colonialismo en ruinas: Lima frente al terremoto y el tsunami de 1746*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, Instituto de Estudios Peruanos.
- 2012b «Un Inca en Sacsayhuamán: si Túpac Amaru hubiese tomado el Cuzco (1780-1781)». En Eduardo Dargent y José Ragas (eds.), *Contra-historia del Perú: ensayos de historia política peruana*. Lima: Mitin, pp. 33-47.
- 2013a «Prologue». En Sergio Serulnikov, *Revolution in the Andes: The Age of Túpac Amaru*. Durham: Duke University Press.
- 2013b «Prólogo». En Moscoso y Peralta, Juan, *Inocencia justificada contra los artificios de la calumnia*. Lima: Biblioteca Nacional, pp. 7-19.

WARREN, Adam

- 2010 *Medicine y Politics in Colonial Peru: Population Growth and the Bourbon Reforms*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

WEST, John

- 1998 *High Life: A History of High-Altitude Physiology and Medicine*. Oxford: Oxford University Press.

ZUDAIRE, Eulogio

- 1979 *Don Agustín de Jáuregui (II) virrey interino del Perú*. Pamplona: Diputación Foral de Navarra, Institución Príncipe de Viana.
- 1980 «Análisis de la rebelión de Túpac Amaru en su Bicentenario (1780-1980)». *Revista de Indias*, n.º 40: 13-70.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE

✓ **TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA**

PASAJE MARÍA AUXILIADORA 156 - BREÑA

CORREO E.: tareagrafica@tareagrafica.com

PÁGINA WEB: www.tareagrafica.com

TELÉF. 332-3229 FAX: 424-1582

ENERO 2017 LIMA - PERÚ

La ejecución del corregidor Antonio de Arriaga al sur del Cuzco el 10 de noviembre de 1780 inició la más grande sublevación del continente americano. Durante los siguientes seis meses, Tupac Amaru, su esposa Micaela Bastidas, sus familiares y seguidores pondrían en vilo al Imperio español y abrirían una brecha que otros continuarían acentuando por más de dos años.

Lo que parecía ser otro levantamiento local terminó convirtiéndose en una guerra de exterminio, con un saldo de aproximadamente cien mil víctimas, en un área que cubrió desde el Cuzco hasta Potosí.

«Walker nos sumerge en la sublevación con las herramientas de la historia, pero con el corazón y la prosa de un reportero de guerra. Es minucioso, objetivo, y desde el inicio entendemos que para auscultar la rebelión hace falta comprender la contrarrebeldía. Escalamos y bajamos montañas con ambos bandos, conocemos desde la pupila insurgente y desde la realista los asedios a Cusco, Puno, La Paz, entre otras; somos partícipes del hambre, frío y enfermedades que cada parte sufre y se nos muestran las decisiones que cada bando debió tomar, movidos siempre por el terror de las circunstancias antes que por ideologías preestablecidas. La gran virtud epistemológica y narrativa del libro es, entonces, extirparle certezas al relato, no sugerir claves de un designio que no existe, y conseguir que los lectores avancemos en la lectura al igual que rebeldes y realistas: heridos, como decía la canción, por las flechas de la incertidumbre».

Alberto Vergara
(diario *El Comercio*)

«Una mirada lúcida y accesible, en la cual Walker de manera bastante hábil combina narración con explicación para construir una desgarradora historia de violencia y atrocidades a gran escala».

John Elliot
(*The New York Review of Books*)



ISBN: 978-9972-51-540-8

